JULIA NAVARRO

UNA HISTORIA COMPARTIDA

Con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos

PLAZA JANÉS

JULIA NAVARRO

Una historia compartida

Con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos

PLAZA JANÉS

Para mis abuelos Teresa y Jerónimo, mi madre Elia,
mis cuatro tías: Teresa, Carmen, Pilar y Elvira, y mis
tres tíos: Fabián, Santiago y Juan, por su inmenso cariño.

Para Lolo y Merche, con los que compartí
lo mejor de mi infancia.

Para Fermín y Álex, siempre.

Y para mi ahijada Julia García Cernuda.

Con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos

Hasta el siglo XX la Historia la escribieron los hombres. Eso explica por qué las mujeres apenas aparecemos como sujetos de las historias de la Historia. Pero estábamos ahí y sin nosotras solo es una Historia a medias. No solo eso, algunas de las mejores páginas de la literatura universal han sido escritas por mujeres; otras tienen nombre de mujer porque se escaparon de las páginas de libros escritos por hombres, pero son de mujeres al fin y al cabo, arquetipos unas, reales otras.

La lista de mujeres que hicieron Historia es extensa, desde diosas hasta reinas, desde cortesanas hasta inventoras, desde actrices hasta santas, desde escritoras hasta políticas... Hemos estado en todas partes, aunque un manto de silencio se empeñara en cubrirnos o ignorarnos.

Eso sí, no podemos contar las historias de estas mujeres sin tenerlos también en cuenta a ellos, porque desde el principio de los tiempos las vidas de hombres y mujeres han estado entrelazadas y no se explican las unas sin los otros, es decir, con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos o con la ignorancia de ellos.

Así que es no solo la historia de ellas, sino la historia de todos, pero contada no a través de la supremacía masculina sino desde un lugar común.

Me temo que en este siglo XXI también hay quienes quieren volver a hacernos poco menos que invisibles, ya que desde algunos sectores de la política han decidido hacer ingeniería social a costa de las mujeres negando que seamos diferentes a los hombres, lo que no presupone la desigualdad y mucho menos que tengamos que tener un derecho menos que ellos.

Así que estoy entre las muchas mujeres que se oponen a que nos califiquen de «seres gestantes». Quienes han adoptado esta decisión y la han llevado a las leyes

son las mismas que luego juegan con las palabras para que terminen en femenino, cambian lo que hasta ahora son genéricos creyendo que eso es feminismo. Se les llena la boca diciendo «matria» en vez de «patria», pero a continuación nos niegan el calificativo de «madres». Supongo que están hechas un lío y no saben ni por dónde andan. Punto y aparte.

La Historia, como digo, está repleta de mujeres que han dejado su propia huella y que no por ser menos en número y escaso el conocimiento que de ellas tenemos es menor su importancia. Con algunas de estas mujeres me he ido encontrando a lo largo de mi vida, fundamentalmente a través de la lectura, pero también en viajes a los lugares donde vivieron y en los que aún se guarda el eco de su paso por este mundo.

Son mujeres reales, de carne y hueso unas, otras forman parte de la leyenda y acaso nunca existieron.

No pretendo hablar de todas las mujeres que han logrado trascender desde ese segundo plano al que estaban predestinadas, porque la lista es extensa y entonces esta historia sería otra historia.

Dejó dicho Ludwig Feuerbach, filósofo y antropólogo alemán, esta frase que seguro que han escuchado en muchas ocasiones: «Somos lo que comemos», y añado yo que también somos lo que leemos. Al menos, yo no me puedo explicar a mí misma si no es a través de los libros que he ido leyendo a lo largo de mi vida.

Por tanto, este es un relato personal, un viaje a través de mis inquietudes y mis lecturas, de mi encuentro con historias protagonizadas por mujeres, ya sean reales o criaturas literarias, sin olvidar, ya digo, el papel de los hombres que estuvieron cerca de ellas, para bien o para mal.

No se entiende a Cleopatra sin César y Marco Antonio, ni a Helena de Troya sin Paris, ni a Romeo sin Julieta, o a Don Juan sin Doña Inés, ni a Hamlet sin Ofelia, ni a Frida Kahlo sin Diego Rivera, ni a Simone de Beauvoir sin Jean-Paul Sartre o a Zelda sin Scott Fitzgerald, tampoco a Virginia Woolf sin Leonard Woolf...

De manera que no incurriré en el error en el que a lo largo de los siglos perseveraron tantos y tantos hombres, que fue ignorar o apenas dar relieve al papel desempeñado por las mujeres. La diferencia es que esta es una historia de mi encuentro con ellas sin excluirlos a ellos.

Mis primeras lecturas transcurrieron sentada junto a mi abuela Teresa. Ella me enseñó a leer. Tenía una gran paciencia, que yo no he heredado.

Para algunos, la Arcadia es nuestra infancia. Y la mía transcurrió en casa de mis abuelos maternos, Teresa y Jerónimo, junto a mi madre, Elia, mis cuatro tías, Elvira, Pilar, Carmen y Teresa, y tres tíos, Fabián, Santiago y Juan. Y mis primos, claro, junto a los que crecí y siento como mis únicos hermanos, Juan Manuel y Merche.

Y sí, en casa había libros, a mí me parecía que muchos, puesto que parecían

trepar por las paredes de las estanterías. Los libros de mi abuelo, siempre al alcance de todos, sin ninguna restricción. Además, en casa se hablaba de libros, de las historias que guardaban entre sus páginas. Mi abuelo Jerónimo era un hombre prudente y poco dado a la discusión, pero se le iluminaba la mirada y la voz se le aclaraba cuando hablaba de algún libro.

Para mí, los libros son una parte imprescindible de mi vida, hasta tal punto que puedo decir que no hay nada que me guste tanto como leer.

Y ahora doy comienzo a esta historia. Una historia compartida.

Entre el mito y la realidad

No podríamos explicarnos a nosotros mismos sin el legado de los griegos y los romanos del Mundo Antiguo.

Hay muchas maneras de visitar un país, una ciudad. Yo aconsejo a los viajeros que cuando paseen por cualquier lugar de Grecia cierren los ojos durante unos segundos y dejen vagar la imaginación, porque puede que les lleguen los ecos de las voces del pasado. Voces de mujeres que vivieron en aquellos tiempos y también de las diosas que moraban en el Olimpo y gustaban de entrometerse en la vida de los hombres. Hera, la intrigante esposa de Zeus; Atenea, que durante la guerra de Troya tomó partido por los héroes griegos: Diomedes, Ulises, Aquiles, e incluso Menelao, al que le salvó de una flecha arrojada por Pándaro; y Afrodita, Deméter, Perséfone, Artemisa, Gea, Tetis... Hay otros nombres que conviene no olvidar, los de las mujeres de carne hueso cuya memoria guardamos hasta hoy. Helena, Hécuba, Casandra, Medea, Lisístrata, Ifigenia, Ariadna, Criseida, Electra, Penélope, Nausícaa, Leda, Hipodamía, Atalanta e Hipólita, reina de las Amazonas...

Mujeres en ocasiones víctimas de la ambición de los hombres que las consideraban objetos de su propiedad y cuyas vidas sabemos en función de la gloria de ellos.

Es difícil elegir qué historias contar porque todas son tan apasionantes como trágicas, como si los dioses se hubieran complacido en castigarlas. Pero entre todas ellas tengo especial simpatía por **Lisístrata**. Y es que esta ateniense utilizó un arma poderosa para hacer valer su voz ante los hombres, un arma tan vieja como el mundo, un arma para sobrevivir en un mundo de hombres: la llave del sexo. Quizá la suya es la única de las historias que acaba bien.

Pero empecemos con Aristófanes, que es quien nos puso en la pista de Lisístrata convirtiéndola en un mito. De paso, Aristófanes demostró ser un hombre poco común para su tiempo; yo diría que en él podemos estudiar los antecedentes del hombre moderno, el hombre que mira a las mujeres como iguales, que reconoce su valía. Es la suya una mirada diferente a la que nos tienen acostumbrados sus coetáneos. Su *Lisístrata* parece una comedia, pero en realidad es mucho más.

Sitúense en el siglo IV a. C. Sí, ya sé que es difícil, pero hay que intentarlo. Vivió en tiempos de la Guerra del Peloponeso en la que se enfrentaron Esparta, gobernada por una oligarquía, y Atenas, que tenía un gobierno democrático para los cánones de la época.

Aristófanes nos cuenta la historia de Lisístrata, una mujer ateniense, harta del exclusivo papel desempeñado por las mujeres como esposas y madres que aceptaban en silencio ver a sus maridos e hijos partir a la guerra y aguardar meses, años, hasta que regresaban o tenían noticia de su muerte. Así que Lisístrata, con la complicidad de otras mujeres, Cleonice, Mirrina y Conciliación, declaró una huelga: ninguna mujer recibiría en el lecho a su marido, es decir, no tendría relaciones sexuales con él, mientras siguiera empeñado en guerrear. Y como Atenas combatía contra Esparta, las mujeres de esta otra ciudad hicieron suya la actitud de Lisístrata y también se declararon en huelga, con el consabido escándalo de la época.

Lisístrata y las otras mujeres plantaron batalla con la única arma de la que disponían: el sexo.

Y ya puestas, subieron a la Acrópolis y se instalaron allí, en el lugar donde la ciudad guardaba el oro que los hombres utilizaban para hacer sus guerras. La Bulé, el Consejo de Ancianos, las acusó de estar mancillando el sagrado hogar donde tenía su templo la diosa Atenea. Pero ellas se mantuvieron en sus trece, aunque al parecer, de cuando en cuando, alguna se escapaba para encontrarse con su esposo de manera furtiva. Fuera por miedo o sencillamente porque la carne es débil, el caso es que alguna hizo de esquirol.

Seguramente, es la primera huelga de la Historia o, por lo menos, la primera huelga convocada y protagonizada por mujeres.

La determinación, la inteligencia y, desde luego, la imaginación de Lisístrata para doblegar a los hombres dicen mucho de cómo el sexo ha pesado en el pasado y, para qué engañarnos, continúa pesando en el presente, puesto que como tal poder sigue estando a nuestro alcance.

Imagino el escándalo que la obra provocó en el siglo IV, una obra en pro de las mujeres que sin embargo ninguna de ellas pudo ver en vivo y en directo porque entonces estaba prohibida la presencia femenina en los teatros, donde además los actores hacían los papeles de mujer.

Desde aquí reivindico a Lisístrata. Y si Lisístrata representa la razón, **Medea**

representa la locura por amor. ¿Cuántas mujeres han perdido la cabeza por quien no se lo merecía? Estoy segura de que la que más y la que menos ha tenido algún tropiezo en la vida, a poco que haya vivido, con algún tipo del estilo de Jasón. Guapo, brillante, embaucador, ambicioso... Vamos, uno de esos hombres que te dejan hecha polvo. De manera que no debemos reducir a Medea a una bruja loca y vengativa, que sin duda lo era, pero no solo eso.

Los padres de Medea eran la ninfa Idía y el rey Aetes de Cólquida (hoy Georgia), y su tía, nada menos que Circe, la hechicera que convertía a los hombres en animales y que, enamorada como estaba de Ulises, le retuvo en el viaje de regreso a Ítaca. Pero de eso hablaré más adelante.

El caso es que a Esón, padre de Jasón, le robó el trono su hermanastro Pelias. La madre de Jasón, viendo cómo se las gastaba su cuñado, decidió confiar su hijo al centauro Quirón que le enseñó de todo, desde a pelear hasta a pensar. E hizo bien, porque su tío Pelias estaba obsesionado con el oráculo, que aseguraba que perdería el trono a manos de un joven que solo calzaba una sandalia. Y Pelias se llevó un buen susto el día que apareció un forastero que andaba medio descalzo porque había perdido una de sus sandalias ayudando a una anciana a cruzar un río. Para más señas, era la diosa Hera disfrazada. Así que cuando, casualidades de la vida, el sobrino se topó con su tío, este empezó a hacer lo imposible por quitárselo de encima para no tenerlo como rival que le pudiera disputar el trono. Entre las faenas que le hizo se le ocurrió una que aparentaba ser inalcanzable: viajar desde Yolco, la capital del reino que estaba en Tesalia, en el norte de Grecia, hasta la Cólquida, un lugar remoto situado en el mar Negro y al que se llegaba navegando a través del peligroso estrecho de los Dardanelos. El objetivo del viaje no era otro que encontrar el Vellocino de Oro, un objeto mágico con forma de carnero alado y esmaltado en color dorado, que daba poder a quien fuera su dueño. Tipo magia potagia.

Jasón organizó una expedición que era misión imposible, justo lo que pretendía su tío. Por cierto, Apolonio de Rodas da buena cuenta de la aventura en su obra *Las Argonáuticas*, como también tenemos noticias de aquella mítica aventura a través de Eurípides, Sófocles, Esquilo o el poeta Píndaro.

La nave que ha pasado a la leyenda de Jasón y los argonautas tenía por nombre Argos, y al parecer era un pentecóntero, un barco con dos filas de veinticinco hombres a cada lado. Jasón escogió como compañeros de viaje a jóvenes de esos que salen en las películas de comandos. Entre otros, Hércules, Cástor, Orfeo, Tifis, Teseo, Anfiarao... y Atalanta, la única mujer igual de valiente y decidida que cualquier hombre y de la que ya les contaré más adelante. Según la leyenda, les pasó de todo. Pero claro, ¿qué interés y grandeza puede tener un viaje sin que pase nada? Así que después de unas cuantas peripecias, Jasón tocó tierra y ahí es donde entra como un torrente Medea.

La Cólquida era una tierra primitiva con costumbres primitivas, encerrada en sí misma por su situación geográfica. Sus costumbres, ritos y creencias eran considerados de «bárbaros» por los refinados griegos.

Esa era la tierra de Medea, sacerdotisa, hechicera, princesa y, a partir de conocer a Jasón, mujer enamorada que pierde la razón y está dispuesta a todo por amor. Porque Jasón lo que quiere es el Vellocino de Oro, la joya del reino de la Cólquida, y ayudarle a conseguirlo es tanto como traicionar a su familia y a ella misma. Su elección no es fácil: el que hasta ese momento había sido su mundo o dejarse llevar por el amor a un desconocido que se convierte en obsesión. Y sí, decide ayudarle. Sacrifica todo por lo que quiere, a Jasón, él es su única ambición.

Medea le ayuda dándole por todo el cuerpo un ungüento mágico, preparado por ella, para impedir que se abrase con el fuego que escupe el dragón que guarda el camino que conduce al lugar en el que se yergue el árbol del que cuelga el Vellocino de Oro.

La decisión de Medea trasluce un comportamiento masculino. Son los hombres los que acostumbran a marcharse, dejando a sus mujeres, a sus hijos, mientras que las mujeres, felices o no, aguardan en el hogar a que regresen o a que el paso del tiempo amortigüe el dolor de la ausencia. Pero Medea sabe que su mejor baza para conquistar a Jasón es entregarse sin reservas, y para ello utiliza toda su sabiduría ancestral, magia y hechizos al servicio del héroe que se hace con el Vellocino de Oro, lo que obliga a Jasón y a los argonautas a huir, y a Medea, que los acompaña, a escapar de su casa, de su tierra, de su país. Y cuando huye, sabiendo de la ira de su padre, toma una decisión terrible que la convierte en una asesina: se lleva consigo a su hermano pequeño, Apsirto, al que mata para retrasar a los hombres enviados por su padre que persiguen a los ladrones del Vellocino.

Medea no duda, ejecuta a su hermano sin piedad, tal es su locura de amor por Jasón. A partir de ese momento se ha perdido para siempre.

Sí, Medea comete un crimen, pero ¿y Jasón? ¿Por qué no la detiene? ¿Por qué consiente el asesinato de un inocente? Medea está loca de amor, pero Jasón lo está de ambición. Él es su cómplice. Sin embargo, la posteridad no ha juzgado a Jasón.

Y así, cuando llegan a Yolcos, Medea vuelve a perpetrar otro asesinato a través de un hechizo ejecutando su venganza contra el tío de Jasón, el rey Pelias, que es quien le ha enviado a por el Vellocino con la esperanza de que muriera en el empeño. Quizá Pelias pretendía no mancharse las manos con la sangre del hijo de su hermano. A lo largo de la Historia ha habido otros muchos hombres que, como Pelias, creen haber conservado la inocencia por no asesinar con sus propias manos, ya que siempre hay esbirros dispuestos a dar el golpe mortal.

Medea cuenta a las hijas de Pelias que posee un ungüento con el que es posible devolver la juventud, y para demostrarlo, coloca a un cordero en un caldero con agua

hirviendo al que antes le ha aplicado el ungüento elaborado por ella. Las hijas de Pelias, obnubiladas por la magia de Medea, creen ver salir del caldero a un borreguito, de manera que convencen a su padre para que se sumerja en un caldero porque saldrá más joven y repleto de salud. Ingenuas o rematadamente tontas, descubren con horror que ellas mismas lo han asesinado. Esa es la venganza de Medea contra Pelias, lo que conlleva el destierro para ella y Jasón.

Una vez más vemos a una mujer obnubilada, sin escrúpulos, y a Jasón beneficiándose de los crímenes que ella perpetra.

Jasón y Medea se instalan en Corinto con sus dos hijos. Son suyos, sangre de su sangre. Viven en aparente paz hasta que a Jasón se le presenta la oportunidad de convertirse en rey. Ya saben, hay ofertas difíciles de rechazar, o eso debe de pensar Jasón cuando el rey Creonte le ofrece el trono si se casa con su hija Creúsa (o Glauca, se la conoce por uno u otro nombre).

Jasón es feliz con Medea, pero un trono es un trono, e intenta explicarle que las circunstancias mandan, que no la va a repudiar, que se trata de que acepte convertirse en la segunda esposa.

Puedo imaginar la ira de Medea: ella, una princesa, con sangre de reyes y de dioses, convertida en «la otra», pasando a depender de la magnanimidad de Creúsa. Y rechaza la oferta.

Jasón intenta convencerla, se trata de conseguir un reino, hay intereses que están por encima de los sentimientos. Un argumento inútil para una mujer que traicionó por amor a su padre, a su pueblo y a ella misma, que asesinó a su hermano y que renunció a ser una princesa sacerdotisa emparentada con los dioses para convertirse en la esposa fiel de aquel aventurero. No, no puede aceptar la propuesta de Jasón. Y usted, ¿la habría aceptado?

Se siente engañada y, aún peor, menospreciada por el hombre por el que ha sacrificado cuanto era. Y entonces pergeña la venganza. Asesina a Creúsa y a su padre, el rey Creonte. El método elegido fue enviar a sus dos hijos a visitar a Creúsa con una túnica, amén de unas cuantas joyas como signo de amistad. Creúsa debía de ser una ingenua o una tonta o una fatua convencida de que Jasón no podía rechazarla, puesto que era hija de un rey. Aceptó la vestimenta, se la puso y de repente la tela comenzó a arder. Su padre, Creonte, la intenta ayudar a escapar del fuego y arde con ella. Pero para Medea esta venganza no es suficiente. Necesita herir a Jasón y procurarle el mismo dolor que siente ella y, por tanto, decide arrebatarle lo que sabe que más quiere: sus dos hijos, los hijos que ella ha parido para él.

Una decisión que ejecuta como catarsis personal, a sangre fría. Los asesina en el templo de Hera. No tiene dudas. Al matar a sus hijos rompe todo vínculo con Jasón, sabe que su acción no permite ningún retorno. Lo condena a él y se condena a sí misma, pero sin cargo de conciencia. Los textos clásicos aseguran que logró huir en

un carro tirado por caballos alados. Vaya usted a saber, quizá fuera así, puesto que era una maga. Una maga asesina. Una asesina cuyo ejemplo a través de los siglos han seguido mujeres y hombres que matan a sus hijos para hacer daño a su pareja. Desatan su frustración y su rabia ejecutando a los más inocentes, a aquellos que fueron fruto del amor. En la actualidad leemos noticias terribles de hombres que para dañar a sus mujeres no han dudado en asesinar a sus hijos. ¿Cómo pueden hacerlo? ¿Es posible que no les tiemblen ni la mano ni el corazón? Son los descendientes de Medea.

También podemos leer en la historia de los mitos que, después de asesinar a sus hijos, Medea viajó hasta Atenas y se casó con el rey Egeo, y ya puesta, trató de matar a Teseo, hijo del rey. Y cuentan que la desterraron y que decidió regresar a la Cólquida llevando consigo a Medo, el hijo que había concebido con Egeo. Al llegar a la tierra de sus ancestros tuvo que afrontar que su padre, el rey Aetes, había sido destronado por Perses. Medea le asesinó y su padre volvió a reinar. Y a ella, ¿qué futuro le aguardaba? La leyenda dice que habita en los Campos Elíseos, un paraíso exclusivo para que los dioses y los semidioses disfruten de la eternidad. Vaya usted a saber. En realidad, Medea merece vagar por el Hades enfrentándose a las almas que arrebató. No hay asesina más cruel que ella y quienes la han imitado a lo largo de los siglos.

Pero vuelvo a preguntar: ¿y Jasón? Carece de escrúpulos, nada le importa salvo su propio destino si este roza la gloria. Utiliza a Medea, la deja hacer, no tiembla ante los crímenes que ella comete en su nombre. Pero los muertos son de ambos, él no es más inocente que ella; si me apuran, es peor. No alberga ningún sentimiento de piedad hacia los que se interponen en su camino. Medea es su brazo ejecutor. ¿La quiso alguna vez? No, yo no lo creo.

La historia de Medea se continúa representando en los teatros de todo el mundo. Ponerse en su piel, interpretar su locura asesina solo está al alcance de grandes actrices.

Y sí, aún hoy en día se habla del síndrome de Medea: madres o padres que arrebatan la vida de sus hijos para vengarse y hacer daño al cónyuge. Pensarlo produce un estremecimiento.

Debo reconocer mi debilidad por el mundo griego antiguo, así que me van a permitir detenerme en otras historias. Pero antes les explicaré el porqué de esta «debilidad»: siempre he sido feliz en Grecia. Siempre. Viajando con mi familia, con Fermín, mi marido, escuchándole contar las historias de los héroes y los dioses, historias que él trasladó a sus libros *Zeus y familia*, *Viaje a las puertas del infierno* o *El libro de Michael*. También perdiéndonos por carreteras remotas en busca de los restos de

algún templo o simplemente para ver el paisaje donde habitó algún héroe. En realidad, casi todo lo que sé sobre el pasado de la Grecia clásica lo aprendí no solo leyendo, sino también sobre el terreno, escuchando, hablando, descubriendo. Veranos en los que viajábamos solos o acompañados por mi madre y nuestros hijos, Cristina, África y Álex, para quienes Poseidón, Aquiles, Telémaco y demás eran como de la familia.

Cristina, África y Álex conservan intactos los recuerdos y el amor por Grecia. No solo porque son parte de su infancia, sino porque a través de los mitos también aprendieron a pensar.

Veranos demasiado cortos en los que era tal nuestro entusiasmo que afrontábamos las altas temperaturas sin pestañear, mientras hacíamos algún alto en el camino para entrar en cualquier café o taberna a reponernos con un trozo de pan, aceitunas y feta, el queso griego.

Sí, amo Grecia porque siempre he sido feliz en esa tierra. Pero vuelvo a detenerme en otras historias. Por ejemplo, la de Hipólita, hija del dios Ares y de la reina de las amazonas, Otrera, ¡menudo nombre! El dios le entregó a Hipólita su cinturón mágico, pero eso no la salvó de morir a manos de Hércules y todo a causa del capricho de otra mujer, Admete, hija del rey Euristeo, empeñada en poseer el cinturón mágico.

Bien es verdad que Euristeo estaba fastidiado, porque cada «trabajo» que encargaba a Hércules, «trabajo» que este llevaba a cabo sin despeinarse.

Y qué decir de Ariadna, la hija del rey Minos y Pasifae que reinaban en Creta, que se enamoró de Teseo y le ayudó a sortear el Laberinto, donde dio muerte al Minotauro al que el rey Minos alimentaba con los siete muchachos y siete doncellas que, cada nueve años, Atenas tenía que ofrecer como tributo. A eso fue Teseo a Creta, a negociar con Minos y a matar al Minotauro.

Cuando Teseo iba a entrar en el Laberinto, Ariadna le entregó un ovillo de lana que le permitió regresar por donde había entrado.

El rey Minos, claro está, montó en cólera y Teseo tuvo que escapar, y lo hizo con Ariadna, de la que se aprovechó sin miramiento alguno. Hay autores que aseguran que la abandonó en una playa de la isla de Naxos, donde fue acogida por Dioniso, según Fermín, un dios de lo más peculiar. Los viajeros que lleguen a Cnosos tendrán que dejar volar la imaginación para reencontrarse con la gloria de la ciudad que fue excavada por Arthur Evans y que, al decir de algunos arqueólogos, la reconstrucción que hizo de ella no fue demasiado ortodoxa.

A mí me cae especialmente bien **Atalanta**. Mujer fuerte, independiente, valiente, capaz de sobrevivir en un mundo de dioses y de hombres y ponerlos en su sitio. No está claro quiénes fueron sus padres, o por lo menos los estudiosos no se ponen de acuerdo: que si es hija de Atamante y Temisto, o acaso de Ménalo, otros la suponen

hija de Yaso... Fuera quien fuese su padre, parece que él solo quería hijos varones y, cuando Atalanta nació, ordenó que la abandonaran en el monte Partenio. La niña sobrevivió gracias a que una osa la amamantó y posteriormente unos cazadores la encontraron.

Cuando creció, tomó una decisión: se consagraría a la diosa Artemisa y permanecería virgen. Pero, siempre hay un pero, parece ser que un oráculo le advirtió que si un día se enamoraba y tenía relación con algún hombre, se convertiría en animal. ¡Menuda faena! Pero Atalanta no solo se mantuvo firme en preservar su virginidad, sino que cualquiera que intentara sobrepasarse con ella lo pagaba con la vida. Y ya se sabe cómo son algunos tipos, en este caso dos centauros —mitad hombre, mitad caballo—, de nombres Reco e Hileo, que intentaron violarla, pero afortunadamente no lo consiguieron y recibieron su merecido: Atalanta se defendió y acabó con ellos a flechazos.

Debió de ser una mujer realmente valiente y singular porque Apolodoro asegura que acompañó a los argonautas en busca del Vellocino de Oro. La única mujer enrolada en una tripulación compuesta por hombres. Me pregunto qué pensaría ella de Medea.

En fin, que era una mujer de armas tomar, independiente y rebelde, que no se arredraba ante nada ni ante nadie, además de una corredora extraordinaria que podía medirse con cualquier hombre, y que, según la leyenda, compitió en una carrera con Peleo, padre de Aquiles. En realidad, les ganaba a todos. Quizá por eso, en un exceso de confianza o arrogancia, se echó el farol de decir que nunca se casaría salvo con el hombre que consiguiera vencerla en una carrera.

Pero siempre hay alguien dispuesto a correr riesgos, y apareció un joven que, prendado de ella, la retó a competir y, como sabía cómo se las gastaba, se presentó a la carrera con unas cuantas manzanas de oro que iba dejando caer y que Atalanta, llevada por la curiosidad, se paraba a recoger atraída por la belleza de aquellos frutos que, según la leyenda, procedían del Jardín de las Hespérides. Con tanto pararse, el joven le ganó la carrera y Atalanta cumplió su promesa. El caso es que un día la pareja feliz entró en un santuario dedicado a Zeus, el padre de los dioses, e hicieron lo que hacen todas las parejas enamoradas: retozar. Claro que a quién se le ocurría tener un ataque de pasión sin caer en la cuenta del lugar en el que se encontraban, nada menos que en un santuario dedicado al señor del Olimpo. Así que Zeus, iracundo, los castigó transformándolos en dos leones.

Los mitos y las leyendas que nos ha legado Grecia son relatos simbólicos que reflejan la relación de los seres humanos con las fuerzas de la Naturaleza y, también, un compendio sobre la condición humana.

Pero como este libro no trata de contar todas las historias sino unas cuantas historias, me voy a permitir elegir las de algunas mujeres que ya desde el pasado han

formado parte del futuro. Empezaré con ella, con Helena.

Helena de Troya

Debía de tener siete u ocho años la primera vez que me encontré con Helena de Troya y fue en un cuento infantil. Aparecía en la portada una joven muy guapa, de cabello rubio y con una túnica blanca de lo más estilosa. Leí con tanto entusiasmo como interés aquel relato que remitía a la *Ilíada* y le dije a mi abuelo que iba a pedirles a los Reyes Magos aquel libro para saber más cosas de Helena. Unos años después, los Reyes me dejaron junto a los zapatos dos versiones infantiles de la *Ilíada* y la *Odisea*.

En el cuento además aparecían las tres diosas que, en realidad, fueron las responsables de aquella guerra. Hera, Afrodita y Atenea. Guapísimas las tres y todas de armas tomar. Puestos a buscar culpas, la guerra de Troya fue más responsabilidad de ellas que de Helena. Eso lo tuve clarísimo con siete años leyendo la historia de Helena. Vamos, que me puse de su parte y así sigo.

Y todo porque una resentida, la diosa Hera, enfadada porque no la habían invitado a la boda del héroe Peleo y la ninfa Tetis (que tendrían un hijo al que llamaron Aquiles), decidió fastidiar a los asistentes presentándose con una manzana de oro que llevaba grabada la frase: «Para la más bella». Y eligió al príncipe Paris de Troya para que decidiera quién era la más bella de entre las invitadas.

Hay ocasiones en que las mujeres, por muy diosas que sean, se enzarzan en peleas absurdas. En este caso entre Hera, la poderosísima esposa de Zeus; Atenea, diosa de la sabiduría, y Afrodita, la del amor.

A Paris, hijo del rey Príamo, no le impresionó demasiado que Hera le ofreciera poder; en cuanto a adquirir sabiduría, que es lo que le prometió Atenea, pues tampoco le hizo el peso. De manera que fue Afrodita la que le lio bien liado prometiéndole el amor de la mujer más bella, que no era otra que Helena.

Insisto: fueron estas tres diosas, llevadas por la vanidad y un ataque de frivolidad, las causantes de la guerra de Troya y no Helena. Y ya digo que todo empezó en la boda de los padres de Aquiles.

Desde que leí aquel libro infantil no he dudado de la existencia de Helena; ni más tarde, leyendo la *Ilíada* y la *Odisea*, de que la narración de Homero sea verdad. Como mucho, hago mía la frase italiana «Se non è vero, è ben trovato». Así que no me extraña nada que el nombre de aquella Helena, esposa de Menelao, el rey de Esparta, y raptada por el príncipe Paris, haya llegado hasta nuestros días.

Los más escépticos sonreirán y puede que tengan la tentación de corregirme diciendo que quién sabe si aquella guerra fue real, e incluso pueden llegar a poner en duda la existencia misma de Homero, el poeta ciego. Allá ellos.

En Troya hoy reina el silencio salvo cuando algún grupo de turistas se aventura a deambular entre sus ruinas.

Hago caso omiso de las sonrisas suficientes porque navegando por las aguas que bañan la costa de Gitión, el puerto de Esparta, y llegando hasta la antigua Troya no me cuesta nada imaginar la escapada de Helena junto a Paris que dio lugar a aquella aventura trágica y extraordinaria.

¡Ay, la geopolítica! Aún hoy en nuestros días los países que bordean el mar Negro, al igual que los que se asoman antes de cruzar el paso de los Dardanelos, mantienen disputas continuas. Solo hay que mirar el mapa para entender que quien domina ese estrecho domina el mar Negro.

Turquía hoy es la dueña y señora de esa puerta marítima al mar que baña las costas de Ucrania, Bulgaria, Rumanía, Georgia y Rusia. País este cuya única salida al Mediterráneo es a través del mar Negro.

Tengo un amigo que asegura que Rusia tiene claustrofobia desde los tiempos en que fue imperio y que por tanto necesita tener una salida a través del mar Negro. Puede que tenga razón, la prueba es que en la cruenta guerra que Vladímir Putin ha provocado contra Ucrania, uno de sus objetivos ha sido asegurarse la salida al mar Negro.

Así que, por hacer una concesión a los racionalistas, puede que la causa de la guerra de Troya fuera menos romántica que el rapto de la bella Helena y que, en definitiva, se tratara de que los griegos querían un paso hacia el mar Negro sin tener que pagar impuestos al rey Príamo de Troya.

La lectura de *Odiseicas* de la profesora Carmen Estrada pone en la pista de por qué para los griegos aquella guerra fue algo más que dirimir el honor del rey Menelao.

Carmen Estrada recupera una frase del rey Néstor de Pilos, uno de los que combatieron contra Troya. Néstor, que pasaba por ser un rey prudente, le dice a Telémaco cuando este llega a visitarle en busca de noticias de su padre, Ulises: «Cuando en las naves sobre el brumoso mar navegábamos en busca de botín...». O sea que el rey Néstor de Pilos deja claro que la expedición de los griegos tenía al menos otro objetivo que no era solo el rescate de Helena, sino hacerse con el botín que aguarda a los vencedores cuando ganan una guerra.

Hoy, si navegas por el mar radiante acercándote al paso de los Dardanelos para desde el barco intentar distinguir Troya, alejada ahora de la costa porque con el paso de los siglos el mar se ha ido retirando, imaginas al rey Príamo oteando el horizonte desde las altas murallas a la espera de la llegada de su hijo Paris en misión diplomática ante Menelao, rey de Esparta, hermano del poderoso Agamenón.

Seguramente lo que no esperaba Príamo era que su hijo llegara en compañía de Helena, la bellísima esposa de Menelao.

Lo que sí parece documentado es que en algún momento de su vida Helena vivió en Egipto. ¿Por qué? Hay versiones para todos los gustos. Helena y Paris pararon en Alejandría camino de Troya y allí se quedaron un tiempo. Segunda versión: Helena y Menelao, una vez que este la rescata después de la guerra, en su regreso a Esparta se desvían a Egipto, vaya usted a saber si es otra leyenda sobre la leyenda.

Lo cierto es que yo me quedo con la versión de Homero, que es con la que descubrí a Helena.

En uno de nuestros primeros viajes a Grecia recuerdo el empeño en llegar hasta Gitión, el puerto desde donde salió el barco del príncipe Paris llevando con él a Helena.

Gitión era el puerto donde atracaban los barcos de Esparta y está situado en el Peloponeso, en la península de Mani. Y si nos remitimos a Pausanias, que la visitó, alrededor del puerto se arremolinaba una pequeña población con estatuas de Apolo y de Heracles, sus fundadores, y de Dioniso. Incluso relata la existencia de una fuente. Y frente a Gitión está la isla de Cranae, donde Paris y Helena, al parecer, pasaron la primera noche antes de poner rumbo a Troya.

Hoy, Gitión es una pequeña población con casas blancas, abigarradas, que se enroscan escalonadas en el paisaje y en cuyo puerto están atracadas barcas de pescadores, quienes llevan su carga hasta los restaurantes en los que los turistas, entre plato y plato, se afanan en recordar la historia de Helena y Paris. También nosotros, mi familia, lo hemos hecho en unas cuantas ocasiones.

En la primera línea del puerto los viajeros encontrarán tiendas donde comprar todo tipo de souvenirs, seguramente *made in China*, además de tabernas donde comer mirando al mar.

Pasear por Gitión tiene ese punto de emoción, te permite dejar volar la imaginación y trasladarte al momento en que el bello príncipe y la aún más bellísima Helena, envuelta en un manto que cubría sus cabellos rubios, iniciaron la fuga. Por cierto, que era rubia; además de Homero, que nos la describe como «Helena de cabello precioso y blancos brazos», lo confirmó Hesíodo en *Los trabajos y los días.*

Vaya usted a saber si fue Paris quien embaucó a Helena o fue Helena la que enamoró a Paris. O puede que el príncipe se la llevara por la fuerza, algo muy habitual en la Antigüedad.

A mí me gusta pensar que aquella joven, descontenta con su matrimonio, decidió rescatarse a sí misma abandonando al marido para vivir una aventura con el guapo príncipe, que seguramente le prometió que la trataría como a una reina y que disfrutarían de las mieles del amor, aunque estas tengan fecha de caducidad. O quizá la bellísima Helena estaba harta del rubio Menelao y Paris le sirvió de excusa para marcharse.

Tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea* hay personajes que justifican la huida de Helena como irremediable por ser decisión de los dioses. Incluso el anciano rey Príamo no la responsabiliza de la guerra que llevará su reino a la destrucción precisamente por creer que, en realidad, han sido los dioses los que han determinado que el conflicto estalle.

La profesora Estrada también nos recuerda en *Odiseicas* que Penélope, esposa de Ulises y prima de Helena, la exculpa de toda responsabilidad achacándosela a que un dios obnubiló su raciocinio.

¿Y qué puede hacer un mortal ante el deseo de los dioses?

El propio Ulises lo comprenderá cuando, durante su interminable periplo de regreso a Ítaca, desesperado ante la bravura del mar levanta su voz hacia Poseidón preguntándole: «Poseidón, ¿qué quieres de mí?». Y él, señor de los mares, le responde: «Que comprendas que los hombres sin los dioses no son nada». No está de más recordarlo en estos momentos en que el hombre moderno casi no cree en nada.

De manera que deberíamos considerar que la guerra de Troya a lo mejor no fue culpa de Helena sino de tres diosas: Hera, Afrodita y Atenea, pero que, al mismo tiempo, la fuga de Helena fue una apuesta para disponer del sueño de su libertad.

Los más rancios dirán que la suya no pasó de ser la historia de un adulterio, pero que digan lo que quieran. Helena demostró ser una mujer que no ignoraba las consecuencias: Menelao no podía dejar sin vengar el agravio, porque no se afrenta impunemente a un rey que además es tu marido.

En otras palabras, Helena sabía que Menelao iría a buscarla y que si regresaba con él caería sobre ella la venganza, porque los hombres son iguales a sí mismos desde el principio de los tiempos y los muy fatuos sitúan su honorabilidad entre las piernas de sus mujeres.

¿Cómo era Helena? Pintores y artistas nos la muestran con cabello rubio, mirada azulada, delgada pero con formas moldeadas. Una belleza entonces y seguramente ahora.

Tampoco podemos perder de vista que las mujeres en el pasado apenas tenían voz propia. Eran los hombres los que decidían por ellas, aunque creo que en muchas ocasiones ellos han pensado y deseado lo que nosotras hemos querido que pensaran y desearan. Pero qué duda cabe de que en la Antigüedad, en tantas y tantas ocasiones, los hombres se hacían con las mujeres por la fuerza.

Los artistas le deben mucho a nuestra Helena. Muchas de las mejores obras de arte están inspiradas en ella. No hay museo donde no cuelgue algún cuadro pintado por alguno de los grandes maestros que no la tenga como protagonista.

En cuanto a Esparta y Troya... qué quieren, Troya en el año 1194 a. C. era una gran ciudad nacida de las entrañas de otras ciudades antes que ella. Rica por su situación estratégica, envidiada por sus vecinos y odiada por sus enemigos griegos, hartos de

pagar impuestos a su rey para que les permitiera traspasar los Dardanelos.

Hoy Troya es una parada turística en la que han construido un caballo de madera que recuerda al que ideó Ulises para esconderse en su interior, engañar a los troyanos y entrar en la ciudad.

Los viajeros se encontrarán las excavaciones que aún perduran, pues no hay una sola Troya sino varias porque, como sucede con las ciudades de la Antigüedad, se fueron superponiendo unas a otras.

Y sí, es verdad que sin el empeño y tozudez de Heinrich Schliemann, el sueño de Troya no se habría hecho realidad, pero hay que ser justos y reconocer que el primero en excavar en el lugar fue Frank Calvert, un funcionario británico que además era un apasionado de la arqueología. De manera que la primera excavación de Calvert en la colina de Hisarlik, al sur de la actual Turquía, despejó el camino que más tarde emprendería el famoso arqueólogo alemán, que es quien alcanzó la gloria desenterrando las ruinas de Troya.

Frank Calvert es sin duda un personaje singular que responde al patrón del funcionario británico apasionado por la arqueología. Al parecer, uno de sus hermanos había comprado una finca en Anatolia en la que se encontraba la colina de Hisarlik, que años antes un periodista y geólogo escocés de nombre Charles Maclaren había señalado como el lugar donde podía haber estado situada la Troya del rey Príamo.

Maclaren, todo un personaje, fue además el editor de la sexta edición de la *Enciclopedia Británica*. Pero Frank Calvert no tuvo suerte ni siquiera con las indicaciones de Maclaren, y no fue capaz de encontrar la Troya que buscaba; aun así, cuando conoció a Schliemann, le sugirió que excavara en la parte de la colina donde él creía que podía estar Troya.

El caso es que Heinrich Schliemann tuvo éxito donde fracasó Calvert y supo encontrar la ciudad que se ha convertido en inmortal, y donde si uno cierra los ojos puede revivir las batallas entre griegos y troyanos evocando a Héctor, Eneas, Agamenón, Aquiles, Menelao, el gigante Áyax, Ulises... e imaginar a Helena recorriendo las murallas temblando por el resultado de esas batallas.

¿Se arrepintió Helena de haber escapado de Menelao? ¿Llegó a sentirse culpable de la guerra desatada o era sabedora de que, en realidad, la contienda era inevitable porque los griegos necesitaban paso franco hacia el Ponto Euxino, que es como denominaban al mar Negro?

Puede que Helena incluso se cansara de Paris y que le pesaran las miradas cargadas de reproches de su suegra, Hécuba, y sus cuñadas, que al fin y al cabo la hacían responsable de la guerra.

Las suegras tienen mala fama, a veces se la ganan a pulso y en otras ocasiones son víctimas de las artimañas de las nueras que, celosas de la influencia de las

madres sobre los hijos, hacen lo imposible por sembrar la discordia.

Pero en este caso, imagino que a Hécuba no le haría ninguna gracia que el capricho de su hijo Paris hubiera puesto en peligro el reino. En la *Ilíada*, Homero nos cuenta el afecto de Príamo por Helena y el desafecto de Hécuba.

La reina Hécuba, que era la segunda esposa de Príamo, le dio a este una buena colección de hijos: Héctor, Héleno, Troilo, Deífobo, Polidoro... e hijas: Ilíona, Laódice, Políxena y Casandra.

En definitiva, gracias a Helena descubrí la *Ilíada* y la *Odisea*, que me llevaron a conocer a algunos personajes femeninos sin parangón: Casandra, Briseida, Circe y Penélope, mujeres que me causaron una profunda impresión de niña y de mayor. Ninguna de ellas es una heroína, sino que son víctimas de los dioses y de los hombres. ¡Ay, otra vez ellos!

Otras protagonistas de la *Ilíada*

Siento debilidad por algunas otras protagonistas de la *Ilíada* como Casandra, Briseida y Criseida. Junto a ellos: Ulises, Patroclo, Héctor...
La verdad es que la historia de Casandra es una tragedia de principio a fin. De todos los hijos de Príamo y Hécuba, ella y su hermano Héctor, amén de Paris, son los que sin duda han atravesado los siglos alcanzando la inmortalidad.

Casandra

Parece que Casandra era inteligente y rara desde pequeña, pero vaya usted a saber qué entendían por «rara» en aquel entonces.

Sobre Casandra nos llegan versiones contradictorias. Al parecer, se había consagrado como sacerdotisa al dios Apolo y este, que era el dios más guapo entre los dioses, se enamoró de ella, pero como no fue correspondido decidió vengarse y le escupió en la boca con maldición incluida: tendría el don de adivinar el futuro, pero nadie la creería.

La otra versión es que Casandra fue la que sedujo a Apolo y consiguió que él le «regalara» ese don de profetizar el futuro, pero... a la hora de consumar la seducción ella le dejó plantado, lo que enfadó muchísimo al guapo Apolo, y como no podía retirarle el don de adivinar el futuro, añadió como castigo que nadie creyera sus profecías. No sé, no es por colocarme del lado de Casandra, que también, pero esta segunda versión me parece más creíble. Ya se sabe que si los humanos somos capaces de cometer los mayores desatinos por amor, qué no harían los dioses.

La princesa-sacerdotisa Casandra se llevaba fatal con Helena. En realidad, ella advirtió a su padre que no debía mandar a Paris a Esparta para tratar con el rey Menelao porque eso llevaría la destrucción a Troya. Pero ni caso. No le hicieron ni caso. Cuando Paris regresó con Helena, Casandra alzó la voz para señalarla diciendo

que la reina de Esparta sería la causa de todas las desdichas. Pero su padre no escuchó tales advertencias. Al parecer, solo había una persona en Troya que se tomaba en serio las predicciones de Casandra: su hermano Héleno. Quizá por eso intentó marcharse en cuanto comenzó la guerra, con tan mala suerte que las tropas de la coalición griega le descubrieron y allí acabó su fuga.

Helena y Casandra se llevaron mal desde el primer momento. Pero si nos ponemos en la piel de Casandra podemos comprender su desesperación. Ella sabía que Troya sería destruida y le profetizó a Eneas que sería el único de los jefes del ejército troyano que lograría sobrevivir a la caída de la ciudad. Por eso, cuando apareció ante las murallas de Troya el caballo de madera ideado por Ulises, instó a hacerlo pedazos, pero los suyos no se lo permitieron.

Cuando los griegos se hicieron con la ciudad, Áyax, el gigante Áyax, no tuvo reparo en violarla pese a que Casandra se había refugiado en el templo de Atenea. A la diosa le sentó fatal que utilizaran su templo para esos menesteres y, aunque hasta aquel momento había ayudado a los griegos, decidió darles una lección y se conchabó con Poseidón para dificultarles el regreso por mar a sus reinos. Y vaya si lo consiguió.

¿Y Casandra? ¿Hizo Atenea algo por Casandra? Pues no. La diosa permitió que se cumpliera el destino del que Casandra sabía que no podía escapar: era parte del botín de guerra y como tal se convirtió en esclava. Como era una mujer bella, le tocó formar parte del lote de cautivos que le correspondía al poderoso rey de Micenas, Agamenón. Pero ella sabía que convertirse en favorita de Agamenón no era ninguna bicoca porque, al poco de que llegaran a Micenas, sería asesinada por la esposa de este, la reina Clitemnestra. ¿Tenía Clitemnestra un motivo especial para odiar a la hija de Príamo? Sin duda fue parte de su venganza contra Agamenón, que no había vacilado en acudir a la guerra de Troya tras entregar como sacrificio a su propia hija para que los dioses les fueran propicios a los griegos y el viento permitiera a sus naves llegar hasta la costa troyana. Si Agamenón se había encaprichado de Casandra, ella también debía sufrir para apaciguar el dolor de la propia Clitemnestra. No, Casandra no podía vivir porque Clitemnestra necesitaba borrar la memoria de Agamenón.

En alguna ocasión he pensado cómo sería, qué sensación experimentaría en caso de conocer el futuro sabiendo que nadie puede zafarse del destino. ¿Maldición o ventaja? La verdad es que creo que Apolo fue realmente cruel condenando a Casandra a saber lo que iba a pasar el resto de su vida, pero sin tener la más mínima oportunidad de cambiar ni una coma de lo previsto por los dioses.

A los seres humanos corrientes nos cabe la esperanza o al menos la ilusión de pensar que tenemos las riendas de nuestra vida, y que los aciertos y los errores son consecuencia de decisiones que hemos adoptado libremente. En realidad, creo no

tener dudas de que somos responsables de cuanto hacemos, porque lo contrario sería negar la libertad del hombre.

Pero en otras ocasiones pienso que a lo mejor la maldición que Apolo lanzó a Casandra se ha extendido a todos los humanos y que nuestro destino está escrito sin que apenas podamos cambiarlo.

Intento no ser pesimista, pero ¿y si fuera así?

Me produce tal desazón pensarlo que quizá por eso siento especial debilidad por Casandra, una mujer que sabía que no tenía la menor oportunidad de cambiar su historia, pero tampoco la de los seres que amaba, puesto que al don de la clarividencia se le unía el saber que todas las vidas están predestinadas y que son vanos los sueños y las esperanzas.

Briseida o la otra guerra por una mujer

Si Helena fue el detonante de la guerra entre los griegos y los troyanos, Briseida estuvo a punto de que los griegos perdieran la guerra por el enfrentamiento entre Aquiles, héroe entre los héroes, y Agamenón, rey entre los reyes. Un auténtico duelo de egos.

La *Ilíada* se detiene en el rapto de Helena, pero sobre todo en las hazañas de los héroes, y entre todos ellos reluce Aquiles, el hombre cuyo liderazgo y valor era admirado por cuantos combatieron frente a las murallas de Troya.

En realidad, Aquiles era un semidiós, puesto que, como recordaba en unas líneas anteriores, su padre, Peleo, rey de Tesalia, era mortal, pero su madre, Tetis, era una diosa.

Como las madres sabemos cómo son nuestros hijos, Tetis sabía que Aquiles sería un ser impulsivo y colérico, y como diosa que era y podía ver el futuro, intentó preservarle de una muerte temprana y por eso le bañó en la laguna Estigia, cuyas aguas tenían el poder de convertir en inmortal a quienes en ellas se sumergían. El problema fue que sujetó al recién nacido por el talón, y ese talón sería el único punto mortal en el cuerpo de su hijo.

Aquiles tuvo como tutor al centauro Quirón, un sabio maestro de héroes. Estaba llamado a ser «el de los pies ligeros», según la descripción de Homero, pero su madre, que, como todas las madres, intentaba proteger a su hijo hasta de él mismo y procuraba alejarle de cualquier peligro, le envió una temporada a la isla de Esciros. Allí tuvo una aventura con Deidamía, hija del rey Licomedes, y el resultado fue un niño, al que pusieron por nombre Neoptólemo, que era rubio como su padre.

En realidad, Aquiles vivió para la gloria. Homero se encargó de que así fuera:

> *Canta, oh diosa, la cólera del pélida Aquiles;*
> *la cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos*
> *y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes.*

Y sí, fue Briseida la causa de la cólera de Aquiles, la mujer que Agamenón le disputaba, y aquella disputa estuvo a punto de provocar que el viento de la suerte cambiara de rumbo para favorecer a los troyanos en el campo de batalla.

Pero ¿quién era Briseida? ¿Qué tenía aquella mujer para provocar un enfrentamiento feroz entre Agamenón, el más rey de todos los reyes, y Aquiles, el más valiente de todos los héroes?

¿Acaso poseía la belleza de Helena? ¿Era hija de algún dios?

Cuando ya de mayor leí la *Ilíada*, la figura de Briseida me despertó una profunda curiosidad. No dejaba de preguntarme qué tenía de especial aquella mujer convertida en esclava. Y sin dudar de sus cualidades, llegué a la conclusión de que no era por ella por quien competían Aquiles y Agamenón, sino que ser su dueño indicaba ni más ni menos quién tenía más poder. Así que Briseida era sobre todo un símbolo, y las mujeres sabemos lo mucho que significa para los hombres la simbología del poder. Aún hoy hay hombres que eligen que sus compañeras tengan determinados atributos para evidenciar su poder.

Sabemos que Briseida era hija de un sacerdote de nombre Briseo y que nunca tuvo las riendas de su vida. Siendo una niña la casaron con el rey Mines de Lirneso y, para colmo, Maires, su suegra, no le tenía un ápice de simpatía.

Por si fuera poco, se convertiría en esclava de Aquiles, como parte del botín cuando este y sus hombres derribaron las murallas de Lirneso. Ese día Briseida perdió a sus hermanos luchando contra los mirmidones que obedecían ciegamente a Aquiles.

Y fue testigo de cómo su esposo, el rey Mines, luchó con valor defendiendo su ciudad contra el asalto de Aquiles, y de cómo los aqueos saqueaban la ciudad cargando con cuanto encontraban a su paso. Y entonces le llegó su turno junto al resto de las mujeres, esclavas y señoras. Los hombres las llevaron sin miramientos hasta los barcos como una mercancía más, eran solo parte del botín. Las reglas de la guerra, de cualquier guerra, siempre son iguales: para el vencedor, el botín y la gloria; para quien la pierde, solo un deseo: sobrevivir preguntándose si uno se puede olvidar de quién ha sido.

Qué menos que la mejor parte del botín se la llevara Aquiles y, por tanto, que de entre todas las mujeres le entregaran a Briseida, pues, al fin y al cabo, había sido reina de Lirneso.

Hay un libro de Pat Barker en el que novela la historia de Briseida. Sinceramente, desconozco hasta dónde limita la realidad con la imaginación de la autora, pero sin duda *El silencio de las mujeres* —que así se titula— resulta conmovedor.

El caso es que otra mujer, la joven Criseida, otra víctima de aquella guerra y de los héroes, fue la causa indirecta de que Agamenón y Aquiles se enfrentaran a causa de Briseida.

Agamenón despreciaba a Clitemnestra, su esposa, y ella le correspondía de igual modo porque su marido había matado a uno de sus hermanos. Agamenón no se recataba de evidenciar lo poco que le gustaba su esposa. Así que a nadie le extrañó que se encaprichara de Criseida, una joven virgen, hija de un sacerdote de Apolo. Agamenón se la quedó para él como quien se queda con un objeto que le gusta. La situación provocó el enfado del padre, que intercedió ante Apolo por su hija. Y ya se sabe que la ira de los dioses no tiene parangón. Así que cuando el campamento aqueo se vio asolado por la peste llamaron al adivino Calcante para que les explicara a qué se debía el castigo de los dioses. Calcante lo dijo alto y claro: Apolo había lanzado una maldición por el agravio cometido por Agamenón contra Criseida y, o se la devolvía a su padre, o la ira del dios iría en aumento. Agamenón no se atrevió a contrariar a Apolo y tuvo que devolver a Criseida, pero eso exigió que los otros reyes le entregaran parte de su botín, y decidió que, esclava por esclava, a cambio quería a Briseida, la reina convertida en esclava de Aquiles.

A partir de aquel momento Aquiles hizo huelga de brazos caídos, decidió que no volvía a combatir y que allá se las arreglaran Agamenón y los otros reyes. Pero su actitud tuvo consecuencias.

La ira de Aquiles le costó la vida a Patroclo, que era su mejor amigo. Porque en vista de que el ejército aqueo desde la retirada de Aquiles no levantaba cabeza, decidió asumir su papel. Los hombres querían a Aquiles en el centro de la batalla, pero él se negaba a combatir. Patroclo sabía que sin Aquiles perderían la guerra. Así que, sin el consentimiento de este, se colocó su armadura, su casco y sus grebas y empuñando su lanza se presentó en la batalla haciéndose pasar por el héroe. Y fue otro héroe, Héctor, quien le dio muerte. Héctor, el hijo más querido de Príamo, el príncipe valiente de Troya, el hombre cabal y responsable. Héctor acabó con la vida de Patroclo. Allí empezaba otra tragedia. Porque la *Ilíada* es una sucesión de tragedias.

A partir de ese momento Briseida volvió a cambiar de manos. Agamenón se la devolvió a Aquiles y este regresó al combate para vengar la muerte de Patroclo, mató a Héctor y profanó su cuerpo arrastrándolo atado a su carro de guerra alrededor de las murallas de Troya.

¿Qué pensaría Briseida? ¿Sentiría rabia, pena, miedo? ¿Sentiría piedad por Helena, que había desencadenado la guerra entre aqueos y troyanos? ¿La comprendería mejor ahora que se había convertido en un trofeo provocando a su vez una batalla venenosa entre Agamenón y Aquiles? Dos gallos arrogantes, soberbios, queriendo marcar su territorio de poder también a través de la posesión de una mujer. Porque Briseida, de capricho se convierte en símbolo.

No dejo de preguntarme qué sentía Aquiles por Briseida. ¿Era solo un trofeo o tuvo algún sentimiento cálido hacia ella? ¿Le dolió entregársela a Agamenón porque

significaba algo para él o simplemente le dolía su orgullo? ¿Sufrió también Briseida la cólera de Aquiles? ¿Acaso él le reprochó que por su culpa Patroclo estaba muerto o tuvo la decencia de reconocer que había sido su incapacidad para sujetar la cólera la que había provocado la muerte del amigo? Después Briseida fue entregada como esposa a Alcides, uno de los lugartenientes de Aquiles. ¿Acaso alguien le preguntó si quería desposarse?

Sí, hay dos grandes protagonistas en la *Ilíada*, Helena y Briseida. Las dos mujeres desencadenaron batallas terribles entre unos hombres que buscaban el botín y la gloria, y ellas solo fueron la excusa que necesitaban por más que las hayan señalado como culpables de tantas desgracias.

El eterno viaje a Ítaca

Hay estudiosos de la *Odisea* que aseguran que el relato del viaje de Ulises esconde una carta marítima y algunos incluso han localizado los lugares por los que navegó perdido en el mar de Poseidón. No sé si esta teoría tiene alguna base real, aunque pudiera ser. Hace unos años, mi amigo Gabriel Jiménez me regaló un libro de un navegante solitario que se propuso demostrar que cuanto decía Homero era cierto. Qué mejor que una larga historia para ir señalando lugares y accidentes geográficos peligrosos para los marinos que se hacían a la mar.

Quiero creer que cuando he navegado por el Mediterráneo lo he hecho en muchas ocasiones por los mismos lugares que lo hizo Ulises. Por ejemplo, Túnez y la isla de Yerba, que parece que era la tierra de los lotófagos. Se describe en el episodio en el que los compañeros de Ulises se aficionan a comer hojas de loto y se olvidan de Ítaca hasta que su rey les recuerda que sus mujeres y sus hijos aguardan su regreso.

Confieso, también, mi emoción cada vez que navego por la costa de Sicilia y fijo la mirada en el Etna, ya que en la *Odisea* se cuenta que Ulises se enfrentó con el cíclope Polifemo en un lugar cerca de un volcán y en cuya costa había varias islas. Así que quiero creer, cuando nado en aquellas aguas, que lo mismo Polifemo está al acecho en alguno de los recovecos de aquella costa rocosa.

Otro lugar en disputa es la isla de Eolo, el dios del viento; unos aseguran que la isla no es otra que Pantelaria, que se encuentra entre Sicilia y Túnez, y es una isla en la que rompen varias corrientes y el viento parece que nunca amaina. Otros ubican en Sicilia el episodio de Eolo y el odre de los vientos que la codicia de los marineros abrió, pese a las advertencias del dios, provocando una tormenta que a punto estuvo de hundir el barco en el que navegaban rumbo a Ítaca retrasando así la vuelta a sus hogares.

En cuanto al encuentro entre Ulises y las sirenas parece que el lugar no es otro

que Estrómboli, una isla que está cerca del estrecho de Mesina. El héroe se salvó de ellas gracias a los consejos de Circe. Muy cerca está el lugar donde habitaban Escila y Caribdis. Un monstruo marino y un remolino voraz.

He navegado por el mar de Ulises sin saber que estaba siguiendo sus huellas. Y he pisado su tierra, Ítaca, pequeña y angosta, cuya sobriedad de paisaje sugiere que Ulises no fue precisamente un rey rico. También he nadado en las aguas de Ítaca contemplando su costa escarpada y preguntándome si lo estaba haciendo en las mismas en las que habrían nadado Ulises o su hijo Telémaco.

Conocer Ítaca no me decepcionó, al contrario, la isla es lo que en la *Odisea* se relata que es. Vathí, la capital, es apenas un pueblo grande donde sus habitantes miran con indiferencia a los turistas que, *Odisea* en mano, se aventuran a recorrer la isla. Incluso hay un deje de escepticismo cuando se les pregunta por el recuerdo de Ulises.

Frente a Ítaca está Cefalonia, una isla más grande que hubiera sido digna de un rey. Pasé un verano con mi familia entre Ítaca y Cefalonia siguiendo las que creíamos que eran las huellas de Ulises.

Pero sobre todo Ítaca, pequeña, dividida por un espinazo rocoso de montañas entre el norte y el sur. Con pueblos pequeños y abigarrados y panagias, capillas bizantinas diminutas. Recuerdo la Cueva de las Ninfas, donde Fermín hizo leer a nuestro hijo, allí mismo, el pasaje de la *Odisea* donde se habla del lugar. O la visita a la fuente de Aretusa, o pasear entre los restos de una construcción de la Edad del Bronce, ¿acaso el que fue el palacio de Ulises? Están situados cerca del monasterio de Panagia ton Cazaron. Al otro lado de la isla hay otro yacimiento arqueológico en Pelicata.

En realidad, no son muchos los viajeros que desembarcan en Ítaca, las más de las veces pasan unas horas o un día. Su infraestructura hotelera es escasa y sus playas rocosas no invitan a los turistas. Lo que atrae a los viajeros es el mito de Ulises, el viajero por antonomasia.

Y pienso que mejor así, o de lo contrario terminaría pareciéndose a una postal turística.

Penélope

No, no puedo pasar por alto ni a Penélope ni a Circe. Son las dos mujeres que más me interesan de la *Odisea*, por más opuestas que sean la una respecto de la otra.

El caso es que a través de los siglos nos han representado a ambas como arquetipos contrapuestos. Penélope es la mujer fiel cuyo único objetivo es servir bien a su marido, cuidar de su reino, su hijo y su hacienda. Mientras que a Circe nos la muestran como la embaucadora malvada que logra retrasar el regreso de Ulises a la patria. O sea que a Circe nos la presentan en el siempre preterido papel de «la otra»,

aunque naturalmente no se quedará con el hombre porque, pase lo que pase, este siempre regresa a casa.

Sin embargo, pienso y siento que las interpretaciones sobre ambas son simplificadoras. Ni Penélope es un pan sin sal que aguarda resignadamente el regreso del héroe, ni Circe una lagartona robamaridos. Son dos mujeres inteligentes, valientes, plenas, que saben lo que quieren y que, a su manera, a la manera del tiempo que les ha tocado vivir —muchos siglos antes de Cristo—, son independientes, tienen criterio propio.

Penélope se mueve en un mundo de hombres en el que ellos creen que es una pobre mujer indefensa fácil de dominar. Y ella no les lleva la contraria. No presume de sus habilidades ni de su fortaleza. En cuanto a Circe, es una semidiosa y, por tanto, no cabe que se engañe a sí misma, sabe que su historia de amor con Ulises tiene fecha de caducidad por más que intente alargar su tiempo con él. Es además la amiga leal, la que antepone su pena, su pérdida, a la amistad que le profesa, porque a la postre se tratan de igual a igual.

Si Ulises se va a luchar durante diez años ante las murallas de Troya y además se deja llevar por el destino navegando durante otros diez por el Mediterráneo, es porque sabe que su reino y su hacienda están a buen recaudo con Penélope. Él la conoce y confía en ella. De hecho, cuando parte hacia Troya le encarga que cuide del reino. Un hombre desconfiado como Ulises no hubiera dejado su reino en manos que no supiera tan leales como firmes. Sin duda, conocía la inteligencia y la templanza de su mujer.

Es más, creo que si Ulises eligió como esposa a Penélope fue por lo mucho que tenían en común; entre otras cosas, la cautela. Se parecen, ambos evitan cualquier beligerancia con los ajenos, y cuando se tienen que enfrentar a un problema, buscan soluciones y lo hacen observando las debilidades de los contrarios.

Penélope es prudente y se caracteriza por pensar antes de actuar. No se deja llevar por ningún arrebato, su tranquilidad y su aparente equidistancia es lo que la hace fuerte a la hora de ejercer como reina absoluta en ausencia del rey. Le cubre la espalda a Ulises con naturalidad, sin hacerlo notar.

En realidad, Penélope se convierte en la verdadera gobernante de Ítaca, y para ello hace uso de una astucia tan elevada como la del propio Ulises. No se limita a conservar el reino para su marido ausente, sino que gobierna con determinación defendiendo su estatus y la herencia de su hijo.

Sin embargo, durante siglos, la lectura que se ha hecho de la figura de Penélope no le hace justicia. Es una lectura masculina, interesada. Nos la presentan como el ama de casa habilidosa y resignada. Poco más que dedicada a «sus labores».

Homero la describe en la *Odisea* como una mujer de carácter templado e inteligente, solo así se comprende que, en un mundo de hombres, los habitantes de

Ítaca no cuestionaran su autoridad y pudiera mantenerse al frente del reino durante la ausencia prolongada del marido, un marido del que nadie sabía si iba a regresar y al que todos empezaron pronto a dar por muerto. Todos menos Penélope.

Sin duda fue toda una proeza mantener las riendas del poder siendo una mujer y sin otra autoridad que la de ser la esposa del rey ausente. Pero ella poseía una cualidad intangible: *auctoritas*, y era una cualidad propia, no delegada. Es de suponer que los habitantes de Ítaca no dejaron de preguntarse si Ulises regresaría algún día, puesto que hasta allí llegaron las noticias de que los aqueos habían vencido en Troya y los reyes habían regresado a casa. Solo él, Ulises, parecía haberse perdido en la infinitud del mar, ¿o acaso había perecido durante su regreso?

Pero allí estaba Penélope, inconmovible, guardando la herencia de su hijo Telémaco y procurando frenar los impulsos del muchacho. Sabe que puede dar un paso en falso y perdería el reino a manos de cualquiera de los pretendientes, los hombres que en ausencia de Ulises calculaban la manera de hacerse con Ítaca.

Claro que ella también hacía sus cálculos, por lo que estiró el tiempo cuanto pudo sabiendo que la vida de su hijo llegaría a estar en peligro porque, al fin y al cabo, era el heredero de Ulises.

La profesora Carmen Estrada en *Odiseicas* nos da cuenta de la astucia de Penélope cuando, pasados los años, sabedora de que algunos hombres estaban decididos a hacer suya Ítaca y para eso nada les importaba segar la vida de Telémaco, comprendió que solo tenía una solución y era aceptar casarse con alguno de aquellos pretendientes.

La historia es conocida. Empezó a darles carrete, a dejarse pretender, a intentar enfrentar a unos con otros. Y de ahí al ardid de tejer un manto y prometer que, una vez terminado, elegiría marido, y para alargar el tiempo destejía cada noche lo que tejía por el día.

Pienso que Penélope fue una mujer con recursos fruto de su inteligencia, todo lo contrario a esa imagen de mujer simplona y tradicional con que nos la han presentado. Si solo fuera un ama de casa sin ninguna iniciativa, no lo habría logrado. Y comparto la tesis de la profesora Estrada de que Penélope reconoció a Ulises cuando este llegó a Ítaca, y que este además le dio algunas pistas. Ulises no se comporta como un mendigo cualquiera y Penélope lo percibe, y quién sabe si no le reconoce desde el primer momento, aunque decide seguirle la corriente al pensar que su marido tiene su propio plan para hacerse presente en su reino.

En realidad, son una pareja con un carácter similar, las cualidades de uno son las del otro; acaso solo hay algo en lo que Penélope supera con creces a Ulises y es en su apariencia física. En la *Odisea* se la describe como una mujer muy bella, mientras que Ulises es un tipo viril, pero no precisamente un hombre agraciado.

Hay una divinidad trascendental en la vida de Ulises. Nada menos que Atenea.

La diosa le protege, ya sea durante el asedio de Troya o durante su largo periplo de vuelta a casa. Y eso que Poseidón, tío de Atenea, le hace la vida imposible. Pero quién sabe lo que hablan los dioses entre ellos, quizá la sabia Atenea lograra en algunos momentos apaciguar la ira de Poseidón contra su protegido.

Y es que Atenea es una diosa poderosa, arbitraria, eso sí, como todos los dioses, pero siempre leal con quienes decide amadrinar.

A mí me cae bien Atenea. Quizá es mi diosa favorita, y en cada ocasión que viajo a Atenas subo hasta la Acrópolis para visitar el Partenón. Quiero creer que sigue allí impertérrita o acaso enfadada ante la riada de turistas. Claro que Atenea también tiene su punto de vanidad y quizá le complazca observar a esos miles y miles de personas que, año tras año, acuden a visitar su templo encaramado en la roca sagrada, desde donde se divisa toda Atenas.

Para rendir tributo a Atenea lo mejor es subir a la Acrópolis a primerísima hora, antes de que el ruido y el fluir de la gente hagan imposible encontrarse con ella. Sí, me cae bien Atenea, pero no dejo de sentir cierto estremecimiento sabiendo cómo se las gasta cuando alguien no cuenta con su favor.

Circe

En cuanto a Circe... Hay algo trágico en la figura de esta hija del dios Helios y de la ninfa Perseis. Sí, su tragedia radica en que es diferente; tiene, como todos los dioses, poderes, pero los suyos resultan inquietantes y la convierten en una paria incluso entre los otros dioses. Es una incomprendida, aunque la frase parezca más apropiada para una joven de hoy que para una diosa de antaño. Pero es así. Al fin y al cabo, los hombres somos un pálido reflejo de los dioses.

Pero hay mucho de humano en Circe, ya que, al igual que las mortales, es capaz de padecer por amor, y no digamos cuando el objeto de su amor es el hombre equivocado. Es lo que le pasó con Glauco, un pescador, un mortal y un caradura, como verán más adelante, al que, usando artes primitivas y prohibidas, logró convertir en inmortal y sentarlo a la mesa de los dioses.

Con lo que Circe no contó es con que Glauco se iba a enamorar profundamente, pero... no de ella, sino de otra ninfa bellísima de nombre Escila. Y se vengó, se vengó como se vengan los que sufren de despecho, e hizo un encantamiento con una pócima convirtiendo a la hermosa Escila en un monstruo, lo que desató la furia de Helios, su padre, que de acuerdo con Zeus decidieron castigarla desterrándola a una isla desierta donde no pudiera hacer uso de sus poderes sobre los demás. ¡Fíate de la familia!

Seguramente, Circe aprendió la amarga lección que apareja el amor no correspondido. En realidad, se enamoró del hombre equivocado, un tipo fatuo y aprovechado, que no vaciló en sacar rédito de su relación con Circe, que sin duda le

sirvió de trampolín para codearse con los mandamases del mundo de los dioses.

Definitivamente, me cae mal Glauco y me siento solidaria con el dolor de Circe.

Recomiendo una novela deliciosa, *Circe*, escrita por Madeline Miller, una estudiosa del mundo clásico.

A Circe se la describe como una hechicera con poderes capaz de dominar el cuerpo y la mente de los hombres. En realidad, la temen por su sabiduría y su talento.

Lo cierto es que es experta en curar heridas gracias a su conocimiento de las hierbas, con las que prepara ungüentos. Y ya saben, a lo largo de la Historia muchas mujeres que tenían talentos específicos como los de Circe enseguida eran tachadas de brujas. En su caso, el calificativo de «maga» es más benévolo.

Pero ¿dónde se encuentra la isla de Eea, el hogar de Circe? Estrabón la sitúa en el monte Circeo, al sur del Lacio, allí existe una cueva que naturalmente denominan «Circe» y hay restos de un templo. Parece que fue un islote unido a tierra por un istmo.

Ulises llega a la isla de Circe curtido ya en todos los sobresaltos que ha ido encontrando en la navegación de regreso a Ítaca.

Ha sobrevivido a los cíclopes, ha derrotado a Polifemo y ha soportado los ataques furiosos de Poseidón, el dios del mar.

En la *Odisea* Homero nos cuenta que al desembarcar en Eea, Ulises decide enviar a Euríloco, que era su cuñado, junto a algunos hombres a explorar la isla mientras él aguarda en la playa con los demás. Es un lugar paradisiaco, con animales paciendo tranquilos, ajenos a cualquier peligro. Y aquí viene el famoso relato de Circe convirtiendo a los hombres de la avanzadilla en cerdos.

¿Por qué lo hace? Seguramente, para defenderse. Hay que imaginar lo que podrían hacer en esa época aquellos hombres, acostumbrados a utilizar a las mujeres a su antojo como mero botín en sus correrías, al encontrar una casa en medio del bosque con cuatro ninfas en compañía de una mujer tan hermosa como regia cantando y tejiendo.

Circe pudo leer en los ojos de esos hombres la lujuria, de ahí que haga uso de un hechizo transformándolos en cerdos. Es una manera de pararles los pies. Podría haberlos matado, pero no lo hace. Su hechizo tiene carácter preventivo. Bien por ella.

En realidad, Circe sabe de Ulises a través de Hermes, hijo de Zeus y de la ninfa Maya. Según la mitología, Hermes es el mensajero de los dioses y un poco correveidile. También es un dios que protege a los viajeros, de manera que le ha susurrado a Ulises unas cuantas cosas sobre cómo tratar a Circe, aconsejándole que antes de beber el vino o el agua que le ofrezca, deslice en la copa algunas hojas de una planta que le preservará de cualquier encantamiento.

Ulises se planta ante Circe y la desafía. Demuestra que no le tiene miedo. Quizá

Circe sabía que el destino de ambos estaba escrito y le aceptó de inmediato sin importarle que ese amor que iban a sentir el uno por el otro tenía fecha de caducidad. Pero se amaron sin que Circe utilizara ningún truco para retenerle. Fue un amor entre iguales, y tengo la intuición de que Circe fue la única mujer, además de Penélope, a la que Ulises quiso de verdad.

Homero nos cuenta que Circe sabía que Ulises no se quedaría, y no intentó engañarle para que lo hiciera, sino que le ayudó cuanto pudo a cubrir el último tramo de su viaje a Ítaca. Le mostró el camino hacia el Hades, donde nuestro héroe se encontró con su madre, Anticlea. Allí conversará con Aquiles, al que encuentra penando en el inframundo. No me extraña. Y también allí un adivino, el ciego Tiresias, le anunciará que conseguirá regresar a Ítaca. Será después de su visita al Hades cuando Ulises decida que ha llegado la hora de reemprender el viaje. Circe le enseñará cómo sortear la llamada traicionera de las sirenas y cómo sobrevivir a la travesía entre Escila y Caribdis.

¿Cuánto tiempo se quedó Ulises en la isla de Circe? ¿Un mes, un año, dos? Nadie lo sabe, Homero no lo cuenta. En cualquier caso, la descripción que hace de Circe está cargada de admiración, incluso diría que de respeto. Circe no es una aventura más en el camino de Ulises, sino una mujer a la que nunca olvidará.

Y quizá, no lo sé, a quien tampoco pudo olvidar es a Nausícaa, hija de Alcínoo, el rey de los feacios y su esposa Arete. Joven, bellísima, virginal. Así nos la describe Homero y así la debió de ver Ulises, aunque no se enamoró de ella. Quiso casarse con él, pero Ulises, que había perdido la memoria, sintió la llamada de Ítaca y el recuerdo de Penélope, y dejó a Nausícaa, no sin antes reconocer en ella a un ser extraordinario, limpio de maldad.

Extraordinaria también era la personalidad de Calipso, una ninfa con poderes de diosa que retuvo a su lado al héroe durante varios años. Le ofreció la inmortalidad si se quedaba con ella, pero él prefirió continuar siendo libre y mortal. Ulises aprecia su libertad y vence, pues, la tentación de dejar de ser hombre para alcanzar la vida eterna junto a una mujer que le ama sin sombras. No es una elección fácil, pero el héroe no sucumbe en mi opinión, reitero, porque no se enamoró de ella, fue tan solo una aventura placentera.

Argos

Uno de los episodios que más me gustan de la *Odisea* es la llegada de Ulises a Ítaca. Homero cuenta que, al principio, nadie parece reconocerle excepto Argos. Sí, su fiel y leal Argos, su perro, el que le acompañaba a cazar, el que se sentaba a sus pies, el que le seguía en sus recorridos por el pequeño reino, el que le ha esperado todos esos años en que Ulises ha vagado por el mar, el que cuando se topa con él a su vuelta, aun disfrazado le reconoce y siente tanta emoción que se le rompe el corazón.

Hoy, escribo con Argos sentado a mi lado. Sí, Argos, ya anciano como lo era el Argos de Ulises cuando este regresó a Ítaca. Mi querido Argos, que llegó a nuestra Ítaca hace ya trece años y desde entonces nos acompaña regalándonos su cariño y su lealtad. Mi querido Argos.

Entre Roma y Oriente

Egipto es el viaje. Lo supe cuando fui por primera vez. Era exactamente el lugar con el que, desde niña, soñaba sin saber dónde estaba. La imaginación que me llevaba a lugares lejanos en los que el misterio y la aventura se mezclaban con el mar, el calor, el desierto, los monumentos de la Antigüedad y las leyendas, y sobre todo la inquietud de lo imprevisto. El lugar existía, es Egipto, donde resulta imposible no toparse con la huella de Roma. Así que, aunque he viajado por tantos y tantos países, sigo considerando Egipto como el «gran viaje».

Cuando viajo a la tierra de los faraones, siento un cierto estremecimiento pensando que algo inesperado, incluso insólito, va a pasar a la vuelta de cualquier esquina.

La primera vez que aterricé en El Cairo, al salir del aeropuerto y sumirnos en el caos del tráfico, sintiendo el azote del aire caliente con olor a especias, supe que me iba a enamorar irremediablemente de Egipto.

Para mí, este país está unido a la historia de cuatro mujeres: la «faraona» Hatshepsut, Nefertiti, Cleopatra e Hipatia. Aún hoy sus nombres continúan despertando admiración. Sus historias engrandecen Egipto. Ser sujetos de la Historia como lo fueron ellas, como lo son, evidencia su grandeza.

Empezaré por las tres primeras, mujeres fuertes, enigmáticas, que luchan por el poder en un entorno hostil y que en el caso de Hatshepsut y de Nefertiti son más las incógnitas que las certezas.

Vuelvo a la primera vez que visité la tierra de los faraones. Las pirámides, el Museo Arqueológico, el Valle de los Reyes... Sí, era imposible no sentirse sacudida por la grandiosidad de cuantos monumentos iba visitando pero, sobre todo, me

impresionó la historia de una mujer de la que se sabe poco porque se intentó borrar su memoria. Me refiero a Hatshepsut. Su nombre significa «La más importante». Su nombre reflejaba la realidad. No fue solo una reina, fue algo más: un faraón.

En el valle de Deir el-Bahari, a los pies de un acantilado rocoso, impresionante y rodeado por las arenas del desierto, se encuentra el templo de Hatshepsut. Al verlo aquella primera vez pensé que estaba frente a uno de los edificios más «modernos» que había visto nunca, tanto que pregunté si nos habíamos equivocado y estábamos delante de una central nuclear o algo similar. El templo es una obra arquitectónica imponente que se alza majestuoso, casi desafiante, como para que nadie olvide que fue erigido a mayor gloria de una mujer que ostentó todo el poder convirtiéndose en faraón —el quinto faraón de la dinastía XVIII del Imperio Nuevo—, cuyo reinado se sitúa en el siglo XV a. C.

Hija de Tutmosis I y de su esposa, la reina Ahmose, por nacimiento era una princesa. Pero sus padres no tuvieron hijos varones. Ay, la primacía del varón sobre la hembra que aún persiste hasta hoy en muchas monarquías, ¡entre otras, la nuestra!

Tiene una explicación, según dicen los historiadores, claro. Los varones garantizaban la defensa del reino, de la hacienda, mientras que el papel de las mujeres se reducía a alumbrar hijos que pudieran garantizar la continuidad, ya fuera de un reino, de la tienda de un comerciante o de las tierras de un porquero.

El «sexo débil», así nos han calificado a lo largo de los siglos, anteponiendo la fuerza física a la inteligencia, la astucia, la tenacidad, la resistencia... Como si para sobrevivir fuera más necesaria la fuerza física que la inteligencia.

Pero no voy a ponerme ahora a cuestionar lo sucedido, que fue que el faraón Tutmosis I ordenó casar a su hija con otro de sus hijos, este parido por otra de sus esposas, una noble mujer que era una reina de segunda, por decirlo de alguna manera. Así que el faraón casó a sus dos hijos, medio hermanos, pero el que iba a ser conocido como Tutmosis II no gozaba de buena salud y murió. En el Antiguo Egipto, entre la realeza era habitual el matrimonio entre hermanos.

Pero como el papel de las mujeres estaba concebido para el placer y para dar hijos a los hombres, imagínense las que podía tener un faraón. Así que, muerto el nuevo faraón, buscaron a otro niño de su harén. Al parecer, la saga de los Tutmosis no tenía facilidad para concebir hijos, porque les costó encontrar un candidato, este hijo de una esposa secundaria de manera que Hatshepsut se convirtió en la regente gobernando en nombre de un niño que era a su vez hijastro y sobrino. ¡Menudo lío! ¿Qué pasó a continuación? Pues que al cabo de unos años Hatshepsut cambió su labor de regente por la de faraón.

Las estatuas y las pinturas en las que aparece ya convertida en faraón nos la presentan con algunos de los atributos de los faraones: corona, falda corta y, lo más importante, barba. Una barba postiza, claro está. Ay, la barba como atributo

masculino. ¿Fue decisión suya aparecer así o era la única manera de asentar su autoridad habida cuenta de que era mujer? Porque una cosa es ser reina, en definitiva, la consorte de un rey, y otra convertirse en faraón. De modo que masculinizaron su imagen para hacerla digna de la función que ostentaba, como si el hecho de ser mujer —como diría en una de sus obras Lillian Hellman— la convirtiera a una en un ser inacabado.

Sin embargo, es curioso que aunque sus imágenes tendieran a presentarla como un faraón, en los pictogramas se recordaba que era mujer. ¿Fue esta una decisión de la propia Hatshepsut para que nadie olvidara su condición femenina? ¿Quiso demostrar que para gobernar no hace falta ningún atributo masculino? ¿O simplemente fue la manera de no traicionarse a sí misma negando su propia identidad? Ser mujer no le impidió convertirse en comandante en jefe de su ejército para defender las fronteras de su reino, aunque, si nos atenemos a la Historia, parece que su reinado fue más pacífico que belicoso, quizá gracias a su inteligencia.

Desde luego, impulsó el comercio, y en los textos de la época se refieren al intercambio comercial que mantenía con la rica Tierra de Punt, que no se sabe exactamente dónde está, aunque algunos historiadores la sitúan en la región que se extiende entre Eritrea, Etiopía y Somalia.

Yo recuerdo que viendo los pictogramas y los dibujos de su templo el guía me señaló una imagen que nos hizo sonreír. Sobre un asno, una mujer rolliza y unas palabras: «Pobre burro el que cargó con la gorda».

Bueno, gorduras aparte, parece que de esa tierra misteriosa transportaban, entre otras cosas, mirra que, destilada como aceite, Hatshepsut utilizaba para su belleza personal.

Los egiptólogos se las han visto y deseado para reconstruir su historia porque no había evidencias de su existencia, o mejor dicho, no se encontraron esas evidencias hasta el siglo XIX, cuando la egiptología alcanzó su esplendor y algunos arqueólogos hallaron en los jeroglíficos inscripciones con el nombre de Hatshepsut dando cuenta de sus hazañas y que revelan que fue una buena gobernante que dotó a su país de estabilidad y prosperidad. Más allá de la propaganda contenida en los jeroglíficos, no hay que perder de vista que si reinó largo tiempo y no fue asesinada o desplazada del poder, aun compartiéndolo con ese hijastro-sobrino que fue Tutmosis III, era porque tanto la casta sacerdotal como el ejército la consideraban capaz y digna de ejercer como faraón.

Sin embargo, cuando murió, intentaron borrar su memoria; sus templos, sus estatuas y los vestigios en piedra de su existencia fueron brutalmente mutilados. ¿Por qué? ¿Por qué esa saña para hacer desaparecer su recuerdo?

La historia de Hatshepsut está repleta de incógnitas. ¿Por qué se convirtió en faraón? ¿Por qué su sucesor, hijastro y sobrino, quiso borrar la huella de esta mujer?

¿Qué los separaba? Durante mucho tiempo los estudiosos creyeron que Hatshepsut había dado un golpe de Estado arrebatando el poder a Tutmosis III pero, si hubiese sido así, y dadas las costumbres de la época, seguramente Tutmosis III no habría sobrevivido, es decir, ella se habría encargado de eliminar al que estaba llamado a ser faraón. Por tanto, queda patente que siempre le tuvo como su sucesor y que ella ocupaba el poder de forma provisional.

Cuando Hatshepsut se hace con el poder, Tutmosis aún era un niño, ¿quizá enfermo?, ¿incapacitado por alguna razón? No lo sabemos, pero lo cierto es que cuando la «faraona» murió, Tutmosis III hizo lo imposible por borrar su recuerdo. ¿Qué sucedió entre ellos? ¿Acaso envidiaba la gloria de esta mujer, sus cualidades como gobernante, sus éxitos? Envidia, celos, miedo... quizá estos sentimientos aderezados con su propia inseguridad llevaron a Tutmosis III a intentar eliminar su memoria. Pero sin duda tuvo que haber una razón muy poderosa para haber intentado y casi conseguido condenarla al silencio de la Historia.

Por fortuna, Tutmosis III no lo consiguió y hoy Hatshepsut sigue presente en la historia de Egipto.

Nefertiti

La primera vez que la vi no pude articular palabra. En la penumbra, allí, en la sala del Museo Egipcio de Berlín, que ahora es su morada, el rostro de Nefertiti parece tan real como si aún estuviera viva. En el silencio de la sala donde guardan con celo su busto, Nefertiti parece invitar a contemplarla con sosiego a quienes la visitan.

Es de una belleza abrumadora y no es de extrañar que fuera conocida como «La bella entre las bellas de Atón».

¿Fue realmente así o su busto responde a una idealización de su rostro por parte del escultor?

Si Nefertiti o Neferneferuatón, como se la conocía, llevaba ese nombre es porque realmente era bella entre las bellas, no porque el escultor quisiera halagar al faraón.

Imagino el estupor del arqueólogo que la vio por primera vez. Ludwig Borchardt, alemán, que excavaba por encargo de la Sociedad Oriental Alemana, buscando en las arenas del desierto restos de aquella fantástica civilización que aún hoy nos sorprende.

Junto a su equipo había descubierto el taller de un escultor de nombre Tutmosis, en el que se encontraban varios bustos. Pero una tarde uno de los obreros le mostró un busto de apenas cincuenta centímetros que correspondía a la reina Nefertiti, esposa de Amenhotep IV, más conocido por Akenatón.

Es fácil imaginar la sorpresa de Borchardt, seguramente entre sus muchos descubrimientos aquel era especial, ninguna imagen de las que se habían encontrado hasta el momento desprendía una belleza tan absoluta como la de ese

busto de una mujer con una corona azul.

Aún en el siglo XXI la belleza de Nefertiti no deja indiferente a nadie. Es imposible no admirarla.

Los arqueólogos e historiadores nos han contado sobre Amenhotep IV que decidió cambiar su nombre por el de Akenatón después de arrinconar a los dioses ancestrales, para instaurar una nueva religión con un único dios al que representaban como un disco solar.

Trasladó la capital a las arenas de Amarna, junto a Tell el-Amarna, lejos de Tebas y sus sacerdotes, e impuso una nueva religión que duraría lo que él duró. Y junto a él, Nefertiti, su esposa. Hay arqueólogos que aseguran que ella fue la auténtica impulsora de aquella revolución teológica; otros se muestran escépticos y aseguran que su papel no fue más relevante que el de otras reinas. No lo sabemos, todo son especulaciones. La única verdad es que tres mil quinientos años después Nefertiti sigue asombrando por su enigmática belleza.

Cleopatra, la última reina

Si pienso en Cleopatra, veo el rostro de Elizabeth Taylor. No lo puedo remediar. En realidad, nadie sabe cómo era físicamente la última reina de la dinastía ptolemaica, aunque en algunos museos se exhiben estatuas suyas que la representan como la diosa Isis. La imagen se repite en un busto de granito que está en el Museo Real de Ontario, en Canadá; o en el que se encuentra en el Museo Británico; también en la estatua que estaba situada en el templo de Philae o en la de basalto negro que guardan en el Museo del Hermitage, en San Petersburgo.

Seguramente no tenía la belleza de Liz Taylor, pero tampoco carecería de atractivo, capaz como fue de seducir a Julio César primero y a Marco Antonio después, porque ya se sabe que los hombres nunca se rinden, y menos a la primera, ante la inteligencia de una mujer. Aunque lo que cuentan de ella los historiadores es que su capacidad de seducción estaba más en su inteligencia que en su físico.

Si nos atenemos a lo que nos cuenta Plutarco: «Era atractiva por su conversación e inteligencia». Y en otros textos se resalta, más que su belleza, su cultura, su astucia, su inteligencia y su capacidad de seducción. Así que haciendo caso a Plutarco, sus mayores atractivos estaban en su cabeza y no tanto en el escote o en las piernas.

En cualquier caso, no podemos olvidar que la Historia siempre la escriben los vencedores, en este caso Roma, y estos no solían reconocer los méritos de sus adversarios. Y Cleopatra fue una mujer odiada por todos los estamentos del pueblo romano, convencidos de que era poco menos que una «bruja» que había hechizado primero a Julio César y después a Marco Antonio.

Ya saben la tendencia de los hombres a considerar que si otro hombre no hace lo

que ellos creen que debe hacer es por culpa de su mujer, y de ahí a decir que esta es una bruja hay un paso. Es una manera de exonerarles de su responsabilidad: si César apoya a Cleopatra y tiene la desfachatez de tener un hijo con ella y llevar a ambos a Roma es porque está hechizado por la extranjera, que es una bruja, e igualmente más tarde Marco Antonio, embrujado por ella también, perderá la cabeza. En ocasiones, así de simple es el juicio masculino señalando como culpables a las mujeres de los desatinos o las decisiones que toman algunos hombres.

En mi opinión, por mucho que César fuera seducido por nuestra protagonista, lo cierto es que si decidió inclinar la balanza a su favor en la guerra que ella mantenía con su hermano fue simplemente porque comprendió que era una aliada más fuerte y de fiar que Ptolomeo XIII. Este era hermano de nuestra Cleopatra, además de su marido. Ya saben la costumbre de los egipcios de casarse con miembros de la propia familia, y así ocurrió en el caso de Cleopatra y Ptolomeo. Ella tenía 18 años y su hermano, 12. Pero el chico no carecía de ambición y pronto se puso a conspirar contra su hermana y, ya que estaba, se metió de hoz y coz en el conflicto que por aquel entonces dividía a Roma entre los partidarios de Craso, Pompeyo y César. Pero se le fue la mano y cuando tuvo a Pompeyo a tiro ordenó que le mataran, lo que no le gustó nada a César.

Pero antes de llegar aquí, hay que recordar que sus padres, Ptolomeo XII y Cleopatra, tuvieron varios hijos, y que nadie se confunda con los nombres, pero vaya usted a saber por qué pusieron a dos de ellas el nombre de su madre, y a otras dos Arsínoe.

Por eso hay que insistir en que casi todo lo que sabemos de Cleopatra es el eco de lo que Roma nos ha contado.

Cleopatra nació y creció en Alejandría, la ciudad bañada por el Mediterráneo y con una luz especial, de la que les hablaré unas páginas más adelante. Bueno, les hablaré de mi amor por esta ciudad.

Lo cierto es que la Alejandría de Cleopatra era la capital de Egipto y, por tanto, no es difícil imaginar la magnificencia de la ciudad, que latía con más pulso griego que egipcio, puesto que los Ptolomeos helenizaron cuanto pudieron aquella tierra que les regaló Alejandro Magno. Así que en Alejandría latían dos almas, la helena y la egipcia. La helena era la de la aristocracia y los poderosos; la egipcia, la del pueblo.

Los historiadores nos cuentan que Cleopatra fue la primera de su estirpe que aprendió a hablar la lengua egipcia, entre otras, y que estaba versada en distintas materias. Pareciera como que su interés por aprender fuera una premonición de su destino.

Cleopatra fue grande por sí misma, pero también por los hombres con los que se relacionó y a los que tuvo rendidos a sus pies.

Su nombre significa «Gloria de su padre», y desde luego alcanzó la gloria que su

padre, Ptolomeo XII, nunca logró. Más bien el padre tenía mala fama, tanta que sus contemporáneos le pusieron el mote de «el flautista», quizá porque estaba más dedicado al buen vivir que al gobierno de su país; tanto fue así que incluso tuvo que exiliarse, o acaso fue su esposa, que también se llamaba Cleopatra, la que se confabuló para que saliera de Egipto.

Durante un periodo de tiempo, amparada por Roma, Berenice, una de sus hijas, apoyada por su madre, gobernó el país. Y como a los mandamases de Roma no les gustaba que una mujer estuviera en el trono le aconsejaron casarse con un tal Seleuco Cibiosactes, al que el matrimonio le sentó fatal porque a los pocos días Berenice le mandó estrangular. Pero desde Roma, erre que erre, le encontraron otro marido. Se llamaba Arquelao y era sumo sacerdote de Bellona en Comana, una población situada en Capadocia. Ay, la larga mano del Imperio romano.

Pero ya se sabe que los imperios no tienen amigos, tienen intereses, y están acostumbrados a intervenir y mangonear en los países que tutelan, que era el caso de Egipto, y Roma decidió volver a apoyar a Ptolomeo XII, el padre de Berenice, que regresó a Alejandría con la ayuda del procónsul de Siria, Aulo Gabinio. Y como no hay familia perfecta, el padre ordenó asesinar a su hija. O sea, un lío, tanto en estas dinastías egipcias como en todas en general. Confieso mi admiración por los egiptólogos, porque es difícil no perderse entre tantos padres, hermanos, hermanastros, madres, madrastras, esposas y demás. Pero esta es otra historia.

La de Cleopatra reina comienza cuando su padre en su testamento deja clarísimo que se tiene que casar con su hermano Ptolomeo XIII y ambos cogobernar, y a partir de ese momento se inicia entre ellos una guerra fratricida. Potino, el jefe de los eunucos que manejaba como un monigote a Ptolomeo XIII, tuvo la infeliz ocurrencia de querer congraciarse con César ofreciéndole la cabeza de Pompeyo. No lo consiguió, gracias, entre otras cosas, a que Cleopatra era consciente de que u obtenía el apoyo de César o terminaría pasando el resto de la eternidad en un mausoleo, es decir, muerta. Por tanto, utilizó todas las armas de las que disponía y puso en ello todo su ingenio. Sabía que César no la recibiría y decidió que sería ella la que debía llegar hasta la mismísima cámara de él, y se le ocurrió el ardid de la alfombra. Se envolvió en una y ordenó que se la entregaran a César como si fuera un simple regalo. Y cuál fue la sorpresa de Julio César cuando de la alfombra emergió Cleopatra.

Hay que ser, además de inteligente, ingeniosa y audaz para planificar semejante operación de asedio y derribo contra uno de los generales más famosos e implacables de Roma.

Seguramente Cleopatra utilizó todo tipo de recursos, pero el caso es que a partir de aquella noche no se volvieron a separar, tuvieron un hijo, Cesarión, y César se la llevó con él a Roma.

Insisto en que César era todo menos un idiota al que cualquiera pudiera manejar. Se necesitaba alguien con el talento y las cualidades de Cleopatra, que pudo conseguir que César se enfrentara a todo Roma al instalar, en una villa al otro lado del Tíber, a la reina egipcia. Y no contento con eso, hizo colocar una estatua de Cleopatra en el templo de Venus Genetrix. Si alguien creyó que su relación con la reina de Egipto era solo una aventura pasajera o fruto de un calentón, está claro que se equivocaron por más que se empeñaran en despreciarla y considerarla poco más que la ramera de César. Ya saben, siempre hay quien prefiere rebajar la valía de una mujer antes que reconocer su inteligencia, porque si alguien estuvo a la altura de la gloria de César esa fue Cleopatra. Por cierto, su estancia en Roma no le debió de resultar excesivamente grata. Eso sí, siempre exigió ser tratada como una reina. Ella era la reina de Egipto y como tal se comportaba, pues sabía que de ello dependía la propia supervivencia de su hijo Cesarión. Pero, sobre todo, porque contar con la protección de César era contar con las legiones de Roma para seguir siendo la reina de Egipto. Para Cleopatra esa fue siempre su principal ambición. Roma era la dueña del mundo y a ella no le quedaba más opción que convertirse en la dueña del hombre más poderoso de Roma.

No dudó en regresar a Egipto nada más ser asesinado César aquel 15 de marzo del año 44 a. C. Su vida y la de Cesarión corrían igualmente peligro. Era inevitable que en Roma los partidarios de César y sus adversarios terminaran enzarzándose en una pelea por el poder.

Octavio y Antonio, el hijo adoptivo uno, el amigo fiel y militar reputado el otro, estaban predestinados a enfrentarse. Un triunvirato formado por Octavio, Antonio y Lépido se repartió los territorios del imperio. Lépido se hizo con algunas provincias africanas, Antonio con parte de las provincias occidentales y Octavio con las orientales. Y, en medio, Egipto, el granero de Roma, provincia imprescindible para el imperio. Y Cleopatra, decidida a sacar rédito de la situación, sueña a lo grande, quiere reconstruir el imperio de Alejandro Magno, y ese sueño la lleva al desastre.

Eso sí, Cleopatra, que lleva Roma en la pupila, no se olvida de asegurar el futuro de su hijo Cesarión, que pasa a llamarse Ptolomeo XV. De esa manera, trata de que sus súbditos acepten a su hijo como faraón. En el templo de Dendera hay una imagen de ambos grabada en la piedra en la que aparecen como lo que son, los reyes de Egipto. Cleopatra se representa y viste como la diosa Isis; su hijo, como el dios Horus. No caben dudas.

Pero Marco Antonio tenía sus propias ambiciones; entre otras, derrotar al Imperio parto, en lo que hoy es Irán. Para ello necesitaba apoyo, y lo fue a buscar a Egipto. Antonio y Cleopatra descubrieron que tenían intereses en común. Y a partir de ahí se fue afianzando la relación sentimental, pese a que Antonio estaba casado con una hermana de Octavio. Con Cleopatra tuvo tres hijos a los que Marco Antonio

dota de herencia regalándoles tierras conquistadas.

Roma o, mejor dicho, Octavio, empezó a mirar con desconfianza el expansionismo de Antonio y Cleopatra y el reparto entre los hijos de ambos de las tierras conquistadas. Cesarión, ya convertido en Ptolomeo XV, era faraón de Egipto y los hijos de Antonio, reyes de las tierras conquistadas por su padre. Bien pensado, Octavio tenía motivos para desconfiar de Antonio. Estaba en juego el futuro del imperio.

Las relaciones entre Antonio y Octavio se fueron deteriorando, y cuando el primero repudió a la hermana del segundo ya no hubo vuelta atrás. Octavio le acusa de desleal a los valores de Roma y desvela que, en su testamento, Antonio pide ser enterrado en Alejandría junto a Cleopatra. El Senado además decide declarar la guerra a Egipto por considerar que constituye un peligro para Roma. A partir de ahí se desencadena una guerra cruenta que tiene el final antes mencionado. Venció Octavio.

¿Se enamoró Cleopatra de César o solo los unió su propia gloria y ambición? ¿Acaso él solo era su pasaporte para la supervivencia?

La misma pregunta cabe hacerse sobre Marco Antonio, ¿fue a él a quien realmente amó o su única obsesión era mantenerse como reina de Egipto?

Tengo un amigo que suele decir que hay que saber combinar lo útil con lo bello. Y seguramente Cleopatra fue maestra en esta combinación. Lo útil era contar con los dos hombres más poderosos de Roma para mantenerse en el trono y, quizá, lo bello, permitirse amar a estos dos hombres, o al menos a uno de ellos.

Es evidente que Marco Antonio demostró con hechos que estaba plenamente enamorado de Cleopatra.

Muerto César, Cleopatra sabe que es mucho lo que puede perder, no solo un reino, también el futuro de su hijo Cesarión, de manera que su alianza con Marco Antonio traspasa los límites del amor. Le necesita. Sí, le necesita para su política, para afianzar su reinado, para consolidar el de su hijo.

En principio, esa alianza es estratégica. Ella le seduce como sedujo a César, defendiendo sus intereses, lo que no quita para que pudiera amar a los dos. Pero, sin duda, tanto César como Antonio son piezas indispensables para su propia política.

Y cuando la derrota la está cercando tanto a ella como a Antonio, intenta negociar con Octavio. Es reina y madre, y esas dos condiciones están por encima de sus propios sentimientos o apetencias.

Sabe que Octavio necesita a Cesarión muerto para que desaparezca para siempre la sombra de César y, sobre todo, para que su hijo no pueda reclamar el legado de su padre y aspirar a gobernar Roma, aunque para ese momento Cesarión ya no es Cesarión sino el faraón de Egipto.

¿Contaba Cleopatra con la posibilidad de no lograr convencer a Octavio para su

causa? Y si Octavio hubiera accedido, ¿habría traicionado a Marco Antonio?

Nunca lo sabremos porque Octavio se muestra inflexible, solo quiere una cosa: verla derrotada. Para entonces sus legiones rodean Alejandría, donde Antonio intenta sin éxito plantar cara luchando con valor para defender la ciudad, pero muchos de sus hombres deciden abandonarle y pasarse a las filas de Octavio. Cuestión de supervivencia. En medio de la batalla, del caos, del sabor de la derrota, le llega la noticia de que Cleopatra se ha suicidado y entonces decide él mismo quitarse la vida. Nada tiene sentido sin ella.

Pero Cleopatra aún vive, aunque está preparando su propio suicidio. Sabe que ha perdido la guerra, pero se niega a perder la dignidad de reina. Y no, no se suicida desesperada por haber perdido a Antonio, sino porque sabe de las intenciones de Octavio de llevarla a Roma como prisionera, de humillarla allí donde reinó como la mujer elegida por César.

Cleopatra habría podido sobrevivir a la pérdida de Antonio, una muerte más, pero no a la pérdida de su propia dignidad. De manera que, pese a su último intento de negociar con Octavio la suerte de sus hijos y fracasada la negociación, es consciente de que no le queda ninguna salida. Octavio necesita exhibirla como una prisionera en Roma. Es su triunfo y no va a renunciar a él. Cleopatra decide salvar su gloria del único modo posible y es impidiendo a Octavio la humillación a la que pretende someterla.

Ayudada por dos de sus criadas, Eira y Carmión, se bañó, se perfumó, se vistió con sus mejores galas, se ciñó la corona y se echó sobre el lecho para encontrarse con la muerte deslizando su brazo en una cesta donde un áspid mordió su mano inoculando su mortal veneno.

Fue el 12 de agosto del año 30 a. C. cuando Cleopatra derrotó a Octavio.

Y sí, todo esto sucedió en Alejandría.

Alejandría, más que un sueño, con Durrell, Cavafis…

Alejandría... Es una ciudad muy importante para mí. La conocía mucho antes de verla por primera vez. Debía de tener 20 o 22 años cuando un amigo muy querido, José Luis Cardona, me regaló *El cuarteto de Alejandría*, la tetralogía de Lawrence Durrell. Cuando terminé de leer esta extraordinaria novela me fijé como objetivo ir a Alejandría. Si lo lograba, me decía, acaso me toparía con aquellos personajes literarios... Justine, Balthazar, Mountolive, Clea... Estaba segura de que si me sentaba en la terraza del hotel Cecil me los iba a encontrar por más que fueran fruto de la imaginación de Durrell. Personajes que son todo menos convencionales; son complejos, en ocasiones retorcidos, débiles en otras, a ratos artificiales, otras

desgraciados, interesantes, y únicos siempre.

Aún tardé algunos años en conocer Alejandría y les confieso mi decepción en aquel primer viaje que hice junto a mi familia. No, me decía, esta no es la Alejandría de Durrell, aquí no han estado Justine ni Clea ni Balthazar ni Mountolive. Me costaba encontrar en lo que veía aquella ciudad de entreguerras, habitada por gentes de todo el mundo; algunos, restos de naufragios personales. Una ciudad donde cualquier cosa podía ser o podía pasar.

Y sí, nos sentamos en la terraza del Cecil en La Corniche, pero como mis ojos no distinguían nada que tuviera que ver con la Alejandría del *Cuarteto*, nos inclinamos por la añoranza de los versos de Cavafis. Porque Alejandría es Cavafis, se le siente en cada esquina, en cada café, en cada calle. Sí, en ese primer viaje nos encontramos con lo que quedaba de la memoria de Constantino Cavafis. Así de volátil es en ocasiones la mente. Después de aquel viaje estuve en dos ocasiones más, de paso, sin demasiado tiempo para buscar a Justine o Mountolive... Además, los había sustituido en mi interés definitivamente por Cavafis, y ese interés casi no dejaba hueco para los personajes del *Cuarteto*. Pero años más tarde me di cuenta de que era yo la que no era capaz de ver lo que el latido de la ciudad escondía. Nada menos había sido el gran centro del conocimiento en el Mundo Antiguo. Pensadores, filósofos, matemáticos, físicos... los hombres más sabios se iban dando cita en la ciudad siglo tras siglo, dejando en ella, en su Gran Biblioteca, todo su saber.

La Biblioteca fue creada poco después de la fundación de la ciudad por Alejandro Magno y con una ambición: albergar en ella todas las obras del saber. Nos ha llegado el recuerdo de algunos de los hombres que la impulsaron y bajo su sabia autoridad fueron creciendo: Calímaco de Cirene, Aulo Gelio o Apolonio de Rodas.

Lo cierto es que, hasta su desaparición, la Biblioteca sufrió varios embates que la pusieron en peligro y casi acaban con ella.

Los historiadores aún no han determinado si en el año 47 a. C., cuando Julio César guerreaba en aquellas tierras apoyando a Cleopatra, la Biblioteca fue pasto de las llamas debido a un incendio que se produjo durante uno de los enfrentamientos entre los romanos y los aspirantes a derrocar a la reina egipcia. Quién sabe. Al parecer, Julio César no daba nada gratis y, aunque apoyaba la causa de Cleopatra, había dispuesto llevarse a Roma los cuarenta mil rollos y pergaminos que según los estudiosos contenía la Biblioteca. Lo cierto es que no lo sabemos, pero sí sabemos que para César lo primero era la grandeza de Roma.

De lo que sí hay constancia es que la Biblioteca siguió siendo un lugar de gran prestigio en todo el mundo conocido y que, con altibajos, llegó en pie hasta el siglo IV d. C., con el cristianismo dominante en la ciudad después de que el emperador Teodosio hubiera decretado como religión oficial el cristianismo, queriendo borrar de golpe toda la historia y cultura pagana, fuertemente arraigada en aquella época.

En la Gran Biblioteca se guardaban papiros, rollos y pergaminos con todo tipo de conocimientos, naturalmente de culturas que nada tenían que ver con la imperante. Todo el saber helenístico estaba allí, en la Gran Biblioteca de Alejandría.

Hay que reconocer que en aquellos primeros siglos del cristianismo la tensión entre la nueva religión y las religiones antiguas era constante, por la cerrazón de los nuevos a considerar la importancia de los saberes del pasado.

Un afán por acabar con cualquier vestigio pagano convirtió a muchos de los nuevos adeptos al cristianismo en auténticos fanáticos que, amparándose en el edicto del emperador Teodosio del año 392 d. C., que convertía el cristianismo en la religión oficial del imperio y prohibía las religiones paganas, comenzaron a atacar y a destruir los templos que habían sobrevivido al paso de los siglos.

Hay un antecedente a la quema de la Gran Biblioteca, cuando en el año 391 un grupo de doctrinarios cristianos, azuzados por el patriarca Teófilo, atacaron como una jauría salvaje el Serapeum, que formaba parte del edificio. Porque, en realidad, la Biblioteca de Alejandría estaba dividida en dos edificios, la Biblioteca Interior y el Serapeum, donde se almacenaban miles y miles de rollos de papiro.

Pero fue en el 415 d. C. cuando la Gran Biblioteca recibió el mayor embate jamás sufrido hasta el momento. ¿Fue culpa del patriarca Cirilo? Parece ser que sí, que él fue el instigador del odio y el fanatismo que arreciaban entre buena parte de los cristianos de la ciudad. ¡Ay, los fanáticos! Los hubo en el pasado, los hay en el presente y seguramente los habrá en el futuro.

Pero regreso a Alejandría, la ciudad que lo ha visto todo y lo ha vivido todo. Sus gentes son herederas de esas otras gentes que vivieron allí. Así que no nos dejemos llevar por las apariencias.

En octubre de 2018 regresé a Alejandría, ya que en esta ciudad iba a presentar una de mis novelas, seguramente una de las más queridas por mí: *Tú no matarás*. Iba acompañada de mi editor, David Trías, y de un grupo de periodistas, entre ellos, mi querida Inés Martín Rodrigo, flamante Premio Nadal, que ya brilla con luz propia en el panorama literario. Y también con Jacinto Antón, con quien, desde aquel viaje, mantengo una divertida e interesante relación epistolar vía WhatsApp.

Cuando alguno de mis amigos, que saben de mi debilidad por esta ciudad, me preguntan si merece la pena visitarla, siempre les respondo lo mismo: merece la pena si no te empeñas en verla con los ojos del presente.

No, no es un acertijo. Sucede con Alejandría y con tantos otros lugares que son protagonistas destacados en la Historia. Y desde luego Alejandría es una ciudad que lo ha visto todo y en la que, más allá de lo que veamos ahora, sigue latiendo el corazón de cuantos dejaron su huella, ya sea Alejandro Magno o Cavafis.

Les aconsejo que si tienen tiempo y pueden, se alojen, o al menos se sienten, en la terraza del hotel Cecil, en La Corniche, y se vayan rindiendo poco a poco a esas voces

del pasado que tan presentes están en todos los rincones. Recuerdo en esa última visita un paseo improvisado por La Corniche con Jacinto Antón contándome sobre Terenci Moix y su pasión por la ciudad, mientras yo miraba al mar distraída pensando que, en realidad, Jacinto bien podía haberse escapado de entre las páginas del mismísimo *Cuarteto* de Durrell porque él es todo un personaje sorprendente, heterodoxo y soñador.

Pero volviendo a esa última vez que estuve en Alejandría, les contaré que sin duda fue un viaje inolvidable y único para mí, porque me di cuenta de que en los viajes anteriores tan ensimismada estaba en los personajes de Durrell o en el mismísimo Cavafis que había pasado por alto a una mujer en la que se resume la grandeza de la ciudad, una ciudad con los ojos puestos en el conocimiento, donde durante siglos se fueron dando cita sabios y alumnos, algo así como si hoy viajáramos a Oxford, Harvard o al MIT. Incluso Alejandría superaba a estos lugares y, sobre todo, sus maestros.

Visitamos la nueva Biblioteca, un edificio abrumador que por fuera parece un disco solar y que por dentro es espléndido. Se inauguró en 2002 y alberga obras literarias llegadas desde todos los lugares del mundo. Su sala de lectura puede acoger a dos mil lectores. Mientras la visitábamos no podía dejar de pensar en la «otra» Biblioteca, la Gran Biblioteca de Alejandría que ha dejado su recuerdo prendido en la memoria por haber sido el centro del conocimiento de su época, el lugar donde personas de todo el mundo iban a estudiar. Era el gran templo de la racionalidad, donde se albergaba todo el conocimiento del Mundo Antiguo y donde se discutía y se experimentaba con ecuaciones matemáticas, donde la Geometría era una puerta abierta a saber más y más, y donde se guardaban pergaminos repletos de saber llegados desde todos los rincones del mundo conocido. Creo que la destrucción de aquella Biblioteca ha constituido una de las mayores pérdidas que ha sufrido la humanidad, porque en ella se intentaba recopilar todo lo que se sabía y todo lo que se había escrito.

Recuerdo la emoción que me produjo cuando, al finalizar la visita de la nueva Biblioteca, el profesor que nos acompañaba me pidió que dejara un ejemplar de *Tú no matarás*. Me quedé anonadada por la sorpresa. ¿Una novela mía en la Biblioteca de Alejandría?

Se pueden imaginar lo que supone para mí saber que allí se quedó un ejemplar de *Tú no matarás*. Es un privilegio, un honor, un sueño. David Trías, mi editor, y yo estábamos emocionados. Emoción que también compartí con Leticia Rodero, Alicia Martí y mi primo Lolo, que nos acompañaba como fotógrafo en el viaje. No es para menos. Así que el lector comprenderá mi pasión incondicional por esta ciudad, por lo que fue y por su esfuerzo en el presente por rememorar la grandeza de la desaparecida Biblioteca de Alejandría.

Y sí, mientras atenta y emocionada miraba la grandeza de la nueva Biblioteca, no podía dejar de imaginar que me encontraba en el mismo lugar donde se ubicaba la antigua Biblioteca, y pensé en una mujer que fue parte importante de aquel templo del saber, pensé en Hipatia.

Hipatia

Sin duda Hipatia debería ser estudiada en todas las escuelas, ya sea en la asignatura de Matemáticas y Geometría o en la de Historia, o en todas ellas. Pero seguramente más que por haberla estudiado habrá quien sepa de Hipatia por la película de Alejandro Amenábar. No es la primera mujer matemática de la que tenemos noticia, pero su asesinato contribuye a aumentar su fama.

En cualquier caso, ahora que se quiere impulsar la vocación científica de las niñas, estas deberían tener noticia de Hipatia porque es una de las científicas más importantes que el mundo haya tenido.

Invito a viajar hasta el siglo IV de nuestra era. A una Alejandría que pese a todas las guerras e invasiones seguía siendo un lugar donde imperaba la excelencia para la adquisición de conocimientos.

Hipatia era hija de Teón, uno de los matemáticos y astrónomos más insignes de la época que, además de ser profesor, tenía a su cargo la Biblioteca, por lo que Hipatia creció entre rollos de papiro. Las Matemáticas y la Geometría ocupaban todos sus sueños, así como el ansia infinita de saber. La suya era una mente privilegiada, y desde muy joven ayudó a su padre a estudiar y comentar textos de otros grandes hombres de ciencia como el *Almagesto* de Claudio Ptolomeo, las obras de Arquímedes o los *Elementos* de Euclides, comentarios en los que el padre reconoce la contribución de su hija.

Pero además de colaborar y escribir textos junto a su padre, Hipatia tiene su propia obra, por ejemplo, sus *Comentarios* a la *Aritmética* de Diofanto, que fue el gran impulsor del álgebra tal y como lo conocemos.

Eran muchos los alumnos que tenía Teón, pero no más de los que contaba Hipatia, que era respetada por los hombres de ciencia de la época. Sus discípulos llegaban de todos los rincones, y gracias a ellos tenemos constancia de su saber. Sinesio de Cirene es quizá el discípulo más destacado de Hipatia, reconociendo en las ideas de su maestra algunos de los fundamentos de la escuela pitagórica: en los números están todas las explicaciones del cosmos y de la Naturaleza.

En sus estudios, tanto Teón como Hipatia llegaron al convencimiento de que la Tierra no era el centro del universo, sino un planeta más que giraba alrededor del Sol.

Tendrán que pasar varios siglos para que los científicos acepten esta evidencia, que les costará tanto a Copérnico como a Galileo no solo la incomprensión sino la persecución de la Iglesia católica. Por cierto, que en el siglo III a. C. Aristarco de Samos

elaboró la teoría de que el Sol estaba quieto y los planetas rotaban a su alrededor.

Si Sinesio de Cirene es el discípulo que estuvo más cerca de Hipatia, también nos dan cuenta de ella Filostorgio, Hesiquio y Damascio, que nos la presentan como una mujer sabia entre los sabios que supera incluso a su padre. Pero por no distraernos y centrarnos en lo que relata Sinesio de Cirene, alumnos de todo el mundo conocido en aquella época acudían a Alejandría a estudiar con la «maestra» Hipatia, a la que describe como una mujer amable y siempre dispuesta a escuchar y, por tanto, a aprender alejada de cualquier «militancia» religiosa, que buscaba la razón de las cosas en vez de confiar su explicación a la existencia de un Dios como el de los cristianos o de los dioses del mundo helenístico.

Sus discípulos la describen como una mujer a la que solo le interesa la ciencia, aunque es respetuosa con las creencias de cada cual.

También nos cuentan que eran muchos los que acudían a ella en busca de consejo precisamente por su rectitud y respeto a los demás. Pero quizá su condena fue haber sido maestra y consejera de Orestes, prefecto de Alejandría, cristiano de religión, pero hombre moderado y en absoluto fundamentalista, que buscaba la convivencia entre quienes profesaban distintas religiones.

En definitiva, Orestes tenía que gobernar una ciudad donde se mezclaban gentes diversas, cada cual con su particular concepción de la vida.

En la Biblioteca, distintos maestros elaboraban y enseñaban sus teorías racionalistas, mientras que en la ciudad había quienes seguían creyendo en los dioses del Olimpo y quienes se habían convertido al cristianismo, pero para Orestes no había otro objetivo que la convivencia de todos con todos. Sin duda, ese debería ser siempre el objetivo de los gobernantes, de los buenos gobernantes. Supongo que es un deseo inútil porque lo que vivimos a diario es todo lo contrario. Políticos que crecen desatando los desencuentros entre los ciudadanos.

El caso es que la elección de Cirilo como obispo envenenó las relaciones entre los alejandrinos. Cuentan algunos historiadores que las comunidades cristianas se mostraron remisas a que Cirilo fuera designado obispo precisamente por su carácter intolerante y su empeño en cristianizar a quien se le pusiera por delante, sin importarle si el interfecto quería o no. Pero sobre todo Cirilo quería consolidar la supremacía de la Iglesia sobre el poder civil.

Como siglos más tarde diría el sabio don Quijote: «Con la Iglesia hemos topado, Sancho». Y Orestes topó con la Iglesia, que quería imponer su dominio sobre lo divino y lo humano.

Los enfrentamientos entre el prefecto, Orestes, y el obispo, Cirilo, fueron constantes. En realidad, los dos hombres mantenían un pulso por el poder. Orestes representaba el poder civil y Cirilo el de la Iglesia, y mientras Orestes creía que era posible la convivencia entre hombres y mujeres de distintas religiones, Cirilo quería

imponer el cristianismo por las buenas o por las malas, y decidió hacerlo por las malas, de manera que incitaba a sus fieles a combatir a los que consideraba paganos. Textos, templos, costumbres, todo aquello que tuviera sus raíces en el pasado debía ser destruido para dejar lugar al presente que representaba el cristianismo. No había lugar más que para un solo Dios y todo poder emanaba de Dios, por tanto, el resto de los poderes tenían que subordinarse a los de Dios, representado en la Tierra por la Iglesia, y en el caso de Alejandría, por él.

Orestes intentaba mantener a Cirilo a raya, pero los disturbios comenzaron a ser parte de la vida cotidiana de los alejandrinos.

La amistad entre Orestes e Hipatia, así como el predicamento que ella tenía entre los administradores de la ciudad, sirvieron de detonante para que fueran creciendo el odio y el fanatismo del obispo. Alguna vez la Iglesia tendrá que entonar un *mea culpa* por los errores y la violencia desatada por algunos de sus seguidores más fanáticos.

Cirilo la acusaba de utilizar malas artes, de ser una bruja, ya saben, y no me canso de repetirlo, que es uno de los insultos preferidos de los hombres cuando se enfrentan a mujeres a las que no pueden vencer: «¡Brujas, brujas, brujas!». Pero Hipatia no era una bruja, era una filósofa, matemática y geómetra que se valía de la razón para refutar el oscurantismo de las religiones. Ella las respetaba, pero no estaba dispuesta a aceptar una explicación del mundo, del universo, de la Naturaleza, a partir de la fe en unas creencias religiosas que explicaban el mundo sin ninguna base científica.

Y la lucha por el poder provocó un desastre de consecuencias terribles. Religión contra Estado, Estado contra religión. Sócrates el Escolástico, coetáneo de Hipatia, narra en su *Historia eclesiástica*, Libro VI, la muerte de la filósofa. Azuzados por el odio que iba sembrando el obispo Cirilo, un día de marzo del 415, en plena Cuaresma (¡ay, los idus de marzo!), un grupo de fanáticos, cuyo líder era un tal Pedro, atacaron el carruaje en que iba Hipatia camino de su casa, la llevaron a rastras hasta una iglesia llamada de Cesáreo, la desnudaron, la golpearon y la descuartizaron utilizando conchas y cantos de cerámica, y después trasladaron sus restos a un lugar llamado Cinarón y los quemaron. Añade que «fue víctima de las intrigas políticas que en aquella época prevalecían» y alude a la amistad de Orestes, el prefecto, con Hipatia. Para el obispo Cirilo, Hipatia ejercía una influencia nefasta en Orestes, y eso suponía que el prefecto no se atenía a los deseos del obispo y hacía valer su autoridad. El prefecto no se arrugaba a la hora de castigar a quienes participaban en desórdenes actuando con violencia. Detenía a los participantes y los castigaba con dureza sin dejarse condicionar por las reclamaciones del obispo. Parece que Orestes tenía claro que él representaba el poder civil y, por tanto, Cirilo no tenía ni voz ni voto en la gobernación de Alejandría. En definitiva, defendía el principio de «a Dios lo que es

de Dios y al César lo que es del César». Por tanto, el enfrentamiento entre Orestes y Cirilo se basaba en que el primero no aceptaba que ningún poder estuviera por encima del que representaba él en nombre de Roma, mientras que Cirilo representaba nada menos que el poder de Dios.

Orestes fue un hombre adelantado a su tiempo. Discípulo de Hipatia, cristiano de confesión, sin embargo el suyo era un pensamiento que, en cierto modo, se adelantó en muchos siglos a lo que se conseguiría como consecuencia de la Revolución francesa: la separación de Iglesia y Estado.

Esa separación nos hace a todos más libres, porque significa que las creencias forman parte de nuestro ámbito privado y nadie nos puede imponer rezar o creer en ningún Dios, pero tampoco impedirnos hacerlo.

La unión de dos poderes, el que rige las creencias y el que rige la vida pública, era sin duda un poder opresor. Librarnos de esta conjunción ha significado un paso adelante en el camino de la libertad individual y colectiva. Y por eso no deberíamos olvidar el nombre de Orestes, aquel prefecto de Alejandría que pese a ser cristiano antepuso siempre los intereses civiles de sus conciudadanos sin permitir que estuvieran subordinados a las creencias religiosas. En eso se basa el Estado moderno, solo que una de las primeras piedras en el camino la puso Orestes en el siglo IV de nuestra era.

En aquella batalla la víctima fue una mujer a la que acusaron de bruja. Como decía, una acusación recurrente a lo largo de los siglos cuando los hombres no han podido dominar a algunas mujeres. La estupidez y el fanatismo de aquel obispo, Cirilo, le llevaron a fomentar el odio hacia una científica, filósofa y maestra, cuya única arma era la búsqueda de los porqués del universo y del hombre. En realidad, Cirilo necesitaba la desaparición de Hipatia para dar sentido a lo que solo era una batalla por el poder.

El poder, siempre el poder.

Científicas... filósofas

¿Por dónde continúo? Después de escribir sobre Hipatia, la tentación es hacerlo sobre las científicas que han hecho de este mundo un lugar mejor gracias a sus trabajos. Pero tengo dudas. ¿Quizá mejor las filósofas? Hipatia era ambas cosas, filósofa, científica, maestra. En cualquier caso, una mujer con una mente extraordinaria. Quizá debería referirme a Temistoclea, la primera filósofa de la que tenemos noticias... En realidad, muchas de las mujeres de la Antigüedad, al igual que Hipatia, eran filósofas, matemáticas, astrónomas y literatas.

Me decido por no separar a las unas de las otras. La sabiduría en la Antigüedad contemplaba por igual la Filosofía y las Matemáticas versus la Astronomía.

Así que, aunque no siga un orden concreto, voy a mezclar científicas con filósofas porque, al fin y al cabo, tratan sobre lo mismo, que no es otra cosa que entender el significado de la vida. Empezaré por **Dido**, que vivió en el siglo IX a. C.

¿Por qué me voy tan lejos? Pues porque creo que debemos rendir homenaje a mujeres prácticamente desconocidas, pero que sin sus trabajos científicos el mundo no habría progresado y, sin embargo, la Historia pasa de puntillas sobre ellas o simplemente ni siquiera pasa. Las ignora.

La primera vez que entré en contacto con Dido fue paseando por las ruinas de la antigua Cartago. Una ciudad cuyo nombre está íntimamente unido a una mujer y un hombre, Dido y Aníbal. Ambos la hicieron grande y la colocaron con letras mayúsculas en la Historia. Aunque solo de Aníbal ha perdurado la gloria.

Dido. Sabía de ella, sí, pero estar en su ciudad me producía un interés especial, habida cuenta de que Cartago está ligada a la Historia de España.

Virgilio nos cuenta su leyenda. Dido, conocida antes como Elisa, era hija de

Matán, rey de Tiro, quien, además de a Elisa, tuvo a Pigmalión y Ana. Al morir su padre, Pigmalión decide casar a su hermana con Siqueo, sacerdote del templo de Melkart, templo al parecer muy rico en su época. Pigmalión urdió aquella boda con una única intención: hacerse con los tesoros del templo. Pero Elisa se niega a ayudarle y Pigmalión se venga asesinando a Siqueo. ¡Otra vez los líos de familia!

En vista de cómo se las gasta su hermano, Elisa decide poner tierra de por medio y huye hasta la costa africana, dominada por la tribu de los getulos. Al parecer, llega a un entendimiento con Jarbas, el rey del lugar, que le vende un trozo de tierra para fundar una ciudad, pero pone una condición, y es que ese pedazo de tierra sea del tamaño de una piel de buey. Vamos, que Jarbas no estaba dispuesto a ceder nada, casi era una burla entregarle un terreno no mayor que una piel de buey. Pero se las estaba viendo con una mujer inteligente que mandó cortar en tiras milimétricas la piel y distribuirlas en una circunferencia, lo que dio lugar a una superficie de unas cuantas hectáreas, y así obtuvo un pedazo de tierra suficiente para instalarse, además de resolver el primer problema isoperimétrico: encontrar de entre todas las curvas posibles la que contiene un área mayor. Ya le hubiese gustado a mi profesor de Geometría en el bachillerato que me hubiera enterado de qué era un problema isoperimétrico.

Fue en 1893 cuando el matemático británico lord Kelvin demostró que, efectivamente, la decisión de Dido era una ecuación matemática.

Lo cierto es que así se fundó Cartago, gracias a la pericia matemática de una mujer.

No todos los que visitan Túnez se acercan a las ruinas de Cartago. La primera vez que estuve allí fue con mi familia. Supongo que reiterar que viajo con mi familia es ya recurrente. Pero es así. En el caso de la visita a Cartago, hace más de treinta y cinco años, creo que no éramos más de una docena de personas las que nos encontrábamos en las antiguas ruinas de la ciudad. Entonces el turismo de masas aún no se había consolidado, por lo que podías visitar ciertos lugares con relativa tranquilidad. Y dos nombres, Dido y Aníbal, separados por el tiempo, y el de ella sumido casi en el olvido, mientras que de él aún resuenan sus gestas militares, puesto que acorraló nada menos que a Roma. Claro que Roma bien que se vengó, porque de la Cartago de Dido y Aníbal apenas quedan restos, ya que los romanos al mando de Escipión, una vez conquistada la ciudad, no solo la destruyeron, sino que sembraron de sal todo su territorio. La arrasaron con saña. Así concluyó la que se conoce como la Tercera Guerra Púnica.

Las Guerras Púnicas. Me pregunto si nuestros escolares las estudian y saben que en la Segunda Guerra Púnica Aníbal, que había salido desde Hispania con un gran ejército, atravesó los Alpes con sus soldados y sus elefantes, y que tras una serie ininterrumpida de victorias —la más importante, la de Cannas— teniendo Roma a

su alcance, para sorpresa de los propios romanos, pasó de largo. Quizá se sintió abrumado por la gloria de Roma, o puede que pensara que no era el momento de tomarla. Es difícil meterse en la cabeza de un general que decidió la suerte de Roma tantos siglos atrás. En realidad, Roma y Cartago, como las grandes potencias que eran, peleaban por la hegemonía del Mediterráneo. Fue en la Tercera Guerra Púnica cuando Cartago, después de un largo asedio, cayó en manos de las legiones romanas. Pero tuvieron que pasar unas décadas para que Roma decidiera levantar sobre sus ruinas otra ciudad.

Si hoy el viajero se acerca a Cartago, apenas encontrará restos de la Cartago de Dido y tampoco de la Cartago de Roma. Pero a poco que deje volar la imaginación mientras la brisa del Mediterráneo barre la árida tierra reseca por el calor, no le costará evocar la figura de la reina Dido, inteligente mujer de ciencia, y también la de Aníbal, el genio militar que fue capaz de aterrorizar a Roma, cuando era Roma quien aterrorizaba al mundo conocido de entonces.

La historia de una mujer y un hombre que hicieron que ese pedazo de tierra entrara en la Historia: Dido y Aníbal. Ambos tuvieron en sus manos las riendas del poder. Ella las consiguió troceando una piel de buey; él, con las armas en la mano. Pero la Historia ha sido generosa con Aníbal ignorando a Dido. O relegándola al territorio de la leyenda.

Así que, paseando entre las ruinas de Cartago, no podía dejar de pensar de cuántas mujeres extraordinarias se ha ido desvaneciendo el recuerdo precisamente porque la Historia nos la han venido contando los hombres y han pasado por alto que nosotras, las mujeres, también estábamos allí. Espero que en este siglo, el XXI, seamos capaces de contar los unos sobre los otros, de reconocernos en pie de igualdad.

Como les decía al principio de estas páginas, este es un relato muy personal porque no deja de ser un encuentro con algunas de las mujeres, y sí, también hombres, aunque en este relato priman ellas, con las que me he ido topando a lo largo de mi vida. Historias sobre las que en su momento pasé de puntillas, mientras que otras quedaron prendidas en mi imaginación o dejaron una huella en mi incansable interés por aprender.

Les recomiendo un libro muy interesante: *Mujeres astrónomas y matemáticas de la Antigüedad*, editado por la Fundación Canaria Orotava.

En este libro encontré varias historias que me impactaron. Singularmente la de **Enheduanna**, hija del rey Sargón, creador del Imperio acadio, en Mesopotamia, que vivió en el 2300 a. C. Seguramente fue una de las primeras astrónomas y científicas de la Historia. Los templos en aquella época no solo eran lugares donde se honraba a

los dioses, sino centros de estudio y conocimiento y, por lo que nos cuenta la profesora Margarita Santana de la Cruz, Enheduanna estaba consagrada a la diosa de la Luna en el templo de Naura.

En 1927, el arqueólogo británico Charles Leonard Woolley descubrió el llamado «Disco de Enheduanna».

¿Sabemos de Enheduanna solo porque era hija del rey o porque era la única mujer del templo dedicada a observar el firmamento? Lo más plausible es que Enheduanna, pese a su privilegiada posición por ser la hija de Sargón, compartiera estudios y conocimientos con otras sacerdotisas, aunque no conocemos sus nombres. Pero lo que sí nos ha llegado es el eco sobre los observatorios astronómicos que impulsó en los templos, sobre sus observaciones del cielo y sus descripciones de los movimientos de las estrellas. Los zigurats de los templos eran escaleras que se dirigían al cielo.

Enheduanna significa «Ornamento del cielo», y ella es la primera «escritora» de la que tenemos noticia, puesto que firmaba cuanto escribía, algo insólito en una época en la que esta era una tarea realizada por escribas, quienes daban cuenta de lo que les dictaban pero no reflejaban su nombre.

Enheduanna fue prolífica como escritora. Compuso dos himnos dedicados a Inanna, la diosa del amor. Parece ser también la autora de *Mito de Inanna y Enki*, que da pie a otros cuarenta y dos himnos.

De sus escritos se deriva su queja hacia una tal Lugalanne, que le disputaba el cargo de ser la gran sacerdotisa de Inanna. También explica que le gustaba escribir por la noche. Cosa lógica, al fin y al cabo era la gran sacerdotisa de la Luna.

La verdad es que he estado dudando si colocar a Enheduanna en el apartado de las científicas o en el de las escritoras, porque es la primera científica y la primera poeta y escritora de la que tenemos noticia.

Pero si a las mujeres hacernos un hueco en la literatura no nos ha resultado fácil, mucho más difícil ha sido obtener el reconocimiento para tantas y tantas cuyas contribuciones a la ciencia son realmente extraordinarias. No más que las de ellos, pero tampoco menos.

La verdad es que me cuesta decidir sobre cuáles de ellas escribir, porque, si soy sincera, salvo las científicas de hoy, de las que sí tenemos noticia, la mayoría de las que vivieron en el pasado me resultan unas perfectas desconocidas. Con algunas excepciones: Marie Curie, su hija, Irène Joliot-Curie, Rita Levi-Montalcini y Elinor Ostrom, porque fue la primera mujer en recibir el Nobel de Economía allá en 2009. *Mea culpa*.

Cuando terminé el bachillerato, en vista de que no podía dedicarme a lo que realmente quería, el ballet clásico, pensé seriamente en estudiar Física. Las respuestas al origen del universo estaban en la Física y en la Filosofía y, desde niña,

siempre he sentido la necesidad de preguntar por qué. Por qué pasa esto o esto otro...

Pero tengo que hacer una confesión: siempre fui un desastre con las asignaturas de ciencias. Las Matemáticas, la Física y la Química se me atragantaban curso tras curso y no era capaz de entender el misterio que representaban los números.

Lo intentaba, les aseguro que lo intentaba, precisamente por ese afán de entender el universo. No tenía duda de que cualquier explicación racional pasaba por las Matemáticas y, sin embargo, para desesperación mía, y seguramente de mis maestros, no era capaz de entender lo que me enseñaban. Eso sí, recordaré el resto de mi vida el teorema de Pitágoras y que el número pi es igual a 3,1416.

No ser capaz de comprender los misterios de las Matemáticas y de la Física me producía tanta frustración como rabia porque era consciente de que me estaba perdiendo algo importante.

Ya entrada en la edad adulta decidí enfrascarme en la lectura de algunos libros divulgativos sobre Física. De nuevo mi empeño tropezaba con mi incapacidad para entender lo que a los físicos y los matemáticos les es tan sencillo. A pesar de mis fracasos no dejo de perseverar en el intento de comprender alguno de los misterios de los números. Les confesaré que me apasiona la Física cuántica y sobre todo la paradoja del «gato de Schrödinger», desarrollada en los años treinta del siglo pasado por el físico del mismo nombre que el gato, bueno, al revés, el gato lleva el nombre del físico Erwin Schrödinger, y que consiste en algo tan extraordinario como que dos estados opuestos existan a la vez. O sea, que el gato está vivo y muerto al mismo tiempo. Reconocerán conmigo, los que no son ni físicos ni matemáticos, que es una ecuación imposible de comprender.

Pero antes de meterme en camisa de once varas con el famoso gato, les contaré que hay algunas mujeres de la Antigüedad cuyos nombres deberían conocer nuestros escolares (como tantas otras cosas), puesto que sin ellas seguramente hoy las Matemáticas no serían lo que son. Antes de seguir la estela de mujeres como Dido o la sacerdotisa Enheduanna, quiero recordar a la diosa **Urania**. Yo la conocí de casualidad leyendo un texto sobre diosas de la Antigüedad. La verdad sea dicha, de Urania no sabía mucho, tampoco ahora, salvo que es la musa de la Astronomía, que aparece en las representaciones artísticas junto a una esfera celeste y que hay una estatua de Urania en el Museo Arqueológico Nacional. Por cierto, que esta estatua la encontraron en Churriana, Málaga, en lo que quedaba de una casa romana del siglo II. Los malagueños la reclaman, quieren que Urania, bueno, esa estatua de Urania, vuelva a la ciudad.

Quienes visiten el Museo del Prado también podrán ver otra estatua, que al parecer es una copia del original.

Así que los astrónomos tienen su patrona en Urania ya que es la diosa del «cielo». Pero aunque su cabeza estaba en el firmamento, eso no le impidió tener

amoríos con Apolo, que ya saben que era el guapo del Olimpo; yo me lo imagino entre Paul Newman, Brad Pitt y George Clooney. En fin, cada cual tiene sus gustos y en mi caso me inclinaría más por un Apolo como Paul Newman, aunque puesta a elegir, no sé, mis preferencias irían más por el inigualable Humphrey Bogart, o Robert Mitchum, o John Wayne... ¡Uf, es que crecí viendo sus películas! A mi lista añado a Robert Redford, Sean Connery... Pero ninguno de estos últimos tiene perfil de Apolo.

Pero no me quiero despistar, así que, una vez que hemos encontrado a la patrona mitológica de los astrónomos, paso a las mujeres de carne y hueso que dedicaron su vida a las Matemáticas, unas, y a la Astronomía, otras.

Por ejemplo, **Aglaonice de Tesalia**, que vivió en el siglo II a. C. Les recomiendo un artículo muy interesante firmado por la profesora Zenaida Yanes Abreu sobre la figura de esta astrónoma, publicado en *Historia de la Ciencia* de la Fundación Orotava. A Aglaonice, hija del astrónomo Hegétor, la mencionan en sus escritos Plutarco, Apolonio de Rodas, Horacio y Virgilio.

Al parecer, Aglaonice estudió en Mesopotamia y puede que fuera allí donde aprendió los ciclos de la Luna y, ¡oh, maravilla!, era capaz de predecir eclipses, lo cual hacía temblar a las gentes de su época que, ¡cómo no!, la tenían por hechicera, o sea, lo que vulgarmente llamamos **«bruja»**. Quién le iba a decir a nuestra astrónoma que, ya en la época actual, a uno de los cráteres de Venus le iban a poner su nombre.

Por cierto, que la culpa de que se la llegara a considerar una hechicera la tiene Aristóteles (siglo IV a. C.). La verdad, no es por juzgarle con los ojos de hoy, pero este filósofo que sin duda ha marcado hitos en la historia del pensamiento defendía que la mujer no era igual que el hombre y, por tanto, no podía tener sus mismos derechos y su papel debía circunscribirse a las tareas del hogar. Claro que eso no solo lo pensaba Aristóteles sino todos los hombres de su época, y qué duda cabe que sus opiniones han tenido un peso específico en siglos posteriores incluido el nuestro. De manera que, de acuerdo con lo que afirmaba Aristóteles, los ciudadanos del siglo II a. C. no podían asumir que Aglaonice fuera una mujer inteligente, y decidieron que alguien que predecía eclipses o era una diosa, o una bruja o una sacerdotisa. (Qué hartura con lo de llamarnos brujas). Así que resolvieron que Aglaonice había sido sacerdotisa de la diosa Hécate, la diosa de la magia. Así encontraban una explicación a la sabiduría de Aglaonice: si era una sacerdotisa no era extraño que pudiera caer en trance y de ahí que pudiera predecir eclipses. Todo menos reconocer que Aglaonice era una mujer de ciencia, una estudiosa que poseía una mente privilegiada y que sus conocimientos nada tenían que ver con los dioses.

Téano

Siempre he sentido curiosidad por esta misteriosa mujer que formó parte de la

escuela pitagórica. En realidad, no se puede explicar a Téano sin Pitágoras. Pero mejor empecemos por el principio.

Incluso en nuestro deficiente sistema de estudios, en algún momento a los escolares les hablarán de Pitágoras (o eso espero), aunque solo sea para que aprendan su famoso teorema.

A mí siempre me fascinó el personaje y, de vivir en aquella época, la curiosidad me habría llevado a intentar formar parte de su comunidad. De Pitágoras tenemos noticia por historiadores como Diógenes Laercio, Porfirio y Jámblico, sin olvidar a Empédocles, Heráclito y el mismísimo Platón. Lo cierto es que muchos de los postulados de los neoplatónicos, como es el caso de Hipatia, estaban basados en el pitagorismo, y a Platón mismo se le consideraba un pitagórico. Pero esa es otra historia.

La vida de Pitágoras, que está considerado como **«**el primer matemático puro**»**, como refiere en algunos textos el profesor Enrique Aznar de la Universidad de Granada, aparece rodeada de misterio. Se sabe que era hijo de un mercader de Tiro llamado Mnesarchus, y su madre, Pythais, era oriunda de Samos, y que Pitágoras creció en esta isla del mar Jónico donde, según la tradición, también nació nada menos que Hera, la esposa de Zeus.

Conozco Samos, he llegado a bordo de un ferry a Vathí, la ciudad más importante de la isla, que hace años apenas recibía la visita de turistas pero ahora se ha convertido en uno de los destinos elegidos por el turismo de masas para pasar unas vacaciones. Y lo entiendo porque es una isla preciosa. Montañas, vegetación, viñedos, un estupendo Museo Arqueológico y, desde luego, visita obligada a Cosmadei, lugar donde se encuentra la cueva que sirvió de refugio a Pitágoras.

Pero regresando al pasado, el eco que nos llega de la vida de Pitágoras es que acompañó a su padre en sus viajes a Tiro y que allí recibió instrucción de maestros caldeos y sirios. Y se le atribuyen tres maestros: Ferécides, Tales y Anaximandro; los tres tendrían una influencia importante en él. Pero por encima de todos sus maestros destacó Temistoclea, sacerdotisa de Delfos y considerada la primera filósofa de Occidente. Sabemos de ella por Diógenes Laercio, historiador del siglo III d. C. Este estudioso de los filósofos del mundo griego, en su Libro VIII, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, se refiere a Temistoclea, de la que asegura fue la **«**maestra**»** de Pitágoras. Todos los conceptos éticos y morales del pitagorismo reflejan la influencia del pensamiento de esta sacerdotisa.

He visitado en unas cuantas ocasiones Delfos y siempre he sentido la magia del lugar, como si las voces del pasado susurraran a los viajeros de hoy. No me cuesta nada imaginar a la pitia cayendo en trance mientras daba respuestas a las preguntas de aquellos que necesitaban saber.

Si nos atenemos a los textos antiguos, las sacerdotisas de Delfos nunca se

equivocaron en sus predicciones, aunque en muchas ocasiones eran difíciles de interpretar. Hasta allí acudían gentes de todas partes para consultar si era aconsejable iniciar una guerra, dónde fundar una ciudad o si iban a ser vencidos por enemigos al acecho. O cosas más cotidianas, como si era un buen momento para emprender un largo viaje o contraer matrimonio.

El paisaje de Delfos tiene algo de trágico, sobre todo si se visita en invierno y la lluvia arrecia entre las piedras que han resistido el paso del tiempo.

Hasta la fecha solo he tenido un accidente de coche y fue un mes de marzo lluvioso precisamente cuando iba camino de Delfos con mi familia. El coche de un campesino salió desde un camino de tierra a la carretera general sin parar, sin hacer el stop, sin mirar, y mi marido, que era quien conducía, tuvo que dar un volantazo para no estrellarnos. Dimos dos vueltas de campana, pero, milagrosamente, no nos pasó nada. Ni un rasguño, aunque el susto aún hoy me hace temblar. A pesar del accidente, después de que nos rescataran pudimos alquilar otro coche en el pueblo más cercano y llegamos a Delfos. Les confieso que no pude por menos que dar gracias a Apolo por habernos permitido llegar hasta su santuario.

El paisaje montañoso, la sobriedad del lugar, la lluvia, el cielo cubierto de nubes... les aseguro que sentía que los dioses rondaban cerca y que de un momento a otro aparecería la pitia para explicarnos por qué habíamos salvado la vida.

Y sí, en aquella y en otras ocasiones pensaba cómo habría sido Temistoclea. Estaba convencida de que la maestra de Pitágoras solo podía ser una mujer de gran sabiduría que inculcó los principios morales por los que Pitágoras y sus discípulos se rigieron durante toda su vida.

Ojalá algún día alguien encuentre más evidencias sobre esta sacerdotisa-filósofa, y lo mismo de Clea, otra sacerdotisa de Delfos a la que Plutarco dedicó su *De Iside et Osiride* y *Mulierum virtutes*. Pero sus nombres apenas son una brisa en la eternidad.

Y regreso a la vida de Pitágoras. Según el profesor Enrique Aznar, parece que en su juventud mantuvo una relación de amistad con Polícrates, el tirano de Samos, y que esa circunstancia le facilitó viajar a Egipto, donde estudió Geometría y pudo acceder al sacerdocio en el templo de Diospolis. Pero los tiempos cambian, en esencia la política es como es, hoy soy tu amigo y mañana ya se verá; si por aquel entonces Polícrates tenía una buena relación con los egipcios, un buen día decidió cambiar de bando y aliarse con los persas, que habían decidido guerrear contra el país del Nilo.

El rey Cambises de Persia ganó la guerra, hizo prisioneros y se los llevó a Babilonia. Uno de ellos era Pitágoras. Allí aumentó sus conocimientos en Matemáticas, Astronomía y otras ciencias que los babilonios dominaban.

Muerto Cambises, Pitágoras regresó a Samos, su isla, donde fundó una escuela a la que llamó «Semicírculo», un lugar en el que se reunía con sus alumnos. Pero no

abandonó la cueva, a la que ya me he referido y donde se dedicaba a sus especulaciones filosóficas y matemáticas.

Ya se sabe que nadie es profeta en su tierra, y sus métodos de enseñanza no gustaban nada a los habitantes de Samos, por lo que decidió marcharse a Italia. Se fue a Crotona, en el sur de Italia, y allí reunió a un grupo de estudiosos: los *matematikoi*. No era fácil formar parte de aquel círculo, entre otras razones por el estilo de vida que todos sus miembros debían llevar: eran vegetarianos, y ni podían comer carne ni tampoco sus vestimentas podían estar hechas con la piel de algún animal.

Para Pitágoras y su círculo todo se podía explicar a través de las Matemáticas, los números pares e impares, los triangulares... el cosmos, la música, el sonido, y cada número tenía vida propia, eran masculinos o femeninos, bellos o feos... También creían que los números poseían alma y que esta podía fundirse con la divinidad. Y que algunos símbolos tenían un significado místico, y, sobre todo, que la Naturaleza solo se explicaba por las Matemáticas.

Pitágoras tenía dos clases de discípulos: los *matematikoi*, que se atenían a un estilo de vida y a unas reglas estrictas, y los *akousmatikoi*, que recibían enseñanza durante el día pero no estaban sometidos a las reglas de la comunidad pitagórica. ¿Qué tenía de particular la comunidad que se formó en torno a Pitágoras? La respuesta es esta: las mujeres. En el círculo pitagórico, hombres y mujeres ocupaban la misma posición. Estudiaban juntos y debatían juntos, no había diferencias.

Y es aquí donde aparece Téano, una mujer extraordinaria. Los historiadores sitúan su nacimiento en Crotona, indicando que fue hija de Milón, un hombre de buena posición y de mente abierta, que ayudó a Pitágoras cuando este se estableció en la ciudad animando a su hija Téano a que estudiara en su escuela. Otras fuentes señalan que Milón formaba parte de un grupo singular, los órficos, que, según la tradición, eran seguidores de un culto mistérico instaurado en memoria de Orfeo, el personaje mitológico hijo de Apolo. Son dos explicaciones.

No sé qué pensarán de los órficos los teólogos católicos, pero en ellos encontramos el antecedente de la creencia según la cual los hombres tienen cuerpo y alma y, dependiendo de sus obras, recibirán un premio o un castigo cuando traspasen las puertas de la muerte. Así que con esas premisas, es decir, habiendo crecido dentro de un grupo con esas creencias, podemos suponer que la de Téano era una familia donde el debate filosófico estaba presente.

Téano formó parte de la escuela de Pitágoras cuando este se instaló en Crotona. No era la única mujer; algunos historiadores cifran en veintiocho el conjunto de mujeres que se integraron en la escuela, aunque otros rebajan la cifra a dieciséis. Fuera cual fuese su número, lo llamativo —por excepcional en aquella época— era que allí no se ejercía discriminación en función del sexo de los alumnos. Algo absolutamente revolucionario entonces y por lo que hoy en día aún se lucha en

nuestra sociedad. De manera que lo realmente notable es que para Pitágoras, en el siglo VI a. C., la inteligencia y el deseo de aprender de sus alumnos estaban por encima de su sexo y condición.

Téano debió de ser una alumna excepcional ya que con el tiempo se convirtió en maestra y en una de las voces más importantes de la escuela pitagórica, en orden a su erudición en lo que se refería a la Física, la Medicina y las Matemáticas.

En lo que no se ponen de acuerdo los historiadores es en qué momento formaron pareja Pitágoras y Téano (si es que fue así) ni tampoco en el número de hijos que tuvieron. Al parecer, Pitágoras tenía treinta años más que ella. El historiador Peter Gorman asegura que se casaron cuando Pitágoras estaba entrando en la ancianidad y que tuvieron dos hijos, Damo y Telauges. Versión que contradicen otros historiadores al asegurar que, en realidad, Pitágoras y Téano tuvieron tres hijas: Damo, Myia y Arignote, además de un varón al que llamaron Telauges. Vaya usted a saber. ¿Con qué versión nos quedamos?

Una comunidad como la pitagórica despertaba todo tipo de recelos entre las gentes de Crotona, sobre todo cuando los pitagóricos empezaron a tener una influencia notable en la gobernación de la ciudad, lo que llevó a un enfrentamiento que terminó en una revuelta en la que los airados habitantes de Crotona decidieron acabar con la escuela, atacaron y mataron a varios estudiantes y maestros y asesinaron a Pitágoras. El poder. Una vez más, la lucha por el poder. Los de Crotona defendiendo su feudo, los pitagóricos ejerciendo una influencia que preocupaba a los que hasta entonces tenían el control de la ciudad. Y así, como en tantas y tantas ocasiones a lo largo de la Historia, la violencia se impuso a la razón.

La suerte favoreció a Téano, que pudo escapar con sus hijos convirtiéndose en la gran maestra de la escuela pitagórica.

¿Qué queda de cuanto escribieron Pitágoras y los alumnos de su escuela? Puesto que conocemos su obra por el relato de otros autores, es difícil saber qué trabajos son exclusivamente de Pitágoras y cuáles son de sus alumnos y sus seguidores o los debidos a su esposa, Téano. A ella se le atribuye, además de una biografía de Pitágoras, la teoría de los poliedros regulares, el teorema sobre la proporción de los números áureos, un tratado cosmológico sobre el origen del universo, otro sobre la piedad y diversos textos sobre medicina.

En realidad, fue Téano quien mantuvo viva la llama de los conocimientos de Pitágoras y quien los expandió por Grecia y Egipto, donde vivió con sus hijas. Ella, su mejor alumna, y quizá su esposa, se hizo con el santo y seña de la escuela pitagórica siendo reconocida por su sabiduría por los hombres de su época; de lo contrario, no solo su recuerdo no habría llegado hasta nosotros, sino que el pitagorismo sobrevivió, entre otros, en Platón, a cuya madre, Perictione, se le atribuye haber sido seguidora de la escuela pitagórica.

Pero si sobre Téano hay grandes lagunas, también son muchas las de la vida de Perictione. Su hijo, Platón, está en la gran Historia, pero el hijo no puede explicarse sin la madre que le crio. Al parecer, Perictione descendía de Solón, uno de los Siete Sabios de Grecia, y aunque no hay certeza, se le atribuye la autoría de dos tratados, uno que versaba *Sobre la armonía de las mujeres* y otro *Sobre la sabiduría*. Sabemos de estos textos a través de Estobeo, un doxógrafo, un autor de biografías de filósofos, que era de origen macedonio y que vivió en el siglo V d. C. También por autores posteriores como Diógenes Laercio, historiador griego que vivió en el siglo III d. C., y por Focio, patriarca de Constantinopla que vivió en el siglo IX de nuestra era.

En realidad, la historia de las pitagóricas está por escribir porque las fuentes no se terminan de poner de acuerdo sobre la existencia de unas y de otras. Pero sería injusto no tener en cuenta a estas mujeres que formaron parte de la élite de la inteligencia de su tiempo y que, enamoradas de los números, resumían en ellos el sentido del Universo y de sus propias vidas.

Las Matemáticas no serían hoy lo que son sin la herencia de la escuela pitagórica, donde las mujeres tuvieron un lugar destacado. Y sin Téano no habría sobrevivido ni el saber de Pitágoras ni el suyo propio. No tengo dudas de que si Pitágoras eligió como esposa a Téano, también ella eligió como esposo a Pitágoras, y el saber de uno se fundió con el del otro. Pero como no me canso de repetir, el hecho de que hasta el siglo XX la Historia haya estado en manos de los hombres ha cubierto de un manto de oscuridad la vida y las obras de mujeres extraordinarias como Téano, cuya contribución al desarrollo de las Matemáticas ha sido esencial. Y si alguien la estudia en la escuela, que levante la mano. Yo desde luego no tuve noticia de la existencia de Téano hasta que, ya mayor, viajé a Crotona, en el sur de Italia, en la región de Calabria. Si el viajero de nuestros días lleva sus pasos hasta Crotona, hallará una bella ciudad mediterránea y tendrá que dejar vagar la imaginación para encontrarse con Pitágoras y con Téano, por más que la plaza principal se denomine «Plaza de Pitágoras» y muy cerca esté el Museo de Pitágoras.

Diotima e Hiparquía

Tampoco podemos explicar a Sócrates sin Diotima, pero ¿alguien sabe quién fue Diotima de Mantinea? Sacerdotisa y seguidora de la escuela pitagórica, maestra de Sócrates y de la cual, en *El banquete* de Platón, este llega a decir que todo lo que sabe sobre el amor se lo ha enseñado Diotima. O sea que debió de ser una mujer excepcional para que el mismísimo Sócrates la tuviera por maestra. Hay autores que aseguran que Diotima no era otra que la mismísima Aspasia, la mujer más importante del siglo de Pericles. Lo cierto es que Aspasia, tratada como cortesana por muchos autores por estar unida a Pericles, fue sobre todo una mujer con una vasta cultura, lo que despertó la animadversión de sus contemporáneos. Pero no solo era la

amante de Pericles, sino que los mismos que la criticaban babeaban por obtener sus favores. Suele pasar.

Hay otra mujer que siempre ha despertado mi curiosidad. Es el caso de Hiparquía, filósofa de la escuela de los cínicos, unida a Crates de Tebas. Y escribo «unida» porque no pasaron por el rito del matrimonio, sino que decidieron estar el uno con el otro sin más. Hizo de su vida lo que le dio la gana sin ceñirse a las normas ni a la moral de su época, lo cual me la hace doblemente simpática.

De manera que en la Grecia clásica hubo mujeres que se saltaron las normas y, ya fuera como sacerdotisas o simplemente porque su posición social y económica se lo permitía, formaron parte de la «inteligencia» de la época por más que sus nombres no hayan ocupado el lugar que merecen en la historia de la Filosofía y de la Ciencia. Y así ha sido a lo largo de los siglos.

Mirando las estrellas

Y ahora, ¿por dónde continúo? Son tantas las mujeres que dedicaron y dedican hoy su vida al estudio de la Filosofía, las Matemáticas y la Astronomía... Sí, los nombres de ellos han sobrevivido al paso de los siglos, pero ellas también estaban allí, y sin su inteligencia, su trabajo y su impulso no pueden explicarse siquiera la vida y la gloria de ellos.

Haré un alto entre las filósofas para referirme a las astrónomas recorriendo varios siglos.

La Astronomía ha sido una ciencia en la que han destacado las mujeres si nos atenemos a los descubrimientos hechos por ellas, si bien es verdad que, en muchas ocasiones, en colaboración con ellos.

Caroline Lucretia Herschel

La primera mujer que fue reconocida oficialmente como astrónoma, la alemana Caroline Lucretia Herschel, nació en Hannover en 1750 y desarrolló su carrera en Inglaterra junto a su hermano William, convirtiéndose en su mano derecha. William ya había destacado como astrónomo al descubrir, al parecer por casualidad, el planeta Urano. El rey Jorge III le premió nombrándole astrónomo de la Corte con una retribución de doscientas libras anuales. Caroline, por su parte, se dedicó en cuerpo y alma a trabajar con William ayudándole, entre otras tareas, en la construcción de sus propios telescopios. Caroline, además, dedicaba sus escasos momentos libres a observar ella sola el firmamento descubriendo multitud de estrellas que no habían sido aún catalogadas. Fue la primera mujer que identificó un cometa entre la Osa Mayor y Berenice, al que se denominó con un nombre tan poco

atractivo como C/1786 P1. Ya me dirán quién se puede acordar del cometa en cuestión, aunque posteriormente fue conocido como el cometa de «la primera dama». Al anunciar su descubrimiento ante la Royal Society, Caroline no se atrevió a decir que era exclusivamente suyo y permitió que su hermano añadiera algunas consideraciones para dar mayor validez a su hallazgo. Y es que una mujer que se había convertido en astrónoma a fuerza de trabajar con su hermano y sin dejar escapar ocasión para el estudio del universo, despertaba un cierto recelo precisamente por su condición de mujer, como si a la sociedad de la época le costara admitir su inteligencia y su capacidad y cualquier objetivo conseguido solo pudiera ser admitido si estaba avalado por un hombre, en este caso, su hermano. Ya se sabe que unos cardan la lana y otros se llevan la fama.

Caroline sumó nuevos descubrimientos. Y aunque William seguía manteniendo su reputación ante sus pares, tal era el grado de conocimientos en materia astronómica que su saber acabó siendo reconocido. Pero si hoy en día nos quejamos (con razón) de las diferencias salariales entre hombres y mujeres, imagínense cómo eran las cosas en el siglo XVIII. El rey Jorge III ordenó que le pagaran cincuenta libras al año para que pudiera seguir investigando el universo. Cincuenta libras. Su hermano recibía doscientas. Y como era mujer, no fue nombrada miembro honorario de la Real Sociedad de Astronomía hasta los 85 años, y ojo, «miembro honorario».

Sin palabras.

Un siglo después, otra víctima del silencio de sus contemporáneos fue la austriaca **Maria Winkelmann** (1670). Trabajó junto a su marido Gottfried Kirch, quien se atribuyó el descubrimiento de un cometa al que bautizaron con el tan poco atractivo nombre de C/1702 H1. Menos mal que, antes de morir, el marido, reconcomido por la mala conciencia, dejó dicho que el cometa mencionado fue en realidad descubierto por su esposa. Demasiado tarde.

¿Han oído hablar del cometa Halley? Seguro que sí. Es un cometa que lleva el nombre del astrónomo británico Edmund Halley porque fue él quien descubrió que cada cierto tiempo se acercaba a nuestro planeta. En realidad, de ese cometa ya tenían noticias los antiguos, aunque fue Halley el que hizo estudios más precisos sobre este misterioso cuerpo celeste compuesto de rocas, polvo y hielo.

Por cierto, que la última visita del cometa Halley fue en 1986 y se le volverá a ver en 2061, así que tal vez los más jóvenes de entre los lectores tengan la oportunidad de verlo.

Lleva el nombre de Edmund Halley, pero quien lo descubrió realmente fue una astrónoma y matemática francesa, **Nicole-Reine Lepaute**, que vivió en el siglo XVIII y trabajó codo con codo con el astrónomo Jérôme Lalande y el matemático Alexis Clairaut. Este último fue quien predijo cuándo regresaría y sería visto desde la Tierra el cometa Halley, y también calculó en 1762 la fecha de un eclipse que tendría lugar

dos años después. Casi nada...

Otra astrónoma que ha entrado en la Historia es la estadounidense **Maria Mitchell**, primera mujer a la que se admitió en la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias y también, me van a permitir la apostilla, porque fue una defensora acérrima de los derechos de las mujeres. Nunca se sintió inferior a ningún hombre y nunca permitió que la trataran con menos consideración que a cualquier otro astrónomo. Nació en 1818 en el seno de una familia cuáquera, lo que la favoreció, puesto que los cuáqueros no hacían distinciones a la hora de educar a los hijos, fueran estos varones o hembras. Por si fuera poco, su padre era un estudioso de la Ciencia y la Astronomía y se dedicaba a reparar y ajustar los instrumentos astronómicos que llevaban los barcos balleneros. Le enseñó el oficio a su hija y le permitió colaborar en sus estudios y sus experimentos.

Maria dedicaba las noches a escudriñar el firmamento con su telescopio y descubrió un cometa, lo que le supuso el reconocimiento público. También consiguió reseñar en una tabla los movimientos del planeta Venus, hallazgo que aún hoy sirve de guía a los navegantes; en realidad, desde la Antigüedad los navegantes tuvieron a este planeta como una guía al surcar el mar.

Viajó por toda Europa, se codeó con los astrónomos más importantes de su tiempo y, ya en la edad madura, accedió a un puesto como profesora en la prestigiosa escuela de señoritas Vassar College (estado de Nueva York), donde insistía a sus alumnas que valían lo mismo que cualquier hombre. Ni un ápice menos. Fue fundadora de la Asociación Estadounidense para el Avance de las Mujeres, con el objetivo de conseguir que las mujeres recibieran la misma remuneración que los hombres por trabajos similares.

«Las damas de Pickering», denominación que se debe al apellido del director del Observatorio Astronómico de Harvard, fue un grupo de mujeres, creo que trece en total, que nunca han sido reconocidas como merecen. Las contrataron para contar, clasificar y fotografiar estrellas y su trabajo ha contribuido al desarrollo de la Astrofísica. Bueno, yo me quedo con la denominación «las damas de Pickering», aunque aun así hay sesgo machista, de altanería y desprecio por aquellas mujeres que hicieron destacadas aportaciones a la ciencia astronómica y sin cuyo trabajo el Observatorio de Harvard no habría alcanzado el grado de excelencia que se le atribuye aún hoy día. Y digo que me «quedo» con esta denominación porque ignoro si fue el propio director del Observatorio el estúpido que se refirió a ellas como «el harén de Pickering», pero ni siquiera como broma tiene gracia y es una manifestación más del desprecio de algunos hacia la inteligencia probada de las mujeres a las que no consideran sus iguales.

Y, ya puesta, me atrevo a decir que la fama que alcanzó como astrónomo Edward Charles Pickering habría sido imposible sin el trabajo de estas mujeres. Y que si las

contrató fue exclusivamente en su propio beneficio y en el del Observatorio. No parece que pusiera ninguna objeción a que calificaran como «su» harén a aquellas mujeres que hicieron grandes descubrimientos astronómicos.

En definitiva, su historia está entrelazada con la de Pickering y no se puede contar la de ellas sin la de él.

Esta historia empezó con **Williamina Paton Stevens**, porque con ella se inició el desembarco de las mujeres en el Observatorio Astronómico de Harvard.

Escocesa de procedencia y maestra de formación, emigró a Estados Unidos junto a su marido, y cuando él la abandonó estando embarazada, no se rindió y encontró trabajo como criada en casa de Edward Charles Pickering, el director del Observatorio de Harvard y uno de los grandes astrónomos estadounidenses que descubrió junto a otro astrónomo, Carl Vogel, estrellas primarias. Es decir, era un hombre de gran solvencia como astrónomo pero a la vez listo, porque se dio cuenta de que podía utilizar el talento de las mujeres.

Williamina era seria, trabajadora, eficaz, y su jefe (¡menuda cara!) le encargó un trabajo fuera de casa: debía hacer horas extras en el Observatorio poniendo orden en el laboratorio fotográfico y revisando las placas de las fotografías. Eso despertó su interés por el universo y empezó por su cuenta a observar las estrellas, convirtiéndose en astrónoma aficionada. A partir de ahí comienza la historia del «harén».

Pickering tomó una decisión que resultó un éxito: encargar a quien era hasta entonces su criada la contratación de otras mujeres, porque había descubierto que trabajaban a destajo, con seriedad y rigor, mostraban grandes dotes de paciencia y observación y, por si fueran pocas las ventajas, además cobraban menos que los hombres.

Así que abrió la puerta del Observatorio a unas cuantas mujeres, trece, a las que dedicó a la identificación, clasificación y composición de las estrellas a partir de las fotografías.

Eso sí, tuvieron que soportar que se las conociera como «el harén de Pickering», ya saben, las bromitas tan estúpidas que gastan algunos hombres y que aplauden algunas mujeres.

Entre las contratadas por Pickering hay que destacar a **Henrietta Swan Leavitt**, que descubrió la manera de medir el universo tras establecer la relación entre periodo y luminosidad para medir las distancias entre figuras estelares.

Otra mujer cuyas investigaciones han contribuido a que la Astronomía diera un salto cualitativo y cuantitativo es **Cecilia Payne-Gaposchkin**, que demostró en su trabajo de tesis doctoral que el componente principal de las estrellas es el hidrógeno.

Hay tantas «matemáticas» con historia... que siento que las estoy traicionando si no las nombro a todas. Aunque, como decía en las primeras páginas, esta no es una

historia exhaustiva sobre mujeres que han destacado, sino una historia de las mujeres con las que me he encontrado a través de mis lecturas; aun así siento que debo, aunque solo sea una de ellas, nombrar a **Sophie Germain**. Nació en 1776, fue una apasionada de las Matemáticas, y aunque no tenía acceso a estudiar por su condición de mujer, lo hizo en secreto y decidió ampliar su curiosidad carteándose con los matemáticos más importantes de su tiempo, y para ello se inventó un seudónimo: «Monsieur Leblanc». Cómo iban a imaginar las vetustas cabezas de su época que detrás de aquel «señor Leblanc», que había desarrollado la Teoría de los Números, se escondía una mujer sin más conocimientos que los que se había procurado ella por sus propios medios.

También me ha llamado siempre la atención la historia de otra mujer joven y genial, **Ada Lovelace**. Nacida en 1815, era hija del poeta Lord Byron y de Anne Milbanke. Su madre la orientó hacia el estudio de las Matemáticas para alejarla de la poesía y de la literatura, es decir, de todo lo que tenía que ver con su padre. Su pasión por las Matemáticas le llevó a cartearse con los matemáticos más destacados. Entre otros, con Charles Babbage, un profesor de la Universidad de Cambridge que trabajaba en una «máquina de cálculos» a la que llamaba «motor analítico» y que era un antecedente de las computadoras actuales. La revista *Scientific Memoirs* le encargó que hiciera una traducción sobre el trabajo de Babbage y ella añadió notas con sus aportaciones sobre el funcionamiento de la máquina de cálculos introduciendo el concepto de «algoritmo». En sus notas añadió que la máquina no tenía por qué ceñirse únicamente a los cálculos, sino que también podría expresarse a través de música y palabras. Lo que imaginó o, mejor dicho, predijo, ¡hoy ya es presente! Es más, muchas de las decisiones que se adoptan en distintos ámbitos, se hacen en función de los algoritmos.

Las Nobel

Marie Curie

Su nombre despierta tanto respeto como admiración. De haber nacido hoy la conoceríamos como Maria Salomea Skłodowska, hija de un profesor de Física y Matemáticas y de una maestra. Pero ya saben que incluso hoy día la costumbre hace que a muchas mujeres, sobre todo en el mundo anglosajón, se las siga conociendo por el apellido del marido. La verdad es que no comprendo por qué aceptan esta pérdida de identidad. Adoptar el apellido del marido es dejar de ser poco a poco una misma. Es otro el que te define. Pero vuelvo a Marie Curie.

¿Quién podía imaginar que aquella niña nacida en 1867 en Varsovia iba a convertirse en una de las científicas más importantes de la Historia? Seguramente ni siquiera ella soñó con que su vida iba a tomar los derroteros que la llevarían a recoger el Premio Nobel de Química en 1911.

Su infancia transcurrió en Polonia cuando aún formaba parte del Imperio ruso, pero su familia se resistía a cambiar su cultura polaca por la rusa, así que se enfrentaron a muchas dificultades para subsistir. Por si fuera poco, en la escuela solo pudo acceder a una educación básica, puesto que las niñas no cursaban estudios superiores, aunque consiguió entrar junto a una de sus hermanas en una universidad clandestina que sí admitía a jóvenes y en la que, además, podía estudiar en su propio idioma. La tensión y el malestar social crecían por días en Varsovia, así que la salida fue la emigración. Su hermana Bronya abrió camino marchándose a París a estudiar, pero Marie tuvo que quedarse en su casa y trabajar como institutriz ahorrando para en algún momento seguir los pasos de su hermana, con la que había establecido el acuerdo de que se ayudarían la una a la otra para asistir a la universidad. Marie no lo consiguió hasta los 24 años, cuando por fin pudo marcharse a París.

Allí estudió Física y acabó siendo la alumna más brillante de su promoción,

además fue donde conoció a Pierre Curie, físico y estudioso de la radiactividad, un fenómeno prácticamente desconocido por aquellas fechas.

Marie decidió doctorarse, su tesis la basó en sus investigaciones sobre materias radiactivas. Había estado trabajando codo con codo con Pierre Curie, que le había aconsejado que centrara su tesis en las investigaciones de otro físico, el francés Henri Becquerel. Su tesis doctoral obtuvo la máxima calificación: sobresaliente *cum laude*.

Marie y Pierre se casaron, tuvieron dos hijas y decidieron unir fuerzas en sus trabajos de investigación sobre los elementos radiactivos. Investigaciones que llevaban a cabo en una especie de chamizo sin apenas ventilación que estaba ubicado junto a la Escuela de Física y Química. En aquel momento desconocían los peligrosos efectos, potencialmente mortales, de la radiactividad. Descubrieron la existencia del radio y el polonio, dos elementos nuevos en la tabla periódica. El nombre de «polonio» fue un homenaje a Polonia, país de nacimiento de Marie, que por aquel entonces no existía como estado independiente. En 1903, ambos, junto a Henri Becquerel, recibieron el Premio Nobel de Física.

Pero Marie era mujer, lo que hasta hace muy poco no ha sido suficiente para obtener, a igual trabajo, no solo igual salario, sino también igual reconocimiento que los hombres. Y aún hoy es una batalla que no está ganada del todo.

Así que mientras Pierre Curie obtenía una cátedra en la Universidad de La Sorbona, y más tarde fue nombrado miembro de la Academia Francesa, Marie quedó fuera del foco del reconocimiento público.

Un carruaje de caballos atropelló a Pierre Curie segándole la vida, y abrió a Marie la puerta para ocupar el puesto de su marido en la universidad. Fue la primera mujer en la historia de La Sorbona que accedía a una cátedra.

Le debemos mucho a la inteligencia de esta mujer. Fue ella quien descubrió que la radioterapia podía convertirse en un arma contra los tumores. En 1911, y esta vez a ella sola, le concederían el Premio Nobel de Química.

Hay un episodio en la vida de Marie Curie que a mí siempre me ha producido tanta indignación como rabia y es que estuvo a punto de no poder ir a Estocolmo porque la moral de la época ya la había condenado por su relación con otro físico, Paul Langevin, más joven que ella y... casado.

Y aunque la relación del matrimonio Langevin no atravesaba su mejor momento, eso no evitó el escándalo y, sobre todo, los deseos de venganza de la esposa, que se veía preterida por una figura reconocida como era Marie Curie.

Y se vengó, vaya que si se vengó. Días antes de que Marie recibiera la noticia de que había sido galardonada con el Premio Nobel, la señora Langevin declaró en la prensa que su marido la engañaba con ella...

¿De parte de quién se pusieron la prensa y la opinión pública? Pues de la esposa despechada, tanto que los insultos y las descalificaciones se sucedieron contra Marie

Curie, a la que prácticamente presentaban como una «bruja» que había seducido y engañado al «inocente» monsieur Langevin.

A partir de que se desatara el escándalo, los vetustos miembros del jurado del Premio Nobel daban vueltas pensando en cómo evitar que Marie Curie acudiera a Estocolmo a recoger el premio y lamentándose del «desdoro» que supondría para los reyes de Suecia verse obligados a compartir mesa y mantel con una mujer... ¡que tenía un amante! El colmo de la hipocresía, añado yo. Como si los hombres y mujeres que forman parte de la realeza, la que sea, no tuvieran las mismas pasiones que el resto de los mortales. ¡Como si sus vidas fueran ejemplares!

En un artículo publicado por BBC News que recorté hace algún tiempo se relata cómo otro Premio Nobel, el sueco Svante Arrhenius, le escribió intentando convencerla para que rechazara el galardón. ¡Menudo tipo!

La respuesta de Marie Curie fue esta: «El premio me lo dieron por el descubrimiento del radio y el polonio. Creo que no hay ninguna conexión entre mi trabajo científico y los hechos de mi vida privada».

Pero no estuvo del todo sola. Hubo un hombre que se puso de su parte, que admiraba la inteligencia, el talento y los trabajos de Marie Curie: Albert Einstein, quien le escribió diciéndole: «¡Ve a Estocolmo. Estoy convencido de que debes despreciar este alboroto. Si la chusma sigue molestándote, deja de leer esas estupideces. Déjaselas a las víboras para las que fueron escritas».

Reconozco que siempre he admirado el genio y la inteligencia de Einstein, pero después de saber cómo actuó en favor de Marie Curie siento una admiración añadida por su humanidad y por su mente carente de prejuicios. Fue realmente un gran hombre, y no solo por su Teoría de la Relatividad.

Pero hay amores que no soportan confrontarse con la realidad de la vida cotidiana y a los que termina pesando la amargura de sentirse señalados, y ese fue el caso de Marie Curie y Paul Langevin.

¿Han cambiado las cosas en esta década del siglo XXI? Me temo que no. A las mujeres se las continúa juzgando y menospreciando, incluso con más hipocresía, cuando hacen de su capa un sayo, es decir, cuando deciden libremente elegir su propia vida, también la amorosa.

Incluso los medios que se autoproclaman progresistas no tienen empacho en fiscalizar e inmiscuirse en la vida privada de las mujeres que tienen cierto relieve social, bajo el pretexto de que debido a ese relieve no tienen derecho a ninguna privacidad.

¡Un asco!

Volviendo a Marie Curie, aunque separaron sus vidas, ella y Paul Langevin no dejaron de ser amigos. Y Marie continuó adelante. Durante la Primera Guerra Mundial, ayudada por su hija Irène, puso en marcha la instalación de unidades

móviles de rayos X. Posteriormente la nombraron directora del Servicio de Radiología de la Cruz Roja Francesa, y más tarde le abrirían las puertas de la Academia Nacional de Medicina.

Los años de trabajo con elementos radiactivos acabaron pasándole factura. Murió en 1934. Tanto el féretro como sus pertenencias fueron sellados para evitar fugas radiactivas.

Fue la primera mujer que recibió el Premio Nobel, pero más allá de este galardón su vida fue realmente extraordinaria, y si conocemos tantos detalles es gracias a Ève, otra de sus hijas. Ève no se dedicó a la ciencia pero sí a escribir. Fue crítica de música y de cine y corresponsal de guerra. A ella le debemos el relato de los hechos que nos permiten conocer y reconocer la grandeza de su madre, Madame Curie.

De tal palo, tal astilla

Quién les iba a decir a Marie y a Pierre Curie que una de sus hijas, Irène Joliot-Curie, también recibiría en 1935 el Premio Nobel de Química. Fue un año después de la muerte de su madre. Y al igual que el primer Premio Nobel que recibió Marie fue junto a su marido Pierre, Irène compartió el suyo con Frédéric Joliot, su marido, como reconocimiento al trabajo de ambos por la síntesis de nuevos elementos radiactivos.

La pasión de Irène por la ciencia germinó con el ejemplo de su madre, con la que trabajó en el Instituto de Radio de París, un centro de investigaciones de Física y Química. Fue allí donde conoció a Frédéric Joliot, un ingeniero químico.

Marie le había encargado estudiar aspectos químicos del polonio (sí, ya sé, a muchos de ustedes y a mí nos suena a marciano), aunque Frédéric no sabía demasiado del tema, pero como se trataba de conservar el empleo se aplicó a fondo. Además, resulta que Irène y Frédéric se enamoraron, se casaron y no sé si comieron perdices, pero sí que consagraron su vida al estudio de la radiactividad natural y artificial, lo que les valió el Premio Nobel. Para entonces ya habían decidido unir sus apellidos: Joliot-Curie.

Tanto monta, monta tanto...

Tuvieron dos hijos que siguieron la estela de la ciencia, Hélène se dedicó a la Física nuclear y Pierre, a la Biología.

Pero antes, en 1938, habían descubierto la fisión del uranio. Irène, que al igual que sus padres era pacifista, decidió junto a Frédéric no patentar su descubrimiento en un momento en que ya sonaban los tambores de lo que sería la Segunda Guerra Mundial.

Me pregunto si a Irène le resultó fácil haber crecido a la sombra de unos padres de la potencia intelectual de Marie y de Pierre y si su carácter, que su hermana Ève

describe como hermético, tendría que ver con el peso de ser hija de quien era.

Ève, al optar por una profesión distinta, pudo desarrollar una vida propia sin sentir la sombra de la grandeza de sus progenitores, pero en el caso de Irène debió de resultarle muy difícil saber que siempre sería objeto de comparación y que tendría que demostrar con creces su talento.

Más premios Nobel

Gerty Cori. Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1947 junto a Carl Ferdinand Cori y Bernardo A. Houssay.

De nuevo tenemos una pareja que une sus vidas en lo personal y en lo profesional.

Nacida en Praga en 1896 como Gerty Theresa Radnitz, cuando Chequia era parte del Imperio austrohúngaro. Estudió Medicina en su ciudad, donde conoció a Carl Ferdinand Cori, con el que se casó. Emigraron a Estados Unidos.

Carl Ferdinand trabajó como investigador en la Escuela de Medicina de la Universidad de Washington y solicitó que Gerty se uniera a sus trabajos como investigadora, pero ella tuvo que conformarse con un puesto de «asociada» y cobrando menos que él.

En 1947, sus trabajos de investigación sobre la transformación del glucógeno en ácido láctico les valió el Premio Nobel junto al fisiólogo Bernardo A. Houssay.

Gerty Cori sería la tercera mujer en recibir el Nobel después de Marie Curie e Irène Joliot-Curie y, al igual que ellas, también lo compartiría con su marido.

Hay más casos.

Maria Goeppert-Mayer, nacida en Alemania, nacionalizada estadounidense. Premio Nobel de Física en 1963, que también compartió con otro científico, Hans Jensen, por demostrar el modelo de capas nuclear.

Dorothy Crowfoot Hodgkin, nacida en El Cairo en 1910. Premio Nobel de Química en 1964 por sus resoluciones a través de técnicas de rayos X de las estructuras de importantes sustancias bioquímicas.

Rosalyn Sussman Yalow. Nueva York, 1921. Recibió el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1977 junto a otros dos investigadores, Roger Guillemin y Andrew V. Schally, por el desarrollo de radioinmunoanálisis de la hormona peptídica.

Barbara McClintock. Hartford, 1902. Premio Nobel en 1983 por sus descubrimientos en el campo de la transposición genética.

Y una más. Una de mis favoritas, una de esas mujeres que dejan huella, no solo por su ciencia sino por su humanidad:

Rita Levi-Montalcini. Nacida en Turín en 1901, recibió el Nobel de Fisiología y Medicina junto a Stanley Cohen por descubrir el factor de crecimiento del sistema nervioso.

Gertrude Elion. Estados Unidos, 1918. Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1988, junto a James Black y George Hitchings, por los principios claves en el desarrollo y el tratamiento de medicamentos.

Christiane Nüsslein-Volhard. Alemania, 1942. Premio Nobel de Fisiología y Medicina, junto a Edward B. Lewis y Eric F. Wieschaus, por sus descubrimientos sobre el control genético del desarrollo temprano del embrión.

Françoise Barré-Sinoussi. Francia, 1947. Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 2008, junto a Luc Montagnier y Harald zur Hausen, por el descubrimiento del VIH.

Elizabeth Blackburn, nacida en Australia en 1948, y **Carol Greider**, nacida en Estados Unidos en 1961. Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 2009, compartido por ambas, por el estudio sobre una parte del cromosoma relacionado con el envejecimiento de las células.

Ada Yonath. Israel, 1939. Premio Nobel de Química en 2009, junto a Venkatraman Ramakrishnan y Thomas A. Steitz, por sus investigaciones sobre la estructura de los ribosomas.

May-Britt Moser. Noruega, 1963. Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 2014, junto a John O'Keefe y Edvard Moser, por el descubrimiento de los mecanismos que utiliza el cerebro para interpretar y representar el espacio que nos rodea. Una especie de GPS natural.

Tu Youyou. Nacida en China en 1930. Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 2015, junto a William Campbell y Satoshi Omura, por el descubrimiento de la artemisinina, un fármaco para curar la malaria.

Donna Strickland. Canadá, 1959. Tercera mujer en ganar el Premio Nobel de Física por sus investigaciones en el campo del láser junto a Arthur Ashkin y Gérard Mourou.

Frances Hamilton Arnold. Estados Unidos, 1956. Premio Nobel de Química en 2018, junto a sir Gregory P. Winter y George P. Smith, por sus investigaciones de métodos de evolución dirigidas para crear sistemas biológicos útiles.

Andrea Ghez. Nueva York, 1965. Premio Nobel de Física en 2020, junto a Reinhard Genzel y Roger Penrose, por sus investigaciones sobre los agujeros negros.

Jennifer A. Doudna, nacida en Estados Unidos en 1964, y Emmanuelle Charpentier, nacida en Francia en 1968. Premio Nobel de Química en 2020, compartido por ambas, por el desarrollo de un método de edición genética.

La lista es pues impresionante, y yo destacaría que en el campo de las ciencias, las mujeres que han sido galardonadas con el Nobel en su mayoría se debe a sus investigaciones en Medicina, en primer lugar, y en Física y Química, después.

El amargo don de la belleza

Y ahora voy a intentar hacer justicia a una mujer que debería ser estudiada como una de las «grandes» de la ciencia. Pero que no ha sido reconocida como tal porque su extraordinaria belleza y el ser una estrella del cine han dejado en penumbra su inmensa inteligencia y su gran talento para las Matemáticas. En ella se hace realidad el amargo don de la belleza. Me refiero a **Hedy Lamarr**, la inventora de lo que hoy conocemos como «conexión wifi» y que resulta imprescindible en la sociedad de la comunicación.

Lo cierto es que ser guapa no siempre es una bicoca, sino que en ocasiones es un inconveniente. «El amargo don de la belleza», que escribió el poeta. Los hombres no suelen tomar en serio a las mujeres guapas, las quieren poseer, pero no están interesados en su inteligencia. Y hay mujeres a quienes les molesta, aun sin saberlo, la belleza ajena y achacan su triunfo, si es que triunfan, a la belleza y no al talento. Así que es cierto eso del amargo don de la belleza. Hedy Lamarr lo sufrió.

Sus biógrafos le atribuyen esta frase, que a mí me encanta y sobre la que muchas mujeres deberían meditar: «Cualquier chica puede ser glamurosa. Todo lo que tienes que hacer es quedarte quieta y parecer estúpida». Claro que también puede ser que algunas se queden quietas porque no se atreven a enfrentarse a quienes con tanta ligereza les colocan etiquetas porque son auténticos estúpidos.

Vienesa, nacida en 1914, su nombre auténtico era Hedwig Eva Maria Kiesler. Su padre era un banquero austriaco y su madre, que era pianista, había nacido en Budapest. Desde sus primeros pasos en la escuela la consideraron una niña superdotada que soñaba con ser ingeniera. Pero ese sueño dio paso a otro: ser actriz. Se marchó a Berlín a estudiar y en 1932 el director checo Gustav Machatý le confió el papel protagonista en una película, *Éxtasis*, que fue un escándalo, puesto que aparecía desnuda. Al parecer, el suyo fue el primer desnudo de la historia del cine y, por si fuera poco, resulta que interpretaba a una mujer en pleno orgasmo. No es difícil imaginar la conmoción que la película pudo provocar. No es que la sociedad centroeuropea de 1932 fuera muy pacata, pero sí tremendamente hipócrita, sobre todo en determinados estratos sociales donde las apariencias lo eran todo. De manera que Hedwig Kiesler no solo les dio un disgusto a sus padres, sino que quedó señalada entre la ilustre sociedad vienesa. Para alivio de su familia, la película fue prohibida. Pero el escándalo ya estaba servido, lo que no impidió que un riquísimo hombre de negocios, dedicado nada menos que a la industria armamentista, se prendara de aquella belleza que había podido contemplar de arriba abajo en el filme y decidiera casarse con ella. Lo sorprendente es que Hedwig aceptara. Había hecho lo más difícil, que era aparecer desnuda en una película, y por lo visto no encontró la manera de hacer lo fácil: negarse a casarse con Fritz Mandl, que así se llamaba su marido.

Sus biógrafos aseguran que si aceptó fue para complacer a sus padres, que

habían quedado en mal lugar ante la sociedad vienesa. El matrimonio podía diluir la falta de la hija, sobre todo porque el marido era un hombre riquísimo y estaba bien situado, y ya se sabe que cuando hay dinero de por medio, frente a los escándalos, la tendencia es mirar hacia otro lado.

En todo caso, ella aceptó y se convirtió en una mujer objeto para el mercader de armas, un personaje turbio, puesto que se relacionaba y vendía armamento a la Italia de Mussolini y a la Alemania de Hitler, y tan amigo debió de ser de ellos que le nombraron «ario honorario». Imagínense de qué pasta estaba hecho el tal Fritz Mandl.

Así que mientras él se dedicaba a los negocios, su recién adquirida esposa decidió aprovechar el tiempo y terminó la carrera de Ingeniería.

Según ella misma cuenta en sus memorias, Fritz Mandl era un celoso compulsivo y apenas le permitía moverse de su lado, lo que supuso que nuestra protagonista aprovechara muchas de las reuniones a las que le acompañaba para ponerse al día sobre cuestiones relacionadas con la tecnología de guerra.

Pero un buen día, harta de ser prisionera de su marido, decidió escaparse y lo hizo aprovechando que él estaba de viaje. Se fue con lo puesto y unas cuantas joyas para vender y así poder subsistir. Llegó a Londres perseguida por los «gorilas» del marido burlado, pero como era más lista logró esquivarlos y embarcarse en un transatlántico, el Normandía, con rumbo a Estados Unidos. Un hombre en el barco se fijó en ella, era imposible no hacerlo por su extraordinaria belleza. Era Louis B. Meyer, uno de los grandes productores de Hollywood. Debió de ver en ella algo más que belleza, puesto que le ofreció un contrato para trabajar en una de sus películas, eso sí, con una condición: que cambiara de nombre. La puritana sociedad estadounidense no habría podido asumir una actriz que había aparecido desnuda en una película. Buscaron un nombre y el que más le gustó fue el de Hedy Lamarr, y con él ha pasado a la historia del cine.

Hizo algunas películas, y en eso estalló la Segunda Guerra Mundial y ella se presentó voluntaria en un departamento denominado National Inventor haciendo valer su condición de ingeniera. Le dieron con la puerta en las narices. No solo era mujer, también demasiado guapa y, por tanto, los muy estúpidos le aconsejaron que utilizara su belleza vendiendo bonos de guerra, estaban seguros de que vendería muchísimos. Lo dicho: bobos de remate.

Pero les hizo caso y junto a su agente artístico pusieron en marcha una campaña en la que prometía un beso a quien comprara un bono. Al parecer, vendió siete millones, calculen cuántos besos tuvo que dar.

Pero no era suficiente, al menos para ella, y decidió que iba a ayudar como fuera. Uno de los problemas en aquellos momentos era el de la vulnerabilidad de las comunicaciones navales. Detectó la facilidad con la que podían interceptar los

torpedos, así que empezó a investigar junto George Antheil, un pianista que formó parte del movimiento dadaísta, un genio que iba de fracaso en fracaso. Ya se sabe que en demasiadas ocasiones los genios son seres incomprendidos. Antheil se había estrellado en París estrenando una obra titulada *Ballet mecánico*, con dos pianos, dieciséis pianolas, tres xilófonos, siete campanas eléctricas, tres hélices de avión y una sirena. Un fracaso rotundo que se repitió en Nueva York. Pero de una cosa pasaron a otra. Se pusieron a **«inventar»** codo con codo e idearon un sistema capaz de hacer saltar las señales de transmisión de radio entre las frecuencias del espectro magnético.

Esto lo he aprendido leyendo un artículo de J. M. Sadurní en *National Geographic* porque mis conocimientos tecnológicos son escasos, y lo único que he sacado en claro es que el invento es el precursor del wifi. Y ya saben, la vida del siglo XXI sería imposible sin wifi ni GPS. Al parecer, a este sistema se le denomina **«espectro ensanchado»**. Lo cierto es que en aquel momento los militares estadounidenses no fueron capaces de comprender la importancia del invento, que sería reconocido muchos años más tarde, cuando la crisis de los misiles de Cuba. Pero aunque Hedy patentó el invento, no le hicieron ni caso y además terminarían birlándole su descubrimiento. No le reconocieron su autoría hasta muchos años más tarde, cuando ya estaba hastiada y retirada no solo del cine sino casi de la vida. Pero antes continuó con su carrera cinematográfica, puso en marcha su propia productora para producir sus películas y siguió inventando convenciendo a Howard Hughes, un genio millonario y excéntrico y de armas tomar con una vida de película, de la bondad de otra de sus ideas: rediseñar las alas de los aviones haciendo que estas se parecieran más a las alas de los pájaros y las aletas de los peces.

Hughes, que no tenía ni un pelo de tonto, lo comprendió enseguida.

Hedy Lamarr se casó seis veces y, según sus biógrafos, se convirtió en una consumidora compulsiva de pastillas, además de en una cleptómana, y acabó encerrándose en su casa. No reconocieron su ingenio como inventora hasta finales de la década de los noventa, cuando ya era una anciana. El mundo se había rendido a su belleza, pero se había negado a reconocer su inteligencia. Los hombres de su época con los que se relacionó, aquellos militares del Pentágono, fueron incapaces de valorar su descubrimiento. Hoy el invento de Hedy Lamarr vale miles de millones de dólares y lo utilizamos en la mayoría de los artilugios que tenemos a mano. Murió en el año 2000. Parte de sus cenizas se esparcieron por los bosques de Viena. La ciencia tiene una deuda impagable con una de las mujeres más inteligentes que han pasado por este mundo.

Lise Meitner

Y como no se termina de aprender nunca, tengo que añadir otro nombre a la lista de

mujeres extraordinarias. Se trata de Lise Meitner. En realidad, yo no he sabido de su existencia hasta que mi marido, Fermín Bocos, me puso delante un reportaje sobre ella publicado en el dominical de *El País,* y estas son las notas que he tomado de la lectura de ese reportaje, firmado por J. M. Mulet.

La de Lise Meitner es la historia de una injusticia. Injusticia porque, merecedora del Premio Nobel, se lo fueron negando año tras año, aunque en ocasiones estaba en la lista de los nominados.

Sin embargo, fue tal su importancia científica que su nombre ha sido adjudicado a un elemento de la tabla periódica, el meitnerio.

Nacida en Viena en 1878, en el seno de una familia acomodada, tuvo la suerte de que sus padres, desde niña, avalaran su pasión por las Matemáticas y la Física. En su ciudad natal fue discípula de Ludwig Boltzmann, uno de los grandes genios de la Física, y más tarde estudiaría en Berlín, en la Universidad de Humboldt, siendo discípula nada menos que de Max Planck. También logro formar parte del Instituto de Física Experimental, donde no recibía ningún sueldo por ser mujer. Sí, así como lo leen. Era un genio, pero al parecer ser mujer suponía un lastre. En ocasiones me pregunto como esos prohombres de la Ciencia tuvieron esos comportamientos machistas negando a las mujeres ser tratadas como iguales, y más cuando muchas con las que trabajaron, como es el caso de Lise Meitner, eran muy superiores a ellos. El colmo de la etapa en que Lise Meitner trabajó en el Instituto de Física Experimental es que no le permitían utilizar el cuarto de baño, solo destinado a los hombres.

Su jefe Otto Hahn, que sabía de su valía, se la llevó como asistente al Instituto Kaiser Wilhelm... también sin sueldo.

Ambos descubrieron un nuevo elemento químico, el protacnio, sobre el que confieso mi absoluta ignorancia. Como Lise era judía, los nazis fueron a por ella, y así tuvo que huir con la ayuda de algunos de sus colegas (menos mal que siempre hay alguien decente), como el científico Dirk Coster que la ayudó a llegar a Holanda. Pero lo de Dirk Coster fue una excepción, porque su antes jefe, Otto Hahn, tuvo la desfachatez de firmar un artículo sobre la fisión nuclear, olvidándose de que Lise había investigado codo con codo con él sobre ese asunto. La excusa: Lise era judía. De manera que el jurado del Nobel, haciendo caso omiso de que detrás del descubrimiento estaba Lise Meitner, le concedió el Nobel a Otto Hahn. Parece que ni a los miembros del jurado ni a Otto Hahn, que aceptó el premio, se les cayó la cara de vergüenza.

Pero si esa tropa andaba escasa de moralidad, no así Lise Meitner que, cuando la invitaron a viajar a Estados Unidos para formar parte del equipo de científicos que estaba trabajando en la bomba atómica, dio un «no» como respuesta. La razón: una cuestión de principios, se negaba a participar en la creación de ninguna bomba.

Saben, pienso que la de Lise Meitner es una historia que deberían conocer nuestros escolares. La suya es la historia de una mujer de una inteligencia extraordinaria, pero también de una altura moral ejemplar.

Cuánto me alegro de que Fermín me hiciera encontrarme con la historia de Lise Meitner una mañana de domingo de 2022.

Hoy, aquí y ahora

Si regresamos a la actualidad, al hoy, al aquí y al ahora, tengo que confesar mi admiración por una de las grandes científicas españolas de todos los tiempos: **Margarita Salas**, discípula de otro grande de la ciencia, Severo Ochoa, y cuyo prestigio ha igualado al de su maestro.

Su fallecimiento en 2019 dejó un vacío indudable. Seguro que en alguna ocasión escucharon su voz en la radio o la vieron en televisión, siempre serena, amable, haciendo pedagogía, ausente de ego, cercana, todo un ejemplo como científica y como persona.

Descubrió el ADN de la polimerasa, una enzima capaz de replicar ácidos nucleicos que —según he leído— ha resultado esencial para la biomedicina y el desarrollo de la genética. No voy a intentar explicar lo que son las polimerasas porque realmente no lo sé y terminaría metiendo la pata, pero sí diré que el nombre de Margarita Salas está escrito con letras mayúsculas en la historia de la ciencia.

Con **María Blasco**, directora del Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas, me sucede lo mismo. Discípula de Margarita Salas, licenciada en Ciencias Biológicas, doctorada en Bioquímica y Biología Molecular, se ha dedicado al estudio de los telómeros y la telomerasa, que tienen que ver con el envejecimiento celular y el cáncer. Puede que un día termine por descubrir el secreto de la eterna juventud. Ojalá sea pronto.

O **Margarita del Val**, cuya voz serena nos ha ayudado a enfrentar el miedo durante la pandemia de Covid-19 como especialista e investigadora científica de infecciones virales.

Otra científica de campanillas es la física **Alicia Calderón**, que trabaja con el equipo que ha descubierto **«**el bosón de Higgs**»**, una partícula que tiene que ver con la masa del universo, sea eso lo que sea.

Elena García Armada ha desarrollado el primer exoesqueleto biónico infantil, lo que ha supuesto un paso adelante para ayudar a los niños con parálisis cerebral.

Y además hay otros nombres, seguramente desconocidos para quienes no forman parte de la familia científica, como el de **Dorotea Barnés González**, nacida en 1904, que innovó las técnicas espectroscópicas aplicadas al análisis químico.

O **Piedad de la Cierva**, nacida en Murcia en 1903 en el seno de una familia de ingenieros e inventores y que en los años treinta se especializó en la radiación

artificial, un campo nuevo por aquel entonces.

¡Ah! Y **Jimena Fernández de la Vega**, pionera de la genética en España, o **Ángeles Alvariño**, oceanógrafa, zoóloga, investigadora, una de esas mujeres sabias que descubrió veintidós especies marinas y que arrancó al mar, al que dedicó toda su vida, algunos de sus secretos.

Y cómo olvidar a la gran **Rita Levi-Montalcini**, que recibió el Nobel de Medicina por su descubrimiento de una proteína en el sistema nervioso que regula el crecimiento. Su vida es un ejemplo de superación. De familia judía, trabajó en una panadería para pagarse los estudios. Ella misma se construyó un laboratorio cuando Mussolini prohibió a los judíos ejercer cualquier carrera. Trabajó en Estados Unidos, donde vivió durante treinta años. Fue miembro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias, fue Medalla Nacional de Ciencia de Estados Unidos y también dirigió el Centro de Investigación Neurobiológica de Roma. No dejó de trabajar ni un solo día de su vida, y murió con 103 años. Todo un ejemplo. Les recomiendo un libro escrito por ella: *Atrévete a saber*.

Da rabia que haya tantas y tantas mujeres cuyos nombres pasan de puntillas si no por la Historia, sí por el relato oficial. Desde luego a mí me da rabia, porque si hubiese tenido alguna capacidad para entenderme con los números, me habría resultado más fácil comprender la magnitud de sus obras.

Y sí, ya sé que me dejo muchas en el tintero, sobre todo a las más jóvenes, de la última generación. Citaré a algunas de ellas como **Susana Carregal**, **Virginia Hernández-Gea**, **Jaione Valle**, **Azucena Bardají**, **Vanesa Esteban**, **Anna Shnyrova**, **Isabel Valera**, **Pilar López Sancho**... Que me perdonen las muchas mujeres científicas que dejo sin nombrar.

De vuelta a la Filosofía y la Literatura

Si las filósofas del pasado eran también científicas, algunas con el paso del tiempo fueron aparcando la Ciencia para dedicarse a la Literatura.

Un ejemplo es el de **Christine de Pizan** (1364-1430), filósofa, poeta y una adelantada del feminismo, cuyo libro *La ciudad de las damas* no me cansaré de recomendar.

En este relato Christine de Pizan reúne en una ciudad a las mujeres más reconocidas de la Historia: reinas, poetas, santas... Es un mundo ideal donde imperan la razón y la justicia.

La historia de esta veneciana, hija de un astrólogo y reconocido hombre de ciencia de su época, consejero de la Serenísima, es singular ya que recibió una educación igual a la de sus hermanos varones, e incluso estudió Filosofía e Historia.

Su padre, Tommaso de Pizan, fue invitado por Carlos V de Francia para instalarse en la Corte y allí creció nuestra protagonista, que, bajo la mirada complaciente de su padre, gustaba de escribir poesía y canciones, y que incluso hizo buena boda bajo los auspicios del rey, que le eligió como esposo a su secretario, Étienne du Castel. Tuvieron tres hijos y la suerte les sonreía hasta que a la muerte de Carlos V, sucediéndole su hijo, apenas un adolescente, el país se vio sumido en la que se conocería como la guerra de los Cien Años.

La mala suerte se cebó con Christine ya que a la guerra tuvo que sumar la enfermedad y muerte de su marido, y antes ya había sufrido la pérdida de su padre. Y así, de una posición de privilegio pasó a convertirse en una viuda pobre con tres hijos a los que sacar adelante. Sus amigos y su propia madre le recomendaban que se casara para solventar su difícil situación, pero ella se rebeló contra la idea de tener

que subsistir a través del matrimonio y, hecho insólito en su época, se puso a trabajar en un taller junto a encuadernadores y calígrafos, y en sus ratos libres dejaba volar la pluma escribiendo sonetos y baladas que fueron cogiendo fama, tanta que compuso un libro, *El libro de las cien baladas*.

Como era una mujer que no se arredraba ante nada, participó en un debate literario sobre el *Roman de la Rose*, un poema muy famoso en su tiempo, compuesto por más de veinte mil versos, que ella criticó abiertamente porque describía a las mujeres como simples comparsas destinadas al capricho de los hombres. Y ya ven, a principios del siglo XV, una mujer se atrevió a cuestionar la visión que los hombres tenían de las mujeres en general, defendiendo que el problema de la desigualdad estaba en que a las mujeres no se les permitía tener vida más allá de sus casas y que era la carencia de educación lo que les impedía competir con los hombres. ¡Siglo XV! ¡Menudo escándalo!

Hoy, seis siglos después, las reflexiones de Christine de Pizan continúan estando vigentes. Solo con el acceso a la educación tendremos las mismas oportunidades que los hombres, pero en tantos y tantos lugares del mundo sigue siendo un camino de hándicaps el acceso de las niñas a la escuela.

Acuérdense de que no hace tanto una niña paquistaní llamada Malala Yousafzai sufrió un castigo terrible por desafiar la prohibición de acudir a la escuela impuesta por el régimen talibán a las mujeres.

Malala se ha convertido en un símbolo en pro de la educación de las niñas y le fue concedido el Premio Nobel de la Paz. Tenía entonces 17 años.

Christine de Pizan decía que el problema es que hay hombres que no soportan que haya mujeres que puedan saber más que ellos. Seis siglos más tarde, ese diagnóstico sigue en vigor.

Sus escritos abarcan aspectos como el de la soledad, la virtud, la fe, la razón... Reflexiona sobre estos temas y muchos otros proponiendo siempre la rectitud en el comportamiento y el imperio de la razón y la justicia.

Como decía, la historia de esta mujer es sorprendente. Ante los vaivenes de la política francesa y las hostilidades en el país (en 1415 Enrique V de Inglaterra invadió Francia), decidió retirarse a un convento y allí pasó sus últimos años. En aquellos tiempos, para muchas mujeres el convento era la mejor solución para sobrevivir en aquel mundo de hombres.

Pero hay otras mujeres que también sentaron las bases para la lucha por la igualdad. Porque, en definitiva, es de lo que se trata: la igualdad.

Marie de Gournay

No tengo dudas de que hombres y mujeres somos biológicamente diferentes, pero esa diferencia no nos hace desiguales. Para mí la lucha feminista se resume en la lucha

por la igualdad y, por tanto, no puedo dejarme en el tintero a otras dos mujeres que sentaron las bases en esta batalla: Marie de Gournay y Olympe de Gouges.

En la Semana Santa de 2022, por iniciativa de mi marido, Fermín, viajamos a Burdeos con un propósito: conocer la torre de Michel de Montaigne. No nos decepcionó. De Burdeos a Saint-Émilion y de allí hasta el castillo del filósofo. Bueno, en realidad lo único que queda de su época es la torre, la famosa torre donde decidió pasar su vida leyendo y escribiendo, mientras que cuando alzaba los ojos veía a través de las ventanas los viñedos perdiéndose en el horizonte. Es un paisaje austero, bello, que invita a la reflexión.

Michel de Montaigne sin duda fue un hombre singular, dominaba el latín y el griego, y tuvo una vida regalada hasta que a la muerte de su padre hubo de hacerse cargo de la herencia familiar, cuya gestión le producía hastío. Así que decidió convertir la torre del castillo en su hogar y aún hoy se puede apreciar la sobriedad con la que vivía: una pequeña y hermosa capilla en la planta baja, y en las superiores, la habitación y el despacho, así como una biblioteca.

Montaigne fue un personaje más que contradictorio, ya que aunque se refugiaba en la soledad no desdeñó convertirse en alcalde de Burdeos.

Creo recordar que es en el estudio del escritor donde está colgado un pequeño retrato de Marie de Gournay. Seguramente a quienes visitan la torre incluso les pase desapercibido el retrato de una mujer que fue clave en su vida y en sus afectos, y a la que él tenía en más consideración que a sus propias hijas.

Pero no es la relación con Montaigne, que también, lo que quiero destacar de Marie de Gournay, sino que fue una intelectual importante en su época, cuyo principal empeño estuvo en defender la igualdad entre hombres y mujeres.

Marie no aceptaba que ninguno de los sexos fuera superior al otro, su batalla se centraba en la igualdad entre ambos. Les recomiendo un interesante ensayo sobre Marie de Gournay firmado por Montserrat Cabré i Pairet y Esther Rubio Herráez, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, *Marie de Gournay. Escritos sobre la igualdad y en defensa de las mujeres.*

Si lo leen, descubrirán que esta mujer extraordinaria, además de poeta y ensayista, que no pidió permiso a ningún hombre para defender lo que pensaba, se constituyó en la albacea del pensamiento y los escritos de Montaigne.

Entre las obras más destacadas de Marie de Gournay está *Tratado de igualdad de los hombres y las mujeres*, también *Agravio de damas*, luego está *Apología de la que escribe*, y otros muchos escritos como su propia biografía, *Copia de la vida de la doncella de Gournay.*

Me atrevo a decir que Marie de Gournay puso algunas de las bases del pensamiento feminista. ¿Cómo era Marie? Sin duda una mujer valiente que nunca dio un paso atrás en cuanto a la defensa de los derechos de las mujeres. Fue la

primogénita de una familia acomodada, puesto que su padre, Guillaume Le Jars, fue tesorero y secretario de cámara del rey. Su padre murió siendo ella adolescente, momento en que cambió la suerte de la familia, y más que cambiaría posteriormente con la muerte de su madre, pues Marie tuvo que asumir la responsabilidad de sacar adelante a sus tres hermanas y sus dos hermanos. A pesar de las circunstancias adversas, aprendió por su cuenta latín y griego, y decidió no casarse para así poder dedicarse al estudio y la escritura, sin tener que contar con el consentimiento de ningún marido. Y se hizo un nombre a pesar de los pesares, de las calumnias, de la incomprensión de su familia, de las reticencias de otras mujeres.

Montaigne fue decisivo en su vida. Cuando Marie leyó alguno de sus escritos decidió escribirle, y a partir de un constante intercambio epistolar establecieron una relación de igual a igual. Y tanto fue así que cuando se conocieron, él se rindió ante la inteligencia y la erudición de Marie, por más que les separaran unos cuantos años; ella tenía 23 y él, 55. Marie participó activamente en la corrección y edición de los *Ensayos* de Montaigne.

No obstante, hubo sus dimes y diretes sobre la relación de ambos, ya que Montaigne dejó escrita una frase que podía dar lugar a equívocos: «Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie de Gournay Le Jars, mi hija de alianza y ciertamente amada por mí mucho más que paternalmente, e implicada en mi retiro y mi soledad, como una de las cualidades de mi propio ser. No miro sino a ella en el mundo».

Pero más allá de las especulaciones y, si me apuran, de los cotilleos de la época, Marie fue una intelectual empeñada en demostrar que no puede haber desigualdad entre ambos sexos, oponiéndose a que las mujeres estuvieran subordinadas a la voluntad de los maridos. En definitiva, defiende la independencia de las mujeres respecto a los hombres y en sus escritos ironiza sobre la supuesta superioridad de estos, señalando que ni Dios ni la Naturaleza hicieron a las mujeres inferiores respecto al sexo masculino.

También reivindica la independencia de las mujeres, la necesidad de que sean dueñas de su propio destino. Y todo esto en el siglo XVI. Hoy, desgraciadamente, seguimos luchando por lo mismo.

Paseando entre los viñedos de lo que fueron las tierras de Montaigne no se puede dejar de pensar en la importancia que tuvo esta mujer para el filósofo, y quién sabe qué hubieran sido el uno sin la otra o la otra sin el uno.

Sí, hay que leer los *Ensayos* de Michel de Montaigne porque sus escritos sacuden el alma, lo que sin duda le sucedió a Marie.

Para los que quieran acercarse al gran ensayista francés, les recomiendo una biografía firmada por Stefan Zweig.

La ciudadana Olympe de Gouges

Hace unos años, concretamente en la primavera de 1989, el año del bicentenario de la Revolución francesa, fuimos a París para ver de cerca cómo se vivía esta conmemoración. En las tiendas de baratijas, pero también en los grandes almacenes, se vendían todo tipo de camisetas, bolígrafos, sombreros, tazas, vasos, libretas, etc., recordando el bicentenario. Yo compré una camiseta y un boli, pero sin duda mi adquisición más preciada la encontré en un puesto de libros a la orilla del Sena, un librito pequeño que llevaba por título *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*. Mientras estábamos pagando, el librero me preguntó si quería también una biografía de Olympe de Gouges. Dije que sí, claro.

Y ahora una confesión: en aquel entonces no sabía muy bien quién era Olympe de Gouges y eso que no han sido pocas mis lecturas sobre la Revolución francesa.

Así que en cuanto llegamos al hotel no resistí la tentación de enfrascarme en la lectura de la biografía de Olympe de Gouges. Su nombre brilló durante la Revolución francesa, momento en que planteó que las mujeres debían tener los mismos derechos que los hombres. Y para qué vamos a negarlo, a aquellos revolucionarios no les gustó ni poco ni mucho ni nada que una mujer hiciera esta defensa.

Olympe provenía del «pueblo» y, por tanto, carecía de educación. A los 17 años ya estaba casada, y enseguida tuvo un hijo y, al poco, su marido falleció.

Nuestra protagonista vivió aquella muerte como parte del camino de su liberación. Lo primero que hizo fue comenzar a estudiar por su cuenta y pronto empezó a escribir y a destacar como dramaturga, pero sobre todo se implicó en la lucha contra la esclavitud, lo que la llevó a la cárcel. La Revolución supuso para ella una oportunidad para defender sus ideas, así que publicó *Carta al pueblo: Proyecto de una banca patriótica*. Pero su obra más destacada y trascendente fue su *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*.

De ella es la frase: «Si la mujer puede subir al cadalso, también puede hacerlo a la tribuna pública». En su *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* no se corta al afirmar que las mujeres son el sexo superior en belleza y en coraje. ¡Toma ya! Y pide la igualdad entre ambos sexos para votar, gestionar sus propiedades, estudiar, que no se distinguiera entre hijos legítimos y fuera del matrimonio, o que si una mujer es abandonada por el marido no quede a la intemperie y reciba una cantidad que le permita subsistir, etc.

Pero a pesar de sus ideas avanzadas, militó en las filas de los girondinos y se opuso a que guillotinaran a Luis XVI, lo que le supuso la enemistad declarada no solo de Marat sino del temible Robespierre, que era tanto como una sentencia de muerte.

Aun encarcelada no se rindió. Un tribunal de la Revolución la condenó a la pena capital.

Y ahora, las filósofas

Isabel de Bohemia

De pequeña me encantaba disfrazarme de «princesa», bueno, de las princesas que aparecían en los cuentos, y dejaba vagar la imaginación jugando a ser una de ellas. Lo que no imaginaba es que en la adolescencia me iba a topar con una princesa de verdad que, además de ser una mujer tan inteligente como cultivada, tenía un contacto estrecho con la Filosofía nada menos que a través de Descartes. Hablo de Isabel de Bohemia.

Es uno de esos personajes que merece la pena conocer. Yo tuve noticias de ella por una profesora de mi colegio: un día, el profesor titular de Filosofía se ausentó por enfermedad, y ella le sustituyó; en esa clase tocaba Descartes. Durante su explicación nos habló de refilón de la princesa y, en vista de nuestro interés, se extendió en la historia de Isabel de Bohemia.

El caso es que a mí la historia de esta princesa de verdad me dejó boquiabierta. Intuyo que la manera que tuvo aquella profesora de presentarnos la vida y obra de la princesa estimuló nuestra curiosidad.

Que tuviera relación con los hombres más inteligentes de su tiempo, sobre todo con Descartes, la hacía doblemente interesante. Pero antes del filósofo francés nuestra princesa tuvo una mentora que se llamaba Anna Maria van Schurman, con la que mantuvo una intensa relación epistolar que la guio por los vericuetos de la Filosofía.

Van Schurman es una figura igualmente interesante, pues llegó a seguir las clases de la Universidad de Utrecht escondiéndose detrás de una cortina porque en aquella época, siglo XVII, era impensable la presencia de mujeres en las aulas. Hablaba diez idiomas y tenía conocimientos amplísimos en varias materias, entre las que estaba la Filosofía, y escribió un tratado sobre la conveniencia de que las mujeres

cristianas pudieran acceder a los estudios de Humanidades. Mientras la princesa se inclinaba por las ideas de Descartes, Anna Maria lo hacía por las de Aristóteles. En cualquier caso, fueron dos mujeres fuera de lo común para el siglo que les tocó vivir.

Pero vuelvo a Isabel de Bohemia. De repente las alumnas de mi curso descubríamos que había princesas y princesas, unas eran las que nosotras imitábamos de niñas y se casaban con príncipes guapísimos y llevaban vestidos de ensueño, y otras cuyas preocupaciones se centraban no en un príncipe, ni azul, ni verde, ni rojo, sino en todo lo que es trascendente en la existencia humana. Y ahí estaba Isabel de Bohemia.

La verdad es que en las filminas que nos puso la profesora la primera impresión fue un poco decepcionante: era bastante fea. Seguramente Isabel de Bohemia no habría superado los cánones al uso de entonces, pero tampoco de los de ahora. Amén de la mirada inteligente y la blancura de su piel, no se parecía en nada a nuestro ideal de princesa. Pero como nos dijo la profesora, Isabel de Bohemia sí que era una princesa de verdad, pero sobre todo una mujer sobresaliente para su época.

Que Descartes le dedicara *Los principios de la Filosofía*, que ambos se cartearan tratando sobre lo divino y lo humano y que la considerara una inteligencia superior indica que Isabel de Bohemia era más que una princesa.

En la correspondencia de ambos se trasluce una discusión permanente sobre el dualismo cartesiano de cuerpo y mente. Para Descartes, nada se podía explicar sin su conjunción, mientras que a Isabel le costaba admitir la interacción de ambos.

¿Estuvo Descartes enamorado de la princesa? Algunos historiadores lo sugieren, otros lo afirman señalando que el filósofo parece que escribió para ella el *Tratado de las pasiones*. En cualquier caso, no sería de extrañar que un hombre de su inteligencia sintiera que su *alter ego* era una mujer igualmente inteligente.

No diré que me sorprendió que Isabel de Bohemia decidiera terminar sus días en un convento. Son muchas las mujeres que en tiempos pasados optaban por ello para ganar independencia y no tener que estar sometidas a la tutela del padre o el marido. Pero esto lo comentaré más adelante en el capítulo de «las monjas». Solo añadir que la princesa de Bohemia fue abadesa del monasterio de Herford. Isabel convirtió la abadía en un refugio para los perseguidos por cuestiones religiosas y para cuantos lo necesitaran. Y es que la familia de la princesa era harto complicada, circunstancia que la llevó a alejarse de unos y de otros hasta que conoció al teólogo Johannes Cocceius, que fue su mentor en el estudio de la Biblia.

Supongo que la princesa de Bohemia y del Palatinado encontró en la abadía la paz y el tiempo que necesitaba para pensar, leer y seguir carteándose con los personajes, hombres y mujeres, ilustrados de su época.

Soy consciente de que este relato tan personal sigue una especie de zigzag, porque, insisto, se trata de contar sobre las mujeres con las que me he ido topando a través de la lectura, por tanto, no es una Historia sobre las mujeres, que sin duda requeriría varios tomos. Por eso pido a quienes lean estas páginas que no se desesperen si de Christine de Pizan, Marie de Gournay y Olympe de Gouges salto hasta la actualidad, a las filósofas de los siglos XX y XXI.

Simone de Beauvoir, Hannah Arendt, María Zambrano, Simone Weil, Lou Andreas-Salomé... son nombres escritos con letras mayúsculas en la historia de la Filosofía. En su caso no reúnen la condición de científicas y filósofas, sino de filósofas y escritoras cuyas obras han tenido y tienen una influencia indudable en el pensamiento del siglo XX y del XXI. Con una característica común: todas son feministas. Su filosofía, como la de sus predecesoras, está imbuida de un planteamiento recurrente: luchar contra la desigualdad.

Si por el hecho de ser mujeres, las filósofas de la Antigüedad ya tuvieron que enfrentarse a la adversidad, no solo de acceder al conocimiento, sino de obtener el reconocimiento como individuos, las filósofas del siglo XX se toparon con la misma dificultad.

Reflexionar sobre la esencia del ser humano, su dimensión, sus porqués, pasa por el reconocimiento de que todos somos iguales y libres, y a partir de ahí cada uno desarrolla su pensamiento.

Antes de navegar por las historias de estas filósofas haré un alto en el camino porque hay mujeres que dejaron huella por su indudable valía intelectual, por la que obtuvieron el reconocimiento nada fácil de la sociedad en que vivieron. Como decía, muchas reunían la doble vertiente de filósofas y escritoras, pero otras ocuparon un espacio relevante porque no se conformaron con ser un apéndice de los hombres y lograron tener una vida propia.

Lou Andreas-Salomé

En realidad, hay un hilo conductor invisible entre las filósofas del pasado y las del presente. La excepción fue Lou Andreas-Salomé, una mujer que hizo uso de su libertad poniéndose al límite respecto de todos los convencionalismos de su época, pero que defendía las diferencias entre hombres y mujeres y rechazaba la igualdad del mismo modo que hacían los hombres. Idea esta que la enfrentó al incipiente movimiento feminista de su época. Pero vamos por partes.

La primera vez que me encontré con Lou Andreas-Salomé fue a través de una biografía que me regaló mi amiga Susana Olmo estando ambas en la veintena. Yo ya había leído *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y *El cuaderno dorado* de Doris Lessing, que se había convertido en mi libro de cabecera. Pero si leer a Simone de Beauvoir me había producido una sacudida, aunque no despertaba en mí el mismo

entusiasmo que en mis amigas y me preguntaba por qué, conocer a Lou Andreas-Salomé me produjo un impacto mayor. Ya digo que aquel primer encuentro fue a través de una biografía que leí en un par de días y que me dejó poco menos que conmocionada. Nacida en San Petersburgo, su padre era un militar ruso de ascendencia germano-francesa y su madre era hija de un rico comerciante de azúcar cuya familia era de origen germano-danés. El matrimonio tuvo seis hijos. Lou era la única chica. Estudió Filosofía en la Universidad de Zúrich. Kant, Leibniz, Spinoza, Voltaire, Rousseau y Kierkegaard fueron sus primeros referentes. Y se fue abriendo paso en una Europa donde las mujeres no tenían ningún papel relevante. Pero quienes la conocían no podían dejar de rendirse ante la originalidad de su pensamiento y su inteligencia. Fue otro filósofo, Paul Rée, quien se la presentó a Nietzsche, que la consideró como la mente más privilegiada de su época, y debía de serlo, puesto que Sigmund Freud la admiraba y la trató de igual a igual, aceptándola en su círculo donde era reconocida como psicoanalista. Sin olvidar que el mismísimo Rilke no solo se enamoró de ella, sino que confesó que sin Lou su creación literaria no habría sido la misma.

De manera que Nietzsche, Rée y Rilke manifestaron la importancia que Lou Andreas-Salomé tuvo en sus vidas, de la misma manera que ellos fueron fundamentales en la suya.

Lou Andreas-Salomé tenía un pensamiento propio y defendía sus ideas, siempre originales, con tanta certeza que los hombres más importantes de su época la consideraban una más entre ellos. No le fue fácil conseguirlo, puesto que algunos de los hombres con los que se trataba y que pertenecían a la crema de la «inteligencia» europea no veían razón alguna para renunciar a mirarla como a una mujer y por tanto, además de hablar, pretendían mantener una relación amorosa o exclusivamente sexual, pero relación hombre-mujer al fin y al cabo.

Pero eso era justo lo que Lou Andreas-Salomé no quería, y quizá por ese motivo decidió proponer a dos filósofos, Paul Rée y Nietzsche, vivir los tres juntos pero en absoluta castidad. Nada de mezclar sexo ni sentimientos amorosos en la convivencia. De hecho, ya digo que ambos pretendieron algo más que hablar de Filosofía con ella, pero a Lou Andreas-Salomé solo le interesaba establecer una relación de igual a igual con la «cabeza», y, de ahí hacia abajo, nada. No cuesta imaginar que ambos filósofos, aunque aceptaron el trato —de hecho, Nietzsche decidió que se les conocería como «la Santísima Trinidad»—, siguieron intentando ser elegidos para compartir un aspecto más terrenal como es el de las relaciones sexuales. Creo yo que Lou Andreas-Salomé debió de pensar que la única manera de poder tratar con los hombres de tú a tú era despojándose y despojando a su relación de cualquier atisbo de sensualidad, de lo contrario ellos dejarían de verla como a una igual y su relación terminaría vulgarizándose. Tal vez por eso conservó la virginidad hasta cumplidos los treinta:

sacrificaba su propia sexualidad para conseguir ser valorada exclusivamente por su mente.

Y si volvemos al presente, hoy en día muchas, muchísimas mujeres han optado por comportamientos masculinos, despojándose en ocasiones de su propia feminidad, precisamente para ser tratadas como a iguales, para que nos tomen en «serio», para que en vez de mirarnos las piernas se centren en nuestro cerebro.

Por eso la apuesta de Lou Andreas-Salomé fue arriesgada. Vivir con Nietzsche y Rée, viajar con ellos, exhibir su amistad en los salones donde se reunía la «inteligencia» de la época le acarreó no pocas críticas por parte tanto de mujeres como de hombres, incapaces de comprenderla. Puede que para ellos solo fuera un juego en el que esperaban que tarde o temprano ella se rindiera al uno, al otro o a los dos, pero para Lou Andreas-Salomé no lo era. Necesitaba demostrarse a sí misma y también al mundo que no había por qué sexualizar la relación de las mujeres con los hombres de la misma manera que en aquella época no se sexualizaba (al menos de manera habitual) la relación de los hombres con otros hombres.

Lou Andreas-Salomé estaba plantando cara a todos los convencionalismos, además de hacer suya la misma libertad de la que gozaban los hombres.

Que Freud la admirara y lo reconociera en público era algo que provocaba asombro. Ella, en sus obras, se había ido adentrando en la psicología de los personajes y Freud consideraba que nunca había conocido a nadie que fuera capaz como Lou Andreas-Salomé de entender la profundidad del psicoanálisis. Freud admiraba en ella una cualidad indispensable para un psicoanalista: su capacidad de escuchar. Y la recíproca admiración y la amistad que se consolidó entre ambos acabó abriéndole las puertas del Círculo Psicoanalítico de Viena.

Una de las personas que más se dedicó a criticarla fue precisamente Elisabeth, la hermana de Nietzsche, quien pensaba que Lou Andreas-Salomé llevaba a su hermano por el mal camino. Está claro que la tal Elisabeth no estaba a la altura de su ilustre hermano. A estas críticas se unió nada menos que Richard Wagner.

En cualquier caso, la experiencia de «la Santísima Trinidad» no duró mucho, porque mientras que las convicciones de ella eran firmes, Nietzsche y Rée no habían dejado de aspirar a que se metiese en la cama de uno de los dos. Al final Nietzsche se fue a vivir a Turingia y ella se quedó con Rée viviendo en Berlín, al parecer en absoluta castidad.

Su primer libro lo publicó con un seudónimo masculino: Henri Lou. Llevaba por título *En la lucha por Dios*. En realidad, Lou Andreas-Salomé, que había decidido en su niñez apartarse de las doctrinas religiosas, siempre mantuvo un interés por la religión, un permanente diálogo con ese Dios perdido, una pérdida que parecía provocarle dolor.

Friedrich Carl Andreas fue el único hombre con el que Lou Andreas-Salomé

aceptó casarse. Era profesor de Estudios Orientales y mucha debió de ser su capacidad de persuasión para convencerla de que le aceptara en matrimonio. Ella dijo sí pero con una condición: jamás tendrían relaciones sexuales entre ellos.

Sus biógrafos aseguran que, además de vivir juntos y no separarse, mantuvieron este pacto hasta la muerte. ¿Por qué le impuso esta condición? ¿Por qué él aceptó? ¿Cómo llevó Friedrich Carl Andreas que Lou mantuviera en Berlín una relación amorosa con Georg Ledebour, editor de un diario de izquierdas, y, más adelante en Viena, otra con el doctor Pineles?

Su esposo sabía que ella mantenía relaciones amorosas con otros hombres y, sin embargo, no solo aceptó no acostarse con ella, sino que parece que no tuvo relaciones sexuales con otras mujeres. ¿Realmente cumplió con su parte de ese peculiar acuerdo? ¿Acaso su principal satisfacción consistía en saber que era el único que podía decir que ella era su esposa? ¿Había otra causa? Debió de haberla.

Por aquellos años Lou publicó una de sus obras más controvertidas, *Erótica*, en la que se alejaba de los planteamientos feministas imperantes. Defendía que las mujeres no ganaban nada compitiendo con los hombres, sino que debían feminizar la sociedad.

Ya había entrado en su vida otro hombre muy importante, el poeta Rainer Maria Rilke. Cuando se conocieron, ella ya estaba en la mitad de la treintena y él apenas había cumplido 21 años. Discutían sobre Dios, religión, Filosofía. Primero fue Rilke el que se enamoró de ella, después fue ella quien se dejó contagiar por el amor de aquel joven apasionado. Mantuvieron una relación a través de los años más allá de la estrictamente amorosa. Se alimentaron de ideas el uno al otro. No me atrevo a decir si fue el hombre más importante de su vida, ¿quién sabe?

La llegada de Hitler al poder lo cambió todo en Alemania. Para ella fue una gran amargura porque durante sus últimos años de vida la señalaron por ser «amiga» de los judíos. Murió en 1937 sin llegar a ver la tragedia que los nazis provocarían en toda Europa.

Simone de Beauvoir

Debía de tener 17 años cuando leí *El segundo sexo*, que me llevó no solo a convencerme de las bondades del feminismo, sino a pretender desde ese mismo momento militar en el existencialismo a la manera de Simone de Beauvoir. En aquella España sin libertad, en la que lo más parecido al café de la Paix o al Flore de París era el café Gijón de Madrid y a los cigarrillos Gauloises, los Ducados de aquí, desde luego no habría sabido dónde encontrar a un Jean-Paul Sartre. Aun así, el día que terminé de leer *El segundo sexo* me compré un paquete de Ducados y me fui directa al Gijón con el libro en la mano y dispuesta a que se viera bien. Me senté, pedí un café solo y nadie me prestó atención, acaso alguna mirada con escasa curiosidad

y mucha indiferencia. No dejaba de ser una cría sin el más mínimo interés, por más que yo intentara resultar interesantísima.

Encendí el Ducados y empecé a toser. No me gustó nada. Mis primeras experiencias, más bien escasas, fumando algún que otro cigarrillo habían sido con tabaco rubio, que tampoco es que me gustara mucho. Tosí y tosí creyendo que me iba a ahogar. Solo a mí se me ocurría tragarme el humo. Para colmo, el café solo, a palo seco, me sentó como un tiro en el estómago. Al fin y al cabo, yo desayunaba ColaCao y el café aún no formaba parte de mis hábitos. Empecé a pensar que tendría que introducir alguna variante en mi camino hacia el existencialismo, pero ¿cómo iba a pedir un ColaCao en vez de un café? Una existencialista que se preciara no lo haría nunca. Las fotos de Simone de Beauvoir mostraban a una mujer de aire distante, mirando hacia el infinito. Creo que en mi caso el esfuerzo por poner cara de «distante» y no mirar hacia ninguna parte resultaba de lo más ridículo. Y desde luego, ya digo, no me encontré con ningún Jean-Paul Sartre que nada más verme supiera que éramos almas gemelas. Así que cuando llegué a casa oliendo a tabaco, mi madre me preguntó si había fumado. Era inútil negarlo y le dije que sí, a lo que me respondió que, si pensaba fumar, no lo hiciera a escondidas y probara a hacerlo con tabaco más suave que aquellos Ducados que, según ella, olían demasiado fuerte e iban a dejar toda la casa impregnada de olor. Así que de mi aventura existencialista al menos saqué el permiso para fumar en casa, algo que ninguna de mis amigas podía soñar siquiera.

Les confieso que las conclusiones que saqué después de leer *El segundo sexo* las tengo presentes hasta hoy: tomar conciencia de la subordinación de la mujer a los hombres no solo en el espacio privado sino también en el público, y saber que el cuerpo nos determina y forma parte de nuestro yo.

De repente el cuerpo femenino dejaba de ser tabú para convertirse en realidad y alentarnos a no dejarnos condicionar por esa diferencia biológica por la cual los hombres nos habían tratado como a desiguales, y por tanto no habíamos podido desarrollar los mismos roles que ellos en la sociedad.

Hoy en día muchos de los postulados de Simone de Beauvoir continúan vigentes. Ella introdujo en la conversación pública qué había significado y qué debía significar ser mujer. Y en esa conversación seguimos, aunque discrepo de algunas de sus afirmaciones.

Después, con el paso del tiempo, los biógrafos de Simone de Beauvoir nos han relatado algunas de las contradicciones de la filósofa: su relación con Jean-Paul Sartre, en la que era él quien marcaba la pauta, el temor de ella a que la pudiera abandonar.

Creo yo que un temor infundado porque aunque Sartre era Sartre, Beauvoir también era Beauvoir, y por más que habían alcanzado la gloria por separado, juntos

aún la hacían mayor. Y una vez más nos encontramos con que no se puede separar la vida de uno de la del otro.

Mantuvieron una relación transgresora para la época ya que no se casaron ni tampoco compartieron domicilio, cada uno mantuvo su ámbito de privacidad; sin embargo, en París eran conocidas las múltiples aventuras amorosas del filósofo, su pulsión por el sexo.

Y Simone, ¿vivió con indiferencia o con dolor la vida promiscua de su pareja formal? Ella misma participó en esa promiscuidad, ¿acaso por complacerle o para su propia complacencia? No lo sé. Debió de sentir la humillación, aunque nunca la manifestó mientras él vivió, pero seguramente necesitó reivindicarse a sí misma a la muerte de Sartre publicando *Cartas al Castor*, que era como él la llamaba, y en las que le pedía perdón tantas y tantas veces por esas infidelidades suplicándole que le volviera a aceptar.

No soy quién para interpretar ni tampoco juzgar a Simone de Beauvoir, pero pienso que la publicación de esas cartas íntimas, en las que él además le exponía algunas otras miserias, era una manera de demostrar que, pese a su promiscuidad cuasi enfermiza, para Sartre ella fue siempre única. Con la publicación de las cartas se reivindicaba a sí misma.

Nunca me pareció más humana Simone de Beauvoir que cuando publicó esas cartas porque entonces creí ver lo que su gesto hierático ocultaba: aceptaba, no sin un temblor íntimo de dolor, tal cual era su relación con Sartre, pero eso no impedía que se sintiera ninguneada por él. Mantener en público que nada le importaban las aventuras de él es una cosa; que fuera así, es otra.

Ser Simone de Beauvoir no le debió de resultar fácil a Simone de Beauvoir. En mi caso, al leer *Cartas al Castor* valoré aún más aquel primer libro, *El segundo sexo*, porque todo lo que se podría haberle reprochado a Jean-Paul Sartre y nunca lo hizo, al menos en público, estaba allí. Las relaciones asimétricas entre ambos, la asunción del rol que a él le convenía que asumiera ella, eran parte de la reflexión que había dejado escrita en sus libros sobre el papel de la mujer.

De la lectura de *Cartas al Castor* también se puede sacar una conclusión: él siempre la necesitó, y ella le dejó hacer desde una fría dignidad mantenida en público. Pero me pregunto si, a pesar de todo, en algún momento Simone de Beauvoir lloró.

Con los años he hecho una relectura más crítica, menos entregada, de *El segundo sexo*.

Simone Weil, la filósofa del alma

Murió a los 34 años, tan joven, con una vida tan intensamente vivida, y una obra extraordinaria marcando pautas de comportamiento moral para andar por la

política y por la vida. Nada en su vida ni en su obra es banal. *Pensamientos desordenados*, *Echar raíces*, *A la espera de Dios*, *La condición obrera*... son algunos de los libros escritos por Simone Weil, una pensadora en las antípodas, o eso me parece a mí, de Simone de Beauvoir. Mientras el pensamiento de Weil roza el misticismo, el de Beauvoir es puramente terrenal.

Simone Weil es la filósofa del alma, que viaja a las profundidades del ser humano en busca de esa trascendencia que intuye se le escapa entre las palabras de todas sus obras.

Su origen judío no le impide seguir buscando la razón de ser acercándose al cristianismo, aunque nunca se llegó a convertir.

Su biografía marca su obra, es una mujer en búsqueda permanente de la razón de ser, que plantea las necesidades del alma, que se estremece con el sufrimiento extremo al que estamos abocados los seres humanos, que busca a Dios sin buscarlo, que le espanta la dureza de la Iglesia de quien cuestiona sus dogmas.

Y aunque fue una pensadora de izquierdas, siempre fue heterodoxa. Formó parte de grupos anarquistas, y durante la Guerra Civil española luchó en la Columna Durruti; también formó parte de las fuerzas de la Francia Libre durante la Segunda Guerra Mundial. Se alineó siempre con los más débiles y defendió la causa de los movimientos obreros. En sus escritos criticaba abiertamente muchos de los postulados del marxismo.

Una de sus preocupaciones se centraba en el desarraigo, defendiendo que los seres humanos tienen esa necesidad intrínseca de sentirse parte de algo, ya sea una religión o una sociedad. Si viviera hoy se conmovería ante el desarraigo que sufren millones de personas que han tenido que dejar sus comunidades, sus países, sus raíces, huyendo de la guerra, de la miseria. Su libro *Echar raíces* está más vigente que nunca.

Tampoco le vendría nada mal a alguno de los nuevos y jóvenes dirigentes de los grupos de izquierda pasar por la experiencia que se impuso a sí misma: ella, que provenía de una familia de la burguesía, decidió trabajar en una de las fábricas Renault para comprender los problemas de la clase trabajadora viviendo como ellos. Terminó relatando aquella experiencia en otro de sus libros.

La suya es la filosofía de la profundidad. Va desmenuzando la realidad del ser humano, que no puede escapar de su propia espiritualidad aunque intente ignorarla.

Su obra produce una sacudida emocional e intelectual, nada de lo que escribió y podamos leer nos deja indiferentes.

Hannah Arendt

La tercera filósofa cuya lectura me ha marcado para siempre es Hannah Arendt. Sobre todo, dos de sus libros. El primero, *Eichmann en Jerusalén*, sobre el juicio y la

condena a la que fue sometido en Israel este criminal nazi que tuvo una participación directa en la organización de los medios para llevar a término el Holocausto. El segundo lleva por título *La condición humana* y en él plantea la necesidad intrínseca del ser humano de ser libre. Vaya por delante que ella nunca aceptó que la calificaran de filósofa, aunque fue discípula de Martin Heidegger y de Karl Jaspers. Con el primero mantuvo además una relación amorosa que concluyó no solo porque él estaba casado, sino por su vínculo con el nazismo.

¿Se puede explicar a Hannah Arendt sin esa relación intensa que mantuvo con Heidegger? No. Él fue su maestro, quien la guio por el laberinto del pensamiento. Ella fue su alumna más destacada y las discusiones entre ellos eran habituales.

Hannah no se conformaba con cualquier pensamiento, lo desmenuzaba hasta descarnarlo; él quería convencerla de los suyos, pero no terminaba de ganar esa batalla. La alumna desconcertaba al maestro hasta conseguir su reconocimiento.

Lo cierto es que fue una de las pensadoras más importantes que combatió desde sus escritos el totalitarismo, el cual se convertiría en el gran cáncer del siglo XX. En su obra reflexiona sobre el significado de la democracia, además de otras cuestiones derivadas de la política como, por ejemplo, el afán de poder.

La banalidad del mal, conclusión de su libro *Eichmann en Jerusalén*, provocó una sacudida entre los intelectuales de la época y una profunda controversia.

Pero Hannah Arendt no escribía para contentar a nadie ni para hacer amigos. Su afán no era otro que reflexionar sobre la condición humana y su reflejo en la acción política. Disertó también sobre los nacionalismos, concluyendo que el nacionalismo no deja de ser una patología de la política.

La experiencia del exilio, puesto que tuvo que refugiarse en París huyendo de su Alemania natal a causa de los nazis, y posteriormente continuar su exilio en Estados Unidos, la llevó a acercarse al judaísmo. Parecía considerar que debía poner en valor su condición de judía y de mujer como respuesta a cuanto estaba viviendo.

Para mí, leer a Hannah Arendt supuso un revulsivo. Por una parte, no pude dejar de admirar su libertad de pensamiento para diseccionar la realidad sin importarle ir a contracorriente y, por tanto, las críticas que eso le acarreó en su tiempo. Por otra, yo también me sitúo entre quienes no están del todo de acuerdo con cuanto defiende en sus escritos. Y la verdad es que me ha costado conjugar el desacuerdo con la admiración y la aceptación de otras muchas de sus tesis.

En realidad, Hannah Arendt escribía para explicar el mundo tal y como lo percibía sin intentar buscar el acuerdo de sus contemporáneos. Juzgaba la acción política, ponía el dedo en las llagas incluso de los suyos, a los que desde su condición de judía acusaba de no haber plantado cara al nazismo. Diferenciaba entre naturaleza humana y condición humana rebatiendo a otros filósofos y, sobre todo, resulta encomiable que su libertad la llevara a sustraerse del temor a que la

señalaran por no adecuarse a las teorías filosóficas imperantes. Fue una polemista formidable y una escritora aún más formidable que a mí siempre me ha dejado un regusto agridulce. Al leerla sentía la necesidad de estar totalmente de acuerdo con ella, pero en algunos tramos me rebelaba poniendo distancia entre mi pensamiento y algunas de sus afirmaciones.

Si con Simone de Beauvoir siempre tuve la impresión de que en su hieratismo y su relación con Sartre había algo de impostura, y con Simone Weil me rendí de inmediato por la pureza, la profundidad y la espiritualidad que veía en todas sus reflexiones, con Hannah Arendt he discutido mientras la leía, como si al rebatir alguna de sus ideas, de paso, aclarara las mías.

En definitiva, estas tres autoras me han enseñado y ayudado a reflexionar para conformar un criterio propio sobre cuestiones como el feminismo, la idea del ser humano como ser trascendente y, también, la política.

Y después vinieron estas otras

Sería injusto no colocar junto a estas filósofas a otras importantes pensadoras como la británica **Philippa Foot**, que sacudió al mundo del pensamiento planteando su famoso dilema del tranvía. Reconozco que la primera vez que lo escuché pensé que era solo un juego, pero no lo es. Se trata de resolver un problema ético como si de un problema matemático se tratara: un tranvía, si va hacia un lado, puede matar a unas cuantas personas, pero si se desvía para evitar esas muertes y va por el lado contrario, mataría solamente a una. ¿Qué debería hacer?

Cada vez que en alguna conversación con amigos hemos tratado de dar respuesta a este dilema la conclusión ha sido la misma: es preferible que muera una a que mueran varias personas, pero ¿es esa una decisión ética? Foot, en su obra, planteaba que si se decide matar a una persona para salvar a cinco, ¿por qué no matar a una persona sana de la que puedan utilizarse sus órganos para salvar a otras cinco personas? Son preguntas endiabladas que nos llevan a un debate moral con nosotros mismos. Imagínense en estos momentos en que ya es posible fabricar coches, autobuses, aviones... sin que sean conducidos por un ser humano y a los que habría que programar para que su «cerebro» tome decisiones en determinadas situaciones; por ejemplo, la del tranvía. Es un dilema moral para quienes programan estos medios de transporte, porque han de llevar incorporado qué hacer en una situación límite, sin dar la opción que en definitiva tiene todo ser humano de decidir una cosa u otra o incluso improvisar.

Su filosofía bebe de Aristóteles y está igualmente influida por otra filósofa que fue amiga suya en Oxford: Elizabeth Anscombe, discípula de Ludwig Wittgenstein. Prueben a plantear entre sus amigos el dilema del tranvía y a continuación el del

trasplante de órganos... Puede que las respuestas les resulten sorprendentes.

Y llegamos a **María Zambrano**, sin duda una de las filósofas más importantes del siglo XX.

Tengo que reconocer que leí a Zambrano después de haber leído a Beauvoir, Weil y Arendt. Aun así, recuerdo que entre los libros de mi abuelo había un ejemplar de *La España de Galdós* escrito por ella. No diré en mi descargo que durante demasiados años, los años oscuros del franquismo, la lectura de Zambrano no era el pan nuestro de cada día. Sin embargo, una vez que cayó en mis manos *El hombre y lo divino* ya no pude sustraerme al interés por la obra de la que sin duda es una de las grandes intelectuales españolas del siglo XX.

Eso sí, siento rabia por no haber leído a Zambrano al tiempo que leía a Weil o a Beauvoir o a Arendt, y siento rabia por que durante tantos años su figura no estuviera en un primer plano, al alcance de todos.

La de María Zambrano es una vida extraordinaria hasta en los capítulos del exilio. Por su formación, pues fue discípula de José Ortega y Gasset, de Julián Besteiro, de Manuel García Morente y de Xavier Zubiri, y por la amistad que tuvo con los grandes pensadores y escritores de su época, los de la Generación del 27: Luis Cernuda, Miguel Hernández, García Lorca, Jorge Guillén, Alberti... Por su devenir como exiliada en París, Nueva York, Méjico, donde conoció a Octavio Paz y a León Felipe, Puerto Rico, París, Roma, La Habana, Ginebra... Su vida es extrema en acontecimientos, en dolor, en experiencias.

Una vida que comienza un día de 1904 en Andalucía, en Vélez-Málaga, y terminará en Madrid en 1991. Su historia es la de una joven que estudia Filosofía en Madrid, que terminará como catedrática de Metafísica, que será prolija escribiendo artículos en la *Revista de Occidente*, *La Hora de España*, *Cruz y Raya*, *El Liberal*, *El Sol*... A su alrededor se reunían intelectuales como Maruja Mallo, Rosa Chacel, Luis Cernuda o Rafael Alberti, y a algunos se los volverá a encontrar en el exilio. Que adquirirá un compromiso político y cívico desde su juventud apostando siempre por la educación como motor del cambio social, que la llevó a no ser indiferente frente al sufrimiento ajeno y a plantarse ante quienes atentaron contra la República y provocaron que se marchara al exilio en 1939. Un exilio que la marcó profundamente y que, como no podía ser de otra manera, se trasladó a su obra, marcada esta por la filosofía y la poesía.

No fue hasta que a mediados de los años sesenta José Luis López Aranguren publicó un artículo sobre ella en la *Revista de Occidente* cuando el nombre de María Zambrano volvió a resonar con fuerza. Pero aún tuvieron que pasar unos cuantos años para que su figura fuera ya totalmente familiar y se estudiara su pensamiento filosófico, basado en la búsqueda de la moralidad en todas las acciones públicas. Su obra tiene un sentido trascendente moral y poético que, al final, fue reconocido. En

1981 le concedieron el Premio Príncipe de Asturias y los españoles redescubrieron a María Zambrano. Aunque no regresó definitivamente hasta 1984, cuando ya tenía a sus espaldas 80 años de edad y cuarenta y cinco de exilio.

¿Qué pensaría sobre una España tan diferente a la que dejó? Cuando regresó, hacía ya dos años que gobernaba el PSOE, con Felipe González de presidente, y el país apenas se había repuesto del intento de golpe de Estado de Tejero.

No sé qué pensaría, pero sí que a partir de su regreso y de que empezaran a reeditarse sus libros se difundió más su pensamiento, y aquella anciana digna despertó la admiración y el afecto de sus conciudadanos.

Y ahí están sus libros para seguir aprendiendo, para seguir meditando, para entendernos a nosotros mismos. *Los bienaventurados*, *Delirio y destino*, *Claros del bosque*, *El hombre y lo divino*... En sus escritos está su concepción de la libertad, de descifrar los sentimientos, de no olvidar los principios morales en la vida cotidiana, así como el diálogo entre el ser humano y su entorno, y **«**la razón poética**»**, siempre presente en toda su obra.

La lectura de María Zambrano provoca sacudidas en el alma. Tengo la impresión de que, aunque regresó del exilio, siguió instalada en un exilio interior. Había pasado demasiado tiempo.

Y después vinieron más

El nuestro es un país donde la Filosofía tiene prestigio por más que desde la política se la intente relegar. Es tan indignante cómo nuestros gobernantes han convertido la Filosofía en una **«**maría**»**, decisión que no es banal. La Filosofía ayuda a componer un pensamiento crítico, algo de lo que los gobernantes huyen despavoridos.

En la actualidad hay tres filósofas que me parecen imprescindibles por su nivel de excelencia: **Adela Cortina**, **Victoria Camps** y **Amelia Valcárcel**. Las tres son catedráticas de Ética, las tres son feministas y las tres tienen presencia en el espacio público como referentes. Hay otras muchas, claro está, y sin duda con postulados la mar de interesantes, pero creo que estas tres filósofas trascienden por cuanto dicen, porque forman parte de la realidad social, están presentes, y su prestigio hace que brillen con luz propia.

En realidad, nuestro país no anda escaso de filósofos. Ahí están **Ramon Llull**, **José Ortega y Gasset**, **Xavier Zubiri**, **José Luis López Aranguren**, **Julián Marías**, **Emilio Lledó**, **Carlos París**, **Eugenio Trías**, **Fernando Savater**, **Gabriel Albiac**, **Gustavo Bueno**, **José Antonio Marina**, **Javier Gomá**... Y más filósofas, claro, como **Laura Llevadot**, **Rocío Orsi**, **Ana Carrasco**... La lista es extensa y en ella habitan hombres y mujeres y, dicho sea de paso, cada vez más mujeres.

Pero sería injusto poner el acento en unas e ignorar a los otros. La historia del pensamiento se nutre del intento del hombre por comprender la razón de ser, y el

ansia por desentrañar ese misterio no es cuestión de sexo.

He tenido la suerte de conocer a algunos filósofos más o menos de cerca. **Emilio Lledó**, al que un día fui a hacer una entrevista y me quedé absolutamente prendada de su conversación. Podría haberme quedado horas escuchándole. Quédense con esta frase del maestro: «Cualquier bandera entorpece. Lo que tenemos que tener es una bandera de justicia, de bondad, de educación, de cultura, de filantropía, otro sustantivo maravilloso de los griegos, el amor a los otros». Y tomen nota y lean sus libros. Estos tres son mis preferidos: *Los libros y la libertad*, *El silencio de la escritura* y *Memoria de la ética*.

En cuanto a **Eugenio Trías**... para mí ha sido un filósofo presente en mi vida a través de persona interpuesta: su hijo David, mi editor.

Dicho sea de paso, como voy por la vida muy deprisa, tardé en enterarme de que David Trías era hijo de Eugenio Trías.

Recuerdo una mañana de un día cualquiera de 2004, cuando estaba a punto de salir mi primera novela y había quedado con David en la editorial. Estábamos hablando de los detalles de la edición cuando sonó el teléfono. Mientras David respondía la llamada yo me entretuve ojeando un periódico en el que tropecé con un artículo sobre cine que llamó mi atención. Estaba firmado por Eugenio Trías. Cuando David terminó su conversación y antes de volver a centrarnos en mi libro, le comenté sobre lo mucho que me había interesado el artículo que acababa de leer. Él sonrió y respondió con un escueto: «Sí, mi padre es un gran cinéfilo. No sé si has leído el libro que publicó sobre Hitchcock...». No, no lo había leído, pero sí *La filosofía y su sombra*, que me regaló Fermín, uno de los libros que más me han impactado.

Trías es sin duda uno de los grandes filósofos del siglo XX, que lleva a los lectores al límite. Si me impactó *La filosofía y su sombra*, lo mismo sucedió con *El artista y la ciudad* o *El lenguaje del perdón*. No, no es un filósofo «fácil», pero es imprescindible.

Con **Gabriel Albiac** coincidí durante unos años en la puerta del colegio Estilo, donde estudiaban sus hijas y mi hijo. Así que entreteníamos la espera comentando las noticias del día, lo que me resultaba de lo más estimulante porque sus opiniones siempre eran tan agudas como sorprendentes.

«La escritura es una batalla con el universo de fantasmas de la mente del que escribe». Una frase de Albiac que sacude el alma.

Albiac cuenta que descubrió a Spinoza a los 17 años, y añado yo que desde entonces no se ha separado de él. Y si no, lean *La sinagoga vacía*.

Mi abuelo Jerónimo siempre leía el diario *Madrid*, pero de cuando en cuando compraba el *ABC* para así poder leer a **Julián Marías**. Tenía un amigo que era un lector fiel del *ABC* y que cuando salía algún artículo de Julián Marías le llamaba por teléfono. «Jerónimo, que Marías escribe hoy...». Así que cuando nos mandaba a cualquiera de sus nietos al quiosco a por el *ABC* ya sabíamos que era porque el abuelo

quería leer a ese señor que nos decía: «Es un filósofo», y aquella palabra nos parecía poco menos que mágica. ¡UN FILÓSOFO! Mi abuelo nos señalaba una biografía de Unamuno y una *Historia de la filosofía* firmadas por Marías.

Anoto una frase de Julián Marías para meditar: «Las doctrinas falsas suelen buscar la imposición, las verdaderas prefieren justificarse». Lo que más me inquieta es que en España todos se preguntan: ¿qué va a pasar? Casi nadie se pregunta: ¿qué vamos a hacer? Su humanidad y su inteligencia, su compromiso con los demás, bien pueden resumirse en esta frase.

Y **José Antonio Marina**... Bueno, por él siento una devoción especial por su bondad, por su generosidad, por su sentido del humor y por lo fácil que hace lo difícil acercándonos a la Filosofía sin aspavientos, como si estuviera al alcance de cualquiera.

Una no se siente tonta al escuchar a José Antonio Marina, tal es su capacidad didáctica. Te guía por los vericuetos más complicados como si fuera un simple paseo. Tomen nota: «Una persona inteligente puede usar su inteligencia estúpidamente». «La búsqueda de la justicia es la eterna búsqueda de la felicidad. Es una felicidad que el hombre no puede encontrar por sí mismo y por ello la busca en la sociedad. La justicia es la felicidad social garantizada por el orden social». Les recomiendo *Biografía de la Humanidad* y *La inteligencia fracasada*.

Ya, ya, ya sé que estoy refiriéndome a ellos en vez de centrarme en ellas, pero ¿cómo obviar la huella de filósofos tan extraordinarios? Hacerlo sería caer en el mismo error en el que se ha venido incurriendo durante siglos: ignorar la presencia de las mujeres.

Vuelvo a José Antonio Marina. Hace algún tiempo leí un «mano a mano» que mantuvo con **Adela Cortina** en la revista *Ethic*. José Antonio Marina preguntaba y Adela Cortina respondía, y él en cada pregunta dejaba impresa su propia opinión.

Algunas de las respuestas de Adela Cortina continúan resonando en mi memoria con rotundidad: «Lo más valioso que tenemos los seres humanos es el sentido moral y, por extensión, el comportamiento ético».

Dicho por una filósofa, catedrática de Ética y Filosofía Jurídica, Moral y Política, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, doctora *honoris causa* por varias universidades, acaso la frase no debería sorprender. Pero la rotundidad de la afirmación nos invita a la reflexión, a mirarnos hacia dentro, a encontrar si efectivamente estamos imbuidos de sentido moral y eso se traduce en un comportamiento ético.

Les diré que la frase me reconfortó, quizá porque he visto en demasiadas ocasiones cómo tantas y tantas personas parecen obviar ese sentido moral, y por eso me pregunto si debería ser así, pero ¿siempre es así?, ¿todos los seres humanos tienen un sentido moral? No lo sé, acaso sea así en la mayoría de las personas por más que

haya otras que con sus acciones se empeñen en desmentirlo.

En la conversación con José Antonio Marina, Adela Cortina se refería a la necesidad de una ética común en el momento en que nuestro país pasó de la dictadura a la democracia, y explicaba: «Cuando nos preguntamos si una norma es justa, la Filosofía nos proporciona un procedimiento, que es un diálogo de los afectados por la norma, estén en el lado que estén, de tal forma que se llega a un acuerdo sobre si es justa, siempre que favorezca los intereses generales». De ahí que Cortina defienda que hay que enseñar «una ética cívica común».

Me temo que los políticos, en general, no están en esa disposición, sino más bien en imponer sus conceptos de moral y de ética al resto de los ciudadanos.

Le preguntaba José Antonio Marina por qué no somos capaces de encontrar puntos en común cuando se trata de abordar o resolver un problema, y esta es parte de su respuesta: «Seguimos necesitando el momento del pensamiento común incondicional. La ética mínima, al existir unos valores comunes, supone que en una sociedad española tan plural, para construir, para avanzar, tenemos que compartir unos mínimos principios de justicia. Y ahí hay que entrar en la distinción entre lo justo y lo bueno. Lo justo es algo que se exige, lo bueno es algo a lo que se invita. Como la felicidad: nunca podrás exigirla. Una afirmación de justicia, en cambio, se pretende que sea para todos. Y tener unos mínimos de justicia es lo que logra que no quedemos por debajo de unos mínimos de humanidad».

Como lectora de Adela Cortina siempre me ha sorprendido la claridad de sus argumentos; no es una filósofa que ponga trabas para acceder a su pensamiento, sino que parece interpelar directamente a quien la lee o la escucha.

Ética mínima, *Ética de la empresa*, *Ética cosmopolita* o *Aporofobia, el rechazo al pobre* son algunos de los títulos firmados por Adela Cortina con los que ayuda a tomar conciencia de la sociedad en la que vivimos y sus carencias, al tiempo que da respuestas.

De ella es la palabra «aporofobia», el rechazo al pobre. Una palabra que nos sacude por dentro y nos hace mirar de frente una realidad que a veces preferimos obviar. Aporofobia, no lo olvidemos.

Victoria Camps

Virtudes públicas, cuando leí este libro me pregunté en cuántas ocasiones yo también he estado tentada de, por decepción o hartura, desentenderme del entorno en que me ha tocado vivir. Bien es verdad que ese sentimiento me dura poco, porque al final prima en mí no querer vivir de espaldas a la realidad, y la realidad son los otros, y a cuanto sucede en el espacio público.

Y precisamente de lo que trata *Virtudes públicas* es de la necesidad de que no nos desentendamos de los problemas y los intereses de nuestra sociedad.

Es lo que defiende Victoria Camps: una ética pública. Esa idea atraviesa toda su obra, todo su ideario filosófico. Lo público como lugar común. De ahí la importancia de otro de sus libros que en su día también supuso una sacudida para la reflexión, me refiero a *Los valores de la educación*.

Victoria Camps nos enseña que la ética es un camino que debemos recorrer juntos y que es imprescindible la educación en valores éticos porque serán los que contribuyan a la construcción de un mundo mejor.

Pero de entre todas sus obras me quedo con *Elogio de la duda*, quizá porque yo soy especialista en dudar, para desesperación de mi marido.

En *Elogio de la duda*, Victoria Camps nos cuenta que desde Platón hasta Nietzsche y tantos otros grandes de la Filosofía dudaban. Supongo que a través de la duda se llega a algunas certezas.

La de Victoria Camps es la historia de una filósofa para la que la ética es el motor de todo. Su concepción de la democracia, la enseñanza, el papel de los medios de comunicación, todo está atravesado por el imperativo ético. ¿Podría ser de otra manera, puesto que ha ejercido durante tantos años como catedrática de Ética y de Filosofía del Derecho Moral y Político?

Amelia Varcárcel

No sé si primero llegué a ella por feminista o por sus publicaciones como filósofa, aunque seguramente no se puede separar una condición de la otra. Pero antes de entrar en su faceta de filósofa feminista me gustaría destacar otros aspectos de Amelia Valcárcel. Es una filósofa comprometida con la acción pública, que defiende que la ética tiene un carácter universal, no es para unos pocos sino que nos concierne a todos.

Uno de los libros de Amelia Valcárcel que más me han «tocado» ha sido *La memoria y el perdón*. En él nos interpela acerca de nuestra capacidad de perdonar y si hacerlo es lo mismo que olvidar. Nos plantea que memoria y perdón no son contrapuestos. Pero ¿no lo son?

En otro de sus libros, *Ética contra estética*, nos expone otro dilema: ¿es lo mismo, persiguen el mismo fin?

Su compromiso político a través de la socialdemocracia no le ha restado ni un ápice de independencia a la hora de abordar los problemas de nuestra sociedad.

Pero qué duda cabe que es la filósofa del feminismo. Como feminista he aprendido mucho de ella y hago mías muchas de sus reflexiones. En los últimos debates que han enfrentado al movimiento feminista a cuenta de la Ley Trans, las opiniones de Amelia Valcárcel han ayudado a poner palabras a la inquietud de tantas y tantas mujeres ante el intento burdo y absurdo del Ministerio de Igualdad (¡qué ironía!) de borrar a las mujeres.

Si en Adela Cortina y en Victoria Camps el feminismo impregna su concepción filosófica, en Amelia Valcárcel hay que añadir una militancia activa. Anoto algunas de sus reflexiones: «El feminismo es uno de los mayores motores de cambio»; «Me hice feminista por puro sentido de la justicia»; «Vulnerabilidad, marginación y pobreza son las causas que llevan a la prostitución y no sus consecuencias»; «El carácter nos dispone para la acción», y otra más: «La razón no tiene capacidad para convencernos de que seamos decentes...».

Filósofa, catedrática de Ética y de Filosofía del Derecho Moral y Político, experta en bioética y en medios de comunicación... Y comprometida, absolutamente comprometida, con la causa del feminismo. Junto a Laura Freixas, Alicia Miyares o Victoria Sendón firmó una carta abierta dirigida al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, expresando la preocupación ante la llamada Ley Trans, a pesar de las reticencias de la entonces vicepresidenta Carmen Calvo, a quien, por cierto, le costó el puesto su enfrentamiento con la ministra Irene Montero, la responsable de una de las leyes más controvertidas y con mayor rechazo social de los últimos tiempos.

La Ley Trans, al decir de estas feministas, supone un retroceso en las políticas de igualdad de género. Es elocuente la carta en la que se dicen cosas como estas: «Creemos necesario preservar la distinción y no confusión de conceptos de sexo y género. El sexo como realidad biológica constatable y el género como constructor cultural de estereotipos»; «El sexo es un dato objetivo en sus aspectos genético, gonadal, hormonal, anatómico y genital»; «La expresión "género sentido" o "sexo sentido" alude a algo esencializado y subjetivo, inverificable en sus consecuencias jurídicas, más allá del sentimiento interno»; «No puede hablarse de determinación de sexo como ejercicio de libre voluntad»; «Pretender ser mujer u hombre no es una elección, desdibuja la realidad material del sexo». Es una frivolidad ocultar la condición de mujer bajo términos ambiguos como «progenitora gestante», «cuerpos feminizados» o «cuerpos menstruantes». Y no, no se trata de dejar de reconocer la problemática de las personas trans que, naturalmente, han de tener una respuesta legal y social, sino de defender la «existencia» de las mujeres.

Amelia Valcárcel es sin duda una de las pensadoras feministas más importantes de nuestro tiempo. Su pensamiento no es de «carril», es una feminista filósofa o una filósofa feminista, tanto da, que ahonda en las raíces de la historia de las mujeres y piensa acerca de su devenir. Es un referente imprescindible si queremos entender los retos actuales del feminismo, aquí y ahora, por su rigor, su calidad literaria, su compromiso y su inteligencia.

Punto y seguido

Pero sería injusto no citar a otras filósofas cuyos nombres entre las pensadoras contemporáneas devienen imprescindibles.

Celia Amorós es una de ellas. Defensora del feminismo emancipatorio y decidida partidaria de hablar de derechos de ciudadanía que amparen a todos, insiste en que no hay revolución sin feminismo porque una revolución no puede tener objetivos solo para una parte de la población obviando los derechos de la otra parte

Su libro *Hacia una crítica de la razón patriarcal* es un clásico, y en él explica que la ideología sexista forma parte de la organización social que conocemos hasta ahora y que es claramente discriminatoria para las mujeres.

También expone que hasta hoy el discurso filosófico ha tenido como sujeto a los hombres como si fueran el único destinatario posible.

Otra filósofa feminista, en su caso de la nueva hornada, es **Laura Llevadot**, que está empeñada en que la Filosofía no sea una materia exclusiva de unos cuantos entendidos y elegidos sino que se abra paso en todas las esferas de la sociedad. Y en ello está esta profesora de Filosofía de la Universidad de Barcelona. Organizó un festival —Barcelona Pensa— que fue un éxito, y que consistió en sacar la Filosofía a la calle y demostrar que es cosa de todos y no de unos cuantos eruditos.

Sus libros dejan una estela de provocación, y si no lean *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*, en el que plantea cómo la feminidad la entendemos a través de lo que quieren los hombres de nosotras, no de lo que nosotras queremos ser.

Personalmente tengo diferencias sobre su manera de entender el feminismo aunque me parecen audaces e interesantes sus posiciones, pero comparto con ella algo que le dijo a Noelia Rodríguez en una entrevista en *El País*: «Las mujeres se han prostituido en los matrimonios sin cobrar».

Alicia Miyares es otra filósofa escritora que defiende que ni el liberalismo ni la socialdemocracia han sido capaces de dar respuesta a las expectativas feministas.

La lista de filósofas españolas es extensa y deberíamos ser capaces de poner en valor no solo su pensamiento sino sus obras y que estas no se circunscriban a una minoría, puesto que están tratando de la razón de ser de nada menos que la mitad de la población: las mujeres. Estos son algunos nombres de la nueva hornada de filósofos: **Jorge Freire**, **Clara Navarro**, **Inmaculada Hoyos**, **Eurídice Cabañes**, **Ernesto Castro**, **Federico Rodríguez**, **Julio Martínez-Cava** o **Angélica Velasco**.

Lo relevante es que la mayoría de las filósofas son feministas, y en sus escritos teorizan sobre el feminismo desde distintos puntos de vista que confluyen en uno: el feminismo es una teoría política liberadora, no solo para las mujeres sino para toda la sociedad, puesto que se trata de acceder y garantizar la igualdad.

Mientras escribía acerca de estas mujeres pensaba en otras que igualmente han influido en mí a través de sus escritos y sus vidas. Algunas son mujeres inclasificables. Hablo de Susan Sontag o de Concepción Arenal. La verdad es que le daba vueltas acerca de en qué capítulo podía situarlas. Escritoras ambas, feministas,

filósofas también. Las he dejado para el final aunque quizá deberían estar al principio, pero tanto da, en este caso el orden de los factores no altera su importancia.

Susan Sontag

A Susan Sontag la descubrí también a través de mi amiga Susana Olmo, que me regaló *El amante del volcán*, la historia del triángulo amoroso entre el almirante Horatio Nelson, el embajador británico en el Reino de Nápoles William Hamilton y su esposa Emma Hamilton. Una novela que nada más leerla me convirtió en una incondicional, claro que con el paso del tiempo y la lectura de otras obras filosóficas mi incondicionalidad fue perdiendo fuelle, aunque mantuve la admiración por esta mujer brillante y especial que siempre me pareció un barco zozobrando en alta mar.

Es muy difícil resumir a una de las intelectuales más brillantes del siglo XX en unas cuantas líneas. Nacida en Nueva York, se quedó huérfana de padre a los cinco años, y su madre se casó con un militar del que ella y su hermana Judith adoptaron el apellido. Pero la vida sentimental de su madre no se resume en ese marido. Una madre inestable y alcohólica, para quien sus hijas no son el centro de su vida, provoca que ellas, sobre todo Susan, crezcan con la inseguridad de no saberse queridas. Por la vida de su madre pasan varios hombres, lo que a las niñas les aumenta la angustia de no saber cuál es su lugar en la vida de su madre. Viven en distintos estados y ella intenta hacerse un hueco en la estima de profesores y condiscípulas. Niña precoz que a los 15 años ya estaba estudiando en la Universidad de Berkeley. Después se trasladó a la Universidad de Chicago, donde obtuvo su licenciatura, y entretanto le dio tiempo a casarse con Philip Rieff, profesor de Sociología. Él la domina, como si fuera su destino que la dominaran: primero su madre, después algunas parejas, hasta llegar a Rieff. Dominar y ser dominada, eso la marcó. Domina quien tiene poder, quien te puede quitar algo, y eso lo aprendió y lo llevó a cabo con muchas de las personas que pasaron por su vida. Quiso que dependieran de ella, no ella depender.

Continuó estudiando y se doctoró en Filosofía, publicando junto a su marido un ensayo sobre Freud titulado *La mente de un moralista*.

Demasiado inquieta para acomodarse a la vida matrimonial, se divorció y puso rumbo a París para estudiar en La Sorbona. Solo tenía 24 años y ya llevaba muchas vidas a sus espaldas.

De regreso a Nueva York se dedicó a la vida académica, y en 1963 publicó su primera novela, *El benefactor*. Las revistas de aquella época se disputaban sus artículos. Los sesenta... los sesenta del siglo XX, con una sociedad en permanente ebullición, sin tener muy claro qué depararía el futuro, y allí estaban los escritos de Susan Sontag desbrozando la claridad entre las sombras de la incertidumbre.

Su ensayo *Contra la interpretación* fue un hito entre quienes formaban parte de la «inteligencia» de su generación.

Europa estaba presente en sus escritos; acaso su experiencia parisina, su paso por La Sorbona, el haber vivido otra realidad la llevó a intentar unir dos mundos aparentemente contrapuestos, el europeo y el norteamericano. *Estilos radicales* fue su siguiente libro; otro ensayo que también tuvo una acogida tumultuosa. Nada de lo que escribía dejaba indiferente.

Cinéfila y admiradora confesa de Ingmar Bergman, probó suerte como guionista y directora: *Duelo de caníbales* y *Hermano Carl* llevan su firma.

También probó con el rodaje de documentales y en Israel grabó *Tierras prometidas*, que no obtuvo demasiado éxito. Pero ese viaje le sirvió para escribir una obra que tituló *Sobre la fotografía* y en la que reivindicaba la palabra.

Enferma de cáncer, decidió plasmar su experiencia en *La enfermedad y sus metáforas*, libro que años después tendría una segunda parte, *El sida y sus metáforas*.

En un viaje que realizó a la Sarajevo sitiada no dudó en montar en un teatro destrozado por las bombas una versión de la mítica *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett.

Claro que su compromiso político ya se había hecho patente durante los años en que presidió el Pen American Center.

En el año 2000 publicó la que sería su cuarta novela, *En América*, y después el ensayo *Ante el dolor de los demás*.

En realidad, la figura de Susan Sontag es difícil de resumir en una sola actividad porque se convirtió en una líder de opinión, en una pensadora incómoda siempre para el *establishment* y para todos aquellos que basan sus vidas en unas cuantas certezas.

La relación con sus hijos fue como un tiovivo, repleta de encuentros y desencuentros. Sin duda no debió de resultarles fácil ser hijos de Susan Sontag, claro que para ella tampoco lo sería ser quien era ni aceptarse a sí misma.

Su proyección pública fue la de una intelectual de éxito, pero su vida privada encerraba un sinfín de dilemas. Para sus amigos no siempre fue fácil relacionarse con ella. A ratos emergían todas sus obsesiones infantiles, todos los conflictos personales no resueltos, y en medio de sus tormentas, la adoración de miles de personas que la habían convertido en un icono de la vanguardia y el faro que alumbraba lo que había que pensar o desechar.

Y, DE NUEVO, UN SALTO EN EL VACÍO

Espero que me disculpen, pero en casa de mis abuelos, cuando hablaban de

Concepción Arenal, parecía que era poco menos que una amiga de la familia. Hasta que mi tío Juan me sacó del error contándome la historia de esta mujer extraordinaria. Recuerdo cuánto me impresionó escuchar que allá por 1840 las mujeres no podían estudiar en la universidad y cómo ella para poder asistir tan solo de oyente se vestía de hombre. ¿Por qué?, preguntaba yo, y él respondía que por la estrechez de la mente de los hombres en general y de los gobernantes en particular. Preguntaba qué otras limitaciones teníamos las mujeres y mi tío me respondía que «demasiadas», pero que esas limitaciones irían cayendo por su propio peso, que no me preocupara porque yo sería lo que quisiera ser, y para ello me instaba a estudiar «para ser independiente y que no dependas nunca de ningún hombre». Y ese era un mantra que también me repetía mi madre: la independencia, y para ser independiente, estudiar, y a partir de ahí, trabajar. Para mí, lo de ser independiente se convirtió en una obsesión. Ese era el objetivo que tenía que perseguir, no depender de nadie más que de mi propio esfuerzo.

Un día, entonces yo debía de tener 16 o 17 años, hablando con mi tío miré el reloj y le dije que me tenía que ir a la peluquería a cortarme el pelo, y él, que las cogía al vuelo, me respondió algo que se me ha quedado grabado para siempre: «¿Sabes por qué debes luchar para ser independiente? Pues, entre otras cosas, para que el día de mañana no le tengas que pedir a tu marido dinero para poder ir a la peluquería».

Aquello me conmocionó. Una lección gráfica de la importancia de no tener que depender de ningún hombre.

Pero volviendo a Concepción Arenal, por la que mi tío sentía verdadera admiración, en una de nuestras charlas me explicó lo mucho que ella había luchado por humanizar la situación de las cárceles en España, pero sobre todo, insistía, «porque no se conformó con lo que veía a su alrededor e intentó cambiarlo a mejor».

¿Cómo catalogar a Concepción Arenal? ¿Pensadora, periodista, escritora nacida en El Ferrol en 1820? Yo creo que las tres cosas y muchas más. La suya fue una lucha permanente y a contracorriente, pero sin alharacas. Y sí, creo que mi tío tenía razón, la vida de Concepción Arenal fue la de una mujer que luchó y contribuyó a que algunas cosas mejoraran en aquella sociedad española decimonónica a la que pertenecía. Desde niña sintió una pulsión por aprender que no podía satisfacer, porque en el siglo XIX era difícil que las mujeres obtuvieran una educación del mismo calado que los hombres. Las escuelas de señoritas eran eso, escuelas de señoritas donde te enseñaban los rudimentos de los buenos modales.

Sin duda a Concepción Arenal le ayudó a ser lo que llegó a ser el haberse cruzado en su camino Fernando García Carrasco, abogado y periodista al que conoció cuando ella rondaba la Facultad de Derecho. Con él compartió la escritura como medio para luchar contra la injusticia.

Debió de ser un hombre realmente adelantado a su tiempo, puesto que acudía

con Concepción, ella vestida de hombre, a las tertulias del café Iris. Había que tener mucha personalidad, mucho aplomo y sobre todo amplitud de miras para llevar a la esposa del brazo vestida como un caballero. Bien es verdad que ellos se trataban con otras personas de pensamiento amplio, pero aun así tenía mérito.

Se casaron y tuvieron tres hijos, Concepción, Fernando y Ramón. Ella escribe obras de teatro, incluso una zarzuela, y además de poemas se atrevió con la novela, pero fueron sus *Fábulas en verso* las que obtuvieron reconocimiento. Junto a su marido comenzó su carrera periodística escribiendo de todo, de política, de religión, de asuntos cotidianos y de filosofía.

El fallecimiento de su marido en 1857 supuso para ella una auténtica convulsión y le cambió la vida. Regresó al lugar donde pasó buena parte de su infancia, al valle de Liébana, donde alquiló una casa en Potes a la familia de Jesús de Monasterio, un afamado compositor con el que mantendrá una sólida amistad.

Él, hombre religioso, había puesto en marcha allí las Conferencias de San Vicente de Paúl, una institución religiosa para asistir a los más necesitados, y le propuso crear una rama femenina. Y a partir de ahí se terminaron de moldear las inquietudes sociales de Concepción Arenal, que escribió un ensayo que lleva por título *La beneficencia, la filantropía y la caridad* que dedicó a su amiga Juana Vega, condesa de Espoz y Mina. Nuestra protagonista lo envió a un concurso convocado por la Academia de Ciencias Políticas y Morales, pero lo firmó con el nombre de su hijo Fernando sabedora de las pocas posibilidades de que los académicos tuvieran en consideración un ensayo firmado por una mujer. Pero ganó. Le dieron el premio y fue la primera mujer premiada por la Academia.

¿Qué ideología prima en Concepción Arenal? Está influenciada por el krausismo, un sistema filosófico que se caracteriza por el intento de conciliar el racionalismo con la moral, y su amistad con Francisco Giner de los Ríos terminó de cimentar su visión de la injusticia. Pero en sus ideas también flota el catolicismo.

La publicación de *La visitadora de cárceles* fue un revulsivo para la sociedad española y propició que más adelante, y por deseo de la reina Isabel II, fuera nombrada Visitadora de Cárceles de Mujeres. La situación de las prisiones le produjo tanta impresión como indignación. Y se convirtió en una defensora acérrima de la necesaria reforma del Código Penal y de mejorar de manera inmediata las condiciones de vida de las presas. Posteriormente, después de la Revolución de 1868, el general Serrano la nombra Inspectora de Casas de Corrección de Mujeres.

Nunca ceja en su defensa del acceso de las mujeres a la educación y en sus escritos hay una crítica permanente a las condiciones laborales que soportaban las mujeres obreras.

Proponía reformas, sí, pero su reformismo tenía, como he dicho, un fuerte componente religioso.

Fundó *La Voz de la Caridad*, un periódico dedicado a las causas sociales; una entidad benéfica encargada de la construcción de viviendas dignas para los obreros, y un patronato de ayuda a familias en condiciones de miseria.

Y entonces escribió uno de sus libros más importantes, *La mujer del porvenir*, un texto feminista de principio a fin, porque Concepción Arenal no concebía la sociedad sin igualdad de derechos y oportunidades. Y no paró de escribir: *Ensayo sobre los derechos de las gentes*, *La mujer en casa*, *La educación de la mujer*, *Las colonias penales en Australia y la pena de deportación*, *La instrucción del pueblo*, *Cartas a los delincuentes*, *La condición de la mujer en España*, *El delito colectivo*...

En todas sus obras hay una defensa de la igualdad y señala la equivocación de los hombres al pensar que la felicidad de las mujeres pasa por ser exclusivamente «amas de casa». Se rebelaba sobre la supuesta superioridad del hombre y la injusticia que suponía que en las leyes se la considerara como un ser inferior.

Su preocupación por la situación en las cárceles también estuvo patente en sus escritos, que se pueden resumir en estos pensamientos: «Abrid las escuelas y se cerrarán las cárceles» o «Las malas leyes hallarán siempre y contribuirán a formar hombres peores que ellas, encargados de ejecutarlas», o esta otra: «Todo lo que endurece desmoraliza». Pero quizá su frase más célebre es: «Odia el delito y compadece al delincuente».

Sin duda es una de las pensadoras sociales más importantes de nuestro país, y gracias a sus esfuerzos y a sus escritos en España algunas cosas cambiaron a mejor. Lo dejo aquí.

Escritoras, poetas, monjas y demás

Mi primera experiencia con monjas fue francamente terrible. Yo tenía seis años cuando entré en un colegio de las Teresianas en Madrid y aún recuerdo la dureza de la madre Carmen tras una sonrisa aparentemente benévola. La verdad es que durante años tuve alguna pesadilla con aquella monja que daba unos pellizcos que te dejaban cardenal y a la que parecía no conmover la angustia de una niña de seis años que no estaba acostumbrada a aquella disciplina férrea. Me castigaba por todo, o así lo recuerdo yo. De rodillas, cara a la pared. De pie con los brazos en cruz. Supongo que no sería mucho tiempo el que me tenía así, pero a mí los minutos se me hacían eternos y solo soñaba con escaparme del colegio.

Normalmente a media mañana nos daban un vaso de leche. ¡Ay! En casa nunca consiguieron que bebiera una sola gota y además no me obligaban a hacerlo. Pero el colegio era otra cosa, y recuerdo que la «madre» Carmen se empeñaba en que me bebiera el vaso de leche, pero yo me negaba. Eso suponía un castigo. Me quedaba sin recreo, que para mí era un fastidio llevadero. Podía soportar lo de que me castigaran de rodillas, que me mandaran a un rincón, que me regañaran con dureza, cualquier cosa menos beber leche.

Pero un buen día la «madre» Carmen decidió que me iba a meter en vereda y avisó a la madre superiora para que desplegara su autoridad obligándome a beber el vaso de leche. La madre superiora intentó convencerme sin éxito, primero con palabras suaves que fue endureciendo hasta no poder ocultar su enfado.

Fue a abrirme la boca para que bebiera y... la mordí. Sí, le di un mordisco, lo que me acarreó un castigo del que aún me acuerdo.

Me dejaron en el comedor de pie delante del vaso de leche y sin moverme. Me

advirtieron: nada de intentar sentarme, nada de hablar, nada de moverme. Así estuve hasta la hora de comer, en que me volvieron a «invitar» a que bebiera la leche. Continué con los labios apretados dispuesta a dar otro mordisco a quien intentara obligarme. No comí. Y así seguí hasta la tarde. No me permitieron ir a clase, no me permitieron sentarme.

Tenía seis años, pero resistí y gané aquella batalla. Cuando en mi casa se enteraron de lo sucedido, mi tío Juan acudió a cantarles las cuarenta a las monjas: yo no bebía leche y no me podían obligar a beberla. Así de claro.

Y ahora, dicho lo dicho, contaré algo que seguramente puede sorprender. Por paradójico. Si me preguntaran qué me gustaría ser en caso de nacer de nuevo, entre mis opciones estaría la de ser monja.

Bailarina de ballet era lo que soñaba ser, física lo que me entusiasmaba porque era la puerta para conocer el universo, médico para ayudar a la gente y monja para estar tranquila y alejada de los avatares de la vida cotidiana, poder pensar, escribir y soñar sin ninguna interferencia.

Aunque parezca increíble, sí, hubo un tiempo en que para muchas mujeres la puerta del convento era una puerta a la libertad. Ahí están las historias de Christine de Pizan, de Isabel de Bohemia, de Hildegarda de Bingen, de Santa Teresa de Jesús, de Sor Juana Inés de la Cruz... ¿Habrían podido dedicarse a la escritura y a otras actividades si se hubieran casado, dependido de un marido y de las vicisitudes de la maternidad? Si en el siglo XXI las mujeres tenemos que hacer equilibrios en la cuerda floja para intentar llegar a todo, no quiero pensar cómo sería en el siglo XVI intentar luchar contra los elementos, es decir, el poder masculino. En el caso de Christine de Pizan o Isabel de Bohemia se refugiaron en el convento ya en la edad madura, hartas de los politiqueos de las cortes en las que les tocó vivir.

Hildegarda de Bingen

Hay una monja por la que siempre he sentido curiosidad, supongo que porque era algo más que monja. Cuando comencé a escribir este libro pensé en contar su historia entre las de las científicas, porque sin duda es ahí donde le corresponde estar, pero su condición de monja es una muestra de lo que antes escribí: que algunas mujeres encontraron en el convento la posibilidad de desarrollar su intelecto. Que me perdone Hildegarda de Bingen por situarla aquí, puesto que, además de santa, que sin duda es importante, en su biografía reza que fue escritora, filósofa, científica, compositora, médico, naturalista, mística y profetisa. ¿Alguien lo puede mejorar?

Hildegarda nació en 1098 en Bermersheim vor der Höhe (Alemania). Era la pequeña de diez hermanos y, al parecer, no tenía buena salud, y sus padres decidieron dedicarla a la vida monástica entregándola al monasterio de San Disibodo de la Orden de San Benito. Es de suponer que lo hicieron para quitarse una

boca de encima, pero debió de ser un trauma para una niñita que rondaba los ocho años. No tuvo otro remedio que aceptar el destino elegido por sus padres. Por lo que cuentan los historiadores, era una niña especial que tenía visiones y que quedó al cuidado de una monja, también de una familia de la nobleza, llamada Jutta von Sponheim. Vivían junto a otras monjas en un anexo de la abadía donde aprendería los rudimentos del latín. Maestra y alumna compartían la experiencia de las visiones. Y allí fue creciendo sin más futuro que el que transcurría entre los muros del convento. Y cuando la superiora murió, Hildegarda se hizo cargo del monasterio, momento en que al parecer le contó a su confesor que Dios le había encargado que escribiera sobre sus «visiones», ante lo que es de suponer que el confesor se asustaría pero por si acaso no le negó que lo hiciera; eso sí, reclamó leer lo escrito por la nueva abadesa. El confesor, llamado Volmar, se «confesó» a su vez con el abad de la parte masculina del convento benedictino. Parece ser que este dudó... eso de tener una monja que se comunicaba directamente con Dios resultaba cuando menos inquietante, pero al final la autorizaron a escribir sobre sus visiones y sus escritos terminaron en la mesa del arzobispo de Maguncia. O sea que las cosas se estaban complicando. Pero Hildegarda, que no tenía un pelo de tonta, decidió buscar apoyo y lo encontró en Bernardo de Claraval, un monje influyente donde los hubiera. Le escribió por su cuenta contándole sus visiones y que Dios mismo le había encomendado escribir sobre estas revelaciones. También le explicó que no hacerlo le supondría un suplicio que afectaba sin duda a su salud enfermiza.

Tampoco Bernardo de Claraval tenía un pelo de tonto y, por si acaso, le respondió que actuara con humildad dando a Dios gracias por el don que le había concedido. Pero la cosa no iba a quedar ahí; en el sínodo de Trier, Bernardo dio noticia al papa Eugenio III de las visiones de Hildegarda y el Papa envió al obispo de Verdún a conocer a la visionaria. Debió de convencerle porque al final recibió el visto bueno del Papa, lo que la catapultó a la fama, tanto que muchas familias nobles decidieron enviar a sus hijas al monasterio para que se dedicaran a la vida religiosa. Y hete aquí que Hildegarda decidió independizarse del monasterio e instalarse en otro lugar sin la tutela del monacato de los monjes benedictinos. Pero estos se negaron a concederle la independencia, lo que provocó un quebranto en la salud de Hildegarda que se remedió gracias al obispo de Maguncia, que decidió apoyar su pretensión de independizarse de la tutela de los monjes. Esto llevó a que tuvieran que repartir los bienes del monasterio, cosa que irritó profundamente a los monjes benedictinos. Pero Hildegarda se salió con la suya y consiguió sacudirse la tutela masculina trasladando la nueva sede junto a la tumba de San Ruperto, un lugar —según una de sus visiones— elegido nada menos que por el Espíritu Santo. Allí organizó su monasterio. Su decisión iba encaminada a la independencia de las comunidades femeninas de las masculinas, lo que era revolucionario para la época.

En Rupertsberg la abadesa pudo ser ella misma. Tenía tiempo para escribir, para componer música, para dedicarse al estudio de las plantas, y fue creciendo su fama de mujer sabia a la que iban a consultar personas con todo tipo de enfermedades.

Su fama creció y empezó a cartearse con los hombres más notables de su época, desde el Papa hasta pensadores y científicos, y comenzó a predicar, algo que les estaba vedado a las mujeres, pero que nadie se atrevió a prohibirle. Algo es algo.

Escribió doce libros, y el primero lleva por título *Scivias (Scire vias Domini)*, en el que cuenta cómo fue la Creación. Más tarde llegaría su *Libro sobre las propiedades naturales de las cosas*, que posteriormente se dividió en dos partes: *Historia natural* y *Libro de la medicina sencilla*, al que seguirían *Libro de la medicina compleja*, *Los caminos de Dios*, *Los humores del cuerpo*... Y entre sus composiciones musicales, más de setenta, el auto sacramental *Ordo virtutum*.

O sea que no paraba. Creía que la Creación era fruto de cuatro elementos: dos celestiales, el fuego y el aire, y dos terrenales, el agua y el barro. Destacan sus descripciones del universo, de los ciclos de la Naturaleza, sus observaciones sobre los fenómenos naturales, clasificó plantas y lo más sorprendente es que fue quizá la primera ginecóloga de la Historia. Describió con precisión el cuerpo femenino, incluso los orgasmos, algo insólito para la época y más tratándose de una monja. Hay quien justifica estos conocimientos en el hecho de que eran muchas las mujeres que profesaban los hábitos después de haber enviudado y que, seguramente, ellas le enseñaron los secretos del cuerpo de las mujeres y de sus problemas específicos. A mí me parece una explicación muy casta esta que dan algunos de sus biógrafos, pero quién sabe teniendo en cuenta que no era una mujer corriente.

Ella dejó escrito: «Simultáneamente veo, escucho y sé, y casi en el mismo momento aprendo lo que sé. En cambio, lo que no veo lo ignoro porque soy indocta».

En todo caso, fue una mujer realmente tan fascinante como peculiar, que supo desarrollar entre las paredes de su abadía lo que no habría podido si su vida hubiese transcurrido como la de otras jóvenes de la nobleza.

En el Siglo de Oro español y posteriormente, entre el XVI y el XVIII, muchas mujeres encontraron entre los muros de los conventos un grado de libertad imposible de conseguir si hubieran optado por el matrimonio. En esos siglos la mujer estaba absolutamente subordinada a la voluntad del padre, primero, y del marido, después. Muchas se decidían por la vida conventual para poder desarrollar sus inquietudes intelectuales. Además, en los conventos entonces no se vivía con la rigidez que preside los actuales. Muchas jóvenes nobles entraban en ellos no por una pulsión religiosa, sino simplemente para no depender de los dictados ni de los padres ni del marido.

Las puertas de los conventos estaban abiertas a la «buena sociedad», se recibía a amigos y familiares, y eran lugares donde no era raro disfrutar de una buena

conversación. Las nobles que habían optado por el convento disponían además de ciertas comodidades y sus aposentos no eran celdas de castigo.

Con el paso del tiempo los conventos se fueron transformando y seguramente hoy son muy diferentes a como lo fueron antaño. Vamos, que difícilmente las monjas van a pasar una tarde con un grupo de amigos charlando sobre poesía.

Santa Teresa y los hombres

Que nadie se asuste porque haya decidido hablar de los hombres que pasaron por la vida de la santa, aunque también podría escribirlo al revés, contar el impacto de Teresa en la vida de algunos hombres, santos incluidos. Pero es que siempre me ha fascinado ese aspecto de la vida de Santa Teresa, cómo en su siglo, en el que las mujeres estaban constreñidas al hogar, donde apenas eran un apéndice de sus maridos, ella mantuvo relaciones de igual a igual tanto con hombres como con mujeres. Como explica muy bien Espido Freire, se sentía cómoda entre ellos.

Hace unos años, con motivo de algún centenario de Santa Teresa de Jesús, leí un ensayo escrito por Espido Freire, *Para vos nací*. En mi opinión, es una de las mejores biografías de Santa Teresa, sobre todo porque en este relato entrabas en contacto con la mujer que fue Teresa de Cepeda. Y una de las aportaciones de Espido fue la de presentarnos a una Teresa más humana que santa.

Sí, Teresa de Jesús es mi santa favorita por tantas cosas... Antes ya había leído la biografía de Joseph Pérez, uno de los hispanistas más prestigiosos, y me voy a permitir hacer mía la descripción que hace este profesor de Teresa como una mujer de acción, y con una increíble capacidad de convicción en un mundo donde son los hombres los que marcan todas las pautas.

Su origen también es determinante. Su padre fue un gentilhombre, cristiano con antepasados judíos, y eso marcó el imaginario familiar. Según cuenta Joseph Pérez en la biografía de Teresa, cuando ella tenía poco más de cuatro años la Cancillería de Valladolid llevó a cabo un examen sobre los antepasados de su familia. En cualquier caso, los Cepeda formaban una familia cristiana como la que más.

La situación económica de Alonso de Cepeda no era holgada, tenía doce hijos, dos de un primer matrimonio y diez del segundo, y se endeudaba intentando vivir de acuerdo con su posición social mientras sus hijos crecen y juegan, y en el caso de Teresa y su hermano Rodrigo, soñaban con ir a tierra de moros a luchar contra los infieles. Su aventura no fue más allá de unos cuantos metros de su casa, donde su tío Francisco los encuentra. Teresa, aunque dos años menor que Rodrigo, asume la culpa de la aventura.

Pero además de sus circunstancias familiares, en la vida de Teresa hay un número de hombres que fueron determinantes. Cuatro de ellos son los que más la influyeron: su padre Alonso Sánchez de Cepeda, el carmelita Jerónimo Gracián, San

Juan de la Cruz y un hombre sin nombre, acaso uno de sus primos, Vasco, Francisco o Diego Mejía de Cepeda, o... alguien de quien nunca sabremos, pero que supuso un antes y un después en su vida, puesto que por él, la que luego sería santa, estuvo a punto de perder la «honra» y provocó que su padre, don Alonso, tomara la decisión de enviarla una temporada a un convento para atemperar el carácter y las ansias de comerse el mundo que tenía su hija.

Hay unos años —entre 1528, cuando muere su madre y Teresa tenía poco más de 13, y 1535— que son cruciales, años en los que va descubriendo la vida y mantiene una intensa actividad social, años en los que se enamora, años en los que se va conformando su personalidad hasta decidir que sus ansias de libertad las cercenará el matrimonio, años de crisis espiritual. Son años de los que apenas nos llegan unos apuntes, como si hubiera tenido un interés especial en difuminarlos.

Son los años de la adolescencia, con su madre muerta y su padre encargado de sacar adelante a su numerosa prole. Teresa reza a la Virgen pidiéndole que sea «su madre», mientras se sumerge en la lectura, sobre todo de libros de caballería, cancioneros, romanceros y, claro, vidas de santos, imprescindibles en la época.

Cuentan las crónicas que Teresa de Cepeda era guapa, de piel blanca y ojos y cabello oscuro, coqueta, y lucía tres lunares en el rostro de lo más resultones que le daban un toque especial. También apuntan que le gustaban los vestidos y perfumarse, y que siempre tuvo una personalidad seductora, un atractivo interior y exterior que sabía manejar, que lo conservó durante toda su vida y del que nunca renegó sino que fue muy consciente de poseerlo. Cada uno utiliza las armas que están a su alcance: hasta las santas. Y así fue, incluso ya mayor. Según nos cuenta Joseph Pérez, hasta un pintor, el padre Juan de la Miseria (nacido Juan Narduch), le hizo un retrato que no le gustó y ella se lo reprochó: «Sabed, padre, que en mi juventud me dirigían tres clases de cumplidos, decían que era inteligente, que era una santa y que era hermosa; en cuanto a hermosa, a la vista está; en cuanto a discreta, nunca me tuve por boba, y en cuanto a santa solo Dios lo sabe...».

Esta frase demuestra la seguridad sobre su atractivo del que, como digo, no reniega, y aún en la edad madura conserva una pizca de vanidad reclamando que el pintor sea fiel a ese atractivo. ¡Bien por ella!

Pero regresando a su adolescencia, fueron años en que le flaqueó la devoción, cosa normal en una adolescente que intercambiaba las primeras miradas con otros adolescentes, con los que coqueteaba, y compartía juegos con sus primos; parece que se le daba bien el ajedrez y que gustaba de las fiestas, tanto las familiares como las que se celebraban en las plazas públicas. Compartía secretos con una prima, Elvira, que tenía una gran influencia sobre ella y que de haber seguido la amistad lo mismo nuestra santa no habría llegado a santa.

¿De quién se enamoró Teresa? ¿Quién de entre los jóvenes que frecuentaba,

primos incluidos, se enamoró de ella?

En ninguna biografía encuentro el nombre y me pregunto el porqué del secreto.

Pero algo debió de pasar, algo que la trastornó, algo que llevó a su padre a enviarla a las agustinas de Nuestra Señora de Gracia. Su padre no pretendía ni mucho menos que se dedicara a la vida religiosa, todo lo contrario, lo que trata es de alejarla de sus primos, de la mundanidad, de «algo» que ha pasado o podría haber pasado.

Durante el tiempo que permanece con las agustinas no se despierta en ella vocación alguna; además, se les permite tanto a ella como a otras jóvenes el contacto con el mundo exterior. El convento es un lugar de tránsito, muchas de las compañeras de Teresa saldrán de allí para casarse. Pero Teresa no tenía intención de casarse y menos aún de meterse a monja. Simplemente, la vida fluía a su alrededor. Eso sí, por aquel entonces ya vive obsesionada con la eternidad del Infierno.

La encargada de las jóvenes, doña María de Briceño, parece que en un determinado momento decidió endurecer la disciplina del convento en vista de que la espiritualidad de las chicas dejaba mucho que desear. Y la disciplina debió de provocar un auténtico cataclismo en Teresa porque cayó gravemente enferma y su padre decidió rescatarla enviándola primero a casa de su tío, Pedro Sánchez de Cepeda, y después a la suya. ¿Qué enfermedad padecía? Hay especulaciones de todo tipo y no seré yo quien añada una más, pero sí recordaré que a partir de ese momento su salud siempre se resintió y fue un tanto quebradiza.

Lo cierto es que durante su estancia en el convento Teresa ya ha tomado una decisión: no se casará, pero tampoco será monja. Una decisión imposible de cumplir porque en el siglo XVI las mujeres solo tenían esas dos posibilidades, de manera que llegaría un momento en que tendría que elegir la que menos le costara.

Teresa era la hija favorita de don Alonso, la niña de sus ojos, a la que de ninguna manera quería perder ni que se perdiera. Él la ha enviado al convento de Nuestra Señora de Gracia para apartarla de la mundanidad, pero no para que profesara como religiosa. El convento era solo un lugar de tránsito donde pudiera madurar antes de entrar en la edad adulta y hacer lo que hacían las mujeres entonces, casarse. A don Alonso le cuesta encajar la decisión de su hija.

Pero ella ya ha decidido que no se casará. Años más tarde se lo explicaría a sus monjas: el matrimonio no la llamaba por cuanto significaba de pérdida absoluta de libertad, no quería pasar a «pertenecer» a un marido, y así, poco a poco, se va abriendo paso la segunda solución: tomar los hábitos.

Cuando se lo dice a su padre, él la castiga, le pide que no lo haga hasta que él se muera, pero ella no da marcha atrás y, aun sabiendo el disgusto que va a causarle, deja su casa sin despedirse para entrar en el convento de la Encarnación.

Su padre no pudo hacer nada, no quiso luchar contra la hija sabiendo perdida la

batalla; además, ¿habría podido plantar cara a la Iglesia?

Don Alonso sin embargo sufre por su hija al ver que va perdiendo la salud; cada vez más desmejorada, cada vez más enferma incluso, nos cuenta Joseph Pérez, así que el padre decide llevarla a una curandera que vive en Becedas, cerca de la sierra de Gredos y que, dicho sea de paso, casi la mata con sus remedios. Tiene una crisis y la dan por muerta, incluso la envuelven en un sudario.

En Becedas conoce a un sacerdote, Pedro Hernández, que termina confesándose con ella. Sí, sí, el sacerdote se confiesa con la aspirante a monja. Fue él quien depositó las sombras de su alma en los oídos de Teresa. Algo tenía aquella joven para que un hombre hecho y derecho, sacerdote él, se confiara a ella. Y lo que le confiesa es, nada menos, que desde hace años mantiene relaciones con una mujer. Ella le escucha, le aconseja y le convence para que le entregue el amuleto, que le ha dado la amante y que él lleva colgado en el cuello, para así deshacerse de él. El caso es que el sacerdote, arrepentido, vuelve a comportarse como se espera que se comporte un sacerdote.

Quizá Teresa leyó en su mirada el abismo al que ella misma podía haberse arrojado en el pasado y puso todo su empeño en salvarle de sí mismo, es decir, de las apetencias y las pasiones, por otra parte tan comunes en los seres humanos.

Y la vida continúa y los años pasan y ella regresa al convento del Carmelo de la Encarnación. Quizá el lector sepa que en aquellos tiempos las muchachas de buena familia que habitaban los conventos tenían ciertos privilegios. No todas estaban allí para ser monjas, aquello era como una residencia de señoritas, de pago, claro. Por tanto, aunque las monjas cumplían con las reglas del Carmelo, la vida en el convento no era demasiado rígida.

La propia Teresa disfrutaba de cierta comodidad, disponía de dos estancias y un jardín interior. Recibía, al igual que otras internas, visitas de familiares y amigos, y podían incluso salir del convento para estar con sus familias.

Y entonces apareció otro hombre en su vida que de nuevo la hizo sentir lo que no quería sentir. ¿Se volvió a enamorar? ¿Quién era él? ¿Uno de los jóvenes que visitaban el convento y participaban de las charlas con las jóvenes que allí vivían? ¿Acaso un sacerdote? Puede. Según explica en su libro Espido Freire, es posible que se sintiera atraída por un sacerdote dominico, el padre García de Toledo. Fuera quien fuese, se volvió a sentir turbada en su fuero interno. Lo cierto es que con ese sacerdote se volverá a encontrar años después y será él quien la convenza de que escriba un libro sobre su vida. Incluso se convertirá en el corrector del texto y mantendrán una relación de amistad y confianza.

Es una amistad especial, de mutua admiración. Teresa siente que él la comprende y él comprende que Teresa es una mujer especial y que su camino a la espiritualidad no es como el de los demás.

Para entonces Teresa ya tenía visiones y éxtasis, lo que la inquieta a ella tanto

como a sus confesores.

Uno de ellos, el padre Gaspar Salcedo, creía que esas visiones de Teresa eran fruto del demonio, y es de suponer el dolor y la confusión que producirían estas opiniones en el ánimo de la futura santa.

Es curioso lo que les ha costado a tantos de sus biógrafos aceptar que detrás de las visiones de Teresa había una línea que la comunicaba con Dios. Pero de ella se ha dicho de todo: que si era una histérica, o acaso sufría de epilepsia, inestable por demasiado imaginativa... ¿Por qué no aceptar simplemente que era una mujer de una espiritualidad diferente pero extraordinaria?

Y aquí es donde llega el cuarto hombre. Tenemos a dos conocidos y a dos desconocidos. Los desconocidos son aquellos que turbaban su ánimo y sus deseos, los dos hombres por los que se sintió atraída. El primero, cuando aún estaba en la adolescencia; el segundo, cuando ya formaba parte del Carmelo. Los otros dos son su padre y Diego de Cetina, que sustituyó a Gaspar de Daza y le devolvió la tranquilidad que su alma necesitaba.

Cetina era aún joven y mostró su mejor disposición para ayudar a Teresa aunque no terminara de comprenderla. Pero al menos no contribuyó a aumentar su angustia y su confusión.

También tuvo una relación fugaz, relación religiosa, claro está, con Francisco de Borja, que, al igual que a ella, la Iglesia con el andar del tiempo le subiría a los altares declarándole santo.

Quizá a Teresa le fuera más fácil entenderse con un sacerdote que antes había estado en el mundo, luchando, amando, sirviendo al rey. Un hombre casado con una dama de la Corte sin que eso le impidiera enamorarse locamente de la reina Isabel de Portugal, cuya muerte le trastornó sumiéndole en una crisis de espiritualidad a la que no pudo dar curso hasta que no enviudó y decidió consagrarse ingresando en la Compañía de Jesús.

A lo que parece, Teresa se entendía mejor con los jesuitas que con otros sacerdotes. Lo cierto es que Francisco de Borja la confortó asegurándole que sus visiones no eran fruto del demonio. Ella le dice que ve a Jesucristo, que le habla y que cae en éxtasis, y él la cree y le aconseja que se deje llevar.

Después del joven Diego de Cetina se encontró en el confesionario con otro jesuita, Juan de Prádanos, y de este pasa a Baltasar Álvarez, que, desconcertado por las experiencias místicas de Teresa después de hablar con ella, consulta a sus superiores y llegan a una conclusión diametralmente opuesta a la de Francisco de Borja. Mientras este veía el misticismo de Teresa, los otros veían al demonio.

Es curioso cómo una mujer tan libre e independiente como Teresa se aviene a hacer cuanto le dicen sus confesores, quizá porque el Santo Oficio, la Inquisición, estaba atento a sus visiones, quizá porque toma la decisión de que o cambia ella o

difícilmente podrá seguir en el seno de la Iglesia.

Tal vez en ese momento empieza a crecer la semilla que la llevaría a la reforma del Carmelo. Los conventos no eran lugares cerrados a la vida de la calle, sino que, como ya he comentado, rezumaban cierta mundanidad, y la única vía que encontraba Teresa para obligarse al recogimiento —apartar de sí cualquier tentación o el mínimo disfrute de la vida— era reformando el Carmelo. Porque se daba cuenta de que tenía que elegir entre una parte de ella que gustaba de la vida o se entregaba del todo a Dios.

Para entonces ya ha aparecido en su vida otro futuro santo, Pedro de Alcántara, quien, al igual que Francisco de Borja, no tenía dudas sobre la realidad de los éxtasis y las visiones de Teresa.

La anima, la tranquiliza, la guía, tanto que de sus conversaciones con el futuro santo Teresa termina de perfilar su decisión de reformar el Carmelo. Es de suponer que le costó dejar atrás una vida que hasta aquel momento le había resultado grata, en la que apenas había sacrificio, en la que mantenía su independencia y estaba en el mundo aunque el hábito fuera una coraza, pero por lo demás su vida transcurrió con tantas actividades como si no fuera monja. Era una mujer vitalista, incapaz de estar quieta. Y aunque se empeñó en reformar el Carmelo para que quienes profesaran tuvieran una vida de recogimiento, lo cierto es que su vida pasó a ser un ir de un sitio a otro, y lo mismo dormía en una posada mugrienta que en un palacio. Seguramente en su ir y venir se excusaría a ella misma aduciendo que tenía que llevar a cabo sus **«**fundaciones**»**, pero creo yo que, en cualquier caso, la personalidad de Teresa era demasiado exuberante como para estar encerrada. En ella se da una dualidad, la mundana y la mística, y es imposible separar la una de la otra. Encontraba tiempo para todo, para rezar **«**entre pucheros**»**, para encontrarse con Jesucristo y para fundar conventos mientras esquivaba a la Inquisición.

Estaba convencida de cuanto hacía porque en sus visiones veía al mismísimo Jesús alentándola en la reforma que la llevaría a dejar el convento de la Encarnación, donde tan a gusto se sentía, para fundar otros conventos a lo largo y ancho de España.

Fueron muchas las vicisitudes que sorteó para cumplir lo que había prometido a Dios, pero lo consiguió, aunque por el camino volvió a tropezarse con otro hombre que sería muy importante en su vida y en sus afectos, Jerónimo Gracián, al que convenció para que se hiciera carmelita y trabajara con ella, codo con codo, en esa reforma del Carmelo.

¿Se enamoró? ¿Se enamoraron? Ella le sacaba unos cuantos años, era una mujer madura y él un hombre joven cuando sus caminos se cruzaron, aun así se mantuvieron fieles a su amistad a lo largo de los años. ¿Por qué no habría de estar enamorada sin que eso supusiera el quebranto de ninguna regla?

Se convirtió en su confesor y estuvieron unidos a lo largo de su vida superando numerosos obstáculos por la reforma del Carmelo. La correspondencia que mantuvieron sugiere que la suya era una relación que trascendía lo religioso para ser estrictamente humana, ella se preocupa de su bienestar y le aconseja no sé si como una madre o acaso como una mujer enamorada. En realidad, ambos tenían una vena mundana, lo que hacía que se sintieran a gusto el uno con el otro. Se entendían más allá de la religión, eran caracteres complementarios, pero a él le faltaba el misticismo de Teresa. Me atrevería a decir que las ambiciones de ambos para reformar el Carmelo eran de distinta índole.

Gracián le debe mucho a Teresa, pero en todo caso fue un hombre independiente, tenía su propia hoja de ruta en la reforma del Carmelo y eso le acarreó persecución y no pocos problemas con las autoridades eclesiásticas.

Ella le aconsejaba, sí, pero él tomaba sus propias decisiones seguro de que Teresa siempre le respaldaría.

Y por fin San Juan de la Cruz, por el que Teresa nunca llegó a sentir el mismo afecto que por Gracián. Cuestión de caracteres. Teresa era una mística pero bien humana, y Juan de la Cruz no tenía más vida que la interior. La profundidad de su alma, de su pensamiento, de su compromiso, no era mayor que la de Teresa, simplemente la encauzaban de manera distinta. A Juan le bastaba la oración; Teresa, además, necesitaba la acción.

Teresa y Juan habían nacido en escalones sociales diferentes. Juan, en el seno de una familia pobre, tanto, que el haber sido un niño malnutrido tuvo repercusión en su físico: era flaco y canijo. Teresa y Juan no tienen raíces ni vivencias comunes; a pesar de las dificultades económicas de su padre, ella había disfrutado de una vida cómoda, mientras que Juan tuvo que trabajar desde niño y hubo de pagar sus estudios en los jesuitas realizando todo tipo de tareas, empezando por las más duras.

Juan se exigía más a sí mismo que Teresa a ella. Si él gustaba del retiro y la contemplación, Teresa nunca rompió del todo los hilos con la vida exterior.

Cuando se conocieron, Juan ya había profesado en el Carmelo, pero, insatisfecho, había decidido hacerse cartujo. Ella le convenció de que se uniera a su reforma y él la siguió, para ser un carmelita descalzo. En Juan solo cabía espiritualidad y por eso supo reconocer en Teresa el mismo fuego que a él le abrasaba. Eran dos místicos, pero lo eran por caminos distintos.

Cuando yo era pequeña y me cruzaba con alguna monja o algún fraile carmelita siempre les miraba los pies y me preguntaba por qué no iban descalzos si eran «carmelitas descalzos»; en realidad, me decepcionaba que llevaran sandalias. Pensaba que, con las sandalias, en invierno tendrían mucho frío en los pies, pero me resistía a que incumplieran con ir descalzos, hasta que un día mi abuelo Jerónimo me explicó que los carmelitas nunca habían ido descalzos, que lo que Teresa de Jesús

había promovido había sido quitarse los zapatos y enfundarse los pies en zapatillas con suelas de esparto.

Le dije a mi abuelo que entonces deberían llamarse «carmelitas en zapatillas». El abuelo Jerónimo se encogió de hombros diciéndome que lo de «descalzos» era un símbolo, al haber renunciado a los zapatos, pero que en todo caso no era asunto ni de él ni mío con qué se calzaban los carmelitas.

Pero no sé por qué a mí me seguía llamando la atención lo de que Teresa de Jesús hubiera fundado el Carmelo descalzo, y esperaba encontrarme con algún o alguna carmelita andando con los pies desnudos por la calle. Es más, a mi madre le gustaba ir a misa al convento de los carmelitas situado en la plaza de España de Madrid, así que muchos domingos íbamos allí y en cuanto salía el fraile a decir la misa yo le miraba los pies por si acaso ese día iba descalzo. No sé por qué mantenía la esperanza de que fuera así. Pero tenía razón mi abuelo: ¿qué más me daba? Simbología aparte, el caso es que me parecía que ir en zapatillas no era ir descalzo... ¿O no?

Pero vuelvo a las relaciones entre Teresa y Juan. Nuestra santa había puesto en marcha una reforma en la que en sus conventos siempre tenía que haber tiempo y espacio para la oración y el recogimiento, además de procurarse el propio sustento, y así las monjas de sus fundaciones hilan rueca en mano, pero también les procura momentos de recreo. Teresa insta a sus monjas a cantar y organiza justas poéticas.

Todo esto está muy alejado del carácter y las preocupaciones de Juan. Aun así, se va tejiendo una relación entre ellos que durará hasta su muerte. Teresa advierte en Juan su grandeza espiritual, y él en ella su fuerza, su coraje y sobre todo su relación mística con Dios. Llegó a ser su confesor, pero nunca congeniarían. Teresa incluso se burlaba de su baja estatura. Para ser santa se las traía.

Y sin embargo, la estatura moral y mística de Juan se superpone a la de Teresa, siempre le será leal, nunca la abandonará, y, precisamente por seguirla, sufrió la más dura de las persecuciones. Mientras ella estaba en Andalucía con Gracián, Juan permaneció en el convento de la Encarnación sufriendo las intrigas y los ataques de los enemigos de Teresa. Los carmelitas calzados asaltaron el convento, le torturaron, le condenaron, le encerraron en una celda en la que no entraba ni un rayo de luz y así permaneció durante ocho meses, en la más absoluta oscuridad, una oscuridad a la que sobrevivió pergeñando el que sería su *Cántico espiritual*. Teresa hace lo indecible por sacarle, pero es él quien logra fugarse, seguramente gracias a su escualidez y escasa estatura, puesto que lo hace por un ventanuco por el que apenas cabía un niño.

¿Qué sentía Teresa por Juan? ¿Qué llegó a sentir Juan por Teresa? Seguramente los unió su amor incondicional a Dios. Se respetaban, reconocían el uno en el otro la grandeza de sus almas, pero nunca lograron superar la distancia personal. No tenían nada en común y sin embargo él la siguió porque pudo ver su excepcionalidad, y ella

no dejó de admirarle por saberle un ser espiritualmente superior.

Quizá se complementaban más de lo que fueron capaces de percibir. En cualquier caso, todos los hombres que pasaron por la vida de Teresa palidecen ante la grandeza espiritual de Juan de la Cruz. Estuvieron muy cerca el uno del otro acaso sin percatarse. Ambos habían sido tocados por el dedo de Dios. Solo hay que leer sus obras para darse cuenta.

Sor Marcela

Enterarme de su existencia despertó mi curiosidad. Nació en Toledo un día de mayo de 1606 y sus padres la bautizaron con el nombre de Marcela, pero como no estaban casados entre ellos sino que tenían otros cónyuges, no la reconocieron, así que figuró como hija de padres desconocidos por más que fueran la mar de conocidos.

Y es que Marcela era hija de una actriz famosa en la época, Micaela de Luján, y de un escritor genio de las Letras reconocido a lo largo y ancho de España, nada menos que don Félix Lope de Vega. Y el romance debió de durar en el tiempo porque, además de a Marcela, Micaela también alumbraría a Lopito, pero mire usted por dónde al niño sí le reconocieron.

Marcela quedó al cuidado de una criada de nombre Catalina que prácticamente crio a la niña. El caso es que Lope de Vega no se desentendió del todo de la criatura y cuando en 1613 enviudó de su segunda esposa, Juana de Guardo, se llevó a Marcela a vivir con él en Madrid. Fuera porque a la niña se le despertó la vocación religiosa, porque la casa de Lope de Vega era un sinvivir o porque quisiera tener una vida propia a los 15 años, el caso es que entró en las Trinitarias Descalzas donde terminaría profesando como Marcela de San Félix. Imagino que la elección del nombre era una manera de reivindicarse a sí misma reivindicando al padre.

También Marcela de San Félix encontró en el convento el lugar para dar rienda suelta a su talento. Le gustaba escribir e incluso interpretar: ¿por emular a sus padres?, ¿para demostrarles su valía?, ¿para demostrar ante los otros que ella era digna hija del escritor y de la actriz? La cuestión es que en el convento de las Trinitarias escribió e interpretó. Sus biógrafos cifran su producción escrita en seis coloquios espirituales, ocho loas, veintidós romances y un buen número de poemas, además de algunas obras de teatro que ella misma se encargó de poner en escena e interpretar delante de las otras monjas.

No nos ha llegado todo lo que escribió porque uno de sus confesores la conminó a quemar buena parte de sus obras por considerarlas poco espirituales y más inspiradas. En fin, siempre hubo zoquetes. En este caso, un zoquete con sotana.

Ser monja para pensar: Sor Juana Inés de la Cruz

La frase es de Octavio Paz: «Sor Juana Inés de la Cruz se hizo monja para poder

pensar».

Esta apreciación del escritor mejicano se puede trasladar a otras muchas mujeres que encontraron en el convento la libertad para ser ellas, por mucho que nos cueste creerlo. Algo parecido, como ya he comentado, es lo que le sucedió a Teresa de Jesús.

Juana Inés de la Cruz nos ha dejado algunas de las más brillantes páginas escritas del siglo XVII, sin nada que envidiar a los escritores del Siglo de Oro.

Hija de los amoríos entre el capitán Pedro Manuel de Asbaje y la criolla Isabel Ramírez de Santillana, nació en San Miguel de Nepantla (Méjico), al igual que sus dos hermanas. Fue una niña singular, ya que a los cuatro años sabía leer y escribir, y a los ocho escribió su primera loa. Estudió latín hasta dominarlo y cuando cumplió 14 años fue elegida dama de honor de Leonor Carreto, la esposa del virrey de la Nueva España. Tiempo que aprovechó para leer y estudiar, convirtiéndose en una pequeña erudita que asombraba a cuantos la conocían.

En aquella época o te casabas o te metías a monja, y Juana optó por lo segundo porque era lo que le garantizaba tener una vida propia, leer a su gusto, escribir y no estar pendiente de un marido, unos hijos y una casa.

Así que ingresó en las carmelitas descalzas de Ciudad de Méjico y con ellas permaneció un tiempo, hasta que a causa de una enfermedad tuvo que abandonar el convento. Juana dejó escrito: «Vivir sola, no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros». Esta reflexión es la que explica que dos años después de haber salido del convento de las carmelitas decidiera volver a un convento, esta vez con las monjas jerónimas.

De nuevo, al igual que con Teresa de Jesús, nos encontramos que el único camino para tener cierta independencia era la puerta del convento. Y debo insistir en que los conventos de antaño no eran como fueron después ni mucho menos como son ahora.

En Méjico, como en España, las monjas recibían visitas sin restricciones, disponían de tiempo para ellas además del dedicado a los rezos. Su celda era un lugar de encuentro de poetas y escritores, allí se hablaba de poesía, de cuestiones filosóficas y acaso, alguna vez, sobre Dios. En realidad, no era a Dios a quien buscaba Juana, sino la tranquilidad de una vida que le permitiera dedicarse a su gran pasión: adquirir conocimientos, pensar, escribir, escuchar.

Si brilló durante el virreinato de Antonio Sebastián de Toledo y de su esposa Leonor de Carreto, su producción literaria y su fama se acrecentaron con el nuevo virreinato de Tomás Antonio de la Cerda y de su esposa María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes. Con la condesa mantendrá una relación tan intensa que hay estudiosos que han creído ver un componente amoroso, por los reproches que se hacen la una a la otra y por el contenido de algunos de los poemas

que escribe Sor Juana Inés. Octavio Paz y otros autores no creen que entre ambas mujeres se diera una relación carnal, pero sí una dependencia emocional. Se puede amar sin sexo, por decirlo así, o se puede amar como a cada uno le dé la gana. Faltaría más. No obstante, se han publicado ensayos dedicados a esta relación tormentosa en la que se vieron inmersas la virreina y la monja. Fue una amistad profunda, excluyente, en la que primaba la admiración de la una hacia la otra. Bien es verdad que algunos de los poemas de Sor Juana Inés parecen dirigidos a un «amado-a». Así podría inferirse de algunos de ellos, como los titulados «Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba» o «Detente, sombra de mi bien esquivo».

En su obra no hay rastro de la mística o la espiritualidad de Teresa de Jesús. Juana Inés no es monja por tener una pulsión religiosa o espiritual, sino que, como bien ha dejado dicho Octavio Paz, se fue al convento para poder pensar. Y eso se nota en sus escritos religiosos, que no poseen la fuerza ni la profundidad de sus escritos, por así decirlo, laicos.

Sin ahondar en cuestiones sentimentales, Juana Inés mantuvo un rifirrafe con la jerarquía de la Iglesia con su consabida consecuencia.

En 1690 Juana Inés escribió un texto, *Carta atenagórica*, donde discrepa de Antonio Viera, un teólogo jesuita portugués, sobre un sermón en el que este sacerdote aseguraba que Jesús ama a los hombres sobre todas las cosas, incluso más que a la vida, y por eso al morir demuestra que no le interesa tanto la vida. Sor Juana no está de acuerdo y además asegura que Cristo no esperaba una correspondencia a su amor a los hombres, sino que su «fineza» fue amar sin correspondencia.

Juana Inés, ya digo, habla del amor y defiende a las mujeres de las bravuconadas de los hombres que presumen de sus seducciones. Su famoso poema «Hombres necios que acusáis» es uno de los primeros alegatos feministas.

Hay otro poema que los estudiosos consideran primordial en su obra, «Primero sueño», en el que trata sobre el ansia de conocimiento que lleva a derrumbar cualquier tipo de impedimento.

Fue realmente una escritora prolífica, admiradora de Luis de Góngora, y mantuvo amistad con un sobrino del poeta español.

Que una mujer, por muy monja que fuese, se atreviera a llevar la contraria a un hombre, jesuita y teólogo, colmó la paciencia del obispo de Puebla (otro zoquete redomado), que al parecer adoptó el curioso seudónimo de Sor Filotea de la Cruz para responder a Juana Inés. En dicha misiva dice apreciar las opiniones de Juana Inés al tiempo que la invita a que deje la Teología para los hombres de la Iglesia. Pero ella no se arredra y le responde que aprender y estudiar, en definitiva, cultivarse, también es asunto de mujeres y reivindica que no se las prive del conocimiento. Pero el obispo de Puebla se mantiene en sus trece e insiste en darle el mismo consejo: que se dedique a las labores propias de una monja. Y ella le obedece. Al igual que hizo

Teresa de Jesús. Luchaban, plantaban cara, pero por más que lo esquivaban, el poder omnímodo de los hombres acababa imponiéndose.

Juana Inés de la Cruz fue una intelectual, una de las más grandes de su época, dotada de una inteligencia fuera de lo común, de un ansia por saber que traspasaba todas las barreras, que hizo de ella la más brillante representante del barroco tardío. Una escritora en la que se conjugan dos mundos, su ascendencia criolla y su ascendencia española. Sin esa doble herencia no se la puede entender.

Gloria de las letras colombianas

En Colombia, la monja **Francisca Josefa de Castillo y Guevara** no es una escritora más. La consideran una de las grandes de la literatura del siglo XVII y, aunque su obra no es extensa, forma parte de la literatura mística que se dio en su siglo.

Hija de un noble, Francisco Ventura de Castillo, alcalde y corregidor de Tunja, y de su esposa criolla María de Guevara, demostró ser especial desde niña, diferente a sus otros tres hermanos.

Buscaba el silencio y hacía penitencia, rezaba y se abstraía de la mundanidad. De ahí que a nadie le extrañara que con 18 años ingresara en el Real Convento de Santa Clara de Tunja; allí debió de encontrar la paz y el silencio que necesitaba, pues a los 19 años ya estaba escribiendo su primera obra: *Afectos espirituales*. Además, aprovechaba cualquier momento de inspiración para escribir, y así se encontraron algunos de sus poemas escritos en las páginas en blanco de un libro de cuentas del convento.

Su misticismo le provoca visiones y sueños que le dan miedo. Es su confesor quien le aconseja que escriba y cuente lo que **«ve»**, lo que siente. Y así lo hace, de manera que en *Vida*, un texto escrito con sinceridad, va contando lo sublime y lo cotidiano, sus encuentros con Dios y el día a día en el convento. Todo cabe en las páginas de este libro en el que va narrando el paso de los días.

Y también en sus poemas, recogidos bajo el título de *El cuaderno de Enciso*.

Quizá esta mística colombiana es poco conocida en España, pero la suya es una escritura que enlaza con la de otra mística, Santa Teresa, a la que admira tanto como a Sor Juana Inés de la Cruz.

Mis otras monjas

¿Me he reconciliado con las monjas? ¿Cómo he llegado a tener tanto respeto por muchas de ellas? En primer lugar, porque algunas, aun sin verlas, han formado parte de mi vida, de mi infancia, adolescencia y juventud. Crecí en una casa cuyo patio limitaba con el convento de la Encarnación en Madrid y nuestro reloj eran las campanas que marcaban la vida de las monjas. Todos esos años supe a qué hora tenía que levantarme para ir al colegio, comer o dormir porque me avisaban las campanas.

Y las echo de menos.

El convento de la Encarnación tenía un halo de misterio. Las monjas eran, y siguen siendo, de clausura, así que los niños del barrio fantaseábamos sobre la posibilidad de colarnos para verlas. Nos preguntábamos cómo serían esas monjas que habían decidido vivir entre los muros del convento.

A mí me gustaba especialmente la misa en la Encarnación porque se me hacía más leve escuchando las voces de las monjas que adivinábamos en algún lugar oculto. Además, todos los años, creo que era, y sigue siendo, el 27 de julio, acudía junto con mi abuela y mi madre para ver cómo se licuaba la sangre de san Pantaleón.

En 2018 publiqué una novela, *Tú no matarás*, que transcurre en las calles de mi infancia y en la que algunos de los protagonistas viven en el mismo barrio donde vivía yo. Es una de mis novelas más queridas.

En los primeros días de promoción de la novela, Televisión Española me propuso grabar una entrevista en el convento de la Encarnación. Pidieron los correspondientes permisos y grabamos en el claustro. Cuando terminamos, pregunté a una de las responsables de Patrimonio si sería posible hablar con la superiora. Fueron a consultarle y, para mi sorpresa, dijo que sí.

No se imaginan la emoción que me produjo entrar en el refectorio, en el que tras una reja se encontraba la madre superiora. De repente se hacían realidad los sueños de mi infancia: estaba allí viendo a una de esas mujeres que se me antojaban misteriosas, puesto que vivían entre unos muros sin ver a nadie de la calle.

María de la Visitación Arroqui me dedicó unos minutos en los que no pude dejar de admirar su calidad humana, y también lo bien informada que estaba de todo lo que sucede en este mundo nuestro. Me contó que era de Navarra, que llevaba cincuenta años en la clausura y que nunca se había arrepentido de su decisión. Su mirada profunda e inteligente dejaba entrever una serenidad envidiable, la de una mujer en paz consigo misma.

Y pensé en cuántos momentos malos de mi vida podría haberme ahorrado si hubiera vivido entre los muros de un convento como el de la Encarnación. Me acordé de la frase de Octavio Paz sobre Sor Juana Inés de la Cruz: «Se hizo monja para poder pensar», y me pareció que era una buena elección porque, al fin y al cabo, la vida de fuera es, en tantas y tantas ocasiones, un impedimento para encontrarse a una misma.

Me contó que ya no podían tocar las campanas como antes porque se enfadaban los vecinos. Y la verdad es que lo lamento, no saben lo que se pierden; el sonido de las campanas forma parte de nuestra cultura. Hay que ser rematadamente tonto para que a uno le molesten.

De las vivencias preciosas que me han regalado mis novelas, una sin duda fue conversar a través de la reja con la superiora de la Encarnación.

Y sigo explicando mi admiración y mi respeto por tantas y tantas monjas, pues a lo largo de mi vida, durante mis muchos viajes por países del Tercer Mundo, las he visto trabajar sin descanso para ayudar y hacer más llevadera la vida a personas desamparadas, que nada tienen y nada esperan, víctimas de la miseria y de la violencia. Y lo hacen sin adoctrinar, ayudan a cambio de nada, ayudan porque su fe las impulsa a ayudar a los demás.

En los países del Tercer Mundo, cuando estalla una guerra, poco a poco se van marchando los diplomáticos y el personal de las ONG, pero quienes nunca se marchan son los misioneros, las monjas, los sacerdotes, que se quedan junto a las personas con las que viven, comparten y sufren sus mismos infortunios.

Son muchos los misioneros y las misioneras que han sido asesinados, acuérdense de aquella crisis en los Grandes Lagos, en torno a la República Democrática del Congo, una guerra entre etnias que se saldó con varios millones de muertos, la mayor parte civiles. Y lo mismo en tantos otros conflictos. Saben que van a morir, pero se quedan porque no quieren abandonar a las personas con las que comparten sus vidas.

Poco antes de que lo asesinaran, durante una visita suya a Madrid, tuve el privilegio de entrevistar a Ignacio Ellacuría, una persona que me dejó una huella imborrable por su inteligencia, valentía y su dedicación a los demás. Rector de la Universidad Católica de El Salvador, fue vilmente asesinado a balazos por un grupo de paramilitares de extrema derecha. Fue un 16 de noviembre de 1989 y, junto a él, fueron asesinados Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López. También Elba Ramos, la cocinera de la casa que los paramilitares asaltaron, y su hija Celina.

Tengo amigas monjas. Siempre recordaré a la entrañable sor Dorita, de las Hijas de la Caridad, a la que conocí en Jerusalén. O a la madre Pilar Fernández, que después de haber pasado años viviendo en Mozambique, dirigió una residencia de ancianos en Fuentidueña, un pueblo cerca de Madrid, y ahora lo hace en otra en Zaragoza, y que está muy presente en mi vida. Sé que reza por mí y eso me reconforta.

Carmen Arribas, jesuita, es la bondad hecha persona. Nada que ver con aquella madre Carmen, teresiana, del colegio de mi infancia, que más que «madre» era la madrastra de los cuentos infantiles. No sé si la he perdonado, la verdad; intento ponerme en su piel, pensar que respondía a los cánones de una época, que quizá no era mala persona, que yo era una niña muy particular; en fin, busco razones en su descargo, pero no puedo obviar el mal recuerdo que dejó en mí.

Como digo, hoy tengo amigas y amigos religiosos porque «ellos» también son importantes para mí. A través de Luis Lezama empecé a reconciliarme con la Iglesia, porque la Iglesia que él representaba y representa es la de los «demás», la de las

personas. Luis siempre fue y sigue siendo un cura a pie de calle, que conoce las debilidades humanas y que ayuda sin preguntar. La nuestra es una amistad de largo recorrido, desde los años germinales de la Transición. Gracias a él, he tenido la suerte de conocer a Juan Mari Laboa.

Por Daniel Villanueva, jesuita y hasta hace muy poco el alma de Entreculturas —ahora lo es de Fe y Alegría—, siento igualmente afecto y admiración porque también vive a «pie de calle», dedicando lo mejor de él, que es mucho, por y para los demás. Además, le agradezco que me haya abierto la puerta de Entreculturas y piense que puedo ser de alguna utilidad.

Al padre Eugène Kabore lo conocí a través de mi amigo Julio Llangüeles, oftalmólogo y «corazón y alma» de Visión Mundi, una ONG que se dedica a «curar» afecciones oftálmicas en países en vías de desarrollo.

Eugenio, carmelita, es de Burkina Faso, y su mirada está impregnada a partes iguales de bondad y de energía. Uno de los mayores expertos en escritura cuneiforme, podría haber hecho una buena carrera eclesiástica, pero ha preferido trabajar en su país ayudando a los suyos. Dirige un hospital levantado por Visión Mundi en una región perdida de Burkina Faso, Bobo-Dioulasso, jugándose la vida por ser un sacerdote católico en un país siempre convulso políticamente y donde además el catolicismo lo profesa una minoría.

La verdad es que ni yo misma termino de saber cómo en los últimos años he ido relacionándome con sacerdotes y monjas. No sé si he sido yo la que se ha colado en sus vidas o ellos en la mía. El caso es que algunos forman parte de mi presente: Antonio Alba, Pablo Fernández, Carlos Cano, Antonio Gómez... y a todos les agradezco que no me intenten «adoctrinar» y que nuestras conversaciones giren las más de las veces sobre la condición humana y las cosas de la vida. Lo contrario me haría salir corriendo. No sé si es que los religiosos de esta generación son diferentes porque la Iglesia ha cambiado, o los diferentes son ellos *per se*. Aun así, me congratulo de, ya pasada mi juvenil y no tan juvenil etapa anticlerical, ser capaz de no juzgar el todo por la parte y haber podido racionalizar que los seres humanos no somos santos y que en nosotros se da tanto lo bueno como lo malo. Bien es verdad que a veces lo malo se descompensa respecto a lo bueno. Aquella «madre» Carmen... En fin, aquí lo dejo.

Denise Bergon y Jules-Gérard Saliège

Y así llegué a estos dos religiosos, a los que me habría gustado conocer.

Sus vidas se entrelazaron en los días más oscuros de la Segunda Guerra Mundial, cuando Francia había sido invadida por las tropas de la Alemania nazi. Hay tantas historias horribles de entonces, historias de niños judíos hoy ya ancianos que cuentan cómo los nazis detenían a mujeres, hombres, niños, familias enteras

para deportarlos a los campos de exterminio. Cómo algunos de estos padres intentaban salvar la vida y les instaban a escapar al bosque y esconderse, y cómo eran cazados por las hordas nazis como si fueran animales. Y cómo un arzobispo, el de Toulouse, protestó ante las autoridades por el trato que estaban recibiendo los judíos, y no solo eso, sino que el 23 de agosto de 1942 escribió una pastoral arremetiendo contra los nazis y defendiendo a los judíos: «Son tan hermanos nuestros como el resto. Ningún cristiano puede olvidarlo».

Lo cierto es que de los cien obispos de Francia, solo seis fueron capaces de plantar cara a los nazis y al régimen de Vichy, y Jules-Gérard Saliège fue uno de ellos.

La pastoral del arzobispo encontró eco en una joven religiosa de nombre Denise Bergon, madre superiora del convento de Nuestra Señora de Massip de Capdenac, población a ciento cincuenta kilómetros de Toulouse, y se puso manos a la obra. La madre Denise empezó a acoger a los niños huidos que los miembros de la Resistencia encontraban en el bosque, a los que les indicaban que acudieran al convento de Capdenac. En el convento había un colegio donde estudiaban y vivían niños católicos. La madre Denise decidió no contarle a nadie quiénes eran esos niños, ni siquiera al resto de las monjas de su comunidad, salvo a la directora de la escuela, el capellán y otras dos monjas más. Tampoco a los padres de los alumnos que estudiaban en la escuela. Eso sí, según confesaría terminada la guerra, le preocupaba mentir a las otras monjas acerca de dónde habían salido esos niños. Y pidió consejo al arzobispo Saliège, quien le respondió: «Mintamos, hija mía, mintamos siempre y cuando salvemos vidas humanas».

Y así llegó a salvar la vida de 83 niños judíos.

Años después, Denise Bergon diría que aquello que hizo fue solo un «testimonio de la fuerza de nuestra religión y un acto de patriotismo, ya que al defender a los oprimidos estábamos desafiando a sus perseguidores». ¡Chapó!, sí, ¡chapó por la madre, Denise Bergon!, y ¡chapó por el arzobispo Jules-Gérard Saliège!, una mujer y un hombre excepcionales que no permanecieron indiferentes ante el horror de los crímenes que estaban llevando a cabo los alemanes. Fueron valientes, y en el caso de la madre Bergon, se jugó la vida. Israel la declararía años más tarde como Justa de la Humanidad atendiendo a los relatos de aquellos niños a los que la monja salvó de morir asesinados como sus padres en Auschwitz.

Esta es una de esas historias que estremecen y que a mí me sirvió de inspiración para un personaje de otra de mis novelas: *Dispara, yo ya estoy muerto*.

Pero no quiero desviarme del contenido de este capítulo. Porque tanto Santa Teresa como Sor Juana Inés de la Cruz han pasado a la Historia no solo por su dimensión espiritual, sino también por su grandeza literaria. Son sus escritos los que han perdurado y sobreviven al paso del tiempo. Y en el caso de Teresa, sin duda, no se la puede entender sin su misticismo, que fue el basalto sobre el que levantó su obra

como escritora.

Teresa de Jesús continúa subyugando y tocando el corazón de cuantos la leen. Su escritura trasciende su condición de santa, y acaso sea santa gracias a su escritura, no lo sé.

Y sigo con las poetas y las escritoras

¿Por quién continúo? Ahora sí que me doy cuenta de que me he metido en un lío al escribir esta historia. Si constantemente me siento en «falta» por no dar cabida a tantas y tantas mujeres cuyas biografías son excepcionales, cuando llego al capítulo de las mías tengo la sensación de que no me voy a perdonar dejar fuera a las muchas escritoras que en el mundo han sido. Además, después de hablar de mujeres excepcionales como Teresa o Juana Inés, Francisca o Hildegarda, buscar una línea conductora se me hace harto difícil.

¡Ah! Y que nadie se me enfade porque a Santa Teresa y a Juana Inés de la Cruz las haya colocado en el capítulo de las «monjas», habida cuenta de que son dos extraordinarias escritoras y que mi profesora de Literatura, Conchita Fernández Débora, fue quien me enseñó a adentrarme en su poesía.

Si comienzo por la poesía es porque ya no leo tanta como cuando era más joven. No tengo una explicación, simplemente mi interés se fue dirigiendo a otros géneros literarios. Aun así, tengo unas cuantas poetas de cabecera, muchos de sus poemas me han acompañado a lo largo de mi vida, y no es por repetir, pero en el caso de Santa Teresa siento que sus poemas me tocan el alma. Me resulta imposible permanecer indiferente ante sus versos.

Además de Santa Teresa y Juana Inés, estas son algunas de las poetas que me han acompañado a lo largo de mi vida: Emily Dickinson, Rosalía de Castro, Gabriela Mistral... Alejandra Pizarnik, Chantal Maillard, Juana de Ibarbourou, Magda Portal, Ida Vitale, Rosario Castellanos, Gioconda Belli... Tengo especial predilección por Ajmátova y Tsvetáieva, quizá por sus biografías además de por sus obras, pero sin duda son las dos poetas que en los últimos años han estado más presentes en mi

vida.

Emily Dickinson

Fue una mujer repleta de incógnitas. Una de las mejores poetas norteamericanas de todos los tiempos. Una mujer tan sorprendente como su poesía. Una poesía por la que no es fácil navegar.

Su biografía desconcierta. ¿Por qué una joven se encierra en la casa familiar y vive como una monja sin serlo? ¿Por qué decide vestir solo de color blanco? Quizá la estricta educación calvinista marca su carácter y para ella supone un verdadero problema sentirse bien con los demás. En sus poemas se trasluce que en algún momento estuvo enamorada de un hombre de carne y hueso al que llama Master. Algo debió de pasar en esa relación, o sencillamente no pasó nada y eso es lo que la llevó al encierro voluntario y a sublimar aquel amor en sus poemas.

Pero la suya no fue una poesía ñoña de mujer desengañada, todo lo contrario. La poesía de Emily Dickinson es profunda. Su ritmo musical, su brevedad y su sensibilidad son características de esta poeta que no forma parte de ninguna de las escuelas literarias de su época. La suya es una obra personal, inconfundible. *Preferiría ser amada* o *El viento comenzó a mecer la hierba* son dos libros en los que nos damos de bruces con esta mujer sensible, diferente, que parece inmersa en los cánones de su época pero que sin embargo fluye hacia otras latitudes porque no se ajusta a ningún canon ni en lo personal ni en lo literario.

Nada quería saber del mundo exterior y de ahí que fueran muy pocos los elegidos para traspasar las barreras de su intimidad, entre ellos Samuel Bowles, con quien mantuvo una interesante relación epistolar. Es como si no sintiera ni una brizna de interés por nada que tuviera que ver con la vida, y sin embargo sus poemas están impregnados de vida pero también de muerte.

Porque no pude detenerme ante la muerte,
amablemente ella se detuvo ante mí;
el carruaje solo nos encerraba a nosotros
y a la inmortalidad.

La duda es más cruel que la muerte.
La muerte, aunque brutal,
es solo muerte y no puede aumentar.
La duda no tiene fin.

«El comportamiento es lo que un hombre hace, no lo que piensa, siente y cree». Esta frase de Emily Dickinson nos debería llevar a reflexionar sobre nosotros mismos, sobre quiénes somos en vez de quiénes creemos que somos.

Rosalía de Castro

Rosalía, la gran Rosalía de Castro, fue una mujer a quien las circunstancias de su nacimiento marcarán para siempre, impregnando de melancolía y sufrimiento su poesía. Me pregunto si en ausencia de ese sufrir Rosalía habría alcanzado la excelencia al escribir siendo capaz de traspasar el alma de cuantos leen sus poemas. Tengo la impresión de que no, simplemente porque en buena parte todos somos consecuencia de nuestras circunstancias, por más que ahora se lleve tanto el término «reinventarse».

Si acaso, podemos reinventarnos para los demás pero no engañarnos a nosotros mismos sobre lo que somos y sentimos.

«María Rosalía Rita, hija de padres incógnitos», así reza en su partida de nacimiento fechada el 24 de febrero de 1836. Lo cierto es que «de padres incógnitos» nada de nada, el problema es que el padre era cura y la madre, Teresa, una joven soltera que pertenecía a una buena familia aunque sin muchos posibles.

El cura, José Martínez Viojo, no se desentendió de su hija, se encargó de buscar en un pueblo llamado Ordoño a una nodriza a la que pagó por cuidar de la niña, amén de que también se la confió a sus hermanas, que la cuidaron como mejor supieron. En cuanto al papel de la madre, en eso no se ponen de acuerdo los biógrafos de Rosalía, pero parece que tampoco estuvo ausente del todo de la vida de la niña, puesto que mandó a su criada de confianza para que la amadrinara y, más adelante, en algún momento, se hizo cargo de su hija asumiendo su condición de madre soltera, lo que no tuvo que ser fácil para ella. En los escritos de Rosalía no se encuentran palabras de reproche hacia la madre, y los años en que vivieron juntas debieron de ser más que llevaderos para ambas.

¡Ay, qué profunda tristeza!
¡Ay, qué terrible dolor!
¡Ella ha muerto y yo estoy viva!

Es parte de una poesía que escribe a la muerte de doña Teresa, su madre. Conclusión: se querían.

Hoy nos resulta insólito que el estado civil tenga importancia alguna para la maternidad. Uno de los grandes pasos que hemos conseguido las mujeres, entre otras cosas gracias a los métodos anticonceptivos, ¡bendita píldora!, es que podemos decidir si somos madres, cuándo, cómo y con quién. Pero en 1836 no cabía más opción que confiar y rezar para no quedarse preñada, y se conoce que las oraciones de doña Teresa no tuvieron mucho eco.

¿Ocultó doña Teresa a su hija para que no la señalaran? Puede ser, pero el caso es que al menos no la llevó a la inclusa, ya fuera por la negativa del padre o porque ella

misma no se atrevió a tanto. Lo cierto es que al cabo de unos años se hizo cargo de la niña y asumió socialmente lo que suponía tener una hija sin haber pasado por la vicaría. Sin duda fue un gesto valiente.

De manera que no juzguemos a doña Teresa, que hizo lo mejor que supo su papel de madre.

Otra persona crucial en la vida de Rosalía fue su marido, Manuel Murguía, con quien tuvo siete hijos. ¿Se amaron? ¿Fue ella más importante para él que él para ella? De nuevo aquí los biógrafos no se ponen de acuerdo. Unos aseguran que Rosalía y Manuel formaban un matrimonio modélico; otros, que a ella le pesaba el matrimonio y que eso se trasluce en sus versos cargados de melancolía, acaso porque siempre quedó en ella la ausencia de la madre en los primeros años de su vida, o simplemente porque Manuel no colmó todas sus expectativas. Qué duda cabe de que en aquella sociedad en la que vivían debió sentir siempre el dedo que la señalaba, lo que hacía que se sintiese diferente. Con un padre cura y, en consecuencia, una madre soltera, ¿cómo no iba a dejar eso una huella profunda en su personalidad?

En cualquier caso, hay consenso entre sus biógrafos en cuanto a que sus contemporáneos la querían por su carácter afable y su disposición a escuchar a todo el mundo, aunque también trascienden de su obra momentos de aridez. En algunas de las cartas que envió a su marido sobresale una ira sorprendente en ella. Puede que Manuel quisiera a Rosalía más de lo que Rosalía llegó a querer a Manuel. Quizá él siempre supo que el alma de Rosalía estaba mortalmente herida y decidió no solo ayudarla, sino intentar que no trascendiera su parte amarga, ese deseo que afloraba en ella de encontrarse con la muerte para poner fin a su sufrimiento.

Tampoco nos debe sorprender que una mujer de su extrema sensibilidad se sintiera insegura de su propia obra y que, en ocasiones, esa inseguridad la llevara a romper alguno de sus escritos.

Un cáncer de útero le segó la vida a los 48 años, y antes de morir pidió a sus hijas que destruyeran muchos de sus manuscritos, tarea que ellas cumplieron a rajatabla.

Pienso que Rosalía luchó toda su vida contra los fantasmas que la acompañaban desde niña atormentándola por su origen. Por el peso de sentir que tanto ella como su madre eran señaladas por la sociedad hipócrita en la que vivían. Ese peso fue creciendo a lo largo de su vida, era la sombra que la acompañaba, que la atenazaba, que incidía en su melancolía y en ese deseo de fundirse con el mar para dejar de ser. Y siento una indignación y un dolor profundos por todas esas mujeres que a lo largo de los siglos tuvieron que cargar con el sambenito de ser madres solteras, estigma social que las perseguía tanto a ellas como a sus hijos. Ni siquiera el éxito, como fue el caso de Rosalía, pudo borrar la línea de la diferencia que se clava en el alma dejando una marca imborrable. Sí, siento una rabia profunda por la hipocresía y los

convencionalismos sociales que tanto daño han hecho a las mujeres, y en muchas ocasiones con la colaboración de otras mujeres: las «buenas», las que se han atenido a las normas de los hombres, las que han aceptado esa moral tramposa que durante siglos nos ha convertido en simples objetos dependientes de un hombre, cuya honra, estúpidos ellos, la han venido situando entre nuestras piernas, de ahí que la que osara ser libre inmediatamente fuese desterrada a los infiernos de la exclusión social.

Desde la otra orilla

Hay dos poetas que pertenecen a la misma generación y que siendo bastante diferentes tienen un factor en común: son dueñas de una poesía muy potente.

Gabriela Mistral nació en Chile en 1889 y Juana de Ibarbourou llegó al mundo en Melo (Uruguay) en 1892.

Pero más allá de que compartan una época, su poesía tiene distintas raíces debido a las circunstancias que van afrontando.

Gabriela Mistral

La figura de Gabriela Mistral es venerada no solo en Chile sino en el resto de América Latina, y no es para menos, porque fue la primera mujer latinoamericana en ser galardonada con el Nobel de Literatura.

Siempre me he preguntado por el criterio que sigue el jurado del Nobel. En la actualidad es evidente que hay un peso de lo políticamente correcto en sus decisiones. Pero resulta sorprendente que el jurado sueco se haya mostrado durante tantos años tan distante de la grandeza literaria que abunda en América Latina. Han sido, muchas veces, premios dictados por el eurocentrismo.

Vuelvo a Gabriela Mistral, el nombre que eligió, pues a este mundo llegó con el de Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga. Los nombres marcan, pesan o se sienten ligeros. En ocasiones cuesta que se produzca una simbiosis con el propio nombre.

Pero más allá de lo que se señala en su biografía, ¿quién era Gabriela Mistral? Sabemos que fue maestra, profesora universitaria y diplomática, que pasó por la política dejando siempre claro su compromiso con los más desfavorecidos de la

sociedad, que hizo gala de un feminismo irredento y que recibió todos los galardones posibles. Sin embargo, la vida no siempre le sonrió. En sus comienzos como poeta, sus primeros versos fueron recibidos con recelo. En realidad, molestaban porque no se atenían a los cánones de la época, pero aun así no pudieron darle la espalda.

Si algo tienen en común las mujeres que han logrado destacar a lo largo de la Historia es que nadie les ha regalado nada; todo lo contrario, su talento ha tenido que ser desbordante para que no pudieran ignorarlo a pesar de las miradas cargadas de prejuicios de sus coetáneos. Gabriela nunca ocultó su compromiso político con la izquierda, lo que la convertía en una figura controvertida. Pero ella nunca dio un paso atrás.

La fuerza poética acompasada con su fuerza vital se impone no solo a lo largo y ancho de América Latina, sino en el resto del mundo. Y en su vida personal no puede eludir la sombra de la desgracia. Un sobrino, Juan Miguel, se suicidó, y esta tragedia le golpea el alma. Y también le duelen los comentarios, las miradas retrógradas de quienes no aprobaban que tuviera relaciones con otras mujeres. Aún hoy, en algunas biografías se esquiva esta faceta suya. ¿Amó a Laura Rodig y a Doris Dana? Y si lo hizo, ¿a quién le importa? Parece que sí y que hasta hace muy poco le ha importado y mucho a la sociedad chilena, que ha tardado en reconocer y digerir que Gabriela y Doris Dana mantuvieron una intimidad amorosa. Preferían admirarla como la maestra que escribía poemas para niños.

He aquí dos fragmentos de dos de sus poemas dedicados al amor:

Anda libre en el surco, bate el ala el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡lo tendrás que escuchar!

Hay besos silenciosos, besos nobles,
hay besos enigmáticos, sinceros,
hay besos que se dan solo las almas,
hay besos por prohibidos, verdaderos.

Gabriela Mistral es una poeta que canta al amor, sí, pero en otros de sus poemas aflora la mujer comprometida. Esto lo refleja en uno de sus poemas más conocidos: «Piececitos».

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!
¡Piececitos heridos

por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

Un poema que han «estudiado» durante décadas, y así sigue siendo, los escolares chilenos.

Pero a mí me impresionan especialmente sus *Sonetos de la muerte*.

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Juana de Ibarbourou

Juana de Ibarbourou nació en Melo, una ciudad del interior de Uruguay, lejos de la capital y cuasi fronteriza con Brasil, y con esa personalidad propia de las ciudades de frontera. La influencia de Brasil es evidente, y no es difícil escuchar hablar en brasileño aún hoy.

El apellido de Juana era Fernández Morales, pero al casarse con Lucas Ibarbourou, un militar destinado en Melo, adopta su apellido, algo habitual en su tiempo. No olvidemos que nació en 1892 y que se casó con 20 años, es decir, al comienzo del siglo XX.

Sus primeros poemas los publica con el seudónimo de Jeannette d'Ibar, en el diario *La Razón* de Montevideo. Su primer poemario, *Las lenguas de diamante*, ya dejó sentada su calidad como poeta, y le siguieron *El cántaro fresco* y *Raíz salvaje*. Los tres tienen una evidente influencia modernista, aunque el suyo es un estilo propio. El amor, la naturaleza, la belleza, la maternidad... sus poemas conquistaron a los lectores y su reconocimiento fue temprano ya que en una ceremonia celebrada en 1929 en el Palacio Legislativo de Uruguay llegan a denominarla como «Juana de América». Es decir, la vida y la crítica sonrieron a Juana, cuyos poemas con el paso del tiempo fueron adquiriendo otra textura, rozando el surrealismo y luego el misticismo.

La suya es una poesía repleta de sensaciones y sensualidad, pero escrita sin artificios. No se ancló en un solo estilo, sino que con el paso del tiempo fue evolucionando. Entre sus poemas yo destacaría «Vida garfio», en el que aflora su relación con la muerte.

«La rosa de los vientos», «Perdida», «Estampas de la Biblia» o «Loores de Nuestra Señora» son otros tantos poemas en los que su estilo se va depurando, pero siempre asoma su vitalidad porque está muy pegada a la tierra.

Logró triunfar en Uruguay, convertirse en un referente de la poesía

latinoamericana y ser reconocida en España. Obtuvo premios por dondequiera que fue. La suya, ya digo, fue una vida de triunfos que pareció apagarse cuando murió su marido, al que le dedica un poemario que tituló *Elegía*. Se duele de su pérdida, pero su amor por la vida la lleva a escribir que en algún momento de la eternidad se producirá el reencuentro.

Continúa...

Continúo con la mirada puesta en América, en la América que habla español, de la que me siento parte: Ida Vitale, Rosario Castellanos, Magda Portal, Concha Urquiza, Alejandra Pizarnik... y tantas otras.

La poesía de la uruguaya **Ida Vitale**, marcada por su exilio en Méjico después del golpe de Estado de los militares en 1973.

Ella es una de las representantes más importantes de la poesía esencialista. En toda su obra hay un compromiso ético. Vive mirando la realidad de frente sin esquivarla ni embellecerla. Y en sus poemas la incertidumbre del exiliado, la conciencia, el miedo.

Los poemas de la mejicana **Rosario Castellanos** en los que la mujer y sus problemas son el centro de su inspiración, de sus preocupaciones, de sus palabras.

Magda Portal, que dividió su vida entre la poesía y la política, feminista, luchadora, huérfana de padre a los siete años, viendo a su madre trabajar de sol a sol y aun así no ganar lo suficiente para salir adelante. Las deudas se acumulaban y un juez ordenó el embargo de la casa para satisfacer lo que debían a los acreedores. Cuando el juez llegó para proceder al desalojo, la madre no estaba en casa, y Magda vio cómo la precintaban y decidió romper los precintos delante del mismo juez.

A partir de ese momento tuvo conciencia de la injusticia a la que se enfrentó el resto de su vida. Con gran esfuerzo, además de trabajar fue alumna de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde en 1923 ganó los Juegos Florales de Poesía, pero se encontró con la sorpresa de que no podía recibirlo por ser mujer. El escándalo trascendió a los periódicos y decidieron dárselo, pero ella entonces se negó a aceptarlo.

La suya es una poesía de batalla, porque nunca olvidó ni quién era ni de dónde venía.

Tengo especial interés por **Concha Urquiza**, poeta mejicana nacida en Morelia, feminista, mística, católica, cuyo tormento espiritual aflora en todos sus poemas por más que nunca se apartó de la vida y estuvo presente en cuanto sucedía a su alrededor, la universidad, el trabajo, los amigos...

Una mujer con una vida repleta de vaivenes desde que a los 11 años escribió sus primeros poemas y a los 13 los publicara. Militante del Partido Comunista, atravesó una crisis que la acercó a la Iglesia convirtiéndose en postulante de las Hijas del

Espíritu Santo. En su poesía encontramos la dualidad del misticismo y el erotismo, como si no pudiera albergar más que los opuestos en cuanto escribía y hacía. Vivió en Nueva York, donde trabajaba para una multinacional cinematográfica, y se abrió camino en la vida mientras su interior ardía entre las dudas y la búsqueda de sí misma.

Le gustaba escribir en cualquier momento, en cualquier lugar, y algunos de sus amigos conservaban servilletas con un poema que pugnaba por ver la luz y ella no lo acallaba aunque tuviera que utilizar eso, una simple servilleta.

Quiero decir que te amo y no lo digo,
aunque bien sienta el corazón llagado
porque para mi mal tengo probado
que soy tibio amador y flaco amigo...

La suya es una poesía diferente, que marca las cotas más altas de la lírica mejicana haciendo de ella su poeta más importante después de Sor Juana Inés de la Cruz.

Murió joven, a los 35 años, ahogada en una playa de la Baja California, tragedia que ha contribuido a su leyenda, porque no hay nada más inexplicable y desolador que la muerte de alguien que aún respira juventud y futuro. Algunos de sus biógrafos dejan vagar la incógnita del suicidio, pero creo que alguien con esa vertiente religiosa tan agudizada no habría buscado la muerte, por más que algunos embellezcan la historia de Concha para convertirla en leyenda, aunque no le haga falta.

De Concha Urquiza a **Alejandra Pizarnik**, un viaje desde Méjico hasta Argentina, un mundo de distancia entre dos mujeres que murieron jóvenes azotadas por el tormento interior. Concha a los 35 y Alejandra a los 36.

¿Cómo era la poeta argentina? ¿Acaso la marcaron sus raíces? Nació en 1936 en Buenos Aires, hija de inmigrantes de origen ruso y eslovaco. Fue una de las voces literarias más destacadas de la Generación del 60, la suya era una poesía surrealista pero con matices propios, la de los tormentos que afloraban en su mirada.

Depresiva y con una tendencia incontrolable a la autodestrucción.

Con apenas 20 años publicó su primer libro, *La tierra más ajena*. Se marcha a París, donde trabaja como traductora y colabora con *Les Lettres Nouvelles* y otras publicaciones. Allí conoce a Julio Cortázar, a Rosa Chacel y a Octavio Paz. Publica su poemario *El árbol de Diana*, aunque antes habían visto la luz *La última inocencia* y *Las aventuras perdidas*.

Cuando regresa a Buenos Aires, continúa inmersa en la escritura de poemas al tiempo que lleva un diario. Sufre varias crisis depresivas e intenta poner fin a su vida, lo que la lleva a pasar una temporada en un hospital psiquiátrico. No soporta el dolor que le provoca la angustia de vivir y decide suicidarse con tan solo 36 años.

el tiempo tiene miedo
el miedo tiene tiempo
el miedo

pasea por mi sangre
arranca mis mejores frutos
devasta mi lastimosa muralla

destrucción de destrucciones
solo destrucción

y miedo
mucho miedo
miedo

Gioconda Belli

De todas las poetas de América Latina, siento especial predilección por Gioconda Belli, quien ha dejado dicho que «su» literatura no es femenina, sino que es una literatura donde la mujer es protagonista, que es la visión del mundo desde la perspectiva de la mujer.

«Y Dios me hizo mujer»:

Y Dios me hizo mujer,
de pelo largo,
ojos,
nariz y boca de mujer.
Con curvas
y pliegues
y suaves hondonadas
y me cavó por dentro,
me hizo un taller de seres humanos.
Tejió delicadamente mis nervios
y balanceó con cuidado
el número de mis hormonas.
Compuso mi sangre
y me inyectó con ella
para que irrigara
todo mi cuerpo;
nacieron las ideas,
los sueños,
el instinto.
Todo lo que creó suavemente

a martillazos de soplidos
y taladrazos de amor,
las mil y una cosas que me hacen mujer todos los días
por las que me levanto orgullosa
todas las mañanas
y bendigo mi sexo.

Yo lo que sé es que sus poemas te rasgan el alma de emoción y que es una de las grandes poetas contemporáneas.

La suya es una biografía en la que se cuenta que fue guerrillera y dirigente del Frente Sandinista, aunque había nacido en el seno de una familia acomodada. Pero su posición ética ante la vida y su compromiso con los demás la llevó a plantar cara a la dictadura de Somoza, y lo hizo con determinación y valor. Hoy los mismos que fueron sus compañeros de revolución la persiguen hasta haberla convertido en una exiliada.

En su currículum casi no caben la lectura de los premios recibidos, junto a sus poemas y novelas.

En cuanto escribe resalta su compromiso político, su defensa de los derechos de las mujeres, su manera de ser libre, su esperanza, su fortaleza.

Definirla resulta un empeño casi inútil, porque ella misma dice quién es en cada palabra que escribe.

En «Los guijarros del día» se describe así:

Soy una solamente.
No puedo más que estar aquí.
Si fuera muchas podría hacer tantas cosas:
– manifestarme en Teherán
– protestar en Iraq
– ser judía y exigir el Estado Palestino
– ser palestina y exigir el fin de los agravios
– ser afgana y rasgarme el burka y arriesgarme a la lapidación
– ser norteamericana y exigir el control del lucro y la ambición.
Pero soy una.
Solo soy dueña de la patente de corso de mi patria minúscula
hacia allá encamino mis palabras como guijarros...

Así es Gioconda, así se nos presenta, hasta golpearnos la más recóndita de las emociones sin permitir que nos mostremos indiferentes.

Hoy vive exiliada en Madrid porque el régimen nicaragüense no puede soportar que sea una mujer libre.

Les confieso que Gioconda Belli está entre mis poetas favoritas, a la par con Anna Ajmátova.

Otro poema: «Menstruación». Otra sacudida. Una descripción íntima de lo que supone ser mujer.

Tengo
la enfermedad
de las mujeres.

Mis hormonas
están alborotadas,
me siento parte
de la naturaleza.

Todos los meses
esta comunión
del alma
y el cuerpo;
este sentirse objeto
de leyes naturales
fuera de control;
el cerebro recogido
volviéndose vientre.

Ignoro si a Gioconda Belli la leen las llamadas feministas de la cuarta ola y si en caso de hacerlo se sienten escandalizadas por esta manera directa, clara, desgarrada, de explicar parte de la esencia de ser mujer.

Las dos grandes: poetas de vidas rotas

Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva sí tuvieron vidas paralelas, al menos en lo que al sufrimiento se refiere. Las dos fueron víctimas del estalinismo, supervivientes en aquella noche oscura en la que solo la escritura les daba fuerzas para seguir viviendo. No se conocieron de cerca, pero se admiraron siempre con un sentimiento profundo de reconocimiento la una por la otra. Tenían algunas cosas en común: su origen en familias acomodadas, sus viajes por el extranjero, Rusia como destino último de su razón de ser. Pero sobre todas las cosas las unió la poesía y el odio que Stalin sintió hacia ellas, un odio paranoide que le llevó a perseguirlas sin piedad.

A quienes quieran conocer de cerca a estas dos grandes poetas les recomiendo la antología poética *El canto y la ceniza*, obra de Monika Zgustová y Olvido García Valdés.

Anna Ajmátova

La vida de Anna Ajmátova es una vida digna de haber sido escrita por Tolstói o por Chéjov.

Nacida en Odesa, lo que hoy es Ucrania, Ajmátova fue una mujer de una belleza singular, única, con un punto de exotismo quizá heredado de una abuela tártara de quien utilizó su apellido ya que el suyo era Gorenko. Pero si singular era su belleza, su inteligencia y su sensibilidad todavía lo eran mucho más.

La tentación es referirme a algunos de los hombres que pasaron por la vida de Anna, pero en realidad es Anna la que pasa por la vida de ellos dejándolos marcados para siempre.

Escribió su primer poema con 11 años mientras se recuperaba de una

enfermedad, momento en que le asaltó la pasión de escribir.

No se puede contar la vida de Anna Ajmátova sin hablar de Nikolái Gumiliov, su primer marido, padre de la detención su hijo Lev, un hombre presente en su vida hasta después de muerto. Pero tampoco sin el gran pintor Amedeo Modigliani, con quien mantuvo una intensa relación amorosa en París en 1911. Se conocieron en un café de Montparnasse un año antes, cuando estaba de visita en la ciudad junto a su marido. Modigliani era tan solo un aspirante a pintor que soñaba con que se le reconociera una obra que apenas le daba para comer. Un año después se reencontrarían, Anna ya sin Gumiliov y cuando él empezaba a tener cierto reconocimiento. La poeta y el pintor y escultor se amarían apasionadamente y no se olvidarían nunca.

Modigliani le enseñó a Anna el París bohemio y creativo, donde a nadie le importaba quién se acostaba con quién. Pasaron un tiempo juntos, el suficiente para que el rostro de Anna nunca se borrara de la retina de aquel genio de la pintura que murió pobre, y para que en ella fructificara en poemas toda la experiencia de aquel amor libre y desinhibido que había vivido en París. Su experiencia parisina fue un interludio en su vida, quizá los meses más felices y despreocupados de cuantos vivió. Tengo el pálpito de que aquel fue el mejor de los amores que mantuvo Anna, no solo el más apasionado, sino también el más gratificante para su alma.

Ella abandonó París y regresó a Rusia ya para siempre, pero dejando sus respectivas huellas, en el caso de Anna en sus poemas y en el de Amedeo Modigliani en muchos cuadros y esculturas. Para entonces Anna ya había publicado su primer poemario en 1912, que llevó por título *La tarde*, el segundo fue *El rosario* y se publicó en 1914, y el tercero, *La bandada blanca*, vería la luz en 1917.

Con Nikolái Gumiliov, con el que estuvo casada entre 1910 y 1918, no solo compartió matrimonio sino también militancia en el movimiento acmeísta, en el que también participó Ósip Mandelshtam, y que rompía con el lenguaje simbolista de la generación anterior, proponiendo una renovación del lenguaje poético con una mirada sobre la vida cotidiana. También aparejaba un distanciamiento sobre lo que significó la Revolución de 1917, que acabó siendo una guadaña para los intelectuales.

Nikolái fue un hombre de personalidad exuberante que empezó a escribir con ocho años. Viajero amante de África, tanto que al día siguiente de casarse con Anna le dio un beso de despedida y puso rumbo al continente africano para cazar leones. Duelista y héroe de la guerra de 1914, en la que fue condecorado por su valor. Ese era el compañero de vida que eligió Ajmátova: el hombre que a nadie dejaba indiferente, tal era la fuerza que de él emanaba. Y también era un gran poeta. Sus poemas «La duda», «Ella», «Columna de fuego», «La palabra» y tantos otros supusieron un soplo de aire fresco en el panorama literario de la Rusia de su tiempo.

Gumiliov y Ajmátova tenían personalidades distintas, pero estaban repletos de

pasión por la vida, que él manifestaba a través de la acción y ella, de la introspección.

Él fue un personaje que merecería protagonizar una gran novela, la cual debería empezar por su último día de vida en San Petersburgo, donde le detuvieron acusándole de enemigo del pueblo, de monárquico antirrevolucionario. Gorki intercedió por Gumiliov ante el mismísimo Stalin, pero fue inútil, estaba condenado de antemano, acusado de conspiración, de manera que no pudo esquivar la cita con la muerte. La sentencia la ejecutó un pelotón de bolcheviques en un bosque a las afueras de Moscú. Nikolái Gumiliov murió como había vivido y, de acuerdo con la leyenda que se había construido, como el hombre valiente que era: se colocó el sombrero, aspiró el humo del cigarrillo, clavó la mirada en sus verdugos y aguardó los disparos. Mientras caía, seguramente pensó en aquella estrofa de uno de sus poemas:

No moriré en una cama
ante un médico y un notario,
sino en alguna trinchera salvaje
hundida en una felpa espesa.

Ese fue el marido de Anna Ajmátova, el hombre con el que estuvo casada ocho años tan intensos que fue como si hubieran vivido una larga vida.

Creo que para conocer a alguien es importante saber de quiénes se ha rodeado a lo largo de su vida. La figura aparentemente hierática de Anna Ajmátova parecería disentir de la exuberante de Nikolái Gumiliov, pero quizá sea una apreciación engañosa. La diferencia entre ambos era la manera de manifestar la pasión por la vida, pero por lo demás coincidían en la valentía de afrontar cualquier desafío, aunque no les debió de resultar fácil combinar personalidades tan distintas. Se reconocían el uno en el otro, se admiraban y quizá por eso se amaban. Ninguno se rindió nunca y mantuvieron la cabeza alta hasta el final. Stalin les hizo aún más grandes con su encarnizada persecución.

El segundo marido de Anna, Vladímir Shileiko, apenas ocupa media línea en su biografía, como si la relación entre ambos hubiera sido poco menos que un paréntesis en sus vidas. Poeta, traductor de lenguas orientales, tradujo al ruso el *Gilgamesh*, una narración en verso que relata la epopeya de este rey mítico de la región de Mesopotamia. Vladímir Shileiko murió en Moscú a consecuencia de la tuberculosis. Por lo escueto de su biografía oficial es difícil calibrar por qué Anna se casó con él, si el suyo fue un matrimonio por amor o como consecuencia del devenir de la vida. Solo duraron juntos cuatro años, de 1918 a 1922.

Anna siempre eligió a hombres con los que había compartido sus años de juventud, los de San Petersburgo, donde se reunían en los cafés y en las casas a hablar de lo divino y lo humano, del arte, de la poesía, de la Revolución. Gumiliov, Shileiko

y, después, Nikolái Punin. ¿Se enamoraba de ellos o su relación, más que fruto del amor, era consecuencia de la afinidad intelectual?

Shileiko murió joven, pero no parece que dejara una huella imborrable en Anna, es como si con las paladas de tierra sobre su cuerpo también se hubiera enterrado su espíritu y la parte de su biografía en común.

Nikolái Punin fue su tercer marido y el hombre con el que compartió dieciséis años de su vida, de 1922 a 1938. Punin había nacido en el Gran Ducado de Finlandia, estudió Historia del Arte en San Petersburgo y formó parte de los nuevos movimientos artísticos rusos en aquellos primeros años del siglo XX. Escritor también y editor de revistas, formaba parte del grupo de Gumiliov y Anna, la «inteligencia» de la época, además de compartir con ellos la nueva renovación poética del acmeísmo con una mirada puesta en el constructivismo en materia de arte.

A Nikolái Punin le consideraban un buen revolucionario, un hombre de izquierdas; de hecho, fue jefe del comité de Educación de Petrogrado y Comisario del Pueblo del Hermitage y los Museos Rusos, lo que le permitió salvar de la destrucción muchos cuadros de pintores occidentales considerados contrarrevolucionarios por los nuevos amos de Rusia: Lenin, Trotski, Stalin y compañía.

De modo que tenían mucho en común. O eso parecía. Sin embargo, su unión no estuvo exenta de altibajos, sobre todo para Anna, quizá porque ella vivía bajo el peso de la culpa por la situación de su hijo Lev, encarcelado, enviado al Gulag, con su vida siempre pendiente de un hilo. Acaso Anna gastaba lo mejor de sí misma en ese sufrimiento y en sus poesías, o simplemente el amigo de juventud no era el marido que esperaba.

Tampoco le debió de resultar fácil, aunque lo aceptó, compartir vivienda con Anna Arens, la exesposa de Nikolái Punin. A él le pareció que era buena idea, puesto que carecía de medios materiales para mantener a su anterior esposa con la que había tenido otros hijos.

De manera que la Casa del Fontanka donde vivieron en San Petersburgo nunca la sintió como suya, y sin embargo esa casa quedó impregnada de ella pues allí vivió muchos de los más dolorosos acontecimientos de su vida.

¿Cómo fue la relación de Anna y Nikolái Punin? Monika Zgustová, en *El canto y la ceniza*, afirma que una amiga de ambos contaba que Nikolái Punin «no podía soportar la idea de que Anna fuera poeta». Sin embargo, él la conoció poeta, habían compartido sus años de juventud junto a otros integrantes del movimiento acmeísta, así que sabía que esa era una parte intrínseca de ella. Acaso, añado yo, lo que no pudo soportar era el interés que Anna despertaba en los demás, el reconocimiento que recibía, la dignidad con la que se conducía pese a su sufrimiento. Quizá eran celos o quizá él creía en su superioridad intelectual respecto a ella. Resulta incomprensible

esta escena que relata Monika Zgustová: «Una tarde, en el invierno de 1936, Ajmátova invitó a su casa a unos amigos escritores para leerles sus poemas. Una vez empezada la lectura, Nikolái Punin irrumpió en la habitación hecho un basilisco: "Anna Ajmátova —gritó desaforado—, usted es una poeta digna como mucho de la atención de una aldea de provincias"». Según Zgustová, esa fue la razón por la que Ajmátova estuvo diez años sin escribir. Sin embargo, yo creo que lo que la llevó a guardar la pluma fue el tener que afrontar cada vez más circunstancias adversas que convertían cada día en un reto por sobrevivir, incluso a los celos poéticos de su propio marido.

De hecho, la detención de Nikolái Punin y su encarcelamiento en Siberia supuso otro revés que tuvo que encajar aun sin saber que durante su detención la acusó de actividades antisoviéticas, lo mismo que a su primer marido Gumiliov y al hijo de ambos, Lev. En *La palabra arrestada*, uno de los libros más impresionantes que relata la persecución de los intelectuales llevada a cabo por Stalin, su autor, Vitali Shentalinski, publica una carta que encontró en los archivos y que contiene la declaración de Nikolái Punin durante su detención. No le juzguemos, al menos yo no juzgaré a Punin, porque no hay por qué esperar que los hombres sean héroes cuando solo son hombres. ¿Acaso se puede exigir a un ser humano que no se quiebre ante la tortura?

Punin les explica cuándo y cómo conoció a Anna Ajmátova y a su primer marido, Nikolái Gumiliov, y se acusa a sí mismo de haber participado en reuniones antisoviéticas.

Nikolái Punin morirá —por torturas, por agotamiento y desesperanza— en el Gulag, en el Círculo Polar Ártico.

Anna Ajmátova era extremadamente exigente con su escritura y, si los poemas de su primera etapa ya habían obtenido la admiración de sus contemporáneos, no será hasta que el sufrimiento le arranque la última lágrima cuando sus poemas alcancen la plenitud de la grandeza. «Réquiem» es el poema que aprenderán de memoria sus coetáneos, el poema prohibido por Stalin, el poema que arranca las lágrimas y remueve conciencias. Porque Anna Ajmátova es una poeta no solo del dolor sino también de la ética, de ese compromiso contra la opresión y en defensa de la verdad.

Es un poema que salta de las entrañas de Anna, quien ha sido testigo del encarcelamiento de sus amigos, del fusilamiento de su primer marido y del de su hijo Lev, condenado a Siberia, al Gulag, el mismo camino que seguirá poco después su tercer marido, Nikolái Punin.

De ese desgarro, de esa rabia contenida, de esa desolación, nace uno de los poemas más extraordinarios de la historia de la poesía.

La propia Anna Ajmátova relatará en 1957 qué la llevó a escribirlo. Este es su

testimonio, el testimonio de una madre que vive atenazada por el miedo a lo que pueda sucederle a su hijo, injustamente encarcelado varias veces por oponerse al criminal régimen soviético:

Diecisiete meses pasé haciendo cola a las puertas de la cárcel, en Leningrado, en los terribles años del terror de Yezhov. Un día alguien me reconoció. Detrás de mí, una mujer —los labios morados por el frío— que nunca había oído mi nombre salió del acorchamiento en que todos estábamos y me preguntó al oído (allí se hablaba solo en susurros):

—¿Y usted puede dar cuenta de esto?

Yo le dije:

—Puedo.

Y así germina «Réquiem», un poema que a mí me sacude el alma, que me arranca lágrimas, que me parece el más sublime de todos los poemas:

En aquel tiempo sonreían
solo los muertos, deleitándose en su paz,
y vagaba ante las cárceles
el alma errante de Leningrado.
Partían locos de dolor los regimientos
de condenados en hilera y era
el silbido de las locomotoras
su breve canción de despedida.
Nos vigilaban estrellas de la muerte,
e, inocente y convulsa, se estremecía Rusia
bajo botas ensangrentadas, bajo
las ruedas de negros furgones.

De madrugada vinieron a buscarte.
Yo fui detrás de ti como en un duelo.
Lloraban los niños en la habitación oscura
y el cirio bendito se extinguió.
Tenías los labios fríos del icono
y un sudor mortal en la frente. No olvidaré.
Me quedaré, como las viudas de los soldados del zar Pedro,
aullando al pie de las torres del Kremlin.

Este poema está dedicado a su amigo Ósip Maldelshtam, uno de los más grandes poetas contemporáneos que sufrió el infierno del Gulag.

Anna renuncia al exilio. No puede, no quiere abandonar a su hijo, a sus amigos, a los hombres que amó o que la amaron. No quiere separarse de su pueblo, se empeña

en correr su misma suerte.

En «Réquiem» se resume el dolor de todo un pueblo que se aprendió los versos de memoria, y la transmisión oral salvó muchos de los poemas de los poetas rusos contrarios al régimen soviético.

Anna decidió sufrir. Quizá podría haber abandonado la Unión Soviética, pero no lo hizo. Habría sido tanto como traicionarse a sí misma. Allí estaban sus amigos y allí estaba Lev, su hijo, ese hijo que vivió siempre con el peso de unos padres cuyas vidas y obras sobrepasaban la de cualquiera que intentara medirse con ellos.

Y sin embargo, Lev tenía la misma pasión por la vida que había tenido su padre; era un estudioso, un intelectual que desafió el manto de oscuridad y sinrazón del régimen soviético. Al igual que su padre, Nikolái Gumiliov, y que su madre, Anna Ajmátova, nunca se rindió.

La poeta afronta el horror del estalinismo con dignidad, consciente de que su dolor no era superior al de los demás:

Diecisiete meses hace que grito
llamándote a casa.
Me he postrado a los pies del verdugo,
hijo mío, terror mío.
El mundo entero es confusión
y yo ya no sé distinguir quién es la bestia
y quién el hombre.
¿Cuánto falta para tu final?
Quedan solo flores polvorientas,
el rumor de la lámpara de incienso,
y huellas que no llevan a ninguna parte.
Directa a los ojos me mira,
mal augurio de una muerte cercana,
una inmensa estrella.

Anna escribía a Stalin suplicando por la vida de su hijo; no se sentía humillada por hacerlo, poco le importaba postrarse «a los pies del verdugo» si de esa manera salvaba a Lev.

Su hijo entra y sale de las cárceles soviéticas, sufre el terror del Gulag, pero en todas las declaraciones a sus torturadores se defiende con brillantez, y defiende sin dudarlo a su madre, a la que admira al igual que a su padre. Puede que cuando era niño la sintiera lejana, ensimismada en la poesía y en su propia vida, pero la sabe incondicional. No hay nada que Anna no esté dispuesta a hacer por su hijo.

Anna tampoco abandonaba a los amigos o a cualquiera que acudiera a ella buscando una brizna de esperanza.

Pero si «Réquiem» es la expresión del dolor provocado por el estalinismo,

«Poema sin héroe» es un recorrido por su propia vida al tiempo que de él emerge la de la propia Rusia. La conciencia, los amigos, la supervivencia, el arte, todo pasa por el poema.

No es de extrañar que el premio Nobel de Literatura Joseph Brodsky confesara no solo la admiración sino la influencia de Anna Ajmátova en su propia obra.

¿Qué quedaba de Anna Ajmátova? ¿De aquella mujer de belleza enigmática, que en San Petersburgo había participado con alegría y pasión en la tumultuosa vida cultural de los años previos a la Revolución? Mantenerse entera debería haberle secado el alma y, sin embargo, a pesar de que hubo periodos en los que no escribía, cuando volvía a coger la pluma resonaba con fuerza su talento.

En noviembre de 1945 tuvo un encuentro con Isaiah Berlin que ninguno de los dos olvidaría nunca. A veces es más fácil desnudar el alma a un desconocido, y es lo que hizo Anna Ajmátova.

Isaiah Berlin la escuchaba casi noqueado por cuanto le contaba. Anna fue desgranando los hilos de su vida: Modigliani, Mandelshtam, Gumiliov, Pasternak, Punin...

El impacto que provocó en Berlin fue absoluto. Monika Zgustová nos recuerda las palabras de este intelectual sobre su conversación con Anna: «El relato de la tragedia absoluta de su vida superó todo lo que jamás había oído».

La admiración fue mutua, puesto que ella le dedicaría algunos poemas, aunque el encuentro fue causa de más sufrimiento para su hijo porque fue brutalmente interrogado sobre lo que hablaron su madre y el profesor inglés.

Anna permanentemente vigilada, con micrófonos en cada rincón de su casa, su obra proscrita, y cada vez que la querían golpear, golpeaban a su hijo convencidos de que así la vencerían.

Y entre ellos, entre madre e hijo, la distancia y la incomprensión. Se puede querer sin comprender, y Anna y Lev no sabían comprenderse. Él luchaba por ser él, por ser reconocido por sí mismo y no por ser hijo de Gumiliov y de Ajmátova, y así fue creciendo un abismo que les llevaba a pasar largas temporadas sin verse. Ni un solo día se dejaron de querer, pero les era más fácil la lejanía que compartir el tiempo y el lugar. Ella achacaba la actitud de su hijo a los años de cárcel y de Gulag, y él nunca terminó de comprender el sufrimiento interno de su madre, a la que veía como un gigante. No les permitieron compartir la vida, y aunque lucharon el uno por el otro, la separación les pesó en el alma a los dos.

Anna, declarada enemiga del pueblo soviético. Anna, condenada a malvivir. Anna, soportando las humillaciones de un régimen perverso. Anna, por cuya vida pasaron hombres como Modigliani, Gumiliov, Punin, Mandelshtam, Brodsky, Berlin, Pasternak... contemporánea de Maiakovski, Gorki, Bulgákov, Bábel... y de Marina Tsvetáieva, que aunque nunca se encontraron, ambas reconocieron su mutua

admiración. Vidas marcadas por la tragedia. Anna murió enferma en Moscú mientras que Marina puso fin a su vida, una vida que siente que ya le han arrebatado y, por tanto, no es suya.

Quien quiera saber más de ambas debería leer a Lidia Chukóvskaia. Las conoció, las escuchó, las defendió.

Marina Tsvetáieva

Hay un hilo muy tenue, casi invisible, entre la vida de Marina y Anna. Las dos son grandes poetas, las dos son eternas sospechosas, pero también son muy diferentes. Su actitud ante la vida, y sobre todo el amor de Marina por el amor. Amar no importa a quién es parte de su naturaleza y así pasan por su vida, además de su marido, Serguéi Efron, Borís Pasternak, Rainer Maria Rilke, Nikolái Gronski, Sofía Parnok... Sin embargo, sus biógrafos aseguran que siempre mantuvo un vínculo irrompible con su marido, con el que tuvo tres hijos: Ariadna, Irina, que muere de inanición a los tres años en un asilo, y Gueorgui.

Mientras Anna es una poeta que mira hacia dentro, Marina mira hacia fuera. La de Anna es una poesía fruto de la ética, de la espiritualidad. La de Marina es una poesía carnal, quiere vivir, sentir, disfrutar. Su actitud ante la adversidad es diferente a la de Anna. Ambas sufren y ven cómo encarcelan a sus hijos.

Pero quizá es mejor empezar por su fecha de nacimiento: Marina Tsvetáieva nació el 8 de octubre de 1892. Sus primeros años transcurren en San Petersburgo, en una familia en la que nunca logró encontrar su lugar. Su madre era la segunda mujer de su padre; la primera había fallecido dejando dos hijos, a los que se sumaron Marina y su hermana.

Una enfermedad de su madre la llevó a acompañarla a Italia, donde abrió los ojos a un mundo distinto en el que no le costó nada integrarse.

Estudió Historia de la Literatura en París y allí publicó su primer libro de poemas. A los 18 años se casó con Serguéi Efron, pero su personalidad apasionada y libertaria la llevaría a poder amar no solo al esposo sino a una poeta reconocida mucho mayor que ella, Sofía Parnok. Fue una relación profunda y tumultuosa que sin embargo no la alejó de Serguéi.

De París van a Moscú, donde Serguéi, oficial del Ejército Blanco, combatirá contra los revolucionarios. Pasan todo tipo de penalidades, y hambre, mucha hambre. Marina dejó a sus hijas en un orfanato para que lograran subsistir, pero Irina, la pequeña Irina, morirá de hambre.

En 1922 deciden abandonar su país y se van con su hija Ariadna a Praga, y en esa ciudad ella reencuentra la paz a pesar de que no tienen una vida boyante. Pero al menos Serguéi está vivo. Ella se enamora de Konstantín Rodzévich, al que dedica muchos de sus poemas. Rodzévich ha luchado junto a Serguéi en el Ejército Blanco y

es un exiliado como ellos.

Llanto de hombre, veta
que en la cabeza retiembla.
Llora. Otra te devolverá
la vergüenza que te hice dejar.
Somos dos peces
del mis-mí-si-mo mar.
Dos conchas muertas
labio contra labio.
Todo lágrimas.
Sabor
a muelle.
—¿Y mañana
cuando despierte?

Serguéi la conoce bien y asume que su mujer a quien ama es al amor y que es su cabeza la que desencadena el tumulto que la lleva a creerse ciegamente enamorada.

A él le asombra la dualidad de Marina, la apasionada y la mujer fría y racional.

Marina y Serguéi tuvieron otro hijo, Gueorgui, al que llamarían Mur.

De Praga se fueron a París y allí encontraron la manera de ganarse la vida, al principio con la ayuda que el Gobierno checo prestaba a los exiliados rusos, y además comienzan a colaborar en publicaciones de exiliados.

La vida del matrimonio transcurre en paralelo. Las cartas que Marina se intercambia con Rilke son de tal intensidad que este termina agotado de la relación y decide poner fin a la correspondencia, lo que provoca en ella un cataclismo. Claro que al mismo tiempo Marina se cartea con Borís Pasternak, con el que mantenía una correspondencia igualmente apasionada y con el que puso distancia porque los caminos de ambos eran imposibles de mezclar.

Cuando Rilke muere, ella le dedicará uno de sus mejores poemas, que lleva por título «Por el Año Nuevo».

¿Y su marido? ¿Continúa ignorando las pasiones de Marina? ¿Acaso las sabe imposibles de aplacar? ¿Qué lleva a Serguéi Efron a colaborar con aquellos a los que había combatido?

La nostalgia, dicen sus biógrafos, la soledad que provoca el exilio, aunque parece que su relación con Marina siempre permanece firme y no se resiente por los amoríos de ella. Efron sabe que lo que la impulsa no es otra cosa que el amor por el amor.

Efron comienza a colaborar con el NKVD, la policía secreta de Stalin, y a él se une su hija Ariadna. La hija. La hija que no comprende a la madre, a la que siente lejos, puesto que Marina vive obsesionada con el amor y la poesía. En realidad, enamorarse

es una manera de encontrar inspiración para las palabras que abrasan su cerebro.

La hija que se siente próxima a su padre. Le admira y ella también se deja arrastrar por el deseo de colmar de emociones su vida, pero sobre todo por la relación con su padre al que siempre ha sentido cerca, al contrario que a su madre.

¿Y Marina? Marina sabía sin saber, bastante tenía con ella misma. Pero aun sabiendo sin saber, no tiene ningún aprecio por aquel régimen que oprime a su querida Rusia.

Cuenta Vitali Shentalinski cómo Efron se va enredando cada vez más en las aguas turbias del espionaje y solo hace un alto cuando recae en la enfermedad que viene arrastrando: tuberculosis. Pero se repone y regresa a sus actividades.

La distancia entre Marina y Ariadna se va agrandando, son dos caracteres opuestos con intereses imposibles de conciliar. Ariadna trabaja, deja el trabajo, busca qué hacer con su vida, y su padre le propone que regrese a la Unión Soviética, él puede abrirle la puerta, conseguirle un pasaporte y un futuro. Le cuenta a su hija que le gustaría que su hermano la acompañara, pero que Marina no lo permitiría. Ariadna acepta el consejo de su padre y vuelve a Moscú, adonde él la seguirá un año después, en 1938, habida cuenta de que sus actividades como espía le han puesto en el punto de mira de los franceses, que le relacionan con el asesinato de un disidente soviético que antes también había trabajado para el NKVD.

El escándalo provoca que Marina pierda la confianza de los círculos de exiliados. Hay quien desconfía de ella por su admiración incondicional hacia Maiakovski, el gran poeta mimado de la era soviética.

En 1939 decide reunirse con Serguéi y Ariadna, sin imaginar las dificultades a las que se tendrá que enfrentar.

El NKVD no se fía de Efron, no se fía de Ariadna, no se fía de ella, no se fía de ningún ciudadano ni de los comunistas más devotos del régimen soviético. Todos son sospechosos, todos pueden tener un mal pensamiento, una duda.

Detienen al padre, detienen a la hija, los torturan, quieren que confiesen.

Marina siente el rechazo de los escritores soviéticos, pues no es como ellos, a ella le interesaba el amor, la pasión, incluso Dios.

Escribe a Lavrenti Beria, el todopoderoso jefe de la policía política, solicitando la libertad de Serguéi y de Ariadna. La hija ha sido condenada a ocho años de prisión, mientras el padre aguarda la decisión de si le arrebatan o no la vida. Pero no hay respuesta de Beria. Mientras tanto, ella va naufragando entre los avatares de la vida cotidiana.

Efron, condenado a muerte, aguarda al pelotón en la prisión de Butirka. Para ella y su hijo Mur, el destierro a Yelábuga, en la lejanísima Tartaristán. Allí decidirá poner fin a su vida, pero antes ordenará sus poemas y coloca en primer lugar uno escrito en 1920 que dedica a Serguéi.

Y por fin ¡para que todos lo supieran!
¡Que eres mi amado! ¡Amado! ¡Amado! ¡Amado!
Firmaba con un arcoíris en el cielo.
¡Quería que cada palabra floreciera
para siempre conmigo! ¡Bajo mis dedos!
Después bajando mi frente hasta la mesa
tacharía tu nombre con una gran cruz.
Y tú, preso en las manos de un escriba
¡corrupto! Tú que hurtas el corazón
¡que no te vendí! ¡Dentro del anillo!
Seguirás perviviendo en las tablas de la Ley.

También deja una carta a su hijo pidiéndole perdón. La poeta del amor deja la vida porque allí, en la Unión Soviética, no cabe la vida ni, por tanto, el amor.

Marina Tsvetáieva está considerada una de las grandes poetas del siglo XX, y ciertamente lo es, aunque yo no me siento tan cerca de sus poemas como de los de Ajmátova.

El mundo de Marina Tsvetáieva casi se circunscribe a la pasión, al amor, mientras que el de Ajmátova se amplía a todos los registros de la vida misma. Los poemas de Anna Ajmátova son una crónica de su época, del dolor de un pueblo maltratado por un régimen criminal. En los poemas de Ajmátova hay un compromiso con sus conciudadanos, un sentido ético para caminar por la vida. En los de Tsvetáieva relumbra sobre todo la pasión, esa que siempre busca y que va sustituyendo por otra en cuanto se agota.

A mí me sacuden el alma los poemas de Ajmátova, mientras que me siento más lejana de esa pasión desatada en el corazón de Marina Tsvetáieva. Pero sé que es fruto de la edad, y que acaso cuando tenía entre 15 y 20 años me habría sentido más cerca del apasionamiento vital de Marina.

Si existe el Parnaso, seguro que ambas están allí.

De la poesía a la prosa o ambas a la vez

Ya les he contado que a mí me enseñó a leer mi abuela Teresa, pero también tuve la suerte de que mi abuelo Jerónimo y mis tíos fueran lectores empedernidos. En el caso de mi abuela, si cierro los ojos para recordarla, siempre aparece con un libro o un periódico entre las manos.

En realidad, en mi casa los libros ocuparon un lugar importante. Mis abuelos, mi madre, mis tíos maternos... el regalo más habitual era un libro. Libros que traían los Reyes Magos, Papá Noel, libros por los cumpleaños, por sacar buenas notas, porque llegaba el verano. Siempre había una ocasión para recibir un libro, y nunca me impusieron restricciones a la hora de leer. Nunca escuché eso de «Ese libro... aún no tienes edad para leerlo». Bien es verdad que siempre tenía libros por leer precisamente por los muchos que recibía como regalo.

Pero además de vivir en una casa donde se leía, creo que simplemente a mí me gustaba leer.

Pasaba tardes sentada junto a mi abuela en las que me hacía leer en voz alta «libros serios», como decía yo, sin dejar de leer otros que me gustaban a mí, como aquel tomo de color gris con el título estampado: *Cuentos de los Hermanos Grimm*, mi favorito. Los leí todos varias veces, ocuparon mi imaginario infantil, los recuerdo con cariño y hoy en día sigo comprando los cuentos de los Hermanos Grimm para los pequeños de la familia. *Hansel y Gretel* era uno de mis favoritos, *Rapunzel*, *El enano saltarín*, *El príncipe rana*, *La Cenicienta*, *La Bella Durmiente*, *El sastrecillo valiente*, *El gato con botas*...

Hoy los censores del pasado abominan de estos cuentos y aseguran que algunos de ellos son perjudiciales para los niños.

No comparto esta opinión, claro; es más, creo que a fuerza de querer hacer ingeniería social lo que hacen es cortar las alas de la imaginación de los niños. Creerse que *Blancanieves*, *La Cenicienta* o *La Bella Durmiente* atentan contra los fundamentos del feminismo me hace pensar que quienes lo dicen están fatal y deberían hacérselo mirar. Los niños son más listos que muchos de estos mayores que se aplican con tanta afición a lo que creen políticamente correcto. Así que confieso sin arrepentimiento que tuvieron un lugar especial en mi imaginario infantil tanto *Blancanieves*, *La Cenicienta* y *La Bella Durmiente* como *Caperucita Roja*. También confieso sin rubor que me encantaba disfrazarme de «princesa» y que casi todos los años pedía alguno de esos cuentos en mi carta a los Reyes Magos.

La verdad es que crecer con mis primos, Merche y Lolo, hizo que jugara con niños desde pequeña. Sobre todo, Lolo, que es como un hermano para mí, ya que siempre traía a sus amigos a jugar a casa. También porque una vez que dejé el colegio de las monjas y me llevaron a un colegio mixto mi vida mejoró. Tanto en casa como en el colegio San Ignacio me educaron con valores de igualdad, nunca me dijeron que no podía hacer algo por ser chica o que ellos eran mejores que nosotras. Así que crecí sin sentirme inferior a ellos y siendo testigo en muchas ocasiones de lo listísimas y aplicadas que eran la mayoría de mis amigas, que daban sopas con honda a los chicos.

Pertenezco a una generación en la que a las niñas se les enseñaban los rudimentos de la costura y de la cocina. En los colegios se impartían clases de manualidades y, entre esas manualidades, incluían la costura para las chicas. ¡Uf! No me gustaba nada, en realidad se me daba fatal. Además, me parecía injusto que por ser chica tuviera que aprender a coser. La suerte es que en casa nunca intentaron que me esmerara en lo de la costura. Nunca le dieron importancia a mi escaso talento para coser y, sobre todo, a mi falta de interés y que me pusieran «mala nota». Mis tías decidieron librarme de esa pesadilla haciéndome ellas la tarea de costura que me hubiesen encomendado. Todas sabían coser bien porque habían estudiado en un colegio de monjas y en su colegio sí que las habían obligado a tomarse en serio lo de la costura. Así que eran unas «manitas». Pero ni mi abuela, ni mi madre, ni mis tías me dijeron nunca que por ser «niña» me tocaba aprender, me gustara o no, a coser o a cocinar. Por eso tampoco me enseñaron a cocinar. Recuerdo que, según íbamos creciendo, las madres de algunas de mis amigas empezaron a enseñarles a hacer algunos platos. En mi caso eso no sucedió. Lo que me decían y, sobre todo mi tío Juan me repetía, es que tenía que estudiar y estudiar. Así que llegué a la edad adulta sin saber freír un huevo, y es literal, ni tampoco coser un botón. Si me pongo a hacer cualquiera de las dos cosas, las hago fatal, y el caso es que nunca he tenido que vérmelas ni con la cocina ni con una aguja y un dedal.

Lo bueno es que como en casa saben de mi ineptitud culinaria no esperan nada

de mí a ese respecto.

Cuando mi hijo Álex era pequeño un día le invitaron al cumpleaños de un niño de su clase y, cuando regresó, venía entusiasmado por la tarta de chocolate que la mamá del niño en cuestión había hecho personalmente. Mi hijo me preguntó si yo sabía hacer tarta de chocolate y le expliqué que no, que yo era una mamá que hacía otras cosas, pero no tarta de chocolate. La verdad es que lo comprendió.

Hoy en día cocinar, ¡menos mal!, ha dejado de ser cosa de chicas, solo hay que ver la cantidad de geniales cocineros con estrellas Michelin con los que contamos en España. Es más, uno de mis cocineros favoritos —junto con Fernando Escribano— es mi primo Lolo, fotógrafo de profesión, pero aficionado a la cocina. A él sí que le gustaba de pequeño husmear en la cocina de casa mientras los «mayores» cocinaban porque era muy comilón. Tampoco nadie le impidió que se colara en la cocina porque eso no era «cosa de chicos». El caso es que, a fuerza de mirar y practicar, se ha convertido en un cocinero aficionado fantástico. Cocina lo mismo de bien que tiene ese talento para la fotografía. Sus arroces son insuperables, igual que los postres de Mercedes, su mujer, que comparte con él su afición por los fogones.

Vivir en una casa donde no se hacían distingos y nadie te decía si tenías que hacer o dejar de hacer tal o cual cosa porque eras niña o niño, fueron los cimientos que me llevaron a ser feminista de manera natural.

De niña también leí muchos tebeos, me encantaba *Pulgarcito*, *Mortadelo y Filemón*, *Pumby*, incluso *El Guerrero del Antifaz*, *El Capitán Trueno*, *El Jabato* y hasta *Hazañas Bélicas*, que se compraba mi primo.

Además leía versiones infantiles de los clásicos; mi abuelo Jerónimo y mi tío Juan, hermano de mi madre y que siempre hizo el papel de padre, insistían en que era la mejor manera de acercarnos a la literatura.

Murasaki Shikubu, la primera novelista

Pero vuelvo al oficio de escribir. Ya he hablado en otro capítulo de Enheduanna, una de las primeras «escritoras» de la que tenemos noticia, seguida de Christine de Pizan, pero la primera novelista pasa por ser la japonesa Murasaki Shikibu, que en el siglo XI escribió *La historia de Genji*. La novela, que es un clásico de la literatura japonesa, transcurre en Kioto y narra los amores del príncipe Genji, hijo del emperador. La autora describe en cincuenta y cuatro capítulos la vida del príncipe y la narración está repleta de detalles sobre las costumbres de la sociedad nipona de aquella época. Es una novela que trata sobre el amor y también sobre la belleza y la fugacidad de la vida, la tristeza y el abandono.

¿Quién fue Murasaki Shikibu? Cuentan sus biógrafos que era hija de un funcionario de la Corte de la emperatriz Akiko, que en su familia hubo poetas y que recibió una educación exquisita. Se casó, enviudó y decidió retirarse al templo de

Ishiyama para dedicarse a la escritura, y allí creó su obra maestra *La historia de Genji*.

De manera que esta es la primera novela de la Historia, o al menos así se la considera. Tengo que confesar que no la he leído. Culpa mía.

Louisa May Alcott

Una de las primeras novelas que leí cuando aún no era ni siquiera adolescente fue *Mujercitas*, de Louisa May Alcott. El libro fue un regalo de Reyes, y aún recuerdo la emoción que me invadió al verlo junto a los zapatos y comprender que era solo para mí. Y es que en casa de mis abuelos, donde vivíamos algunos de sus nietos, en ocasiones los Reyes se empeñaban en que compartiéramos libros, y así llegaban algunos que eran para todos, para gran enfado de los niños que queríamos tener cada uno los nuestros. Bien es verdad que a mi primo Lolo le daba un poco igual y en ocasiones me cedía con gusto alguno de sus libros. Pero *Mujercitas* me perteneció desde el primer momento a mí sola. Aquel año a él le correspondió *La cabaña del tío Tom*. En cuanto a *Mujercitas*, la he releído unas cuantas veces y siempre me gusta. La autora te mete en la historia desde los primeros párrafos y sientes que estás viviendo en Nueva Inglaterra junto a la familia de Meg, Jo, Beth y Amy. Es una novela realista, como dijeron los críticos de entonces, y sin duda lo es.

Durante varias generaciones a las niñas nos regalaban *Mujercitas*. Ahora desconozco si se sigue haciendo, aunque yo sí regalo la novela a las niñas de la familia. Y que nadie me reclame por regalársela solo a las niñas, porque los niños a ciertas edades no están en la onda para pararse a leer *Mujercitas*.

Además del libro lo interesante es la biografía de Louisa May Alcott. Y si me apuran, me llegó a interesar más la de su padre, Amos Bronson Alcott. Yo no supe realmente quién era ella hasta que tuve 20 años, me interesaba su obra pero no había sentido interés por la autora, ¡tonta de mí! Así descubrí que Louisa May Alcott tuvo cuatro hermanas, que su madre era una señorita bien de Boston y que su padre era un hombre singular, progresista para su tiempo, abolicionista y un adelantado en las técnicas educativas que puso en vigor en un colegio de su propiedad donde enseñaba a los niños sobre todo a pensar. La memoria la dejaba en un segundo plano. Y precisamente su militancia en la igualdad le acarreó tener que cerrar su escuela ya que decidió aceptar alumnos afroamericanos, lo que originó un escándalo y no se lo permitieron.

A pesar de esos contratiempos, en su casa imperaban sus ideas progresistas, inculcando a sus hijas la igualdad y, además, fomentando su interés por la cultura.

Así creció Louisa, aunque tener un padre tan rompedor para la época no

siempre resultó fácil. Tanto la madre como las hijas tuvieron que trabajar para ganarse su sustento y el de la familia. Nuestra autora trabajó como costurera y enfermera al tiempo que intentaba vender a las revistas femeninas alguna de las historias que iba pergeñando.

Su padre, que como digo era un adelantado, decidió poner en marcha una comunidad que denominó «Fruitlands», la cual debía vivir de acuerdo con determinados principios: eran vegetarianos, ni siquiera tomaban leche ni huevos, no se permitían abrigarse con ropa de lana porque eso significaba haber esquilado a las ovejas y carecían de aceite para las lámparas porque este provenía de la grasa de las ballenas, luego había que matarlas previamente. Tampoco se permitían beber café ni endulzar nada con azúcar porque eran alimentos fruto del trabajo de los esclavos.

Pero la experiencia fue un fracaso, las tensiones en la comunidad eran constantes; supongo que pasar necesidades y frío fue desanimando a sus integrantes, incluida la esposa de Amos Bronson, madre de nuestra protagonista. No me extraña.

Sin su padre seguramente Louisa no se habría dedicado a escribir, pues era él quien la animaba a hacerlo, y vaya si lo hizo: antes de publicar *Mujercitas* había escrito otras treinta novelas, estas de suspense y con el seudónimo A. M. Barnard, aunque no alcanzaron reconocimiento.

Pero el hambre manda, y un editor amigo de los padres le encargó que escribiera un libro para «chicas», y ella se puso manos a la obra. En dos meses lo terminó y... como si se tratara de un cuento, el libro triunfó y continúa triunfando. ¿Un best seller? Sin duda, por más que hoy se lea con otros ojos y se considere una historia feminista.

Aunque a ella, que le gustaba escribir libros de misterio, la sacó de la pobreza un libro de encargo y encima para chicas. Fue consciente de que había encontrado una mina de oro, de la noche a la mañana se había convertido en un personaje requerido en todas partes. Así que continuó escribiendo sobre chicas y ganó mucho dinero. El fin de la historia es que murió muy joven, a los 55 años, de un derrame cerebral.

No podemos comprender a Louisa sin su padre; si él no la hubiera impulsado a escribir, a luchar, a ser ella misma, quizá no habría perseverado en su vocación. Pero también la salvó su sentido práctico. Triunfó con un libro que no le interesaba nada, como ella misma confesó o, mejor dicho, escribió en su diario: «Nunca me gustaron las chicas ni conocí a muchas excepto a mis hermanas, pero nuestras obras y experiencias raras pueden llegar a ser interesantes, aunque lo dudo». Y sin embargo lo fueron. Sin su padre, sin el entorno familiar en el que se desenvolvió su vida, quizá le habría costado mucho más dejar aflorar su innegable talento.

Ya ven, una mujer que no quería escribir para mujeres y que triunfó con un libro para jovencitas. Ironías de la vida.

Y sí, yo conservo un ejemplar de cuando era adolescente.

Otras autoras con las que me estrené y entrené en la lectura fueron Jane Austen, las hermanas Brontë y Emily Dickinson. Eran las autoras favoritas de mi abuela o eso me parecía a mí, puesto que me hacía leerle en voz alta sus libros mientras ella cosía y miraba distraída por el balcón.

En realidad, leí a estas autoras cuando casi no podía ni entender el trasfondo de sus historias. Ya he contado que aprendí a leer porque me enseñó mi maravillosa, inteligente y fuerte abuela. Mi abuela Teresa, a la que cuando escribo la tengo delante, junto a mi madre, en una foto enmarcada que miro de tanto en tanto buscando su aprobación, como si ella supiera de qué estoy escribiendo.

Ella se empeñó en convertirme en lectora. Yo apenas balbuceaba cuando me enseñó las primeras letras. Dedicaba tiempo y paciencia a enseñarme y con cuatro años ya leía de carrerilla; otra cosa es que supiera lo que leía más allá de *Pulgarcito*.

Nunca supe por qué tanto empeño en que aprendiera a leer y en que leyera. Pero se aplicó conmigo a fondo, mucho más que con el resto de sus nietos. Bien es verdad que Lolo era muy inquieto, con mucha energía y, sobre todo, le gustaba jugar. Y, como era el pequeño de la casa, no le exigían tanto y se escaqueaba todo lo que podía, sobre todo de leer. Y mi prima Merche era muy buena y aplicada, tanto, que nunca se llevó ni una regañina. Hacía los deberes sin que se lo dijeran. Así que supongo que mi abuela tenía «más trabajo» conmigo que, en cuanto llegaba del cole, intentaba librarme de hacer los deberes y me ponía a jugar con los recortables.

Jane Austen

Creo que una de las primeras novelas de Jane Austen que me hizo leer mi abuela fue *La abadía de Northanger*. A mí me resultó una novela de aventuras en la que su protagonista, Catherine Morland, se convierte poco menos que en una detective en la casa de los Tilney, para al final descubrir que no había nada que descubrir.

Lo cierto es que Jane Austen también se convirtió en una de mis autoras favoritas, por lo menos durante mi adolescencia.

Enseguida te «mete» en sus historias, siempre escritas con una carga de ironía. Su descripción de los personajes hace que los sientas vivos, como si pudieras tocarlos con la mano, y su descripción de la cotidianidad de la sociedad inglesa hace de ella una autora de las que «enganchan», además de tener una calidad literaria indiscutible. En sus escritos se mezcla la ironía con el ansia de libertad de los personajes femeninos, que procuran ensanchar las costuras de la sociedad de su época y que cometen errores que Austen siempre trata con cierta benevolencia. No son heroínas, sino mujeres. Y ella, ¿quién era y cómo era ella? Sin duda a todos nos marcan nuestros orígenes y primeras vivencias. Su padre era rector de una parroquia en un pueblo del noroeste de Inglaterra, lo que presupone que no vivían mal, pero seguramente tampoco les sobraba el dinero ya que la familia era numerosa, pues

Jane tenía seis hermanos. La familia debió de ser para ella un elemento de estabilidad pero también de agobio. ¿Se llevaba bien con sus seis hermanos? Probablemente mejor con unos que con otros.

Pasó por un internado, tuvo una salud quebradiza y le gustaba escribir desde niña, afición que su padre estimuló, puesto que fue él quien se hizo cargo de enviar *Orgullo y prejuicio* a una editorial de Londres, aunque se la devolvieron sin mostrar ningún interés. Y aquella no sería la última de las decepciones.

En realidad, los editores de la época tomaban las novelas de Austen como novelas romanticonas carentes de interés, sin darse cuenta de su verdadera dimensión. *Sentido y sensibilidad*, *Persuasión*, *Emma*... creo que poco a poco muchos lectores masculinos han ido descubriendo a Jane Austen, considerada, lo mismo que las hermanas Brontë, como una novelista para mujeres, lo que para algunos críticos e intelectuales debe de ser poco menos que algo despreciable. Peor para ellos.

Pero volviendo a Jane Austen, nos topamos de nuevo con un padre que en una época en que las mujeres estaban destinadas a las labores del hogar y al matrimonio apostó por el talento de su hija.

Las hermanas Brontë

En cuanto a las hermanas Brontë, mi madre también tenía especial apego por sus obras. ¡Uf! Aún recuerdo cuando leí *Jane Eyre*.

Pero si las obras de las Brontë ya son eternas, la historia de sus vidas da para un novelón. Mi madre me explicó que habían sido una familia muy desgraciada a causa de la enfermedad, y reconozco que su apreciación no encontró demasiado eco en mí, seguramente porque no me dio ningún detalle relevante más allá de la desgracia de la enfermedad. Además, cuando yo daba mis primeros pasos como lectora lo que realmente me interesaba era lo que leía y un poco menos quién lo había escrito, por más que mi madre se empeñase en que no separara una cosa de la otra.

Sin embargo, las vidas de las hermanas Brontë son igual de impactantes que sus libros. Una familia atacada sin piedad por la tuberculosis, de la que ninguno de sus miembros se pudo librar, y las primeras en morir siendo unas niñas fueron Maria y Elizabeth, además de su madre. Tuberculosis, entonces una enfermedad mortal de la que no se conocía demasiado salvo que contagiarse equivalía a una sentencia de muerte.

Sentencia que también alcanzó al único hermano varón, Branwell, un tipo de cuidado, adicto al opio, juerguista, jugador... La tuberculosis se lo llevó con 31 años. Al parecer, era el niño mimado del padre, mientras que Maria y Elizabeth sufrieron los rigores de un internado para chicas de familias sin recursos.

De manera que en esta familia nos encontramos con dos hombres que no son precisamente una bicoca: por una parte, el hermano, el favorito, y por la otra, el

padre, el reverendo Patrick Brontë, orgulloso de su hijo varón al que colma de todo lo que no da a sus hijas.

Eso sí, Patrick Brontë era un hombre culto, había estudiado gracias a una beca nada menos que en Cambridge y fue quien les abrió las puertas de su biblioteca y quien las empujó a la lectura.

Además, se daba la circunstancia de que las hermanas no eran precisamente un dechado de belleza, sino todo lo contrario, por lo que su futuro no era muy esperanzador. En aquella época las mujeres sobrevivían si se casaban, y ellas, además de poco agraciadas, tampoco es que mostraran demasiado interés; la prueba es que, salvo Charlotte, las otras dos permanecieron solteras.

Los estudiosos de la obra de las Brontë creen ver en una de las novelas de su hermana Anna, *La inquilina de Wildfell Hall*, la figura del hermano muerto. En realidad, el prototipo de su hermano aparecerá en distintos personajes salidos de la pluma de las hermanas.

Emily, que tenía un carácter difícil, había asumido el papel de enfermera de Branwell y terminó contagiándose con el bacilo de la tuberculosis, lo que la llevó a la tumba con apenas 30 años, mientras Charlotte y Anne probaban suerte como institutrices, algo que les producía una profunda insatisfacción, pero que parecía ser la salida natural para las hijas de un reverendo empobrecido. Pero si Emily cuidó a Branwell, Anne hizo lo mismo con Emily, lo que también le supuso una sentencia de muerte a los 28 años.

Sobrevivió Charlotte, la reservada y dura Charlotte, la autora de *Jane Eyre*, una mujer no demasiado agraciada, pero que guio a sus hermanas por los recovecos de la literatura instándolas a escribir. Vivirá un poco más, hasta los 39 años, y sus biógrafos no se ponen de acuerdo si fue también la tuberculosis la que se la llevó, unas fiebres tifoideas o las consecuencias de un mal embarazo.

Charlotte fue el verdadero motor de sus hermanas, es ella quien impulsa que Emily y Anne publiquen un libro de poemas, algo que logran firmando con un seudónimo masculino. Pero los poemas no obtienen reconocimiento y de ahí que Charlotte pase a convencerlas de que lo mejor es que escriban novelas. Lo hacen y en 1847 las tres publicarían tres de sus mejores novelas: *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*.

Sin duda volcaron muchas de sus experiencias en estas obras.

Pero ¿cómo eran estas tres mujeres? ¿Unas románticas, dulces y tranquilas jóvenes de Haworth, el pueblo donde vivían?

Si nos atenemos a un libro que lleva el título de *Infernales* y que fue escrito por la autora argentina Laura Ramos, las Brontë fueron mujeres de armas tomar. En absoluto románticas, ni dulces ni tranquilas, sino aventureras, promiscuas, depredadoras. Trabajaron como institutrices y abominaban de sus alumnos.

Laura Ramos desmitifica a estas escritoras victorianas a pesar de que ya existía una biografía de dos de ellas escrita por la propia Charlotte. Pero según la autora argentina, el personaje de Heathcliff de *Cumbres borrascosas* es el *alter ego* de Emily, una persona de mal carácter y peor trato. Charlotte, que vivió en Bruselas, al parecer se enamoró de un hombre casado que era su profesor de Literatura. Más tarde, a los 37 años se casaría con el coadjutor de su padre en la rectoría, se quedó embarazada, pero el embarazo no llegó a puerto.

Les recomiendo una novela de Ángeles Caso sobre las Brontë, *Todo ese fuego*, en la que nos traslada directamente a la rectoría de Haworth.

No he vuelto a releer a las hermanas Brontë, pero me propongo hacerlo, aunque siento cierto temor a que no me entusiasme su lectura tanto como la primera vez. Es algo que me ha pasado en ocasiones, releer un libro que me entusiasmó en el pasado y sentir que no me «llega» en el presente. Y al revés, releer un libro que no me interesó y ahora entusiasmarme.

Harriet Beecher Stowe

Hay otras autoras que también descubrí por mi abuela Teresa. Ella me hizo leer *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, libro cuyo destinatario, como he contado en otra página, era mi primo Lolo, pero lo leí yo primero. Lo mismo sucedió con el *Frankenstein* de Mary Shelley, que llegó a casa por decisión de Papá Noel, igual que *Diez negritos* y *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie. Mi primo es un aficionado a estas obras.

Cuando yo era niña, Papá Noel aún no «viajaba» a España como ahora. Era una costumbre muy estadounidense, pero a mi abuelo y a mi tío Juan les servía para regalarnos libros en Nochebuena. Los Reyes Magos también nos traían libros, claro está, pero siempre había ese adelanto navideño. Creo que fueron Tony y Miki quienes introdujeron a Papá Noel en nuestras vidas. Eran dos soldados estadounidenses destinados en la Base de Torrejón, amigos de mis tías.

No imaginan la consternación de la gente del barrio una Nochebuena en que vieron aparecer a dos tipos grandotes, negros, acompañando a dos de mis tías, Carmen y Teresa. Muchos vecinos los escrutaron a través de los visillos, escandalizados por la osadía de «las chicas del 4». Y es que, en casa de mis abuelos, los amigos de sus hijos eran bien recibidos. Además, no hacían distingos entre amigos-amigas de los unos y de las otras. Así que era normal que en casa siempre hubiera algún invitado a la hora de comer, de merendar o de cenar. Aquella Nochebuena en que mis tías Tere y Carmen se presentaron con ellos sin previo aviso, la única explicación que dieron a mis abuelos fue algo así como: «Les hemos invitado porque es una faena estar lejos de la familia en Nochebuena». Y se quedaron a cenar, pero además, a partir de ese momento, fueron parte de nuestra vida cotidiana.

Recuerdo que de cuando en cuando traían un queso que venía metido en una lata y me gustaba muchísimo. O la tela de un paracaídas con la que mi abuela hizo una cortina para la ventana de la cocina.

Miki y Tony pasaron a ser parte de la familia para escándalo del vecindario, que no obstante no se atrevían a decir una palabra más alta que otra habida cuenta de que mi abuela siempre tuvo un comportamiento irreprochable y además era el paño de lágrimas de muchas de las mujeres del barrio, que acudían a ella en busca de consejo.

Ya digo que mi abuela me hizo leer *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, aunque el nombre de su autora me resultaba imposible de retener.

Pero nunca olvidé la lectura de aquella historia que, como me dijo mi abuela, «tiene moraleja». Después de haberme hecho leerla en voz alta durante varias tardes, me preguntó qué conclusión había sacado de la historia. La verdad es que no solo me había conmovido la historia de Tom, también me había producido una sensación de rabia que hubiera esclavos y que a aquel niño su amo, Simon Legree, pudiera hacerle lo que le viniera en gana.

He de confesar que no he leído ningún otro libro de Harriet Beecher Stowe, aunque sí he sentido curiosidad por indagar quién era la autora, y la verdad es que sabiendo de ella comprendes mejor el significado de su obra. Nació en Connecticut, uno de los estados más puritanos de Estados Unidos. Hija de un reverendo evangelista, puritano hasta la médula y cuyo puritanismo inculcó a su familia. A Harriet no le dieron muchas opciones de tener una vida propia más allá del entorno religioso en el que vivió y en el que, dicho sea de paso, ella se sentía cómoda.

Empezó a escribir cuando su padre decidió trasladar a la familia hasta Cincinnati para levantar un seminario. Allí Harriet se casaría con un reverendo con el que tendría seis hijos. Con el tiempo regresaría a Nueva Inglaterra con su familia y allí dio rienda suelta a sus convicciones en contra del esclavismo escribiendo *La cabaña del tío Tom*, historia que despertó algún recelo en los sectores más conservadores, pero su talento y el dramatismo de la historia lograron imponerse. Viajó por Europa y se enfrentó con Lord Byron, al que acusó de haber mantenido relaciones incestuosas.

Además de antiesclavista también defendió los derechos de las mujeres. Para ella el pecado era una ofensa a Dios, y pecado era esclavizar a otros seres humanos.

Agatha Christie

En cuanto a los gustos literarios de mis primos ya he contado que a Lolo le gustaban las novelas de Agatha Christie, y la preferida de todos era *Asesinato en el Orient Express*.

Mis primos y yo nos prometimos que cuando fuéramos mayores viajaríamos en

el famoso tren, convencidos de que además del viaje viviríamos alguna aventura. Es algo que tenemos pendiente, un viaje largo en un tren de ensueño... Quién sabe si algún día lo podremos llevar a cabo y nos encontraremos con un descendiente de Hércules Poirot.

Desde luego, si hay una autora que ha triunfado de manera absoluta esa es Agatha Christie. Algunas de sus obras teatrales como *La ratonera* o *Diez negritos* llevan representándose desde hace más de cincuenta años, y se han hecho películas de éxito con elencos artísticos de primera, amén de series para la televisión, y últimamente creo que hasta videojuegos.

En un reportaje sobre ella publicado en *National Geographic* leí que encontraba la inspiración para las tramas de sus novelas mientras fregaba los platos. Será verdad, pero lo que soy yo, fregando platos no me inspiro nada. Pero cada uno es cada uno. En lo que sí estoy de acuerdo es en que la influencia de la madre puede hacerte crecer las alas.

A mí me ha pasado. Mi madre siempre creyó en mí y solía decirme que llegaría a donde yo quisiera llegar, que el límite me lo pondría yo misma. Una madre es una madre, claro está.

En lo que se refiere a la gran dama del misterio, nació en el seno de una familia acomodada, su apellido era Miller, el de su padre, claro, y fue su madre quien se encargó de su formación. Además de a leer y a escribir, le enseñó Matemáticas, Geografía, etc. Por si fuera poco, la niña creía que su madre tenía dones extrasensoriales, y a ella misma le gustaba jugar con otras niñas... pero que solo existían en su imaginación. Así que desde la infancia apuntaba maneras.

Pero como la vida lo mismo te sonríe que te da un hachazo, la muerte de su padre cuando ella apenas tenía 11 años supuso que tuvo que cambiar la casa por la escuela, donde tuvo problemas para adaptarse, en vista de lo cual su madre la envió a estudiar a París. ¡París, nada menos que París! A su regreso acompañó a su madre, delicada de salud, a El Cairo y allí, mientras su madre se recuperaba, ella se dedicó con ahínco a buscar marido, pero sin éxito.

¿Cómo empezó su vocación? Pues parece que al regresar a Inglaterra comenzó a escribir relatos que nadie le quiso publicar, lo mismo que con una novela, la primera, que ambientó en Egipto, destino exótico donde los hubiera y bien conocido por la clase pudiente británica.

No parecía tener suerte con los escritos, pero en una fiesta en casa de una tal Lady Clifford conoció a un aviador, un oficial del Royal Flying Corps, de nombre Archibald Christie. Por lo visto, lo suyo fue amor a primera vista, puesto que se conocieron en octubre y se casaron en diciembre.

Como, a todo esto, era 1914 y había estallado la Gran Guerra, nuestra Agatha se presentó voluntaria como enfermera; eso sí, sin que le pagaran ni un penique por su

colaboración. Fuera por lo que fuese el caso es que escribió la que sería su primera novela de misterio, *El asesinato de Roger Ackroyd*, protagonizada por Hércules Poirot, un detective belga, el capitán Hastings y el inspector Japp, y mire usted por dónde primero se la publicaron en Estados Unidos y después en Gran Bretaña, haciendo bueno el refrán de que nadie es profeta en su tierra.

Terminada la guerra, Agatha y Archibald vivieron como una pareja más en la ciudad de Londres, y allí nació su hija Rosalind mientras Agatha se iba haciendo un hueco en el mundo de los escritores. Pero... ¡ay!, pasaron los años y un buen día de 1926 Archibald le confesó que se había enamorado perdidamente de una mujer bastante más joven que él y que quería el divorcio. Nada que no suceda desde que el mundo es mundo. Los hombres creen que pueden recuperar la juventud amando a mujeres jóvenes, como si estas realmente tuvieran una fórmula de alquimia que les devolverá la juventud.

Es curioso que sea tan recurrente lo de que un hombre maduro se enamore perdidamente de una mujer más joven. Y ese es un momento de dolor acompañado de estupor para la que hasta entonces ha compartido la vida con él, ha tenido hijos, etcétera.

Mi amiga Victoria Lafora dice que a los hombres maduros les pierde «la carne fresca», y en el caso de Archibald está clarísimo que así fue. Él le pidió el divorcio a Agatha confesándole que su amor era una tal Nancy Neele, a la que conoció porque trabajaba con un amigo suyo.

Y aquí viene algo que merecería haber sido objeto de una de sus novelas de misterio: Agatha desaparece. Fue tal el *shock* que le provocó que Agatha desapareció. Esta sí que es una novela de misterio sin resolver. El 3 de diciembre de 1926 dejó una nota a su secretaria diciendo que salía a dar una vuelta con el coche. Hasta aquí nada anormal, pero... el problema es que no regresó. Al día siguiente encuentran el coche a más de cien kilómetros de su domicilio. Encuentran también su carnet de conducir y rastros de sangre, pero ni una sola pista de qué ha sido de ella.

Escándalo por todo lo alto. La policía y un sinfín de voluntarios comienzan a buscarla, y hasta el famosísimo Arthur Conan Doyle se une a los voluntarios acompañado de una médium, lo que sin duda le dio más misterio al suceso. Pero ni con médium ni sin médium aparecía Agatha Christie. Bueno, apareció once días después en un hotel donde estaba registrada con el nombre de Nancy Neele, la mujer por la que su marido la iba a dejar.

Agatha Christie dijo no recordar ni por qué estaba allí ni cómo había llegado, nada, absolutamente nada. El marido decidió postergar el romance mientras Agatha se sometía a un tratamiento psiquiátrico. Pero como segundas partes nunca fueron buenas, el matrimonio ya estaba finiquitado. Así que, seguramente para poner tierra de por medio e ir olvidando a Archibald, Agatha decidió hacer un viaje en el Orient

Express hasta Estambul.

El viaje resultó la mar de fructífero porque le sirvió de inspiración para su famosísima novela *Asesinato en el Orient Express*, que al parecer escribió de un tirón en el mismísimo Estambul mientras se alojaba en un hotel de relumbrón situado en el barrio de Pera, y en el que conservan tal como estaba entonces la habitación en la que se alojó la novelista.

Y como la mancha de una mora con otra verde se quita, Agatha superó el desamor de Archibald con un hombre catorce años más joven que ella, Max Mallowan, arqueólogo de profesión, al que conoció en Irak en 1930. Ya saben, donde las dan las toman.

No solo se casaron, sino que además fueron felices, entre otras cosas porque ella se entusiasmó con el trabajo de su marido y decidió acompañarle a aquellos lugares donde iba con las misiones arqueológicas. Incluso se convirtió en una más del equipo y en una auténtica experta a la hora de catalogar las piezas que encontraban, restaurarlas, limpiarlas, etc.

La arqueología pasó a ser una de sus pasiones y fructificó en más novelas: *Asesinato en Mesopotamia*, *Muerte en el Nilo*, *Cita con la muerte* y *Ven y dime cómo vives* (un libro de recuerdos sobre su participación en las excavaciones).

Pero Agatha Christie no se quedó ahí. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó en la farmacia del University College y se convirtió en toda una experta en venenos, conocimiento que le sirvió para la trama de otra de sus novelas, *El misterio de Pale Horse*.

En realidad, la separación de Archibald fue una suerte para Agatha. En ocasiones nos empeñamos en mantener relaciones que no dan más de sí, que nos empequeñecen y nos amargan.

Con Max Mallowan no solo fue feliz sino que amplió su horizonte y su imaginación a través de la arqueología. Y lo más importante: él la quería. Se podría decir que con él todo le fue mejor y obtuvo los máximos reconocimientos, pues fue nombrada Dama del Imperio Británico y consiguió el Grand Master Award concedido por sus pares, los escritores de novelas policiacas y de misterio.

Como ella misma confesó, tuvo una vida satisfactoria. Murió a mediados de los años setenta del siglo XX; su marido, un año después. Descansan juntos para siempre.

Los libros de Agatha Christie son un «clásico» en cualquier biblioteca, y tienen la virtud de que lo mismo entretienen a adolescentes que a jóvenes o mayores. Tanto es así que se continúan haciendo versiones cinematográficas de sus novelas. Sus historias están tocadas por el dedo de la eternidad.

Mary Shelley

En cuanto a Mary Shelley... ¡Uf!, debo confesar que a mí su *Frankenstein* siempre me

ha dado pena.

Frankenstein es alguien que no puede elegir. Pero antes de llegar a él, al pobrecito Frankenstein, el personaje con el que Mary Shelley inventó la ciencia ficción, me voy a detener en la vida de ella. Nunca me cayó bien del todo, no sé por qué, aunque no puedo más que rendirme ante su inmenso talento.

Ya saben, mi obsesión con las circunstancias, con esas piedras que todos llevamos en la mochila y que tienen que ver con de dónde venimos. En su caso, la ausencia de su madre, muerta a los pocos días de traerla al mundo, la marcó para siempre.

Su madre, Mary Wollstonecraft, fue todo un personaje. Escritora feminista, autora de la *Vindicación de los derechos de la mujer*, un ser libérrimo que plantó cara a todos los convencionalismos sociales que sentía como cadenas.

William Godwin, filósofo y escritor, de ideas anarquistas, defensor del individuo sobre todas las cosas, señalando en sus escritos la imposibilidad de conjugar la libertad y la autoridad y «rompedor» donde los hubiera, ateo confeso, aceptó sin problemas a Mary, hija de una relación anterior de Mary Wollstonecraft, así que cuando ella murió se ocupó de la niña procurando que recibiera educación. Pero Godwin no era hombre para estar solo y pocos años después de la muerte de Mary Wollstonecraft se casó con Mary Jane Clairmont, con quien tuvo una hija, Claire. Ninguna novedad: la niña y Mary Jane no congeniaron. Pero la familia continuó adelante porque ¿qué otra cosa podían hacer?

Lo cierto es que el padre y la hija tenían una vena un tanto macabra ya que les gustaba pasar tiempo en el cementerio, donde se dice que Godwin enseñó a Mary a leer sobre la lápida de la tumba de su madre.

Volviendo a nuestra protagonista, resulta que se enamoró locamente de Percy Bysshe Shelley, un joven de 21 años, casado y poeta, que formaba parte de la corte de admiradores de Godwin. Al parecer, Mary mantuvo encuentros amorosos con el poeta en el cementerio. Motivo más que suficiente para que me produzca un escalofrío pensarlo y me cueste simpatizar con ellos, aun reconociendo, como no puede ser menos, que eran dos genios.

Como el amor es como es, Mary y Percy B. Shelley deciden fugarse; es decir, él decide abandonar a su mujer, que además estaba embarazada, por el consabido método del ahí te quedas. Viajan por Francia y Suiza, y en su ir y venir se les une el rey de los «calaveras», el mismísimo Lord Byron, el gran poeta cuya vida licenciosa escandalizaba a la puritana sociedad de la época.

Una noche de tormentas, la del 16 de junio de 1816, en la casa que Byron tenía alquilada a orillas del lago Lemán, este, que era un poco sádico, quiso que se entretuvieran leyendo historias de fantasmas. Los invitados, además de Mary y de Percy B. Shelley, eran su médico personal y amigo John William Polidori, Claire, la

hermanastra de Mary, y el autor de *El monje*, Matthew Lewis.

Y así, entre risas y escarceos amorosos de unos y otros, a Byron se le ocurrió que cada uno de ellos escribiera un relato de terror. Mary Shelley y Polidori lo hicieron. Ella creó a *Frankenstein* y Polidori, *El vampiro*. Ella triunfó con su monstruo; a Polidori no le fue reconocido su genio hasta después de muerto.

¿Cómo nació Frankenstein de la mente de aquella joven?

Al parecer, ya habitaba en ella porque a los 18 años había soñado con él. Vaya usted a saber. Frankenstein es una víctima de Victor el científico que le alumbra a partir de cadáveres y que luego le desprecia y le abandona, temeroso además de su propia obra.

A la soledad, Frankenstein une la desesperación de saberse diferente, le atormenta sentir el rechazo de los demás, sobre todo de su creador, del que procura vengarse, y su angustia procede de la falta de sitio en el mundo en el que está condenado a vivir.

En realidad, el monstruo es fruto de la ambición de Victor, que ha jugado a ser Dios creando vida con restos de cadáveres. Y el monstruo destruye a su creador y se destruye a sí mismo dejando un reguero de sangre.

Sí, esta historia terrorífica salió de la mente de la joven Mary, de la hija de dos pensadores revolucionarios en su tiempo, de la mujer para la que no existen más barreras que las de su propia voluntad, y que ama a Percy B. Shelley, un joven poeta por el que está dispuesta a hacer cualquier cosa.

Shelley, el poeta que despierta la admiración de Byron. Shelley, que se refugia con Mary en Italia, en La Spezia. Shelley, que acepta el desafío de Byron de afrontar una aventura en el mar y que muere ahogado.

Mary moriría años después de un tumor cerebral, como si el monstruo que había creado se ensañara con la mente creadora.

Entonces, ella

Y un salto en el vacío. Casi siento un temblor al pasar de Mary Shelley a una novelista como **Margaret Mitchell**. Mientras la primera habita en el Parnaso de las Letras, la segunda es autora de un solo libro del que ella dejó dicho: «Entiendo de libros y el mío no me parece bueno».

Creo que se equivocó al decirlo. Cuando un libro toca el alma de tantos millones de personas como fue el caso de *Lo que el viento se llevó*, eso supone que trasciende su calidad literaria; lo contrario sería sugerir que esos millones de lectores son rematadamente tontos. Algo que, en realidad, suelen pensar muchos críticos e intelectuales orgánicos.

Vi primero la película y a continuación leí el libro convencida de que, más allá de la majestuosidad de lo que había visto en la pantalla, en las páginas de la novela encontraría muchas más cosas. Así fue.

Fin de semana, creo que era un viernes por la tarde, mi madre está repasando la cartelera en un periódico y, de repente, me mira y exclama: «En el Roxy ponen *Lo que el viento se llevó*. Vamos a verla». «¿Y de qué va?», le pregunté. Mi madre me dio una explicación somera que no me convenció mucho, y además la película era «antigua», mi madre recordaba haberla visto de joven.

La miré con suspicacia. Yo debía de estar en la veintena y solo me entusiasmaban «algunas» películas antiguas. Mis favoritas eran, y lo siguen siendo, *Casablanca* de Michael Curtiz, *Ciudadano Kane* de Orson Welles y *El tercer hombre* de Carol Reed. Así que me parecía que no me iba a gustar una película «romanticona» sin más. Pero me equivoqué.

Fuimos al cine, que estaba lleno a rebosar y, cuando terminó la proyección, la

sala se inundó de aplausos, lo que no me extrañó nada. Salí impactada y durante los siguientes días me dediqué a hablar con entusiasmo de *Lo que el viento se llevó*, despertando también miradas suspicaces. Imagínense, estábamos en el comienzo de la Transición y lo que imperaba no era ese tipo de cine. Pero me dio lo mismo y convencí a varias amigas para que fuéramos a verla y, la verdad sea dicha, tuvieron que reconocer que la película les había subyugado tanto como a mí. Todas nos sentíamos encandiladas por Rhett Butler, cualquiera de nosotras se habría fugado con él, mientras que Ashley, interpretado por Leslie Howard, no habría pasado de ser un amigo encantador y aburrido, de esos en los que puedes llorar en su hombro cuando tienes un revés en la vida. No sé lo que pensarán las nuevas mandamases de la cuarta ola del feminismo, pero a mí me sigue gustando Rhett Butler y no pienso hacérmelo mirar.

Y si la película me gustó, la novela aún más. Les confesaré algo que ya es un secreto a voces: todos los meses de diciembre, cuando llegan las vacaciones de Navidad, dedico una tarde a sentarme delante de la tele con el vídeo de *Lo que el viento se llevó*, acompañado de un pastel de chocolate. Y no pienso renunciar a hacerlo, digan lo que digan los «guardianes» de lo políticamente correcto.

En agosto de 2017, tras la muerte de la activista Heather Heyer en los altercados de Charlottesville, la película fue retirada del cine Orpheum de Memphis, donde se proyectaba desde hacía décadas, por considerarla contraria a los valores de hoy. En 2020, como consecuencia de las protestas por la muerte de George Floyd, la plataforma HBO también la eliminó temporalmente de su catálogo para incluir una advertencia sobre los prejuicios racistas. No lo comparto, todo lo contrario; me parece que es una película que refleja cómo era la sociedad norteamericana en aquellos años de la guerra de Secesión. Es un «fresco» de la realidad y nada más. La Historia no se puede ignorar, y menos cambiar, simplemente porque la sociedad de hoy tenga unos valores diferentes a los de ayer. Si no sabemos de dónde venimos, difícilmente podremos entender cómo hemos llegado hasta aquí y el porqué de nuestro presente.

Además, estoy en contra de cualquier tipo de censura, aborrezco a los savonarolas aunque se vistan de buenas intenciones.

En cuanto a la autora, Margaret Mitchell, hay que reconocer que supo captar la esencia de lo que significó la guerra de Secesión. Nacida en Atlanta, hija de un abogado que presidía la Sociedad de Historia de Atlanta, se educó en un ambiente en el que tuvo muy presente lo que significó aquella guerra y lo acontecido en su ciudad.

Pero Margaret Mitchell quería dedicar su vida a la Medicina en vez de a la Historia e inició sus estudios en el Smith College, donde no pudo terminar la carrera porque la muerte de su madre puso fin a aquel proyecto.

Empezó a colaborar con distintos medios de comunicación y terminó casándose con un publicista. Un accidente truncó su carrera periodística y la obligó a estar en casa, donde encontró el tiempo para dejar volar la imaginación y escribir sobre la historia de una guerra que estaba tan presente en su ciudad como en su casa paterna. Cuando se publicó, el éxito fue inmediato, se vendieron ejemplares por miles. En Estados Unidos el éxito de público tiene recompensa: le dieron el Premio Pulitzer. Éxito que aumentó con la adaptación de la novela a la gran pantalla.

Autora de un solo libro ¡pero qué libro! A Margaret Mitchell no le dio tiempo a escribir más porque perdió la vida en un accidente de tráfico. Pero *Lo que el viento se llevó* perdura, la novela y la película, mal que le pese a tanto Torquemada como anda suelto en nuestros días.

Doña Emilia, una feminista inesperada

Y sí, ahora sí se asoma a estas páginas una mujer de personalidad arrolladora y escritora excepcional, doña **Emilia Pardo Bazán**. Y no puedo dejar de recordar a Concepción Fernández Débora, mi profesora de Literatura, quien me enseñó a desentrañar textos, a entusiasmarnos con distintos autores, a profundizar en lo que leíamos y en a quién leíamos. Conchita, siempre la llamo Conchita, más allá de lo que nos enseñaba en clase, nos aconsejaba lecturas.

Así que al menos algunos de mis gustos literarios sin duda se vieron influidos por sus recomendaciones, y el mejor ejemplo es el de Emilia Pardo Bazán.

Cuando Conchita nos hablaba de Pardo Bazán no se olvidaba de entremezclar algunos «guiños» más allá de lo literario. Por ejemplo, solía referirse a que era una mujer que se había saltado unos cuantos convencionalismos y que había disfrutado de cuotas de libertad inimaginables en sus tiempos, incluso en los nuestros (los nuestros de entonces, que estábamos acercándonos a los años setenta).

En casa de mis abuelos había libros que ocupaban lugares de honor y *Los pazos de Ulloa* era uno de esos libros que entusiasmaban tanto a mi abuela Teresa como a mi abuelo Jerónimo y que no andaba lejos de otros de Benito Pérez Galdós, creo recordar que *Fortunata y Jacinta* o *Trafalgar*, uno de los *Episodios nacionales*. Mi abuela odiaba los chismes, y si alguien intentaba hacer alguna alusión a los amores de doña Emilia y don Benito, cortaba la conversación de inmediato diciendo: «Pero bueno, lo que importa es lo que han escrito, todo lo demás era asunto suyo».

El caso es que con el tiempo descubrí la dimensión de Pardo Bazán no solo como escritora, sino como periodista, traductora, catedrática y, sí, también como feminista.

Porque doña Emilia hizo de su capa un sayo, las riendas de su vida las tenía ella

y la vivió como quiso.

Según la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Emilia Pardo Bazán es la mejor escritora del siglo XIX, enmarcada en la corriente del naturalismo, aunque, en mi opinión, su creación literaria no se puede circunscribir solo en esta corriente.

No tengo dudas de que las circunstancias que nos rodean tienen mucho que ver en cómo somos, y así la de Emilia Pardo Bazán fue una vida donde primó lo bueno sobre lo malo, los beneficios sobre las dificultades.

Hija única, su padre, José Pardo Bazán, era miembro del Partido Liberal Progresista, y su madre, Amalia María de la Rúa-Figueroa, una señorita de la buena sociedad coruñesa. La niña recibió una educación acorde con su época y a los 9 años comenzó a apuntar maneras literarias escribiendo versos y a los 15, un cuento.

1868 fue un año trascendental en su vida y, desde luego, en la de España. Fue el año de la revolución que ha pasado a los libros de Historia como «La Gloriosa»: en resumidas cuentas, un pronunciamiento de los generales Juan Prim y Francisco Serrano. La situación se solventó con el exilio de la reina Isabel II a París, exilio del que nunca regresaría. Emilia solía recordar que con solo 17 años «se vistió de largo», ya saben, la presentación en sociedad de las jovencitas casaderas de buena familia, costumbre que ha llegado hasta nuestros días por más que ahora nos resulte, o por lo menos a mí, totalmente rancia. Y como no podía ser de otra manera, no tardó en casarse con un joven, también de buena familia, llamado José Quiroga, que estudiaba para abogado, título que obtuvo en la Universidad de Santiago de Compostela.

Esta es la historia de Pardo Bazán y no la de Isabel II, pero no puedo dejar de preguntarme si, aparte de sus innumerables errores, uno de los más evidentes cometidos por la reina no fue también confiar y dejarse llevar por quien no debía, como el propio general Serrano y tantos otros. Isabel II dejaba que gobernaran en su nombre y eso la llevó al desastre. Pero suya fue la responsabilidad de su propia desgracia. Fue una pésima reina. No hay manera de exonerarla.

Pero volviendo a los Quiroga-Pardo Bazán, o Pardo Bazán-Quiroga, no podían ser más diferentes el uno del otro. Tenían en común educación y origen, pero mientras José Quiroga era un caballero católico a la vieja usanza, comedido y reservado, Emilia Pardo Bazán tenía una vitalidad desbordante. No estaban hechos el uno para el otro. El marido deseaba una vida tranquila, la esposa no quería perder ni un segundo en dejarse mecer por la tranquilidad. Aun así tuvieron tres hijos: Jaime, Carmen y María de las Nieves.

Que su padre, José Pardo Bazán, decidiera trasladarse a Madrid junto a toda su familia para participar en la vida política como diputado en las Cortes, supuso para Emilia seguir ensanchando las puertas de la libertad y conocer a muchos de los intelectuales de la época. Pero si la libertad individual era su enseña, influenciada por su padre, sus ideas políticas se movieron del liberalismo al carlismo. Más

adelante, su padre terminaría dejando toda actividad política.

Libre de compromisos, la familia disfrutó en 1873 de un largo viaje por Europa que marcó a Emilia porque fue la oportunidad de conocer otras maneras de vivir, de escribir, de pensar y de paso, de entrar en contacto con Émile Zola, del que se convertiría en su gran defensora en España. De aquel viaje escribiría un libro años más tarde.

De vuelta en Madrid, su amistad con Francisco Giner de los Ríos ensanchó sus ansias de conocimiento y de ahí su acercamiento al krausismo. Política aparte, se quedó embarazada de Jaime, su primogénito, y escribió su primer libro de poemas que tituló con el nombre del recién nacido. Después escribiría su primera novela, *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina*.

Poco a poco su actividad literario-social fue en aumento. En 1880 dirigió su primera revista, *La Revista de Galicia*, mientras iba escribiendo *Un viaje de novios* y *San Francisco de Asís*. En 1884, el matrimonio entre Emilia y José Quiroga hizo aguas y decidieron separarse de mutuo acuerdo. Algunos de sus biógrafos afirman que entre las causas de sus desavenencias se encontraban las ideas del naturalismo de Émile Zola que Emilia había hecho suyas y reflejado en sus artículos en la revista *Época*, que provocaron no poco escándalo al ser considerados de mal gusto y poco menos que pornográficos, amén de alejados de la doctrina de la Iglesia. Como no le era ajeno lo que sucedía fuera de su entorno, escribió una novela en la que ahondaba en la realidad de la clase obrera, que plasma con crudeza extraordinaria. El escándalo crecía de día en día, y la acusan de todo, también de copiar de Francia ideas y un lenguaje indecente, el lenguaje del naturalismo de Zola.

Cuanto hacía, decía y escribía era motivo de escándalo y parece que José Quiroga pidió a su mujer que no continuara escribiendo de aquello que los señalaba, pero ella no estaba dispuesta a dar un paso atrás. Su mundo se había ensanchado viajando y viviendo en Madrid, y no quería renunciar a participar de la conversación que se daba entre los intelectuales y a la que ella asistía como una igual.

Pongámonos durante unos instantes en la piel de José Quiroga antes de juzgarle mal. Era un hombre con unos valores fruto de una educación, había intentado encajar estar casado con una mujer singular, pero no estaba preparado para ser señalado en sociedad. Y en la década de los ochenta del siglo XIX, la libertad era un escándalo en sí misma, y más si esta era ejercida por una librepensadora como Emilia.

José Quiroga prefirió retirarse discretamente y dejar que su esposa viviera la vida como quisiera y así no tener que soportar ni miradas ni medio sonrisas, pero sobre todo no tener que afrontar que vivir con Emilia era como estar en una noria.

Es de suponer que aquellos artículos publicados en *Época* solo fueron un

detonante más en la crisis matrimonial. El carácter de José Quiroga casaba mal con el de Emilia Pardo Bazán; él habría sido feliz con una mujer convencional, y ella viviendo en absoluta libertad. Y es lo que hace doña Emilia después de la separación, tras la cual anuncia que a partir de ese momento vivirá exclusivamente de su trabajo y no recibirá ni un real de su familia. Es otra manera de afianzar su libertad, su igualdad ante los hombres.

En 1886 publica su novela más famosa, *Los pazos de Ulloa*, y poco después se hace cargo de la presidencia de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid.

1890 fue el año del fallecimiento de su padre, algo que, según el confesor de la familia, fray Luis Castellano, tuvo que ver con los disgustos que le daba Emilia con su vida y sus escritos escandalosos.

Sabemos de la opinión del fraile porque con motivo de la gran exposición que la Biblioteca Nacional preparó sobre Pardo Bazán, salió a la luz una carta suya, en la que poco menos qie la hace responsable, por su vida disipada, de la muerte de su padre. ¡Ay, los savonarolas! En realidad, el fraile apuntaba a la relación de nuestra escritora con Benito Pérez Galdós. Por aquel entonces ya mantenía una relación sentimental con Galdós, una relación entre iguales, dicen sus biógrafos, una relación entre dos escritores que se respetaban y admiraban y que, por encima de la pasión, supieron ser amigos siempre, aunque qué duda cabe de que, sin que mediara histrionismo alguno, al menos en público, también tuvieron sus más y sus menos. Entre otras cuestiones, porque ambos parecían ser incapaces de mantenerse fieles a nadie. Fueron unas cuantas las mujeres que pasaron por la vida de Galdós, y le honra no haber hablado de ninguna de ellas. Aborrezco a los hombres que presumen de sus relaciones con distintas mujeres. Pienso que, cuando necesitan presumir, algún déficit tienen ellos, claro está. Don Benito mantenía un riguroso silencio sobre sus amoríos y era más precavido que doña Emilia, que por entonces había abandonado sus ideas carlistas y empezaba a templar sus opiniones políticas, lo que la llevó a convertirse en diana de sus antiguos amigos.

Tras la pérdida del padre edita una revista, *Nuevo Teatro Crítico*, en la que difunde sus ideas feministas porque para ella es insoportable que las mujeres tengan menos derechos que los hombres.

También funda y dirige la Biblioteca de la Mujer. Su compromiso con el feminismo adquiere más vigor cuestionando desde sus escritos la obediencia y la sumisión hacia los maridos y también denunciando el maltrato que sufren calladamente las mujeres. Si leen *El indulto*, comprobarán hasta dónde llegaban las ideas de la escritora en su defensa de las mujeres. Sus colaboraciones en prensa son de lo más variadas, escribe en *El Imparcial* y en *ABC*.

Insistiré en que fue un espíritu libre difícil de etiquetar porque ella misma rompe las etiquetas. Feminista y conservadora en política, ironiza diciendo que los

sectores conservadores la creen demasiado avanzada, los carlistas la llegan a tachar de liberal y para los progresistas no deja de ser una reaccionaria. Claro que a ella le importa poco lo que opinen los unos y los otros. Vive al margen.

Volviendo a su tórrida relación con Benito Pérez Galdós, cabe preguntarse por qué no cuajó en algo más duradero. Los biógrafos de una y de otro apuntan a que un romance sin más importancia entre doña Emilia y Lázaro Galdiano no sentó nada bien a don Benito, que le respondió con otro romance no menos sonado con Lorenza Cobián, de la que se decía era una mujer muy guapa, modelo del pintor Emilio Sala, y a la que el propio Galdós tuvo que enseñar a leer. Pero como he escrito en líneas anteriores don Benito era de naturaleza enamoradiza y cuando Lorenza Cobián entró en escena, él ya tenía una dilatada vida sentimental a sus espaldas.

Y eso a pesar de la injerencia continua de su cuñada Magdalena, viuda de su hermano Domingo, pero sobre todo de sus hermanas Carmen y Concha, que vivían con él con el objeto de cuidarle.

A las hermanas no les debía de satisfacer ninguna de las mujeres con las que se relacionaba. Y ellas, sus hermanas, eran muy importantes para don Benito, criado por una madre de gran carácter que le había tenido entre algodones por haber sido un niño enfermizo, circunstancia que había llevado a que sus seis hermanas estuvieran muy encima de él.

¿Fue Lorenza la mujer más importante en la vida de Galdós? Seguramente no, aunque tuvieron una hija a la que reconoció y, muerta Lorenza, vivió con él.

Lo cierto es que si la relación sentimental entre Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán no fue a más fue sencillamente porque ambos eran dados a la infidelidad, y así por la vida de Pardo Bazán pasaron unos cuantos hombres a los que no le unió nada más que una pasión momentánea, y por la de Galdós, exactamente igual. Ambos disfrutaban demasiado la vida y las oportunidades amorosas como para ser capaces de garantizar la fidelidad.

En 1912 falleció José Quiroga. Emilia acudió al entierro y además llevó luto por él durante un largo año. Era su manera de demostrar el respeto que sentía por el que había sido su marido y el padre de sus hijos.

La figura pública de Pardo Bazán fue creciendo y la nombraron catedrática de Literatura. Pero lo que no consiguió fue entrar en la Real Academia de la Lengua. Murió en 1921 a causa de la diabetes.

Del 98 al 27

Pensarán que estoy dando un salto en el vacío, de manera que vuelvo a recordar que en este relato tan personal no están todas las que son o han sido. Es solo una selección propia y seguro que me arrepentiré de no referirme a muchas de ellas, pero antes de continuar con las mujeres que se dedicaron a escribir quiero, aunque sea someramente, asomarme a la vida de cuatro españolas que se dedicaron también a la política durante los años que mediaron entre la Segunda República y la Guerra Civil: Victoria Kent, Margarita Nelken, Clara Campoamor y Federica Montseny. Empiezo por Campoamor, Kent y Nelken. De las tres mi favorita es, sin lugar a dudas, Clara Campoamor, porque demostró tener un concepto de la ética que se situaba por encima de las conveniencias.

Las tres fueron elegidas diputadas en 1931 en unas elecciones en que a las mujeres se las podía elegir pero no se les permitía votar. Es decir, podían ser elegidas por los hombres, que eran los únicos que votaban. Pero si alguien luchó para que las mujeres votaran esa fue Clara Campoamor.

Clara Campoamor

Fue elegida en las listas del Partido Radical, en tanto que Kent y Nelken lo fueron en las del Partido Socialista.

Pero mientras Victoria Kent y Margarita Nelken pensaban que había que retrasar la posibilidad de que las mujeres votaran, Clara Campoamor defendió que no era aceptable ninguna discriminación por razón de sexo. Kent y Nelken temían que si las mujeres votaban lo hicieran por las derechas, y Campoamor anteponía la igualdad a cualquier otra consideración. Me quedo con Campoamor.

La discusión se basaba en que tanto Victoria Kent como Margarita Nelken temían la influencia de la Iglesia, contraria en aquel momento a cualquier atisbo de emancipación de la mujer, pero la oposición de estas al voto de las mujeres denota su falta de confianza y de aprecio a sus congéneres.

En cuanto a Clara Campoamor, la suya es la vida de una mujer con un profundo compromiso con los más desfavorecidos. Ella sabía lo que era eso, puesto que al morir su padre, cuando ella tenía solo 10 años, tuvo que ponerse a trabajar. Durante siglos la desaparición del padre o del marido suponía para tantas y tantas mujeres quedar a la intemperie al perder la protección masculina. El padre era quien garantizaba el sustento, por mísero que este fuera. Pero Clara era una mujer de ideas firmes que ya en la edad adulta, mientras trabajaba, consiguió llegar a la universidad y cursar Derecho. Mujer de izquierdas, prefirió militar en el Partido Radical.

Y sí, fue una firme defensora del sufragio para las mujeres, y sufrió los embates de otros partidos de izquierdas y sobre todo de sus compañeras de escaño: Victoria Kent y Margarita Nelken.

Les recomiendo uno de los libros que escribió Clara Campoamor, *El voto femenino y yo: mi pecado mortal*. Produce rabia y tristeza comprobar la soledad en que se vio inmersa por defender lo obvio: que las mujeres tenían que votar y que no había por qué retrasarlo más.

Y es que pese a la valía y el compromiso de Victoria Kent y Margarita Nelken, ambas se equivocaron considerando que las mujeres no tenían suficiente formación y que, además, al estar bajo la influencia de la Iglesia, su voto perjudicaría a la izquierda. Lo sorprendente es que dos mujeres de izquierdas manifestaran ese desprecio y falta de confianza hacia el resto de las mujeres que no habían tenido las mismas oportunidades que ellas de recibir una educación, negándoles discernimiento suficiente para votar. Una actitud elitista y también machista.

Tanto Nelken como Kent no se posicionaron a favor de la igualdad de las mujeres defendiendo su derecho a votar, sino que antepusieron sus conveniencias políticas.

En cuanto a Clara Campoamor, además de ser elegida diputada, formó parte de la Comisión Constitucional, y consiguió otros «derechos» como la Ley del Divorcio y la del Matrimonio Civil. También trabajó en una ley para que no se discriminara entre hijos legítimos y de fuera del matrimonio, y en el establecimiento de la igualdad de hombre y mujer en el matrimonio.

Por cierto, también fue una de las fundadoras del Lyceum y de la Federación Internacional de Mujeres de Carreras Judiciales.

En 1933 no consiguió ningún escaño, pero la nombraron directora general de Beneficencia, aunque, mujer coherente, dejó el cargo y el partido por su desacuerdo con la represión llevada a cabo durante la revolución en Asturias, y meses más tarde

también abandonó la militancia en el Partido Radical.

Era una mujer de izquierdas, sí, pero libre, y con criterio propio que vivió consecuentemente con sus ideas y principios y nunca sacrificó estos por conveniencia política. Por eso Clara Campoamor es una figura política que no cuenta ni con las simpatías de la derecha ni tampoco con las de la izquierda. Quizá los partidos de izquierdas no puedan por menos que avergonzarse por haber defendido que había que retrasar el voto de las mujeres, frente a Campoamor, que defendió la igualdad sin conveniencias ni matices. También su libro *La revolución española vista por una republicana* señalaba algunos de los errores cometidos por el bando republicano, lo que molestó en su día y molesta hoy a los sectores de izquierdas. Pero Clara Campoamor era sobre todo una persona honrada, intelectual, feminista, laica, independiente.

La Guerra Civil la llevó al exilio en Argentina y en Suiza, donde tuvo que vivir de hacer traducciones y de escribir biografías. La suya fue una vida donde la honradez intelectual y la coherencia fueron sus señas de identidad, al menos para mí.

Margarita Nelken

Margarita Nelken fue elegida diputada en las elecciones de 1931, 1933 y 1936, primero en las filas socialistas, pero después, en plena Guerra Civil, dio un salto de este partido para integrarse en el Partido Comunista de España. En su biografía de la Real Academia de la Historia se señala que era de origen judío, de padre alemán y madre francesa, y vivían desahogadamente, ya que tenían una joyería situada en la madrileña Puerta del Sol, lo que les permitió enviarla a estudiar pintura en París. Más tarde se decantó por el periodismo publicando artículos en *El Sol*, *El Liberal*, *El Día*, *Blanco y Negro* y en medios internacionales, como *Le Figaro* y *Le Mercure*, en Francia.

Ella, que defendía retrasar el voto de las mujeres, sin embargo vivió libre de toda atadura; no se casó, sino que mantuvo relaciones sin papeles de por medio, lo que no le impidió tener dos hijos: Magda, con el escultor Julio Antonio, y Santiago, con un empresario sevillano llamado Martín de Paul.

Dado su conocimiento del alemán pudo traducir a Kafka al español. Desde la derecha la tachaban de extranjera, sin que a ella la quebraran esas críticas.

En 1919 publicó una de sus obras más conocidas: *La condición social de la mujer en España*, sin duda un alegato feminista.

Fundó la Casa de los Niños, un centro laico donde las mujeres obreras pudieran llevar a sus hijos. Pero no obtuvo los medios necesarios para mantenerlo. Militante socialista y candidata a las elecciones por Badajoz, consigue un escaño no solo en esa legislatura sino en las dos siguientes.

Se fue alejando del PSOE hasta llegar a militar en el PCE y lo hizo con la misma pasión con que lo había hecho en las filas socialistas, aunque también terminaría abandonando el partido. Pero antes participó activamente en la Guerra Civil, donde en Badajoz le pusieron su nombre a un batallón.

En realidad, era una mujer que no se atenía a los esquemas imperantes sobre qué podían hacer o no las mujeres, lo que provocaba animadversión no solo en la derecha. Se la llegó a acusar de participar en ejecuciones de presos.

Pero ¿quién fue realmente esta mujer? Para el PSOE, una heroína; para otros, la cara amarga de las checas, las prisiones donde se torturaba y se mataba a los rivales políticos.

A lo largo de su vida rompió estereotipos y tabúes, lástima que no defendiera para el resto de las mujeres el derecho al voto. Una actitud inexplicable y, si me apuran, imperdonable.

Murió en Méjico, en el exilio, enfrentada a sus propios camaradas comunistas.

Victoria Kent o Madame Duval

Si Clara Campoamor fue una mujer formidable, de Victoria Kent se puede decir lo mismo. Malagueña de nacimiento, era la cuarta de una familia numerosa de clase media con siete hijos. Su padre, que se dedicaba al comercio, era de origen inglés y ella estudió Magisterio en la Escuela Normal de Maestras.

A través de dos amigos de su padre, Francisco Bergamín y Alberto Jiménez Fraud, consiguió plaza en la Residencia de Señoritas dirigida por María de Maeztu. Más tarde ingresaría en la universidad para estudiar Derecho y su tesis doctoral versó sobre la reforma de las prisiones.

Fue la primera mujer que se colegió en el Colegio de Abogados de Madrid y en sus inicios se dedicó sobre todo al Derecho Laboral. También fue la primera mujer que intervino como abogada defensora en un consejo de guerra, el que se llevó a cabo contra Álvaro de Albornoz, acusado de formar parte del Comité Revolucionario Republicano, procesado por la sublevación de Jaca. Precisamente ella había dado sus primeros pasos como abogada en el bufete de Albornoz. La defensa que hizo fue tan exhaustiva como brillante y eficaz, puesto que consiguió que fuera absuelto. Una proeza.

Se afilió al Partido Republicano Socialista fundado por el propio Álvaro de Albornoz, partido que más tarde se fusionaría con Acción Republicana, y de la fusión de ambos nacería Izquierda Republicana. Ingresó en la Real Academia de Jurisprudencia y fue elegida diputada. En la vida parlamentaria chocó con Clara Campoamor por la cuestión del sufragio de las mujeres. Inconcebible su posición en una mujer de su valía y de ideas feministas, pues antepuso su opinión de que las mujeres no estaban preparadas y, por tanto, su voto perjudicaría a la República.

Nombrada directora general de Prisiones, siguió adelante con las reformas de Concepción Arenal y luchó por la rehabilitación de los presos, consiguiendo avances significativos y la mejora de sus condiciones dentro de las penitenciarías. Bajo su dirección se construyó la cárcel de mujeres de Madrid. Aseguraba que visitar las cárceles era un espectáculo de horror. Eso la llevó a introducir reformas importantes, como los permisos de salida de los presos por razones humanitarias de índole familiar. También puso en marcha el Instituto de Estudios Penales, del que fue director Luis Jiménez de Asúa, el gran penalista, ya que lo que pretendía Victoria Kent era profesionalizar la función de quienes se encargaban de los presos y para ello, con acierto, consideraba necesario que los funcionarios tuvieran conocimientos de Derecho y no pasaran por alto que el principal objetivo no era otro que recuperar a los presos para la sociedad una vez cumplidas las penas. Pero sus reformas provocaron polémicas en los periódicos y en el seno del Consejo de Ministros, que presidía Manuel Azaña y del que formaba parte Álvaro de Albornoz, jefe de filas del partido en el que ella militaba. De manera que al no permitirle llevar a cabo lo que pretendía, dimitió. Una lección de coherencia. Me pregunto cuántos políticos de hoy serían capaces de sacrificar su ego y su cargo público por coherencia.

Su actividad como abogada continuaría y formaría parte de la organización Mujeres Antifascistas. Durante la Guerra Civil, el Gobierno republicano la envió a la embajada de España en París para que intentara ayudar a los republicanos que escapaban de la guerra. Con la derrota de la República, se quedó en París y tuvo que pasar a la clandestinidad bajo el nombre de «Madame Duval». Los nazis habían ocupado Francia y la estaban buscando después de que los franquistas facilitaran su nombre. Tuvo la suerte de que otra mujer, Adèle de Blonay, responsable de Cruz Roja, la ayudara a ocultarse. De su experiencia en la clandestinidad como Madame Duval escribiría *Cuatro años en París*. Cuando consiguió escapar se fue a Méjico, donde sobrevivió dando conferencias y clases de Derecho. También vivió en Nueva York trabajando para Naciones Unidas y, allí, con el apoyo de una amiga y mecenas, Louise Crane, y de Salvador de Madariaga, editaría la revista *Iberia* en donde colaboraron muchos intelectuales de la época.

Regresó a España en 1977 y defendió una amnistía total y el restablecimiento de las autonomías (no estaría mal que quienes cuestionan la Transición estudiaran la Historia de España). Pero su vida ya estaba en Nueva York, adonde volvió, y allí murió a los 90 años.

La suya es la vida de una mujer valiente, comprometida, feminista, laica, de izquierdas, y sin embargo en su haber tiene un «pero», lo mismo que Margarita Nelken: haber defendido frente a Clara Campoamor que las mujeres no estaban preparadas para votar y que su acceso al sufragio debía ser gradual.

Federica Montseny

Y por último, Federica Montseny, la cuarta política que es parte importante de la historia de aquellos años terribles de la Guerra Civil.

Fue la primera española que se sentó en un Consejo de Ministros en España y también, la primera mujer ministra en Europa. ¡Y siendo anarquista!

Nació en Madrid en 1905, hija única de padres catalanes. La suya era una familia anarquista, tanto por parte de padre como de madre, y eso, sin duda, marcó su infancia y su vida. ¡Ah! y si nació en Madrid fue porque sus padres habían sido desterrados a la capital. Circunstancia que debió convertirse en costumbre en aquella familia, cuya vida estuvo entregada a la militancia anarquista en tiempos en los que este tipo de ideas chocaban con el sistema establecido.

La actividad política de sus padres no fue impedimento para que recibiera educación, ya que su madre, Teresa, era maestra, una mujer culta que publicaba en los periódicos artículos sobre la situación de las mujeres y la necesidad de extender la enseñanza. En cuanto a su padre, Federico, que había trabajado como tonelero y era pues un obrero, después de unirse a Teresa terminó siendo maestro, y juntos fundaron una revista gracias a la contribución económica de Alejandro Lerroux: *La Revista Blanca*, en la que consiguieron que colaboraran escritores del prestigio de Pi i Margall y Miguel de Unamuno, entre otros.

Federica hizo su debut literario a los 16 años con la novela *Horas trágicas*, también colaboraba con *Solidaridad Obrera*, el periódico anarquista, y en la revista de sus padres.

Haber recibido una sólida educación le facilitó poder estudiar Filosofía y Letras en Barcelona, estudios que combinaba con la actividad política, porque de tal palo, tal astilla. Desde muy jovencita se afilió a la CNT, donde, como decía, colaboraba en sus publicaciones escribiendo artículos feministas y de todo tipo.

Allí conoció y se enamoró de Germinal Esgleas, un anarquista catalán. De su unión nacieron tres hijos: Vida, Germinal y Blanca, que vino al mundo en el exilio.

En noviembre de 1936, Francisco Largo Caballero, que era el jefe del Gobierno, la nombró ministra de Sanidad y Asistencia Social, cargo en el que estuvo hasta mediados del año siguiente, y en ese tiempo se volcó en la ayuda de quienes huían de España a causa de la guerra, además de procurar que funcionaran las urgencias en los hospitales para atender a los heridos de la contienda.

Dudó a la hora de aceptar ser ministra, puesto que eso iba en contra de su propia ideología, pero Federica, mujer inteligente, supo ver que era una oportunidad que abriría otras puertas a las mujeres y, aun a riesgo de que algunos la consideraran incongruente, aceptó y, en mi opinión, acertó.

Como ministra tuvo en cuenta que era urgente promulgar leyes que protegieran a las mujeres, como la primera Ley del Aborto; puso en marcha los llamados «liberatorios», centros de ayuda para las prostitutas, a las que se enseñaba un oficio

para que pudieran abandonar la prostitución; impulsó un proyecto de protección de las madres solteras, y creó hogares infantiles. Sus preocupaciones y su acción política también la llevaron a apoyar la investigación del cáncer.

Al terminar la guerra huyó a Francia, donde vivió en la clandestinidad porque los nazis habían puesto precio a su cabeza. Al final lograron detenerla en Burdeos y la encerraron en la cárcel de Limoges, donde también se encontraba Largo Caballero. Estar embarazada de su tercera hija la salvó de que la devolvieran a España, que había solicitado su extradición.

Germinal, su compañero, también había sido detenido y encarcelado en Toulouse.

Terminada la guerra se instalaría definitivamente en Toulouse y trabajaría en el semanario *L'Espoir*. Escribió varios libros: *La mujer, problema del hombre*, *Crónica de la CNT*, *La ministra roja* y *Mis primeros cuarenta años*.

Federica siempre estuvo atenta a las necesidades de su familia y sus dos hijas lo fueron todo para ella. Mujer muy familiar, prefirió quedarse en Francia con sus hijas y sus nietos, antes que regresar a España.

Murió en Toulouse en 1994. Unos años antes, en 1978, los españoles pudieron volver a escuchar la voz vibrante de Federica Montseny en una entrevista de Fermín Bocos en Radio Barcelona. La que había sido la primera mujer ministra de la Historia de España hablaba con voz serena y rotunda del porvenir, un porvenir que a ella le fue arrancado al perder la guerra. Desde su atalaya de Toulouse observaba con serenidad la restauración de la democracia arrebatada cuarenta años atrás.

No lo niego, siento una especial admiración por Federica Montseny, lo mismo que por Clara Campoamor. Ambas me parecen un ejemplo de mujeres consecuentes.

Continúo...

Hay dos generaciones, la del 98 y la del 27, en las que las mujeres consiguieron hacer oír su voz. No les resultó fácil, sobre todo a las primeras, pero aun así fueron abriendo huecos, ocupando espacios, haciéndose presentes en la sociedad. Son mujeres que no se resignaron y que como Virginia Woolf, coetánea de muchas de ellas, reivindicaron «una habitación propia».

Son mujeres que dieron un paso adelante defendiendo la igualdad, feministas, muchas de ellas sin siquiera saberlo, porque el feminismo no es solo una palabra que engloba un concepto, sino una actitud ante la vida. Algunas de estas mujeres, más allá de su origen social, aunque la mayoría pertenecían a la burguesía, tenían precisamente «conciencia social», no soportaban las injusticias a las que se veían sometidas las capas más empobrecidas de la sociedad, y se revolvían ante la mirada

condescendiente de tantos hombres incapaces de reconocerles su talento. Otra característica es que muchas de ellas tuvieron matrimonios fallidos.

Son las mujeres del 98 y del 27: desde Emilia Pardo Bazán, pasando por Carmen de Burgos, Concha Espina, María Goyri, Rosa Chacel, María Teresa León, Concha Méndez...

Son mujeres que engloban dos generaciones que en algún caso se solapan, como María de Maeztu, a la que es difícil encasillar en una generación o en otra porque realmente formó parte de ambas. Y mujeres que se dedicaron a la literatura y también a la política, como María Lejárraga, Victoria Kent o Margarita Nelken.

En mi opinión, hay un libro imprescindible sobre la Generación del 98, lo escribió **Carmen Baroja** y se titula *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*. Por cierto, muchos de sus protagonistas no salen bien parados de la pluma, en ocasiones inmisericorde, de la autora. Es un recorrido por unos años en los que, como decía, confluyeron mujeres de ambas generaciones.

Carmen Baroja, hermana de Pío, Darío y Ricardo, **«**los Baroja**»**, vivió en armonía con ellos, pero sin que estos se preocuparan de sus inquietudes ni logros profesionales. Ella era una mujer, y en el universo masculino de una familia como los Baroja las mujeres no ocupaban un espacio propio, por mucho que se quisieran los hermanos y se llevaran bien y compartieran salidas y amistades. Cuando Carmen enfermó de tifus, fue su hermano Pío quien la acompañó a pasar la convalecencia en El Paular, en la sierra madrileña, donde veraneaban Ramón Menéndez Pidal y su esposa María Goyri, que para Carmen siempre fue un modelo de inspiración.

En realidad, la mirada sobre ella fue durante mucho tiempo la mirada sobre la hermana de los Baroja y la madre de los Caro Baroja, como si esa fuera su única identidad. Y sin embargo, siendo jovencita, durante una estancia en París junto a su hermano Pío, fue cuando despertaron en Carmen las ansias de tener una vida propia. Las mujeres francesas parecían tenerla y ella quiso emularlas, de manera que puso las bases para ser independiente.

Aun así se casó, era casi inevitable en esa época, y su madre no esperaba que hiciera otra cosa. Como ella misma explica en esas memorias, en aquella época la moral era muy rígida para las mujeres y muy laxa para los hombres. El destino de una mujer era el matrimonio y por más que intentó resistirse se casó con Rafael Caro Raggio, editor además de funcionario de Correos, con el que tuvo cuatro hijos. Al igual que muchas mujeres de su tiempo, sintió la sombra de la decepción en el matrimonio. Su marido, que también tenía inquietudes intelectuales, si fundó una editorial fue porque gustaba de las novelas francesas además de las de sus famosos cuñados.

En muchas de las biografías de las mujeres de esas dos generaciones aparecen los problemas con los maridos, que o no cumplen sus expectativas o son un freno

para sus ansias de libertad. Se produce un choque de intereses entre esposas que quieren ser algo más y hombres que quieren que sean algo menos.

Pero vuelvo a Carmen, una apasionada de la orfebrería que había puesto todo su talento en este arte, tarea que fue reconocida con numerosos premios, amén de escribir artículos sobre el tema y compartir taller con su hermano Ricardo.

Escribía, sí, escribía de aquello que ocupaba su vida como etnóloga y orfebre. Una de sus primeras obras fue *El arte del encaje*.

Su inquietud intelectual la llevó a poner en marcha junto a su cuñada Carmen Monné, esposa de Ricardo, un «teatro de cámara» con el nombre de El Mirlo Blanco. Para aquella aventura contó con la complicidad familiar y de muchos de los amigos que frecuentaban su casa, entre los que eran habituales Manuel Azaña, Valle-Inclán y Azorín. En este teatro tan personal representaron una adaptación de una obra de Federico García Lorca, *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*. Los Baroja, a quienes les divierte el proyecto, escriben obras para El Mirlo Blanco en las que participan muchos de sus amigos, entre ellos mujeres con iguales inquietudes intelectuales que tenían nombre propio en esa sociedad de finales de siglo: **Magda Donato** era periodista y autora teatral, **Isabel Oyarzábal** era escritora, o la actriz **Josefina Blanco**, esposa de Valle-Inclán.

Junto a **María de Maeztu**, Carmen también participó activamente en la puesta en marcha del Lyceum, lugar en el que se mezclaron esas dos generaciones de mujeres, las del 98 y las del 27, unas en edad madura, las otras más jóvenes, pero todas con un mismo objetivo: ensanchar el espacio de la reducida libertad de las mujeres. Carmen dirigió la sección de Bellas Artes.

Carmen Baroja tomó una decisión comprometida e incomprensible para muchos: no quiso tomar partido durante la Guerra Civil, disentía tanto de un bando como de otro. ¡Ay, la tercera España! Y aunque ella la guerra la pasó en Navarra, en Itzea, la casa familiar donde escribió *Martinito, el de la Casa Grande*, su marido se quedó en Madrid. Cuando se reencontraron, él era un hombre atormentado y enfermo que había perdido cuanto tenía y que tuvo que pedir el reingreso en Correos. Una tragedia más. Ya poco tenían que ver el uno con el otro.

Concha Espina

¿Cómo contarla? ¿Cómo resumir la vida de una mujer ante la que los varones más brillantes de su época no tuvieron otro remedio que admitir su valía? Nació en Santander y fue la séptima de diez hermanos. Empezó a escribir versos siendo casi una niña y con 20 años publicó por primera vez con el seudónimo de Ana Coe Snichp. Más adelante llegaría a utilizar también otros. Su madre murió joven y eso supuso que se mudara con su familia a Oviedo, donde a su padre le habían ofrecido un trabajo como contable. Allí conoció a Ramón de la Serna, con el que se casa y se

marcha a vivir a Chile, donde nacerán sus hijos Ramón y Víctor. Comienza sus primeros trabajos periodísticos o al menos ejerce como tal desde Chile para *El Correo Español* de Buenos Aires.

Regresan a España y nacen José, que no vivirá mucho, y Josefina. En 1903 escribe la que será una de sus obras más importantes, *Mujeres del Quijote*. Además, colabora con varios diarios, entre otros *El Cantábrico*. En 1907 nació su hijo Luis, y en 1909 publica su primera novela, *La niña de Luzmela*, momento en que el matrimonio decide separarse. Ramón de la Serna pone rumbo a Méjico y ella y sus hijos a Madrid. Sufre un traspiés con *El jayón*, una obra de teatro basada en un cuento suyo que no alcanza el éxito esperado. Apenas duró unos días en la cartelera.

En *El metal de los muertos*, publicada en 1920, muestra su preocupación por los problemas sociales que aquejan a España.

Por su novela *Tierras del Aquilón* obtendrá un gran reconocimiento y recibirá el premio de la Real Academia Española. Es nombrada hija predilecta de Santander, e incluso el rey Alfonso XIII le otorga la Orden de Damas Nobles de la Reina María Luisa y erigen una estatua suya. En 1926 recibe el Premio Nacional de Literatura por *Altar mayor*, una novela ambientada en la Asturias rural. Es, por tanto, una escritora de éxito, tanto que en 1928 es propuesta como candidata a la Real Academia Española y un año más tarde para el Premio Nobel, pero ambas Academias le dan la espalda; su nombre volverá a ser propuesto años más tarde sin que su candidatura salga adelante. Es una autora costumbrista, que permanece impermeable a las modas literarias imperantes, pero que cuenta con el reconocimiento de los lectores.

En 1934 se separa de su marido oficialmente y en 1937, ya en plena Guerra Civil, le llega la noticia de que Ramón ha muerto. Ella continúa escribiendo, y de esa etapa son sus obras *La rosa de los vientos*, *El cáliz rojo*, *El más fuerte*, *Esclavitud y libertad*, *Retaguardia*, *Diario de una prisionera*...

Concha Espina escribe y escribe y sigue obteniendo honores en un momento en que sus ojos empiezan a apagarse. La nombran Miembro de Honor de la Academia de Artes y Letras de Nueva York y vicepresidenta de la Hispanic Society of America. La tragedia se asoma a su vida de manera inexorable: en 1940 se queda totalmente ciega.

Sofía Casanova, periodista sobre todo

No me atrevo a detenerme mucho en Sofía Casanova, una gallega nacida en 1861, periodista, corresponsal en Rusia durante la Revolución de Octubre. Y digo que no me atrevo después de haber leído *Azules son las horas* de Inés Martín Rodrigo, donde nos muestra que Sofía Casanova fue una mujer con una vida de película.

Casanova fue corresponsal en dos guerras, la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y entre medias, la Revolución de Octubre, la caída de la República

Española y el golpe de Estado de Franco.

La suya, como la de tantas mujeres de su generación, es una historia de superación ya que su padre se marchó dejando a su mujer y a sus hijos en una situación de precariedad, lo que no impidió que las dificultades cortaran las alas a la vocación literaria de Sofía. Sus primeros versos se los publicarían en el *Faro de Vigo* y ahí comenzaría a cimentar su fama, que se acrecentó ya en Madrid, donde fue reconocida como una poeta a tener en cuenta y empezó a codearse con otros escritores en las tertulias. Le cayó en gracia a don Ramón de Campoamor, que la ayudó cuanto pudo e incluso gracias a él conoció al que sería su marido, un profesor y diplomático polaco, Wincenty Lutosławski, al que siguió hasta su país natal. El cuidado del marido y de las hijas lo compatibilizó con la escritura, y publicó su primera novela, *El doctor Wolski*. También escribió relatos cortos y artículos sobre la vida en Polonia que le fueron publicados en *Galicia Moderna*, *España Artística* y *Revista Contemporánea*. El estar casada con un diplomático supuso acompañarle en sus cambios de destino: Moscú, París, Londres, Roma..., lo que le permitió aprender idiomas, pero el matrimonio, ¡ay, los matrimonios!, se fue a pique. Ya se sabe que algunos hombres si no tienen un hijo varón lo consideran un fracaso, y Wincenty con Sofía solo tuvo niñas.

Cuando se separaron, ella regresó a España, donde comenzó a colaborar de forma asidua con *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Tribuna*, *ABC* y *Blanco y Negro*, cimentando su carrera periodística. Su fama iba en aumento. Tanto, que incluso formó parte de la Real Academia de Galicia. Fue la corresponsal de *ABC* en la Europa oriental durante la Primera Guerra Mundial, con base en Varsovia. De allí tuvo que huir con sus hijas y se refugió en San Petersburgo, donde se topó con la caída del zarismo y el triunfo de la Revolución de Octubre. Pudo contar la muerte de Rasputín, el triunfo de Lenin e incluso entrevistó a Trotski. Insisto en recordar *Azules son las horas*, donde se narran los pormenores de esa entrevista. De regreso a España publicó *De la revolución rusa en 1917* y *La revolución bolchevista: diario de un testigo*.

Durante la Guerra Civil tomó partido por el bando nacional y se entrevistó con Franco en Burgos. Estaba convencida de que el triunfo de los nacionales supondría ventajas para España. Sin duda se equivocó y mucho. El triunfo de Franco supuso una tragedia que duró cuarenta años.

De regreso a Varsovia vivió el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Se refugió en una aldea y asistió en primera fila a las barbaridades perpetradas por el ejército alemán y los nazis, hechos que contó en sus crónicas para *ABC*.

En realidad, aquella mujer que iba para poeta lo sacrificó todo por el amor a su marido y por el periodismo.

No sé si habría llegado a ser una gran escritora o una gran poeta; sí sé que, a pesar de todos los pesares, fue una gran periodista. Murió en 1958, había cumplido 96

años.

María Lejárraga, la «negra» de su marido

Y al igual que Inés Martín Rodrigo ha rescatado a Sofía Casanova, Vanessa Montfort lo ha hecho con María Lejárraga. Gracias a Inés y a Vanessa, las nuevas generaciones tendrán al menos una idea de quiénes fueron estas dos mujeres. Sobre Sofía Casanova ya les he recomendado el libro *Azules son las horas* de Inés Martín Rodrigo, y sobre María Lejárraga les recomiendo la novela que ha escrito sobre ella Vanessa Montfort, *La mujer sin nombre*, que además llevó al teatro. Les diré que Vanessa Monfort me parece una de las mejores dramaturgas actuales.

Pero vuelvo a nuestra protagonista. La verdad es que María Lejárraga sacrificó su talento en aras del triunfo de su marido Gregorio Martínez Sierra, que vendía novelas como rosquillas, solo que no las había escrito él sino María. Cuenta Vanessa que María no es que apoyara y ayudara a su marido, algo comprensible en cualquier pareja, sino que directamente la mayoría de las obras que firmó él estaban escritas por ella.

María fue una mujer educada en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, vivero del feminismo incipiente. Estudió para maestra aunque su talento era mucho y gustaba de escribir y, según cuenta Vanessa Montfort, escribía, pero por su trabajo como maestra no se le permitía hacer ninguna otra actividad, así que acordó con Gregorio, su marido, firmar con su nombre. El caso es que fue tal el éxito de cuanto escribía que no se atrevieron a acabar con la «marca», lo que a Gregorio Martínez Sierra sin duda le beneficiaba. Además, dada la época, si hubiera firmado con su nombre a lo mejor no habrían obtenido tanto éxito de público y crítica habida cuenta de que ser una mujer era un hándicap para que las novelas fueran tomadas en serio.

Así que María borró voluntariamente su identidad mientras escribía textos para su marido que cosechaban el aplauso del público en los teatros.

En realidad, María optó por una vida lejos del público mientras él disfrutaba del éxito. Incluso él llegó a hacer suyo el libro *Cartas a las mujeres de España*, un texto escrito por María en el que abogaba por la libertad de las mujeres. El engaño tuvo patas largas, aunque, dicho sea de paso, era un rumor a voces que detrás de la pluma de Gregorio estaba la de María.

La bola se hizo tan grande que no supieron cómo deshacerla, o simplemente Gregorio prefirió no hacerlo. También escribió libretos de composiciones musicales, como *El sombrero de tres picos*, *El corregidor y la molinera* y *El amor brujo* de Manuel de Falla, con quien tuvo una estrecha amistad y mantuvo una extensa correspondencia. Él la descubrió leyendo *Granada, guía emocional*, escrita por María y que le inspiró sus famosos *Jardines de España*. María convirtió a Falla en su paño

de lágrimas, a él le escribía sobre los desaires de Gregorio y las humillaciones a las que la sometía desde que este se había enamorado de la actriz Catalina Bárcenas, con la que tuvo una hija.

María era feminista y una mujer de izquierdas que llegó a ser diputada por Granada en las listas del PSOE. También militó en el movimiento Mujeres Antifascistas, formó parte del Lyceum y puso en marcha la Asociación Femenina de Educación Cívica. Escribió artículos defendiendo el derecho de las mujeres a votar, y su actividad política fue intensa tanto en el Lyceum como en otras actividades dedicadas a la defensa de las mujeres. Por eso cuesta comprender que una mujer de su talento y personalidad cayera voluntariamente en la trampa de permitir que el nombre de Gregorio figurara en solitario en la portada de los libros. Quizá carecía de todo atisbo de vanidad, quizá, dado su amor incondicional, se conformaba con que la marca «Gregorio Martínez Sierra» funcionara. A mí me resulta incomprensible y él me parece un caradura de libro. Nunca mejor dicho.

Cuando murió Gregorio Martínez Sierra y María quiso obtener el reconocimiento a sus obras, la hija que él tuvo con Catalina Bárcenas no se lo permitió y se quedó para ella los derechos de autor con la inestimable colaboración de la Sociedad General de Autores. Otra injusticia, una más.

Para entonces María ya había sido condenada al exilio y empezó a publicar con su nombre. Una de sus obras fue *Gregorio y yo*, en la que daba cuenta del engaño.

Leyendo los textos ya firmados por María, como *La matriarca*, *La última feria* o *Una mujer por los caminos de España*, entre otros, no hace falta ser muy listo para comprobar que fue ella y solo ella quien escribió los textos firmados por Gregorio Martínez Sierra, al menos la mayoría.

En fin, la de María es la historia de un error y una injusticia. El error de una mujer de confiarlo todo a un marido que supo aprovecharse, innoblemente, del talento de su esposa, y una injusticia porque no es hasta ahora cuando su talento se le empieza a reconocer.

Carmen Karr

Sigo con unas líneas breves sobre Carmen Karr, barcelonesa, periodista antes que nada y, según los datos de la BNE, escritora, musicóloga y publicista, y desde luego una defensora acérrima de los derechos de las mujeres junto a Dolors Monserdà. Nacida en 1865 en el seno de una familia acomodada, empezó muy pronto a escribir en el *Diario de Barcelona*, *El Día Gráfico* y *Las Provincias*. En 1906 comienza a dirigir un suplemento mensual para el público femenino, que llamará *Feminal* y que acompañará a la revista *La Ilustració Catalana*. Desde *Feminal*, lo mismo que desde las conferencias en el Ateneo de Barcelona, defenderá la necesidad de que las mujeres accedan a la educación.

Además de sus colaboraciones periodísticas, es una escritora polifacética que lo mismo publica novelas que cuentos infantiles o teatro. La mayoría de las veces lo hace con el seudónimo Xenia y también con el de Joana Romeu.

Pero Carmen no solo dedica su tiempo a la literatura y al periodismo, además tiene otra pasión: la música, y aquí su obra también es extensa. Además, fue la directora del Pabellón de la Mujer en la Exposición Universal que se celebró en 1929 en Barcelona, ciudad, la suya, a la que siempre estuvo especialmente unida y en la que provocó una auténtica conmoción cuando desde la tribuna del Ateneo defendió el voto para las mujeres. Se casó con otro periodista, Josep Maria de Lasarte. Su novela *Clichés* es un retrato de los problemas de las mujeres de su tiempo.

Ya ven que en esa época las periodistas empezaron a estar en primera línea. Y Carmen lo estuvo con sus artículos publicados en *Feminal*.

Colombine, a caballo entre dos épocas

Y pongo fin a este capítulo con una mujer por la que siento una simpatía especial: «Colombine», «Perico el de los Palotes», «Gabriel Luna»... que cada uno escoja el que más le guste, pero detrás de estos seudónimos estaba Carmen de Burgos, periodista, escritora, traductora, feminista. La primera mujer que tuvo una columna en un periódico, la primera corresponsal de guerra española, la que se puso el mundo por montera e hizo de su libertad, que no le regaló nadie, una enseña. La mujer que se adelantó a su tiempo abriendo el camino a las que vendrían después. Con ustedes: Carmen de Burgos.

Almeriense, nacida en una familia acomodada, a los 16 años ya estaba casada con un joven de buena familia, Arturo Álvarez. La relación no cuaja y terminan divorciándose, pero para cuando lo hacen ya tienen tres hijos, de los que mueren dos.

Estudió para maestra, hizo oposiciones obteniendo un puesto en Guadalajara desde donde combinaba las clases con artículos en los periódicos, siendo la primera mujer con una columna fija en un periódico, el *Diario Universal*. Empieza a utilizar el seudónimo de Colombine. El director le había encargado una columna para mujeres y ella va sorteando el encargo introduciendo asuntos de actualidad y sobre la situación de las mujeres, reclamando el derecho a la igualdad.

Gracias a una beca puede viajar por algunos países europeos al tiempo que escribe artículos para el *Heraldo de Madrid*, que terminarán formando parte del libro *Mis viajes por Europa*, al que seguirán *Peregrinaciones*, *Cartas sin destinatario*... Viajar ya es una pasión y el director del periódico la envía como cronista a la guerra de África, convirtiéndola en la primera mujer corresponsal de guerra. De sus experiencias siempre escribe alguna novela breve en la que aprovecha para hacer reivindicaciones feministas. A *Los inadaptados*, su primera novela larga, le seguirán otras muchas: *La rampa*, *Los anticuarios*, *Los espirituados*, *La mujer fantástica*,

Quiero vivir mi vida...

Carmen de Burgos mantiene una actividad intensa a lo largo de toda su vida. Además de maestra y periodista, fundó la Alianza Hispano-Israelí, desde la que intentó defender a los judíos sefarditas, y fue profesora de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Como periodista, sus artículos se publican en varios diarios: *El Globo, Diario Universal*, *ABC*, *Heraldo de Madrid*... Y relatos cortos en la sección El Cuento Semanal, además de ensayos: *El arte de ser mujer*, *La mujer moderna y sus derechos*, *Arte de saber vivir*... Y por si fuera poco, organiza en su propia casa una tertulia literaria a la que acuden las figuras más destacadas del momento, entre las que se encontraba Ramón Gómez de la Serna, con quien formaría pareja.

Pero hay más. Es traductora del inglés, el francés y el italiano, y como presidenta de la Asociación Cruzada de Mujeres Españolas lidera la primera manifestación para que las mujeres puedan votar, a lo que añade la publicación de un libro: *La mujer moderna y sus derechos*. Precisamente ella, que era militante del PSOE, en un acto de coherencia, se había dado de baja en este partido por las discrepancias que existían en su seno sobre la conveniencia del sufragio femenino, lo que la llevó a afiliarse al Partido Radical. Como era incapaz de parar, llega incluso a impulsar una logia masónica: «Amor número 1».

En 1932 murió de un ataque al corazón mientras pronunciaba un discurso sobre sexualidad en el Centro Socialista de Madrid.

Sin Carmen de Burgos no se puede entender el impulso hacia el feminismo, que daría un paso gigantesco con las mujeres de la Generación del 27.

De camino al 27

María Goyri

Hay madres y madres. Yo tuve la suerte de tener una madre que me inculcó desde niña que llegaría a donde me propusiera, que no había más límites que los que yo me marcara, que ser mujer no era un impedimento para nada. Mi abuela, que llevaba las riendas de la familia, no hacía demasiados distingos entre sus cinco hijos y tres hijas, así que como yo me crie en casa de mis abuelos, tuve la ventaja de ser educada en el valor de la igualdad y en el amor a la lectura.

Pienso en la suerte, en esa suerte, la misma que tuvo María Goyri, cuya madre, Amalia, inculcó a su hija lo mismo que a mí la mía: que ser mujer no tenía por qué ser una condena.

María nació en Madrid en 1873. Amalia se volcó en la formación de su hija, a la que inscribió en una escuela de dibujo y en un gimnasio, algo realmente revolucionario en 1878. Y como los gimnasios eran lugares para chicos, ella aprendió a relacionarse con naturalidad con ellos.

Estudió en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, se sacó el título de Comercio en la Escuela de Comercio y el de Institutriz en la de Institutrices, según reza en la biografía de María de la Fundación Menéndez Pidal, donde además se cuenta que era aficionada al teatro y que asistía con regularidad al Español.

Quiso acceder a la universidad, pero no le permitieron matricularse oficialmente, de manera que lo más que consiguió fue asistir como oyente a las clases de la Facultad de Filosofía. Y de todo esto no hace tanto tiempo... La verdad es que la obtención de derechos no ha sido ningún regalo sino el fruto del tesón y de la lucha de mujeres como María Goyri.

En la facultad, para que su presencia no provocara alboroto, la encerraban en el decanato hasta que comenzaban las clases, momento en que un bedel la

acompañaba al aula donde tenía que sentarse sola, alejada de sus compañeros. Produce sonrojo imaginar una escena así, ¡los chicos alborotados por compartir aula con una joven como ellos!

Según reza en su biografía de la Fundación Menéndez Pidal, cuando acababa una clase María tenía que volver al decanato hasta que comenzaba la siguiente.

Me pregunto qué es lo que pensaban que la joven podía hacer: ¿comerse crudos a sus compañeros de clase? ¿Acaso a ellos se les habrían alterado las neuronas por estar cerca de una mujer? Transcurrido un año, le dieron permiso para pasar de «oyente» a alumna oficial.

También empezó a participar en las actividades del Ateneo, donde se impartían cursos de personalidades como Ramón Menéndez Pidal, Manuel Cossío o Emilia Pardo Bazán. Y fue así como comenzó su relación con Menéndez Pidal, al tiempo que trabajaba como profesora en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. Fue una defensora acérrima de que las mujeres tuvieran acceso a la educación, incluso preparó un programa para la enseñanza de Lengua y Literatura para niñas.

Se licenció en Filosofía con sobresaliente y empezó a escribir relatos para niños que dieron lugar al *Romancero escolar*.

También se convirtió en articulista de la *Revista Popular*. ¿Y qué fue de su relación con Menéndez Pidal? Pues, como sucede con estas cosas, se fue consolidando ya que ambos tenían grandes intereses en común: su amor a la literatura, el primero, pero también eran muy andariegos y gustaban de hacer excursiones por la sierra madrileña.

Cuando Ramón Menéndez Pidal fue nombrado catedrático de Filosofía decidieron casarse, lo que no les resultó fácil puesto que la familia Menéndez Pidal consideraba que María no reunía los requisitos, ya que no era una mujer al uso: tenía ideas propias y las defendía allí donde estuviera, había ido a la universidad, trabajaba y escribía, todos ellos «defectos» insalvables a los que se añadía el que sus padres no estuvieran casados, algo insoportable para una familia conservadora que, además, ya tenía echado el ojo a una posible novia para el joven catedrático. Pero superaron todos esos inconvenientes y se casaron pese a la oposición familiar, y pasaron la luna de miel recorriendo los pueblos por los que pasó Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, en su destierro.

Y fue durante su luna de miel cuando descubrieron que en la Castilla profunda se conserva memoria de los romances populares, y el matrimonio, entusiasmado, se prestó a escucharlos y escribirlos. Eso los llevó a poner en marcha el Archivo del Romancero, en el que trabajarían a lo largo de sus vidas, unas vidas que dedicaron al estudio y también a su pasatiempo favorito que era andar por la sierra. Encontraron en El Paular un lugar donde pasar los veranos junto a otros intelectuales que compartían la misma afición.

María y Ramón, que, como dirían los modernos, formaban un buen equipo, tuvieron dos hijos, Jimena y Ramón. Durante algún tiempo, Menéndez Pidal tuvo que marcharse a América para mediar en el conflicto fronterizo que enfrentaba a peruanos con ecuatorianos.

Mientras desempeñaba su papel como diplomático tuvo tiempo de buscar «romances» que enviaba a María, que ya por esa época, además de ocuparse del Archivo del Romancero, escribió un *Manual elemental de gramática histórica española*.

A su regreso, el fallecimiento de su hijo Ramón supuso un golpe para el matrimonio, que lo afrontó trabajando, que es como mejor se sentían. Pasaron una temporada en Estados Unidos, donde Ramón Menéndez Pidal impartió cursos en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore y en Columbia. Mientras, María seguía trabajando en el Romancero e investigando sobre Lope de Vega, el gran maestro del Siglo de Oro, al que había dedicado su tesis doctoral.

Pero aunque María tenía una vida intelectual propia, no por eso dejó de trabajar codo con codo con su marido en todas sus actividades. Se complementaban en todos los ámbitos y trabajar juntos nunca fue un inconveniente, sino una ventaja, porque los intereses de ambos confluían en la misma dirección. Sin duda, el «talante», además del talento, de don Ramón contribuyó a ese entendimiento. Además, volvieron a ser padres de un niño, Gonzalo. Y en ese tiempo se construyeron una casa en San Rafael, Segovia, que se convirtió en lugar de encuentro con sus amigos.

María trabajó en la Residencia de Señoritas que fue creada como reflejo de la Residencia de Estudiantes, y allí impartió clases de Literatura. En la Residencia de Señoritas también dieron clases, además de su directora, María de Maeztu, mujeres tan ilustres como Maruja Mallo, María Zambrano, Zenobia Camprubí, Clara Campoamor...

Imagínense qué suerte haber tenido de maestras a ese grupo de mujeres excepcionales, todas ellas comprometidas con el acceso de las niñas a la educación.

Pero María Goyri no solo era una intelectual, una estudiosa, sino que vivía inmersa en la realidad social de su tiempo intentando mejorar la vida de los más desfavorecidos con proyectos filantrópicos.

Trabajadora infatigable, participó con entusiasmo en los primeros pasos del Instituto Escuela, sobre todo en el método de enseñanza de Lengua y Literatura, a las que incorporó la Expresión Oral. Consideraba que recitar ayudaba a profundizar.

Y como no paraba de participar en cuantas iniciativas le proponían, también ayudó a organizar la Biblioteca Literaria del Estudiante.

Por cierto, que del Instituto Escuela formarían parte, además de María, el propio Ramón Menéndez Pidal, su hija Jimena y su hijo Gonzalo como alumno.

En 1920, durante un viaje a Granada conocieron a Federico García Lorca, que los

guio por los entresijos del Sacromonte, donde pudieron recopilar un buen número de romances. Las múltiples actividades que desarrolló María nos dibujan a una mujer con una gran energía, pero sobre todo con pasión por cuanto hacía, y su amor incondicional por la literatura.

En 1927, Ramón Menéndez Pidal fue elegido director de la RAE, momento en que se trasladan de domicilio al Olivar de Chamartín de la Rosa, donde vivirán no solo ellos sino también Amalia, la madre de María, y sus dos hijos, Jimena y Gonzalo, ambos ya casados.

Entremedias, la proclamación de la República supuso un momento de especial fomento de la cultura. La familia Menéndez Pidal-Goyri promueve un Centro de Estudios Históricos, su Romancero va creciendo, se reorganiza el Instituto Escuela y se crea la Universidad de Santander, de la que fue rector el propio Menéndez Pidal.

La Guerra Civil lleva a Menéndez Pidal al exilio, primero a Cuba y después a Estados Unidos, mientras María se refugia en Segovia y hace lo imposible por reunirse con su marido.

Cuando la guerra termina, los nuevos amos de España clausuran todas las instituciones de enseñanza donde había aflorado lo mejor de la intelectualidad de nuestro país. Comenzaba la larga noche del franquismo.

La negrura de la dictadura envuelve a la nueva España y aun así Jimena Menéndez-Pidal funda un colegio, el colegio Estudio, donde María fue directora e impartió clases de Literatura mientras continuaba trabajando en el Archivo del Romancero.

Un tiempo después, Ramón pudo regresar a España. ¿Se puede contar la vida de Menéndez Pidal sin María Goyri? Imposible. Como no se puede contar la de María sin la presencia de él, que cuando ella muere en 1954, escribe: «Su falta me deja en completo desconcierto...». Y es que habían vivido el uno junto al otro compartiendo la misma pasión por la Literatura y la Historia, además de un compromiso permanente con el derecho a la educación y, desde luego, una escala de valores común que se resume en la defensa de la justicia social.

Las del 27

María Zambrano, Rosa Chacel, María Teresa León, Concha Méndez, Ernestina de Champourcín, Josefina de la Torre... Ellos: Federico García Lorca, Luis Cernuda, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, han tenido la suerte de obtener un reconocimiento que les ha llevado a ser estudiados en las aulas. Pero los nombres de ellas apenas les «suenan» a nuestros estudiantes, quizá con la excepción de María Zambrano y Rosa Chacel. Y sin embargo formaron parte de una de las generaciones literarias más importantes de nuestra historia y fueron adalides en la defensa de los derechos de las mujeres, rompieron tabúes, se saltaron las costumbres mojigatas, dieron pasos para la consecución de la libertad de las mujeres, prescindieron del sombrero como signo de independencia y libertad, y se trataron con ellos de igual a igual.

La del 27 fue una generación que ha dejado una huella profunda en nuestra literatura, sus nombres están escritos con letras mayúsculas y sus vidas y sus obras se estudian en las escuelas. Muchos sufrieron el exilio: Ramón J. Sender, Max Aub, Arturo Barea, Francisco Ayala, Rafael Alberti, León Felipe, Luis Cernuda. Pero ¿y ellas? Ellas también lo sufrieron: Concha Méndez, María Teresa León, Maruja Mallo... Pero a ellas las ha venido envolviendo el silencio, un silencio insoportable y ominoso.

Y es que ellos, que vivieron con ellas o cerca de ellas, tampoco las reivindicaron como debían. Podrían haberlo hecho, podrían haber honrado sus nombres, podrían haber dicho en alto algo tan sencillo como que no solo ellos eran los protagonistas de su generación y haber destacado el enorme talento de ellas... Porque estaban allí, codo con codo: participaban en las mismas tertulias literarias, escribían con ellos en

las mismas revistas y compartían los mismos proyectos. Formaban parte de la vanguardia sin olvidar nunca las raíces, de dónde vienen, y en el caso de ellas, había una permanente reivindicación de la educación y la igualdad de las mujeres. Es decir, eran parte integrante de la vida pública en la que difícilmente cabían las mujeres, pero ellas se hicieron un hueco, nadie les regaló nada.

En mi opinión, esa generación brillante no puede explicarse sin ellas, y como ha venido sucediendo, al final se han quedado a la sombra de ellos. Pero ¿qué habría sido de Gregorio Martínez Sierra sin María Lejárraga? ¿Y de Rafael Alberti sin María Teresa León? ¿Se puede entender a Gómez de la Serna sin Carmen de Burgos? ¿O a Manuel Altolaguirre sin Concha Méndez? ¿A Menéndez Pidal sin María Goyri? Tampoco a Juan Ramón Jiménez sin Zenobia Camprubí. No pongo en cuestión el talento de ellos, sería una estupidez, pero creo que el talento de ellas les ayudó.

Les diré que me sorprende, aunque de tanta sorpresa se me va a quedar ya cara de asombro, el desconocimiento que hoy en día se tiene de lo importante que fue la puesta en marcha del Lyceum Club Femenino y del Ateneo Femenino Magerit.

Sin duda, el Lyceum Club Femenino de Madrid fue una copia del de Londres, fundado por la escritora Constance Smedley. En otras capitales europeas cundiría el ejemplo. El objetivo del Lyceum no era otro que poner en valor a las mujeres y luchar por la igualdad jurídica y social. ¡Casi nada!

Por el Lyceum pasaron mujeres de la talla de María de Maeztu, Victoria Kent, Isabel Oyarzábal, Zenobia Camprubí, Concha Méndez, Maruja Mallo, Elena Fortún...

Precisamente **María de Maeztu** presidió el Lyceum, lo cual no es de extrañar dado su currículum: licenciada en Filosofía, maestra, becada por la Junta de Ampliación de Estudios para conocer el funcionamiento de los centros pedagógicos de los países europeos, pedagoga, feminista, discípula de Ortega y Gasset e impulsora del acceso a la educación de las mujeres. Escribió *El problema de la ética: la enseñanza de la moral* y *Antología de prosistas españoles*.

No crean que era fácil ser admitida en el Lyceum, se exigía tener estudios superiores, algo a lo que habían accedido muy pocas mujeres, o en todo caso haber destacado y tener un reconocido prestigio en el campo de las letras, el arte... De manera que las socias pertenecían a una clase cultural y, por tanto, social, alejada del resto de las mujeres.

Pero aun así, el Lyceum fue un lugar en el que se ampliaron los espacios de la mujer y del conocimiento junto a los valores del republicanismo, al igual que sucedía con la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas. Sí, en estos centros estudiaban o se codeaban las élites, de eso no hay duda, pero su sola existencia suponía una apertura para una sociedad pacata y ensimismada en la que las mujeres no habían tenido relevancia. Otra cuestión importante era la laicidad.

Las puertas del Lyceum se abrieron en lo que hoy es el Ministerio de Cultura, la Casa de las Siete Chimeneas, situada en el centro de Madrid, edificio que está en pie desde el siglo XVI y que perteneció nada menos que al famoso marqués de Esquilache. No sé si los ministros que han pasado por el lugar se han topado alguna vez con Elena, el fantasma de una amante de Felipe II de vida desgraciada. La joven Elena era hija de un montero del rey, casada con un capitán que murió en combate en la batalla de San Quintín. Las leyendas dan para mucho y las maledicencias más, así que unos contaban que ella murió de pena y otros que, como amante del rey, había tenido una hija a la que hicieron desaparecer, seguramente por las malas, mientras que ella apareció acuchillada y su padre ahorcado poco después. Otra versión es que al poco de morir el marido, ella apareció muerta en su cuarto. Vaya usted a saber, porque en aquellos tiempos los reyes se las gastaban como se las gastaban. El caso es que, de cuando en cuando, el fantasma de Elena se pasea entre las chimeneas.

A las señoras que fundaron el Lyceum no les debió de causar ningún temor el fantasma de Elena, puesto que allí se asentaron. Organizaban todo tipo de actividades culturales, se reunían en torno a una mesa de té, invitaban a distinguidos caballeros a conferenciar, como Manuel Azaña, Unamuno, Cernuda, Alberti... Claro que hubo alguno como Jacinto Benavente, que se negó a ir diciendo, según se le atribuye, que él no daba conferencias **«**a tontas y a locas**»**. Expresión que se ha quedado en el lenguaje popular y que seguramente muchos no saben ni a quién se le ocurrió ni por qué. Esta expresión la podemos encontrar en el *Quijote*, en los versos de Urganda la Desconocida, en la parte preliminar de la novela. Además, Cervantes lo hace empleando un doble sentido, no solo con el significado de la locución adverbial, sino llamando también tontas y locas a las doncellas que se divertían con locuras y bobadas insustanciales.

También denominaban a las señoras del Lyceum **«**las maridas**»**... En fin, los hombres de entonces aún tenían que digerir que no eran el ombligo del mundo.

Cinco pesetas eran muchas pesetas, pero es lo que costaba mensualmente ser socia del Ateneo Femenino Magerit, para señoras de las clases sociales acomodadas.

El Ateneo Magerit era un espacio donde ellas podían estar a sus anchas y jugar al bridge, lo que reafirma su clase social, porque ¿quién demonios iba a jugar al bridge en el Madrid de 1932? Disponían de biblioteca, cocina, sala de baile, salones...

Allí las mujeres fumaban, bebían y de cuando en cuando invitaban a los caballeros a fiestas y cócteles. Ellos podían acceder a la sala principal siempre acompañados por una de las socias.

Aunque elitista, era un espacio propio para las mujeres y su sola existencia escandalizaba a la sociedad pacata, lo mismo que sucedía con el Lyceum Club. Era un espacio privilegiado para mujeres privilegiadas por su acceso a la cultura.

Pero así funcionaba la sociedad de aquellos años en que tímidamente las

mujeres se iban abriendo paso.

Ya se había producido la pequeña revolución de **«las Sinsombrero»**. Fue unos años antes, en la década de los veinte, cuando un día Maruja Mallo y Margarita Manso, acompañadas de Federico García Lorca y Salvador Dalí, decidieron quitarse el sombrero. El resultado fue como si ahora mismo alguien se desnudara en la Puerta del Sol o en la plaza de Cataluña; bueno, puede que ahora ni siquiera miraran al nudista y solo despertara una displicente indiferencia. El caso es que quitarse el sombrero, pasear sin él, constituyó todo un escándalo y los cuatro amigos tuvieron que soportar los insultos de los transeúntes que se cruzaban a su paso.

Quitarse el sombrero significaba despojarse de un convencionalismo social, era una reivindicación de libertad. Más adelante les contaré sobre Maruja y Margarita.

Y por este camino llegamos a ellas, a algunas de las mujeres de la Generación del 27, muchas de ellas no tan conocidas como ellos.

De María Zambrano hablé en las páginas de las filósofas, pero del resto no, así pues me parece que, aunque someramente, merecen un capítulo propio. Empezaré por **Rosa Chacel**, una escritora que no fue tan conocida como merecía en España hasta su vejez. Fue entonces cuando muchos la descubrieron leyendo *Barrio de Maravillas*, una de sus últimas obras.

La de Rosa Chacel fue una vida de exilio, forjó su escritura fuera de España aunque cuando se marchó ya había publicado *Estación. Ida y vuelta* y un libro de poemas titulado *A la orilla de un pozo*.

Chacel iba para escultora pero se cambió a la escritura, aunque su paso por la Academia de Bellas Artes de San Fernando le abrió la puerta a conocer al que sería su marido, Timoteo Pérez Rubio, a quien al poco de casarse, en 1922, le ofrecieron trabajar nada menos que en la Academia Española de la Escuela de Arte de Roma. Oportunidad que no desaprovechó y que sería el comienzo de un largo peregrinar del matrimonio. En 1927 regresaron a Madrid y en 1930 ella publicó *Estación. Ida y vuelta*.

La Guerra Civil la lleva a ofrecerse para trabajar como enfermera. De Madrid a Barcelona, de allí a Valencia, y en febrero de 1937 dejó España rumbo a París con el anhelo de regresar cuanto antes. Pero el resultado de la guerra condena a Rosa y a Timoteo a un exilio que durará hasta casi el final de sus vidas. Buenos Aires, Nueva York, Río de Janeiro... ciudades en las que se asientan con la esperanza de regresar, pero en las que a la postre no tienen otra opción que anidar, como les sucedía a tantos otros exiliados.

Teresa, *La sinrazón*, *Memorias de Leticia Valle*, *Novelas antes de tiempo*, *Saturnal*... Rosa Chacel va escribiendo y no regresará a España hasta 1961, pero no

por mucho tiempo, pues su casa está en Brasil, donde reside su marido. Va y viene de un continente a otro, pero su regreso no es definitivo hasta 1977, año en el que muere su marido. A partir de ese momento comienza el reconocimiento: doctora *honoris causa* por la Universidad de Valladolid, Premio de la Crítica por *Barrio de Maravillas*, Premio Nacional de las Letras... Demasiado tarde, demasiado dolor, demasiados kilómetros de distancia. En realidad, toda una vida.

María Teresa León

María Teresa León quizá es una de las escritoras más conocidas de la Generación del 27. Hija de Ángel León, coronel del ejército, y de Oliva Goyri, y sobrina de Menéndez Pidal y María Goyri. Estudió en la Institución Libre de Enseñanza y Filosofía en la universidad. Sin duda, bajo la influencia de su tía María, una de las primeras mujeres que se doctoró en Filosofía.

De María Teresa León me produce admiración su compromiso irrevocable con sus ideas, su valentía para llevar las riendas de su vida y su amor absoluto a Rafael Alberti, por el que sin duda sacrificó su talento para que brillara el de él.

Fue una militante antifascista que dedicó su vida a esa batalla. Se casó demasiado joven, con tan solo 17 años, con Gonzalo de Sebastián Alfaro, perteneciente a una «buena» familia de Burgos y con el que tuvo dos hijos. Estaban enamorados, pero fuera por su juventud o porque las inquietudes de ambos eran contrapuestas, lo cierto es que el matrimonio no funcionó. Algo común en otros intelectuales de su época.

Y María Teresa León hizo algo muy difícil si nos situamos en aquellos años, los años veinte del siglo XX, que fue dar el paso de separarse de su marido y de sus hijos. Había que estar muy segura de sí misma para hacerlo. Pero se vivían tiempos de cambio en los que las mujeres empezaban a tomar las riendas de su propia vida, si bien es verdad que María Teresa pertenecía a una familia burguesa culta y con medios económicos. Y como ella, otras mujeres dieron un paso adelante para no ser solo un apéndice de los hombres. La Ley del Divorcio de la República les facilitó recuperar libertades perdidas con el matrimonio.

Hace unos años, cuando José Manuel Lorenzo se empeñó en llevar a la pantalla mi novela *Dime quién soy*, recuerdo que una noche, cenando con el máximo responsable de una televisión, me dijo que le gustaba la novela, pero que encontraba inverosímil que una mujer pudiera abandonar a su marido y su hijo como lo hacía Amelia Garayoa, la protagonista. Argumentaba que las mujeres no hacen esas cosas, abandonar a sus hijos simplemente por sus ideas, y menos en aquella época, y me propuso que en los guiones se cambiara esa parte de la novela. Yo le dije que no, y a punto estuve de recomendarle que leyera la biografía de María Teresa León.

A quien sí le hice esa recomendación fue a Irene Escolar, protagonista de la serie:

«Si lees la historia de María Teresa León, te costará menos meterte en la piel de Amelia Garayoa y entender las ansias de libertad y el compromiso político de muchas mujeres de aquella época». Creo que Luis García Montero le dio el mismo consejo, según le he oído contar a la propia Irene.

Y vuelvo a nuestra verdadera protagonista. Aquella joven inquieta a la que su mundo se le quedaba pequeño empezó a escribir en el *Diario de Burgos* artículos en defensa de los derechos de la mujer y de la cultura. Firmaba con un seudónimo, Isabel Inghirami, un personaje de D'Annunzio.

Publicó su primer libro, *Cuentos para soñar*, en la editorial Hijos de Santiago Rodríguez, que también le editaron el segundo, *La bella del mal amor*.

Ya estaba separada cuando conoció a Rafael Alberti, que significó una sacudida en su vida. Se enamoró profundamente.

Tampoco es de extrañar que Alberti se enamorara de ella, pues era una mujer no solo bellísima, sino inteligente, enérgica, culta, comprometida y sobre todo osada. En mi opinión, su osadía para plantarse ante cualquier circunstancia define su carácter. Era una mujer que nunca daba un paso atrás.

¿Quién se enamoró primero, Alberti de ella o María Teresa de él? Los presentaron unos amigos comunes y el propio Alberti describió el encuentro: «Surgió ante mí, rubia y hermosa, sólida y levantada como la ola que una mar imprevista me arrojara de un golpe contra el pecho». Si ella le causó esa impresión, no menor debió de ser la que le causó él a ella. El único dolor que la tambaleaba era no poder ver a sus niños, Gonzalo y Enrique. Pero sigue adelante, no se rinde, se libera de su marido, y termina casándose civilmente con Rafael Alberti, con quien recorre varios países europeos con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para estudiar teatro y los nuevos fenómenos literarios: Alemania, Holanda, Noruega y la Unión Soviética... donde se afirmaron en la ideología que se estaba abriendo paso en toda Europa después de su triunfo en Rusia: el comunismo. Es la nota discordante común a muchos intelectuales de su tiempo: que no se revolvieran contra el estalinismo.

Así que a su regreso ponen en marcha una revista, *Octubre*, y cuando se produce la Revolución de Asturias emprenden viaje a Estados Unidos para recaudar fondos para la lucha obrera.

Las autoridades soviéticas los invitan a Moscú en 1934 para participar en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Allí se codean con autores comprometidos con el comunismo al igual que ellos: Gorki, Malraux y tantos otros. Conocen a Stalin, que según afirmaría la propia María Teresa sabía muy bien quién era aquella pareja de españoles. Ella escribió algunas crónicas sobre el viaje en el *Heraldo de Madrid*, en las que manifestaba su admiración por los logros de la Revolución y por el propio dictador. Volvería a la Unión Soviética en el primer año de nuestra Guerra Civil, y de

su encuentro con Stalin, durante dos largas horas, dejaría memoria en la revista francesa *Ce Soir* y en el diario *Ahora*.

María Teresa León y Rafael Alberti conservaron la fe en el estalinismo sin que les pesaran el sufrimiento de los gulags y las purgas que acabaron con la vida de muchos de los escritores con los que se habían codeado durante sus estancias en Moscú. Admiraban a Stalin, no lo ocultan, y en el caso de María Teresa, ahí están sus crónicas para corroborarlo. Sin palabras.

Cuando Franco encabeza el golpe de Estado contra la República desencadenando la Guerra Civil, María Teresa se compromete aún más: forma parte de la dirección de la Alianza de Escritores Antifascistas, pone en marcha la revista *El Mono Azul* y quizá lo más importante es su trabajo en la Junta de Defensa y Protección del Tesoro Artístico Nacional, que se encargó, entre otros cometidos, de proteger las obras de arte del Museo del Prado y de El Escorial. Publica por entonces *Contra viento y marea* y *Juego limpio*. Dirigió además una obra de teatro, *Los títeres de cachiporra*, de Federico García Lorca. Amiga leal de Federico, su asesinato fue un mazazo para ella. Promovió un *Romancero* de la Guerra Civil dedicado a él con escritos de Bergamín, Alberti, Miguel Hernández, Emilio Prados, Altolaguirre...

María Teresa es una mujer que se entrega de manera absoluta, ya sea al amor o a las ideas, y se le viene el mundo abajo según se perfila el fin de la guerra.

Año 1939, la República ha perdido. María Teresa y Alberti salen de España con destino a Orán, de allí a Francia, a Marsella, e inmediatamente a París, donde encuentran trabajo como traductores en la radio Paris-Mondial. Tienen amigos, Picasso, Neruda, Corpus Barga, y de allí viajan a Argentina. María Teresa escribe, escribe siempre, y publica *Morirás lejos*, *Las peregrinaciones de Teresa*, *Fábulas del tiempo amargo*... escribe, escribe, incluso escribe la biografía del Cid, al que siente cerca por su exilio.

Participó en un programa de radio dirigido a las mujeres donde se trataba de cocina, de libros, de cómo ser buena anfitriona... Tienen que vivir, pagar facturas, y el programa tiene éxito, tanto que se terminaría convirtiendo en libro: *Nuestro hogar de cada día. Breviario para la mujer de su casa*.

Y un día Rafael y ella volvieron a emprender camino: visitaron algunos países de Europa, e incluso recalaron en China y publicaron *Sonríe China*. Pero Argentina dejaría de ser su hogar. Se había acabado la condescendencia con los exiliados de izquierdas, sobre todo con los intelectuales. Otra vez el exilio, esta vez en Italia, brevemente Milán y luego Roma. La vida en Roma se les torna más amable, están más cerca de España y los visitan amigos y curiosos. Su casa está abierta para todos. A Rafael las visitas le arrancan de la melancolía, así que a ella no le importa cocinar, limpiar, recibir amigos. Los años de exilio se dedica a Rafael en cuerpo y alma, hace lo imposible para que a él no le rocen los problemas de la vida cotidiana, que escriba,

que su pluma se deslice dejando a su paso por el papel poemas y más poemas. Ella es su sostén, su sombra, su mano derecha, y también la izquierda. Hace lo que tantas mujeres han hecho antes que ella: sacrificarse a sí misma, dar un paso atrás para que solo brille él. María Teresa no tiene dudas, Rafael es el importante, el gran poeta, y ella le acompaña. Grave error el suyo y el de tantas mujeres que dieron un paso atrás en sus vidas, que subordinaron su talento al de ellos.

En *Memoria de la melancolía* quizá nos encontramos a la mejor María Teresa, a la más auténtica, a la que ya lleva reposado el paso de la vida. El libro se publicó en 1970.

En Roma comienzan a visitarla las sombras del alzhéimer. Se da cuenta de que la memoria se deshace día a día y que Rafael, ¡ay, Rafael!, se aleja de ella. Cuentan sus biógrafos que en Roma se ha enamoriscado de una bióloga de nombre Beatriz Amposta a la que dedica el poemario *Amor en vilo*. ¿Se da cuenta María Teresa o aquel romance de Rafael no atraviesa las brumas de su memoria?

Muere Franco, es el momento de regresar del exilio. Año 1977, primeras elecciones democráticas después de los años de la dictadura. El PCE quiere que sus figuras más relevantes formen parte de sus listas de candidatos. Alberti será candidato como diputado por Cádiz.

Aterrizan en Barajas un día de abril de 1977, para entonces María Teresa León ya solo es una sombra de sí misma. Y él, Rafael, continúa con Beatriz, con la que viaja, a la que sigue visitando en Roma. A Beatriz le sucede una profesora de Literatura, María Asunción Mateo, de la que Alberti se enamora y más tarde se casa con ella, la convierte en su mujer cuando María Teresa muere. Pero hasta entonces ¿dónde está María Teresa?

El marido se ha desprendido de ella, la interna en un centro para que reciba los cuidados pertinentes por su enfermedad. Es como si de repente él también sufriera la enfermedad del olvido. Está pletórico de ganas de vivir, enamorado, España le ha recibido como al gran poeta que es. María Teresa ya no está, no forma parte de su vida, apenas va a verla. Ni siquiera cuando recibe el Premio Cervantes le dedica una sola palabra. Como si él hubiera podido llegar a ser lo que es sin ella, como si él se hubiera podido permitir sobrevivir sin ella, como si ella no hubiera renunciado a ser para que él fuera importante.

Que me perdonen Benjamín Prado y Luis García Montero, amigos del poeta y a los que tanto admiro, pero me enfurece esa deslealtad de Alberti hacia la mujer que le ayudó a ser lo que fue y que, en mi opinión, era mucho mejor escritora que él.

¡Qué rabia! Sí, qué rabia que hasta hace poco los historiadores apenas las tuvieran en cuenta. Si entráramos en cualquier clase de bachillerato y si dijéramos otra vez: «Que

levante la mano el que sepa quién fue Concha Méndez... o Josefina de la Torre... o Ernestina de Champourcín o...», creo que nos llevaríamos un chasco. Afortunadamente, en los últimos años se está llevando a cabo un esfuerzo notable por parte de algunas pequeñas editoriales feministas para rescatar del olvido a estas mujeres.

Concha Méndez

Concha Méndez, poeta y editora, amiga de Luis Cernuda, Alberti y Federico García Lorca, vive inmersa en las inquietudes literarias y políticas de su generación. Sus biógrafos aseguran que fue novia de Luis Buñuel. Tanto da. La suya es una voz imprescindible si se quiere ahondar en lo que supuso la Generación del 27 y, sobre todo, en el ansia de libertad de las mujeres. De ahí que ella decidiera dejar la casa paterna y marcharse al extranjero; primero a Londres, después a Montevideo y Buenos Aires. Su primera obra la tituló *Inquietudes* y refleja a la perfección no solo su estado de ánimo, sino también sus esperanzas. Sus primeros poemas dicen los críticos que llevan el sello de la influencia de Alberti. Puede ser. En 1931 conoce a Manuel Altolaguirre, se casan y ponen en marcha una editorial, La Verónica, que edita a su vez la revista *Héroe*, donde publican intelectuales como Juan Ramón Jiménez o el mismísimo Miguel de Unamuno. Con Altolaguirre vive una temporada en Londres, pero después de la guerra se instalan primero en París y después en La Habana. El matrimonio no resiste los avatares de la vida y se terminan separando tras llegar a Méjico, última etapa de su exilio. Concha Méndez vuelve de visita a Madrid en 1966, pero su vida ya está asentada en Méjico, donde morirá.

Inquietudes, *Vida a vida*, *El carbón y la rosa*, *El pez engañado*, *Sombras y sueños*...

> *Me gusta andar de noche las ciudades desiertas.*
> *Cuando los pasos se oyen en silencio.*
> *Sentirse andar, a solas, por entre lo dormido.*
> *Es sentir que se pasa por entre un mundo inmenso...*

Estas estrofas pertenecen a uno de sus poemas. El suyo es un estilo claro, directo, moderno, la voz de una generación de mujeres que rompe moldes y tabúes y para las que la conquista de libertades es su primer objetivo. ¡Ah!, y fue una de las Sinsombrero, lo mismo que otra poeta que también vivió el exilio, Ernestina de Champourcín.

Ernestina de Champourcín

Vitoriana, de familia «bien», Ernestina recibió una educación exquisita ya que dio sus primeros pasos bajo la batuta de una institutriz francesa primero, y después otra británica, lo que supuso que llegara a hablar con soltura español, francés e inglés,

algo extraordinario en aquellos años. Afortunadamente, hoy en día, nuestros hijos hablan idiomas sin necesidad de ser familia «bien». Cuando sus padres se trasladaron a Madrid ella siguió estudiando, pero lo que sus padres, católicos y muy tradicionales, no le permitieron fue acceder a la universidad.

Desde niña le gustaba escribir poesía y en 1926, con apenas 21 años, publicó *En silencio*, al que siguieron *La voz en el viento* y *Cántico inútil*.

Al igual que a Concha Méndez, Gerardo Diego la incluyó en la *Antología* que vería la luz en 1934.

Ella también formó parte del Lyceum Femenino, donde conoció a Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, y a Concha Méndez, Emilio Prados, Alberti, María de Maeztu y otros intelectuales. En su obra se refleja la influencia de Juan Ramón, al que ella considera, por encima de cualquier otro, su verdadero maestro. Entra en su círculo, le abre las puertas a otra realidad y, ya en el exilio, echará de menos aquellas tertulias en casa de Juan Ramón y de Zenobia. En el Lyceum también conocerá al que sería su marido, Juan José Domenchina, uno de los secretarios de Manuel Azaña, con el que, a causa de la guerra, se marchó al exilio. Como en el caso de tantos otros españoles, la primera parada fue Francia, para luego continuar hacia América. Méjico los acogió y allí sobrevivieron como traductores. Pero siguió escribiendo y en esos años salieron de su pluma, entre otros, *Presencia a oscuras*, *El nombre que me diste*...

La edad la hizo retornar a sus orígenes, a la educación recibida, al catolicismo férreo de sus padres. En 1972 regresó a España y murió en Madrid. Pero ese giro que dio hacia el catolicismo, acercándose al Opus Dei en los últimos años de su vida, hizo que deliberadamente se la ignorara en los estamentos de la «cultura», como si no hubiese formado parte de aquella generación sin par. En España el sectarismo es un pecado tan gordo como la envidia. Sin embargo, ella fue feminista aun sin declararse como tal, lo fue porque creía en la igualdad. En sus poemas aflora la nostalgia, la soledad del exilio, el mundo perdido:

Al final de la tarde
dime tú ¿qué nos queda?
El zumo del recuerdo
y la sonrisa nueva
de algo que no fue
y hoy se nos entrega...

Margarita Gil Roësset

Si hay una historia que me conmueve especialmente es la de Margarita Gil Roësset. Las fotos que se conservan de ella nos muestran a una joven de una belleza etérea, aunque en su mirada se asoma el abismo de la tristeza.

¿Sabía Juan Ramón Jiménez del amor que le profesaba Margarita Gil Roësset? Me inclino a pensar que sí, puede que, acaso, no estoy segura, no lo fomentara pero que le halagara como halaga siempre la admiración de una joven hacia un hombre que está ya en la madurez. Recuerdo un artículo estupendo de Manuel Vicent, como todos los suyos, publicado hace unos años en *El País*, en el que explicaba con bastante detalle que Juan Ramón, de familia acomodada de Moguer, mimado, rodeado de institutrices, de carácter inestable, padecía de los nervios y la muerte de su padre agravó su dolencia nerviosa. En realidad, de adolescente había padecido una neurosis nerviosa que le llevó a un sanatorio de enfermedades mentales, estancia que aprovechó, además de para curarse, para seducir a unas cuantas enfermeras. Parece ser que la suya era una naturaleza enamoradiza. Años más tarde, incluso logró enamorar a una monja. De manera que el gran poeta tenía dotes de seductor y las empleaba consciente o inconscientemente. De ahí que me permita pensar que no fue del todo inocente ante el amor explícito de la joven Margarita. Puede que no lo fomentara, pero un hombre inteligente, hecho y derecho, sabe cuándo una mujer joven está enamorada de él y, por lo tanto, puede y debe reconducir el amor de una cría.

¿Y Zenobia Camprubí? ¿Se había dado cuenta Zenobia de la pasión de Margarita por su marido? Pues yo creo que sí porque insisto en que me cuesta creer que ninguno de los dos fuera consciente de la pasión de una joven con tantísima sensibilidad como Margarita, poeta ocasional y escultora e ilustradora genial. Niña prodigio, con una madre amante de la cultura que la fomenta entre sus hijas. A Margarita le gusta pintar y recibe clases de pintura; también escribe, y a los siete años escribe un cuento a su madre. Su hermana Consuelo ilustraba sus relatos. Margarita pronto se decantó por la escultura y, por más que su madre intentó que le diera clases el escultor Víctor Macho, él se niega. ¿Por qué? Lo explica: no quiere que nadie influya en el estilo de la niña a la que considera «llena de talento».

La crítica la alaba y los intelectuales se rinden ante ella. Al parecer, al mismísimo Antoine de Saint-Exupéry le inspiró *El Principito* con uno de sus trabajos de ilustración. O eso al menos se cuenta en las biografías de Margarita, ya que años antes de que apareciera *El Principito*, ella había ilustrado un cancionero de su hermana Consuelo que se editó en español y en francés.

Margarita es capaz de arrancar vida a la piedra, sus esculturas asombran, son diferentes. Tanto ella como su hermana Consuelo admiran a Juan Ramón y también a su esposa Zenobia. Margarita, además de admirarle, está enamorada, y al mismo tiempo siente un afecto profundo por Zenobia y no sabe cómo gestionar todos esos sentimientos.

Ella tiene 24 años y Juan Ramón, 51. ¿Alentó él el amor de Margarita o simplemente lo aceptó sin darle alas, pero desde la vanidad de sentirse admirado por

una joven de tanta belleza como talento?

Yo creo que sí, aunque seamos benevolentes y hagamos el ejercicio de intentar no prejuzgar malicia en sus intenciones. ¿Cómo no iba a sentirse halagado por el amor de aquella joven? La cuestión es cómo un hombre de su sensibilidad no fue o no quiso ser consciente del dolor de Margarita.

Pienso que pudo haber evitado que aquella pasión se desbordara.

Vuelvo a Zenobia Camprubí, a la sofisticada, elegante, inteligente y bella Zenobia. No dudo de que era conocedora del amor de la joven por su marido, aunque acaso no le dio ninguna importancia: o no quiso dársela, en realidad puede que le resultara más cómodo ignorarla. Entre ellos se referían a Margarita como «la niña». O quizá el silencio de Zenobia era parte del precio a pagar por formar parte de la vida del genio y, a pesar de sus flirteos, ser ella la única mujer. No me atrevo a juzgarla.

Margarita acude un domingo de abril a casa del poeta y le entrega una carpeta amarilla diciéndole que no la abra hasta que ella ya no esté. Aquella carpeta contenía su diario y un poema, «El Amor prohibido»:

Qué sé yo por qué te
quiero tanto...
Y es que...
Ya no quiero vivir sin ti
No... ya no puedo vivir sin ti...
... tú, como sí puedes vivir sin mí...
... debes de vivir sin mí...
Mi amor es infinito... la muerte es... infinita... el mar... es infinito... la soledad infinita... yo con ellos... Mañana tú ya sabes... yo... con lo infinito... lunes, noche... Pero en la muerte, ya nada me separa de ti... solo la muerte, sola... y, es ya... vida tanto más cerca así ... muerte... como te quiero.

A las seis de la tarde del 28 de julio de 1932, Margarita Gil Roësset se pegó un tiro en la sien. Tenía 24 años.

Juan Ramón Jiménez guardó aquellas páginas de Margarita y se refirió a su muerte en *Españoles de tres mundos*. A mi entender, de una manera un tanto tibia:

Si pensaste al morir que ibas a ser recordada, no te equivocaste, Marga.

Estoy segura de que no la olvidó, ¿cómo iba a hacerlo? Pero aunque no la olvidara, aunque ya nunca pudiera olvidar a Margarita, **Zenobia Camprubí** fue sin duda la mujer de su vida. Culta, cosmopolita, escritora, traductora, mujer de negocios, sofisticada, feminista y además dedicada a él en cuerpo y alma. Era una mujer que enamoraba, ante la que no se podía permanecer indiferente. Sin duda Juan

Ramón no solo la amó, también la admiró.

Les recomiendo una biografía realmente interesante sobre ella: *Zenobia Camprubí. La llama viva*, escrita por Emilia Cortés.

Hija de una de las grandes familias de la burguesía catalana, sus padres se divorciaron y Zenobia creció en Nueva York, adonde se la llevó su madre. Nuestra protagonista estudió en Columbia, se inscribió en el Club de Mujeres Feministas y se codeó con lo más granado de la sociedad neoyorquina asistiendo a todo tipo de actividades culturales, lo que despertó su vocación por la escritura. Fue una mujer moderna, diferente, divertida. Todos sus biógrafos destacan su risa, sus ganas de vivir y su alegría.

Zenobia, además, fue una activista en pro de los derechos de la mujer y formó parte de la Asociación de Mujeres Españolas de Acción Feminista Política-Económica-Social.

Cuesta comprender cómo una vitalista como ella se enamoró de un ser taciturno y misántropo como Juan Ramón Jiménez, al que conoció durante una conferencia de Cossío en la Residencia de Estudiantes. Él se rindió ante ella. Era una mujer diferente a la que le costó conquistar. La sometió a un duro asedio hasta rendirla. Y es que no podían ser dos caracteres más opuestos. Se casaron. La madre de Zenobia no tenía muy buena opinión de su yerno, al que consideraba, según cuenta Emilia Cortés, un perturbado, un vanidoso, un egoísta y encima falso...

Después de su boda, Juan Ramón escribió *Diario de un poeta reciencasado*; para los críticos, seguramente, uno de sus mejores libros.

Si Juan Ramón hizo una buena boda casándose con una mujer del talento de Zenobia, ella quizá no tanto, salvo por la satisfacción de estar casada con un genio. Como tantas mujeres valiosas, incomprensiblemente, Zenobia decidió dar un paso atrás y pasar a un segundo plano, y se dedicó en cuerpo y alma a que la vida de Juan Ramón fuera cómoda y apacible y no estuviera sujeta a ningún tipo de vaivenes. Se ocupó de él, desde lo más pequeño a lo más importante. La economía familiar recaía sobre ella. Juan Ramón había encontrado a alguien en quien delegar todos los asuntos de la vida cotidiana.

En realidad, Zenobia se sacrificó a sí misma por él y para él. Aun así, encontró tiempo para ocuparse de los más necesitados, entre ellos, doce niños abandonados a los que tuteló y de los que no se desentendió cuando se fueron al exilio, ya que vendió todas sus joyas para ayudarlos.

Zenobia tenía talento para escribir y sus traducciones de la obra de Rabindranath Tagore fueron un hito. Me pregunto por qué las mujeres sacrificamos nuestro propio talento, como si no nos creyéramos merecedoras de tener más éxito que ellos. Es el síndrome de la impostora que venimos arrastrando a través de los tiempos: son ellos los que tienen que triunfar, brillar, ser reconocidos; a nosotras

tanto nos da. Espero que este sea el pasado y no siga ocurriendo en las nuevas generaciones.

El caso es que aquella mujer tan sofisticada se conformó con escribir para ella misma. Comenzó un diario donde volcó su frustración, su disgusto por el carácter de su marido: melancólico e irascible, que parecía disfrutar sobre todo de la soledad.

Llega el exilio. Primera parada, Francia, y de allí a La Habana, Miami, Boston; ella logra dar clases en Maryland, Puerto Rico... Y se dedica en cuerpo y alma a que a Juan Ramón nada le falte por más que en alguna ocasión soñara con escaparse de la jaula. Pero no lo hace. Aunque en algún momento, cuando él decide descuidarse y no se ocupa ni de su aspecto personal, está a punto de rendirse.

La historia tiene un final trágico. Tres días después de que a Juan Ramón Jiménez le concedieran el Premio Nobel, un cáncer acaba con la vida de Zenobia. La suya es la historia de tantas mujeres que los convierten a ellos en la obra de su vida.

El patrón que se repite en la mayoría de las mujeres de esta generación se puede resumir en que son hijas de la burguesía, han tenido acceso a una educación esmerada, lo que les permite ensanchar el espacio de libertad en el que estaban inmersas las mujeres de su época. Pero ¡ay!, al final ajustan su comportamiento, salvo excepciones, insisto, al de las esposas subordinadas a sus maridos. Algo que, por ejemplo, Pardo Bazán no hizo. Ni tampoco Luisa Carnés.

Luisa Carnés

Pero si hay una excepción a lo dicho anteriormente, es Luisa Carnés, la autodidacta, la chica que aprendió por su cuenta, la gran ignorada de la Generación del 27. Sin embargo, también estaba allí y escribió uno de los libros más impactantes de su generación, *Tea Rooms*, un retrato de su experiencia como camarera en un salón de té. Yo siento especial aprecio por ella, por su coherencia y valor.

Fue pobre, mucho, al contrario que la mayoría de las intelectuales de la Generación del 27. Su padre trabajaba como barbero y su madre, lavando y planchando. Y ella, que creció como hija de una familia pobre, a los 11 años comenzó a trabajar en un taller de sombreros, sin poder estudiar, leyendo lo que caía en sus manos, desde periódicos hasta folletines. Nadie le enseñó el sufrimiento de la clase obrera, lo vivió en su propia carne, trabajando, penando. Pero nunca se rindió y se marcó un rumbo a través del trabajo hasta obtener el de mecanógrafa en la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, lo que le abrió la puerta a echar una mirada al mundo intelectual de la época. Empezó a escribir relatos cortos, y su primera obra, *Peregrinos de calvario*, la publicó en 1928. Pero es con su primera novela, *Natacha*, con la que se abre paso en el mundo de la escritura reflejando la vida de las obreras que ella conoce de primera mano.

En la editorial conoce a Ramón Puyol, dibujante, cartelista, diseñador de

cubiertas, con el que se va a vivir y tendrá un hijo. La vida parece empezar ligeramente a sonreírle. Publica, pero no olvida su origen y en sus escritos están presentes las calamidades que sufre la clase obrera, sobre todo las mujeres. Es espontáneamente feminista, lo ha aprendido sin que nadie se lo enseñara, al igual que nadie le ha enseñado las penurias de pertenecer a la clase más desfavorecida. Por eso es feminista, por eso milita en el PCE. Cuando la editorial quiebra, se van a vivir a Algeciras. En 1934 publica su novela más emblemática, *Tea Rooms*, donde cuenta la vida de una camarera de cafetería. Y da el salto al periodismo. Ella, autodidacta, empieza a trabajar como periodista y a publicar artículos en los diarios *Estampa* y *Ahora*.

La Guerra Civil la lleva a dejar Madrid una vez más; primero va a Valencia y desde allí a Barcelona, desde donde cruza la frontera. Malvive en un campo de refugiados en el sur de Francia. Y por fin el viaje a Méjico, el país que la acoge y en el que morirá como tantos otros españoles que tuvieron que emprender el camino del exilio.

Josefina de la Torre

El de Josefina de la Torre es un caso singular. Es poeta, sí, pero también actriz y cantante. Al contrario que Luisa Carnés, la de Josefina es una familia que no pasa apuros y en la que la cultura está presente: hay pintores, músicos y escritores.

Los suyos la educaron en el amor a la cultura, de ahí que recibiera clases de violín, piano y también de guitarra. Le gustaba cantar y se entretenía escribiendo cuentos.

Su abuelo, un amante del teatro, gustaba de organizar funciones en su propia casa en las que participaban todos los miembros de la familia. Una afición que prendió en Josefina y en su hermano Claudio, con el que viajaría a Madrid para terminar sus estudios. Pronto empezó a acudir a las tertulias literarias y a codearse con escritores, lo que la llevó a empezar a publicar en las revistas de la época.

Le gustaba escribir, pero al mismo tiempo no renunciaba a su otra pasión: quería ser actriz y cantante. Intervino en algunas películas y puso en marcha su propia compañía de teatro.

Josefina no se marchó al exilio, se quedó en España y se abrió camino pese a haber sido integrante de la Generación del 27.

Carmen Conde

Otra escritora fundamental de dicha generación es Carmen Conde, que tampoco se marchó al exilio, sino que logró sobrevivir durante los años oscuros del franquismo.

De Carmen Conde he escuchado hablar en muchas ocasiones a mi amiga Rosa Villacastín, ya que se hizo cargo del archivo de Rubén Darío que guardaba Francisca,

la mujer de la que se enamoró perdidamente el poeta nicaragüense y que luego se convirtió en la abuela de Rosa.

Recuerdo que, para Rosa, Carmen Conde era una figura tan entrañada en su familia que a veces me costaba reconocer en la mujer de la que hablaba a una escritora que formaba parte inseparable de la Generación del 27, que escribía en periódicos desde los 19 años, que a los 22 publicó su primer libro, *La lectura*, que se casó con otro gran poeta, Antonio Oliver, y que juntos fundaron *Presencia*, el órgano de la Universidad Popular, y que fue amiga de Ernestina de Champourcín porque a las dos las unía la influencia que sobre ellas tenía Juan Ramón Jiménez; que durante la Guerra Civil, junto a su marido, se unió a las tropas republicanas trabajando en la emisora del Frente Popular, que durante la locura de aquellos días escribió *Poemas de la guerra* y *Oíd la vida*, que después de la guerra vivió escondida durante un año, tiempo en que escribió su poema «El arcángel»; que aprendió a sobrevivir, sí, a sobrevivir, a pesar de las persecuciones y los juicios; y que fue en los albores de la democracia cuando los ilustres académicos de la RAE tuvieron a bien invitarla a ocupar uno de los sillones de la Academia. Fue la primera mujer que ocupó un asiento en la institución, el sillón «K», y suyas son estas palabras pronunciadas en el discurso de entrada en la Academia: «Vuestra noble decisión pone fin a tan injusta como vetusta discriminación literaria». Y no crean que fue hace mucho tiempo; fue, como quien dice, antes de ayer, en 1979, aunque a lo mejor para los más jóvenes el año 79 del siglo pasado les parece que queda lejísimos.

Bueno, pues de esta mujer era de quien me hablaba mi amiga Rosa como si fuera la vecina de su escalera. «He quedado con Carmen para comer», «Me ha llamado Carmen», «Tengo que ir a ver a Carmen; si quieres, me acompañas». Aquella Carmen de la que me hablaba Rosa era memoria viva de la Generación del 27.

Celia o Elena Fortún

Yo no leí las aventuras de Celia, o al menos no lo recuerdo, y la verdad es que no sé por qué.

Celia llegó al mundo antes de que naciera mi madre, pero formó parte de su niñez y de la de mis tías porque las historias que Elena Fortún contaba eran las que ellas habían vivido siendo niñas. Creo que se identificaban con esa niña que lo preguntaba todo y no se conformaba con cualquier explicación.

En realidad, Celia era la propia Elena Fortún, otra escritora que provenía de una familia burguesa que sufrió diversos vaivenes económicos, pero eso no impidió que recibiera una buena educación y que su madre estuviera atenta a ver con quién se relacionaba.

La muerte de su padre supuso un revés económico para la familia que hizo que madre e hija tuvieran que trasladarse a una casa más modesta. Se casó con un

teniente de Infantería, Eusebio de Gorbea, con el que nunca fue feliz a pesar de que tuvieron dos hijos, Luis y Manuel, al que llamaban Bolín. Y como suele suceder desde que el mundo es mundo, cuando una relación naufraga los interesados buscan fuera de casa lo que no encuentran en ella, así que tanto el marido como la propia Elena tuvieron unas cuantas y discretas aventuras amorosas. Quizá uno de sus problemas fuera su lesbianismo. En aquella época la sexualidad se guardaba bajo siete llaves y Elena Fortún no pudo vivir libremente su propia sexualidad.

Hay un momento clave en la vida de Elena: la muerte de su hijo Manuel con tan solo 10 años de edad. Más tarde, su marido es trasladado a Canarias, donde ella comienza a escribir artículos para el diario *La Prensa*.

Cuando regresa a Madrid, en 1928 publica su primera novela, *Celia Gálvez Montalbán*, que tuvo buena acogida entre el público infantil, y a partir de ahí comienza su carrera literaria publicando en el suplemento infantil *Gente Menuda* de la revista *Blanco y Negro*. Forma parte del Lyceum y va abriendo sus horizontes vitales. Escribe y mantiene una relación con otra mujer, Matilde Ras, de profesión grafóloga, a la que conoce en *Blanco y Negro*. Es una relación a espaldas de todo el mundo, repleta de sinsabores y desencuentros, que la marca profundamente y que termina casi al final de la Guerra Civil, momento en que Elena y su marido deciden exiliarse a Francia, adonde ya se había ido su hijo. Pero no se quedan en Francia, prosiguen viaje a Argentina y se instalan en Salta, donde, además, ella escribirá y trabajará como institutriz.

Su marido cayó en una depresión fruto del exilio y ella decidió regresar a España para lograr una amnistía que les permitiera recuperar la vida perdida. Pero él se suicidó, lo que volvió a helarle el alma. Aun así, decidió quedarse en España, donde se enfrascó con las historias de Celia. Y así hasta que murió en 1952 víctima de un cáncer de pulmón. Antes, su hijo Luis también se había suicidado. La suya es la historia de una mujer a la que se le fue la vida de entre las manos.

Ya de mayor leí *Celia en la revolución*, un retrato de la Guerra Civil, donde relata las miserias de los dos bandos.

Maruja Mallo: la transgresión hecha mujer

Sería injusto no nombrar, aunque sea someramente, a otras dos mujeres cuya presencia engrandeció aquella Generación del 27. Margarita Manso y Maruja Mallo son imprescindibles para contar esa generación. Son las Sinsombrero, mujeres rompedoras con las convenciones de su tiempo.

Seguramente, de todas las Sinsombrero y de las mujeres de la Generación del 27 Maruja Mallo es la que mejor representa un momento de transgresión en la conquista de la libertad.

Nacida en Viveiro (Lugo), se traslada a Madrid a estudiar en la Academia de

Bellas Artes de San Fernando, donde conoce a Salvador Dalí primero y a Margarita Manso después. Considera a Margarita y a Concha Méndez sus mejores amigas. Con ellas escandaliza a los madrileños, como aquel día que, junto a Salvador Dalí y Federico García Lorca, se quitaron el sombrero en pleno centro de Madrid, en la intersección de la Puerta del Sol y la calle de Alcalá. Ella recuerda que, además de los insultos, estuvieron a punto de apedrearlas, lo que le produjo un gran regocijo, pues de eso se trataba, de plantar cara a unas normas sin sentido. El sombrero era un símbolo, un símbolo de estatus social, pero también de contención de las ideas, de falta de libertad. No fue un gesto baladí, aunque seguramente a las nuevas generaciones les cueste entender qué hay de revolucionario en quitarse un sombrero. Les aconsejo que escuchen las canciones del cantautor Paco Damas dedicadas a las Sinsombrero y a las mujeres de esa generación. Las canciones y la música de Paco Damas no les dejará indiferentes.

Volviendo a Maruja Mallo, su pintura se inscribe en el surrealismo y es tan original y única como la de Dalí. Si él es un personaje dado al histrionismo, Maruja no se queda atrás, pues no se atiene a ninguna convención social y vive a su manera, entiende las relaciones desde la libertad y sus romances con Rafael Alberti, Miguel Hernández y Pablo Neruda para ella no pasan de ser aventuras de las que disfrutar.

Pero si su vida es extraordinaria, su pintura lo es mucho más, quizá porque es su gran pasión, la que de verdad la embriaga y en la que pone lo mejor de sí misma. De Maruja, dicen los críticos, no hay uno solo de sus cuadros que no sea una auténtica obra de arte, en sus pinturas no hay un solo centímetro de vulgaridad.

Impresiona tanto a Ortega y Gasset que la invita a exponer en las instalaciones de la *Revista de Occidente*. En sus pinturas están las claves de la modernidad que está llamando a la puerta. Cada pincelada está hecha con precisión, el manejo del color está medido, las formas, el espacio, todo es perfección, lo que sorprende a los críticos habida cuenta de sus provocaciones en el día a día.

Dalí la define como «mitad ángel, mitad marisco», y ella hace suya esa definición para siempre. Se acuesta con quien quiere, sin dar ni admitir que le pidan explicaciones. Pero su talento no conoce barreras y la Junta de Ampliación de Estudios la beca en París, donde conoce a André Breton, quien no puede menos que rendirse ante su talento. Pero quien no se le rinde es Luis Buñuel y entre ellos aflora una corriente espontánea de antipatía. Ni él comprende los recovecos de la personalidad de Maruja ni ella encaja con la de él. Les resulta imposible compartir espacio y aceptar la genialidad del otro. Son dos genios que no se reconocen.

De regreso a Madrid forma parte del grupo que se crea en torno al polifacético Joaquín Torres García, pintor constructivista, ilustrador y escultor; la suya es una expresión artística siempre en la vanguardia, experimentando, huyendo de cualquier academicismo. El uruguayo influye en Maruja, aunque ella reinterpreta el

constructivismo desde otros ángulos, porque sigue siendo original, única.

En 1937 se encuentra fuera de España mientras la Guerra Civil está en su apogeo. Decide instalarse en América Latina, en Buenos Aires, y de allí viaja a Nueva York. Es una pintora de vanguardia, original, estricta en el desarrollo de su arte, por lo que obtiene el reconocimiento de público y crítica y su nombre pasa al olimpo de los grandes.

Regresa a España en 1962 y le duele saberse una desconocida. Siente la indiferencia y el desapego de sus iguales y del público en general. Además, ya no están sus amigos; unos porque han muerto y otros porque sobreviven en el exilio, un exilio repleto de dificultades.

Nadie la conoce, nadie la reconoce. Es el amargo reflejo del exilio. No será hasta los años ochenta cuando la redescubran. Se están recuperando las libertades en España y alguien recuerda a Maruja Mallo, la Sinsombrero.

Margarita Manso: del rojo al azul

Margarita Manso era pintora, lo mismo que Maruja Mallo, artistas desconocidas para muchos de los jóvenes de hoy. La suya es una vida repleta de sinsabores.

Vallisoletana, nacida en el seno de una familia de clase media, a los 15 años consigue ingresar en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Allí conoció a Maruja Mallo y a Salvador Dalí; los tres se harán amigos, a pesar de que tanto Mallo como Dalí, por su edad, estaban en cursos superiores. Fue Dalí quien le presentó a Federico García Lorca, y surgió entre ellos el flechazo de una amistad profunda, especial. Lorca la admira y le dedica el poema **«Muerto de amor»**. Son amigos, se quieren, se reconocen en sus ansias de vivir con libertad. Ella es su musa y la única mujer a la que, dicen, amó el gran Federico. Maruja Mallo contaría que durante una visita que hicieron con García Lorca y Rafael Alberti a Santo Domingo de Silos, los monjes no permitían entrar a las mujeres y ambas se disfrazaron con las chaquetas y las gorras de sus amigos haciéndose pasar por hombres.

Son años de risas y transgresiones sociales junto a todo aquel grupo de talentos que forman la Generación del 27. Ella es una mujer moderna, libérrima, que llama la atención por su belleza. En Bellas Artes conoce a Alfonso Ponce de León, un pintor de estilo vanguardista del que se enamora perdidamente y con el que se casa. En 1930 viajan juntos a París y allí se codean con Picasso, Francisco Bores, Hernando Viñes y Manuel Ángel Ortiz; también con Luis Buñuel.

Alfonso es un pintor de gran talento, representa la vanguardia. Federico le encarga la escenografía de La Barraca, reconoce en Alfonso a un pintor extraordinario.

Pero en 1933, Alfonso Ponce de León se afilia a la Falange, lo que supone un choque entre dos mundos, el que había sido el suyo hasta ese momento y el elegido

por Alfonso. ¿Cómo gestionar esa contradicción? A partir de ese momento, Margarita vive entre dos realidades.

En agosto de 1936 asesinan a Federico García Lorca. Margarita siente que una parte de ella se ha ido con él. Se queda conmocionada preguntándose cómo va a poder vivir sin Federico. Los fascistas le han asesinado. Poco podía imaginar que tan solo un mes después, en septiembre de 1936, Alfonso compartiría su mismo destino. Una noche, cuando regresan a su casa, se encuentran merodeando a un grupo de milicianos comunistas. Detienen a Alfonso y se lo llevan. Ella, desesperada, va a buscarle de checa en checa sin saber que estaba en la de Fomento. No sobrevivirá. Le torturarán y le fusilarán en la carretera de Vicálvaro.

La extrema derecha ha asesinado a Federico y la extrema izquierda, a Alfonso. ¿En qué puede creer? A sus dos amores les han arrebatado la vida, ¿cómo sobrevivir? Pero sobrevive, aun con el alma muerta. Tanto que a partir de aquel momento, aunque sale de Madrid junto a su madre y su hermana y se refugian en Barcelona, desde allí se marchan a Italia, la vida tanto le da.

Lleva en el alma una carga: las muertes de Federico y de Alfonso que le cambiarán la vida. Deja de ser la joven alegre y transgresora. Regresa a España y se va a vivir a Burgos, donde conoce al entonces falangista Dionisio Ridruejo y colabora con él diseñando carteles para la Compañía de Teatro Nacional. No regresará a Madrid hasta 1938, cuando la suerte de la guerra pendía de un hilo.

Es su madre quien la convence de que es mejor que se case, que se funda con el paisaje, que no llame la atención, y lo hace: en 1940 se casa con Enrique Conde Gargollo, editor de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Muchos de sus amigos han muerto, otros sobreviven en el exilio, pero ella vive con el alma helada.

Nadie sabrá del infierno por el que transita su alma. Ni sus hijos ni otros familiares y amigos que van llegando a su vida saben nada de lo que fue esta mujer. Se enterarán muchos años después, cuando Maruja Mallo reivindique a Margarita Manso recordando que fue una de las Sinsombrero. Una mujer que murió en vida al arrebatarle las dos vidas que más amó, la de Federico y la de Alfonso.

María Moliner, siempre cerca de mí

¡Qué sería de mí sin el *Diccionario* de María Moliner! Desde pequeña siempre lo he tenido a mano y ahora que me dedico a escribir me resulta imprescindible. Así que, aunque sea brevemente, no puedo dejar de incluirla en estas páginas.

Y es que su *Diccionario* es algo más que un lugar donde buscar palabras; en realidad, enseña y ayuda a escribir. Creo sinceramente que todos los que escribimos

en español tenemos una deuda impagable con doña María. Empezó a escribirlo a mano en 1946 y terminarlo le costó quince años.

Creo recordar que fue precisamente mi profesora de Literatura, Conchita Fernández Débora, quien nos recomendó que compráramos el *Diccionario* de María Moliner, que en mi caso no fue necesario porque lo teníamos en casa.

Ya he contado en páginas anteriores que mi profe, Conchita, no daba puntada sin hilo. Con la recomendación del diccionario nos contó la historia de doña María Moliner, lo que nos entretuvo un buen rato porque así nos mantuvimos lejos de diptongos, anacolutos, verbos, adverbios y demás.

Aún flota en mis recuerdos su explicación: María Moliner fue una de las alumnas más brillantes de la Institución Libre de Enseñanza, y fue Américo Castro quien despertó en ella el entusiasmo y la afición por la gramática. Cuando nos dijo esto todos intercambiamos esas sonrisitas tontas que se cruzan los adolescentes y que en aquel caso eran expresión de «¡Vaya niña más rara que le gustaba la gramática!». Una cosa era estudiarla, porque había que hacerlo, y otra que te entusiasmase. Está claro que entre nosotros no había una María Moliner en ciernes. Claro que María Moliner no era una niña más, ya en la universidad estudió Filosofía y Letras y terminó la carrera con premio extraordinario.

Ganó unas oposiciones al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y la destinaron al Archivo de Simancas, y de allí al Archivo de la Delegación de Hacienda de Murcia, donde se casó con un catedrático de Física, Fernando Ramón Ferrando.

Allí nacerán dos de sus hijos, Enrique y Fernando, y de Murcia se trasladan a Valencia, donde nacerán otros dos, Carmen y Pedro. Colaborará en la fundación de la Escuela Cossío, inspirada en los valores de la Institución Libre de Enseñanza. También será una colaboradora entusiasta de las Misiones Pedagógicas de la República, y se encargará de la puesta en marcha de las bibliotecas rurales.

María Moliner y su marido forman parte de los españoles que perdieron la guerra y tuvieron que sobrevivir en los oscuros años del franquismo.

Y como le sucedió a Rosalía de Castro y a Emilia Pardo Bazán, en aquel momento, los vetustos miembros de la RAE no la admitieron entre ellos. Sin comentarios. Afortunadamente, las cosas han cambiado y hoy en la RAE se sientan varias mujeres.

Ahora mismo, mientras escribo, tengo a mano mi *Diccionario* de María Moliner y siento un agradecimiento profundo hacia ella por esta obra imprescindible para todos los que hablamos y escribimos en español.

Las del 50

Hay otra generación que nos resulta más cercana, la Generación del 50, integrada por muchos de los grandes de las letras del siglo XX: Rafael Sánchez Ferlosio, los Goytisolo, Ana María Matute, Jesús Fernández Santos, Juan García Hortelano, Carmen Martín Gaite, Ignacio y Josefina Aldecoa, María Victoria Atencia, Francisco Brines, Antonio Gamoneda. También están Elena Quiroga, Celia Bravo, Juan Marsé, José Hierro, José Ángel Valente, Juan Benet... y yo añadiría a Carmen Laforet. Y que me perdonen los ortodoxos, y si no me perdonan me da lo mismo, porque también incluyo a la mismísima Corín Tellado.

Bien es verdad que muchos de los que consideramos integrantes de esta Generación del 50 se revuelven contra esta denominación. Pero lo cierto es que hay una confluencia de escritores que pertenecen a ella, al menos cronológicamente, ya que nacieron en torno a los años veinte del siglo pasado y su explosión literaria se produjo a mediados de siglo. No seré yo quien enmiende la plana a los que se resisten a que los coloquen bajo el epígrafe de esa etiqueta habida cuenta de que a mí me producen alergia las etiquetas y huyo de ellas como de la peste.

En todo caso, formar parte de una generación nos pasa a todos y eso no significa más que compartimos determinadas vivencias colectivas, que somos hijos de un tiempo y que no nos podemos explicar a nosotros mismos fuera de ese espacio temporal que nos marca. No es lo mismo nacer en el siglo XVIII que en el XX. Y es evidente que, por muy dispares que sean las vidas de quienes viven en un siglo u otro, siempre hay un hilo invisible que nos une a los unos con los otros.

Los escritores de la Generación del 50 tienen algunos elementos comunes: el gusto por el lenguaje, una mirada personal e íntima a la hora de escribir sobre lo que

los rodea, su mayor cercanía a la España real. En definitiva, su escritura se podría definir como realista.

Pero, otra vez pero, quiero escribir aunque sea someramente de algunas de las escritoras a las que se engloba en esa generación. Me refiero a Carmen Martín Gaite, Ana María Matute, Elena Quiroga, Celia Bravo, Josefina Aldecoa...

Nada

Sí, ya sé que **Carmen Laforet** es un caso aparte y que no siempre aparece entre quienes pertenecen a la Generación del 50, pero creo que no se puede entender a esta escritora si no se tiene en cuenta su generación. Laforet nació en 1921, Elena Quiroga en el mismo año, Carmen Martín Gaite y Ana María Matute en 1925, Josefina Aldecoa en 1926... De manera que aunque es una escritora «diferente» —«rara» la consideraban algunos—, pertenece a esa generación tan fecunda.

Cuando leí *Nada* tuve la sensación de que algo se me escapaba entre las páginas de la narración. Me parecía que era un libro en el que cada palabra era un reflejo de la extrema sensibilidad de la autora, una sensibilidad contenida pero imposible de ocultar. Es un retrato de una sociedad superviviente de la Guerra Civil que transita durante los primeros años de la dictadura, donde nada es lo que parece porque los que siguen con vida reprimen sentimientos y emociones.

Hay algo misterioso en torno a la figura de Carmen Laforet, quizá su mirada a todo cuanto la rodea, sus emociones contenidas, la sensación cuando una la lee de que realmente solo deja entrever algo de ella en cuanto escribe, y en ese algo se percibe una sensibilidad extraordinaria, amén de un halo de dolor.

También la admiración que suscita que, a pesar de su juventud, su calidad literaria asombrara a críticos y escritores.

Pero Laforet no fue escritora de una sola obra por más que *Nada* esté para siempre en el olimpo de las novelas.

Además están *La isla y los demonios* y *La mujer nueva*, también *La insolación* y *Al volver la esquina*, que son parte de una trilogía inacabada; o sus novelas cortas, por ejemplo, *Un noviazgo*... y el libro publicado hace unos años con la correspondencia que mantuvo con Ramón J. Sender.

En su obra está presente la huella de sus años en Canarias, que quizá eran tiempos felices porque su madre aún vivía. Tampoco se puede entender su obra sin Barcelona. Pasó por la universidad sin quedarse del todo, tanto en Barcelona, donde se matriculó en Filosofía, como en Madrid, donde probó suerte con Derecho. Pero en realidad escribir era un don natural que nada tenía que ver con los estudios, sino con su propio mundo interior.

Pienso en la crueldad del destino, ya que una enfermedad degenerativa la dejó sin palabras.

Hoy en algunos institutos los alumnos leen *Nada* y aprenden y conocen a Carmen Laforet. ¡Menos mal!

Elena Quiroga

A quien no estoy segura de que conozcan los alumnos que ahora cursan el bachillerato es a Elena Quiroga. Si volviéramos a hacer la prueba de pedir que levante la mano quien pueda contar algo de esta autora es posible que no se levantara ni una sola. Y sin embargo es una de las voces literarias más importantes de esa generación precisamente por su audacia a la hora de narrar con nuevas fórmulas, no sé si muy del gusto de la época.

Elena Quiroga, aunque santanderina de nacimiento, fue en Galicia, la tierra de su padre, donde vivió buena parte de su infancia y adolescencia. Vivencias que la marcaron profundamente porque supo contar con gran maestría la Galicia rural, lo que al principio le supuso que no la consideraran una escritora con recorrido. ¡Ay, los críticos! Sin embargo, *La soledad sonora* y *Viento del norte*, con la que ganó en 1950 el Premio Nadal, son dos novelas imprescindibles en su obra.

Pero fue en la siguiente, *La sangre*, en la que cambia el rumbo y empieza a experimentar con otras maneras de contar historias, y seguirá esta línea en *Algo pasa en la calle* y en *La enferma*.

Es una novelista que no se parece a ninguna otra y cuya técnica narrativa difiere radicalmente del estilo literario que tiene unas señas de identidad comunes en la Generación del 50.

Fue la segunda mujer en ocupar un asiento en la RAE y si nuestros estudiantes la leyeran se quedarían deslumbrados por esa manera única de escribir y contar historias. Cuando ingresó en la Academia, Rafael Lapesa, en su discurso de contestación, dijo de ella: «Posee el don de la sabiduría como conocimiento del alma humana, sagaz observación de lo significativo y dominio del arte de novelar». Creo que no se puede añadir mucho más a esa frase de Lapesa.

Voy a seguir con «mis» tres escritoras de la Generación del 50: Carmen Martín Gaite, Ana María Matute y Josefina Aldecoa.

De las tres a quien realmente conocí y estuve cerca de ella fue a Josefina Aldecoa. A Ana María Matute me la presentaron fugazmente una noche en un sarao literario. A Carmen Martín Gaite la admiré como a Matute, desde la distancia y escuchando hablar de ella a mi querida Josefina Aldecoa, ya que fue su marido, Ignacio Aldecoa, el que la introdujo en el ambiente literario de aquella generación de la posguerra integrado por figuras como Juan Benet, Jesús Fernández Santos o Rafael Sánchez Ferlosio, con el que se casó.

Carmen Martín Gaite

A mí me llamaba la atención su aspecto afrancesado, me parecía que tenía un aire de escritora existencialista y que su hábitat debería haber sido el café de Flore de París codeándose con Sartre, Simone de Beauvoir o Camus. Claro que si no iba al Flore sí iba al café Gijón de Madrid, que era lo más parecido que había en España. Precisamente Carmen Martín Gaite ganaría en 1955 el Premio Café Gijón con su novela corta *El balneario*. Dos años más tarde, se haría con el Premio Nadal con *Entre visillos*, una de sus novelas que está entre mis preferidas.

Pero Martín Gaite, que había estudiado Filosofía en Salamanca y allí había participado como actriz en algunas obras teatrales, también sorprende como dramaturga con *A palo seco* o *La hermana pequeña*. Además de hacerlo con sus libros de poemas o de relatos, y con sus publicaciones en distintos periódicos con sus artículos de crítica literaria, desde la *Revista de Occidente*, pasando por *Diario 16*, *ABC* o *El País*.

Y sí, parecía arrancada de la orilla izquierda del Sena, con su boina, que se convirtió en una de sus señas de identidad, su media sonrisa, su aspecto y sus ademanes de intelectual con un cigarrillo siempre cerca y un brillo en la mirada de alguien a quien la vida no ha logrado derrotar. Pero quién sabe.

El Gijón, ¡ay, el Gijón! La primera vez que entré en ese café fue de la mano de mi padre y todos los que estaban allí me parecieron sacados de una novela o de una de esas películas en blanco y negro que protagonizaba Humphrey Bogart. Y eso que yo no conocí el Gijón hasta los años setenta. Pero da igual, el café entonces parecía sacado de una película, sobre todo por el paisanaje.

De manera que Carmen Martín Gaite encajaba a la perfección en aquel mundo literario de charlas entre el humo denso de los cigarrillos y, si entonces me hubieran preguntado a quién me gustaría parecerme, creo que habría respondido sin dudar que a Carmen Martín Gaite.

En cuanto a premios, los obtuvo todos: el Premio Nacional de Literatura, el de la Crítica, el Nacional de las Letras...

Ana María Matute

Ana María Matute es... es un punto y aparte. Tras su mirada se ve el reflejo de lo que ella misma calificó de «jóvenes asombrados» refiriéndose a los escritores de su generación, los hijos de la guerra.

Si pienso en la Ana María Matute de los últimos años, creo que era como la abuela que todo el mundo querría tener. Su voz ronca con frases socarronas, su bondad escapando a través de sus gestos y su mirada con la que sonreía, su disponibilidad ante los medios de comunicación, su humildad... Jamás se dio importancia, ella que tanta tenía.

Además, las tres tienen en común haber ganado el Premio Nadal, Laforet primero, Martín Gaite después y más tarde la propia Ana María Matute. Por cierto, que Ana María Matute también se sentó en la Academia en el sillón «K», y al igual que Martín Gaite también consiguió el Premio Café Gijón.

Ana María Matute era una mujer espontánea que dejó dicha una frase que me parece genial: «Ser vieja no está tan mal porque la gente te perdona todo». La verdad es que se la he copiado en mi vida práctica. Nunca como ahora me he sentido más libre a la hora de decir en voz alta lo que opino. Por lo menos, a cierta edad, todos debemos permitirnos el lujo de hablar sin temor.

Y sobre todo me gusta lo que dijo de Caperucita Roja: «Todos nos acostamos con el lobo, pero lo que no podemos hacer es confundirlo con la abuelita. Caperucita era tonta».

Pero esta es la que de verdad la define: «Escribir para mí no es una profesión, ni siquiera una vocación. Es una manera de estar en el mundo, de ser, no se puede hacer otra cosa. Se es escritor. Bueno o malo, ya es otra cuestión». Y que lo diga.

Ahí están sus obras, *Pequeño teatro*, *Los mercaderes*, *Olvidado rey Gudú*, y tantas otras como *El río*, *Luciérnagas*, *Los niños tontos*, *Paraíso inhabitado*...

Josefina Aldecoa

Y Josefina. Sí, Josefina Rodríguez, que el día que se muere Ignacio Aldecoa decide honrar el apellido del que fue su compañero de vida asumiéndolo como suyo.

Antes de conocer y leer a Josefina ya había leído *Gran Sol*, un relato escrito por Ignacio Aldecoa, seguramente uno de los libros que más me han impactado.

Gran Sol pertenecía a mi tío Juan, hermano de mi madre, y estaba allí, en casa, entre otros libros, sin que yo lo leyera hasta tener ya más de 20 años, lo mismo que me sucedió con *Volverás a Región* de Juan Benet.

«Deberías leer *Gran Sol* —me dijo mi tío cuando me vio con uno en cada mano sin decidirme—. Te vendrá bien, puesto que has decidido ser periodista».

El relato me conmocionó, según iba leyendo me transportaba a aquel barco azotado por las olas donde un grupo de hombres luchan por su propia existencia.

Es un libro vívido en el que todo lo que se narra lo experimentó el propio Ignacio Aldecoa, que se embarcó en uno de los pesqueros que faenan en el Gran Sol, y en el que con cada palabra golpea haciendo sentir la solidaridad, la desesperación, la tristeza, el anhelo de regresar, el sacrificio de unos hombres que navegan para combatir la miseria que arrecia en sus vidas.

Es un relato de una intensidad deslumbrante, realista, tanto que te embarca en ese pesquero y vas sufriendo las incertidumbres de los pescadores como las sufrió el propio Ignacio Aldecoa.

El suyo es un estilo literario inmerso en el neorrealismo, con un intenso

contenido social.

El impacto de *Gran Sol* me llevó a leer *Parte de una historia* y también sus cuentos. Yo soy así, cuando me entusiasmo con un autor siento el impulso, la avidez, de leer todo lo que ha escrito.

Así que antes de conocer a Josefina leí a Ignacio Aldecoa. Sin embargo, Josefina ha sido una persona muy importante en mi vida y no solo como escritora, sino en su labor de maestra y sobre todo como ser humano, única, maravillosa.

Guardo como oro en paño su *Historia de una maestra* que me regaló dedicado. No sabría definir si las obras de la trilogía que comienza con *Historia de una maestra*, y a la que siguieron *Mujeres de negro* y *La fuerza del destino*, se pueden clasificar como novelas históricas, realistas, memorialistas... y tanto me da, lo mismo que a sus lectores. Su lectura impacta, te traslada a aquella España en la que ella fue niña, en la que creció, en la que según iba haciéndose adulta fue incrementando su compromiso político y con la sociedad, en la que formó parte de una generación de escritores que hoy ocupan un lugar en la historia grande de nuestra literatura.

Historia de una maestra es un homenaje a su madre y a su abuela, pero también a todas las maestras de la República, a todas aquellas mujeres que intentaron llevar la enseñanza a los lugares más recónditos de España.

La de Josefina es la historia de una niña que nace en un pueblo de León, La Robla, hija y nieta de maestras, y eso es algo que ya lleva en su propia esencia. Estudia Filosofía, y cuando se instala en Madrid y conoce a Ignacio Aldecoa, la casa de ambos es el lugar de encuentro de todos esos escritores que, como digo, son parte de la historia de la literatura española.

Los Aldecoa ponen en marcha junto a otros autores *Espadaña*, una revista donde firman Celaya y Vallejo y tantos otros. O *La Revista de España*, junto a Ferlosio y Sastre.

Son los niños que nacieron antes de la guerra, que fueron adolescentes durante la guerra y empezaron a tener su propia vida durante los duros años de la posguerra. Todos sufridores del franquismo, con un compromiso social patente.

Hay un antes y un después en la vida de Josefina que lo marca Ignacio Aldecoa. Se conocen en los años cincuenta en Madrid, y la frontera de su separación es la muerte de Ignacio en 1969, momento en que ella decide hacer suyo su apellido, es su manera de rendirle para siempre un homenaje, de evitar que se le olvide, como si eso hubiera sido posible.

Cuando Ignacio muere, Josefina se «retira» a su colegio, el colegio Estilo, un lugar de ensueño que había fundado en 1959, un colegio diferente, mixto y laico, donde se enseñaba a pensar, a tener sentido crítico, donde no había tabúes y todo se podía preguntar, de todo se podía hablar. Laico, sí, pero donde se estudiaba historia de las religiones porque, como la propia Josefina me dijo un día, «es imposible ser

una persona culta sin estudiar el impacto de las religiones en la vida». ¿Cómo vamos a entender *El jardín de las delicias* del Bosco, o *La Anunciación* del Greco o *La Adoración de los Reyes Magos* de Velázquez? ¿Y vamos a dejar de visitar la capilla Sixtina porque está en el Vaticano? Sí, en el colegio Estilo se enseñaba historia de las religiones, pero no se daba religión. Y en el colegio Estilo, en la clase de Arte los niños recreaban alguno de los cuadros que les habían mostrado durante una visita al Prado mientras escuchaban a Mozart. Y en el colegio Estilo se daban clases de ajedrez y de teatro. Y en el colegio Estilo no había libros de texto porque los niños se hacían sus propios libros. Y en el colegio Estilo la libertad era una seña de identidad y no había nada de lo que no se pudiera hablar o preguntar. En el colegio Estilo se enseñaba de manera diferente que en el resto de los colegios. En el colegio Estilo enseñaban mujeres de una valía extraordinaria, mis queridísimas Carmina, Esther, Menchu, Poli, Carmen... Si existiera un paraíso de la enseñanza, habría sido el colegio Estilo... hasta que, durante uno de los gobiernos del PSOE, cambió la legislación y se empezó a dar muchísima importancia a los metros cuadrados de las instalaciones de los centros de enseñanza, que debían disponer de espacio para hacer deporte y para ordenadores... como si a los niños y a los padres del colegio Estilo nos importaran los metros cuadrados o si el jardín del colegio era pequeño, como si estuviéramos allí por eso.

Y un mal día el colegio murió. Menos mal que Josefina ya no estaba para verlo.

A Josefina le gustaba escribir en su casa de Mazcuerras, porque aunque era leonesa de nacimiento fue en Cantabria donde encontró el lugar soñado para pensar y escribir. Y vaya que si escribió.

El vergel; *Madrid, otoño, sábado*; *La enredadera*; *Porque éramos jóvenes*; *La Casa Gris,* y *Cuento para Susana*. Sí, un cuento que escribió para su querida hija, Susana Aldecoa. Y también *Confesiones de una abuela*, dedicado a su único nieto, el hijo de Susana.

Josefina tenía *auctoritas*, algo que no se aprende porque es un don. Recuerdo un día que esperaba a mi hijo en la puerta del colegio, Álex debía de tener entonces ocho o nueve años, y salió llorando. Él, que nunca lloraba por nada, no paraba de hipar. Cuando, preocupada, insistí para que me contara qué le sucedía, me respondió: «Es que le he dado un disgusto a Josefina». Me quedé perpleja sin acabar de entender lo que había pasado. Me lo explicó más o menos así: «He saltado por la ventana de clase al jardín y Menchu me ha visto y me ha mandado al despacho de Josefina...». (Nueva tanda de hipidos). «Y claro —dije yo—, Josefina te habrá regañado y castigado y por eso lloras». Menudo susto, pensé, menos mal que la ventana de su clase estaba muy cerca del suelo. «No, no me ha castigado, me ha dicho que le he dado un disgusto enorme, que si me hubiese roto una pierna o me hubiese pasado algo, papi y tú ibais a pensar que no me cuidan bien en el colegio y, mami, yo no quiero que creas que no

me cuidan. Josefina estaba muy triste». «Pero ¿no te ha castigado?», insistí yo, quizá porque es lo que yo hubiera hecho, ponerle un castigo. «No, no me ha castigado. Hemos estado hablando, ella quería que comprendiera que no puedo volver a saltar por la ventana porque me puedo hacer daño y porque vosotros ya no confiaréis en ella. Y, mami, ya no lo voy a volver a hacer, porque no quiero darle ningún disgusto a Josefina».

O sea que darme el disgusto a mí no le importaba nada, pero dárselo a Josefina era otro cantar. Esa era la grandeza de Josefina Aldecoa, su carisma extraordinario como maestra, su inmensa humanidad.

Los niños que pasaron a lo largo de décadas por las aulas del colegio Estilo conocieron antes de que llegara la democracia lo que significaba la palabra «libertad»: crecer sin prejuicios, sin sexismo, sin temores. Recuerdo que Josefina decía lo importante que era que los niños fueran felices, y el colegio era un espacio de felicidad. Era un colegio de cuento, un cuento al que abruptamente, por la estupidez de las autoridades escolares del Ministerio de Educación, pusieron punto final.

Josefina murió un día de marzo de 2011 en su casa de Mazcuerras, en su querida Cantabria, tal y como ella deseaba.

Rompiendo esquemas

Y ahora algunas de mis escritoras favoritas que no son españolas: Virginia Woolf, Marguerite Yourcenar, Doris Lessing, Pearl S. Buck, Daphne du Maurier, Nelle Harper Lee, Nadine Gordimer, Elena Garro, Marguerite Duras, Joan Didion, Natalia Ginzburg y otras muchas que me han acompañado en momentos de mi vida, lo mismo que Santa Teresa, las hermanas Brontë o Anna Ajmátova.

Forman parte de lo que soy, de lo que he aprendido leyéndolas.

Y en eso llegó Virginia

No sé por qué no he colocado su nombre en alguno de los capítulos anteriores, pero no quiero despedirme sin referirme a ellas. Y empezaré por **Virginia Woolf**, porque sin duda el primer libro suyo que leí, *Una habitación propia*, me produjo una sacudida y me hizo reafirmarme aún más en mis convicciones feministas.

Creo que tenía 17 años cuando mi madre me regaló este libro. Ella lo había leído en inglés, y guardaba el ejemplar comprado en Londres muchos años atrás como un tesoro porque fue uno de los primeros textos que leyó en ese idioma cuando empezaba a dominarlo.

En estos días, cuando escribo, estoy leyendo una biografía de Virginia Woolf escrita por Quentin Bell. Seguramente es uno de los autores que mejor pueden acercarnos al Grupo de Bloomsbury, puesto que sus padres, Vanessa y Clive Bell, formaron parte de él, y su tía lo mismo, pues fue nada menos que la propia Virginia Woolf. Así que estoy leyendo esta biografía con curiosidad e interés, pero también con distancia, porque no quiero que nadie interfiera en mi propia opinión sobre Virginia Woolf, y menos un sobrino, por más que Quentin Bell sea un biógrafo

privilegiado por haber conocido tan de cerca a su tía y a cuantos la rodeaban.

Vaya por delante que el libro escrito por Quentin Bell es una delicia y nos muestra a la Virginia Woolf más cercana.

Pero ya digo que para mí *Una habitación propia* fue el libro que me descubrió no solo a su autora, sino que me hizo reflexionar sobre la mirada de los hombres sobre las mujeres.

Leo en una de sus páginas una reflexión aguada de Virginia Woolf:

> Si Napoleón y Mussolini insisten con tanto énfasis en la inferioridad de las mujeres es porque si ellas no son inferiores, ellos no serían superiores. Eso, en parte, explica lo necesarias que son las mujeres a los hombres. Y también explica lo nerviosos que estos se ponen bajo la crítica de aquellas: la imposibilidad de que una mujer opine que tal libro es malo, o que tal cuadro es flojo, sin provocar más sentimiento y más ira que si quien opinara fuese un hombre. Pues si ella quiere decir la verdad, la imagen del espejo se encoge; su capacidad vital disminuye. ¿Cómo puede seguir haciendo justicia, educando salvajes, dictando leyes, escribiendo libros, vistiendo de etiqueta, discurseando en banquetes, si no se puede ver a sí mismo en las horas del almuerzo y de la comida, agrandado dos veces?

La frase arranca una sonrisa y una reflexión porque Virginia Woolf es una perfecta conocedora de la vanidad mezclada con la inseguridad masculina, con su afán de aparentar ser y saber más que nadie... bueno, más que ninguna mujer.

Creía la escritora en 1929 que cuando pasaran cien años las mujeres ya no serían el «sexo protegido» y participarían en todas las actividades y los esfuerzos que les estaban vedados entonces:

> La niña hombreará carbón. La tendera conducirá una locomotora. Todas las conclusiones derivadas de que la mujer es el sexo protegido caducarán, por ejemplo (aquí un pelotón de soldados atravesó la calle) la conclusión de que las mujeres y los curas y los jardineros viven más que otra gente. Quiten esa protección, expónganlas a los mismos esfuerzos y actividades, háganlas soldados y marineros, maquinistas y trabajadores del puerto y las mujeres morirán tan jóvenes que se dirá: «Hoy he visto una mujer», como antes se decía «hoy he visto un aeroplano». Todo puede suceder cuando la feminidad ya no sea una ocupación protegida.

Y se lamentaba Virginia Woolf haciendo suya una frase de Florence Nightingale, según la cual «las mujeres nunca tienen una media hora que sea realmente de ellas», y tampoco, añade ella, un cuarto para escribir, ya que el espacio del que disponían las mujeres era la sala de estar común y la cocina, de ahí la reivindicación de una habitación propia.

También reflexiona sobre la independencia económica:

> No podemos por menos que especular con la idea de qué hubiera sucedido si Charlotte Brontë hubiese poseído unas trescientas libras al año, si hubiese poseído mayor conocimiento del mundo y de ciudades y regiones llenas de vida, más experiencia práctica e intercambio con sus semejantes y hubiera conocido variedad de caracteres.

Y en tono no sé si jocoso pero sin duda acerado, escribió:

> Si Tolstói hubiese vivido en la casa parroquial con una mujer casada, excluido del mundo, por edificante que fuera la lección moral, me parece que no hubiera podido escribir *Guerra y paz*.

Virginia Woolf reivindica no solo una «habitación propia» para escribir, reivindica también independencia económica y, consecuentemente, la posibilidad de vivir, es decir, de no confiar solo a la imaginación la construcción de otras vidas para volcarlas en el papel. Si no se ha vivido, si no se han conocido otras realidades, si no se han sentido las más variadas emociones, si no se ha tratado con personas distintas a lo que es uno mismo... ¿cómo se pueden contar historias? Y aun así, muchas mujeres lo han logrado, pero sus historias son limitadas, piensa Virginia Woolf, que sufre por esa falta de experiencia vital.

A ella le tocó vivir en un mundo que va envejeciendo a su alrededor, donde, como diría más tarde Gramsci refiriéndose a la política, lo viejo no terminaba de morir ni lo nuevo de nacer. Virginia tiene que adaptarse a esa realidad que no cambia al ritmo deseado, una sociedad aún pacata que la limita aunque ella y sus amigos hayan roto todos los límites, pero al hacerlo de alguna manera se sienten unos parias. Pertenecen a un ámbito social privilegiado y eso los protege pero no los satisface, escandalizan, sienten las miradas condenatorias, caminan a ciegas buscando otras realidades, cuestionan todo lo que los rodea siendo conscientes del privilegio que supone pertenecer a su grupo social.

> Yo debería suplicarles que piensen en sus responsabilidades, que fueran más espirituales, más elevados; yo debería recordarles cuánto depende de ustedes y qué influencia pueden ejercer en el porvenir. Pero esas exhortaciones pueden dejar sin mayor peligro al otro sexo, que las expondrá o, mejor dicho, ya las ha expuesto con mayor elocuencia de la que yo pueda suministrar. Al resolver mi propio espíritu no encuentro el sentimiento noble de que todos somos compañeros e iguales y debemos encaminar el mundo a fines más altos. Me encuentro diciendo breve y prosaicamente que lo más importante es ser una misma. Ni piensen en influir en otras personas, yo les diría, si supiera decirlo de un modo noble. Piensen en las cosas en sí.

En estas palabras se trasluce una dosis de cinismo y de amargura. Su confianza

en el ser humano es ilimitada. No tiene una receta, no hay solución más que la que cada uno encuentre por uno mismo. Son las palabras de una superviviente que cree que la solución y las respuestas no nos vendrán de fuera porque, en realidad, nadie las tiene.

Hay un deje de angustia, de rendición. Si no crees en nada porque en nada merece la pena creer, es difícil encontrar el impulso para seguir viviendo.

En *Una habitación propia* se resume toda su actitud vital, toda su desesperanza. Es el libro de una náufraga que aun así encuentra las palabras para intentar animar a otras mujeres a buscar el camino hacia su libertad.

> Mi credo es que si perduramos un siglo o dos —hablo de la vida común y no de las pequeñas vidas aisladas que vivimos como individuos— y tenemos quinientas libras al año y un cuarto propio; si nos adiestramos en la libertad y en el coraje de escribir exactamente lo que pensamos; si nos escapamos un poco de la sala común y vemos a los seres humanos no ya en su relación recíproca sino en relación a su realidad; si miramos los árboles y el cielo tales como son; si miramos más allá del cuco de Milton, porque no hay ser humano que deba taparnos la vista; si encaramos el hecho (porque es un hecho) de que no hay otro brazo en que apoyarnos y de que andamos solas en el mundo de la realidad y no solo en este mundo de los hombres y las mujeres, entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fue la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto.

Virginia Woolf se explica a ella misma y nos marca el camino a seguir que sintetiza en estos tres puntos: vivir fuera de la sala y de la cocina; por tanto, disponer de un espacio y un tiempo para nosotras, y buscar la independencia económica porque eso nos permitirá poder decidir.

La suya fue una vida desgraciada, la depresión la acompañó durante toda su existencia hasta el suicidio. Quizá el exceso de lucidez la hizo enormemente desgraciada, puesto que no se engañaba sobre la condición humana.

De una sensibilidad enfermiza y ansiosa de vida, creció en el seno de una familia donde la escritura y el arte formaban parte de sus vidas cotidianas. El padre era historiador y crítico literario, y la madre procedía de una familia acomodada. Sin embargo, su infancia no fue fácil, puesto que además de sus hermanos de padre y madre, Vanessa, Thoby y Adrien, en su casa vivían también los hijos del primer matrimonio de su madre, George, Stella y Gerald, y dos de ellos la sometieron a abusos sexuales que la marcaron para siempre, llevándola a desconfiar y a tener una relación difícil con los hombres. En el recuerdo de la autora siempre estuvieron presentes las vacaciones familiares que pasaban en Cornualles y que fueron el germen de su novela *Al faro*.

Su vida se trastocó definitivamente cuando a los 13 años perdió a su madre, y más tarde a una de sus hermanas y a su padre. Eso la afectó tan profundamente que

se instaló en una permanente depresión. Estuvo internada en algunas casas de reposo sin éxito aparente hasta que, ya sin sus padres, sus hermanos y ella se fueron a vivir a Londres, al barrio de Bloomsbury. Su hermano mayor se convirtió en el referente de toda la familia, ya que a su alrededor siempre se encontraban algunos de los intelectuales más destacados de la época. Entre ellos estaban los que constituirían el Grupo de Bloomsbury: Clive Bell, E. M. Forster, Duncan Grant, Lytton Strachey, John Maynard Keynes, Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein y Emmeline Pankhurst, líder del movimiento sufragista británico y que sin duda tuvo una importante influencia en Virginia. En aquel círculo se hablaba de todo y no había tabúes: el feminismo, la homosexualidad, el arte, el pacifismo... dejando de lado cualquier atisbo de prejuicios.

Pero aquella vida desprejuiciada, donde todo es posible, tampoco le abrió la puerta a la felicidad, puesto que su sufrimiento era tanto que intentó suicidarse con veronal.

Virginia empezó a colaborar en *The Guardian* y en el *Times Literary Supplement*. Aunque sentía cierta aversión por los hombres, ya fuera por conveniencia social, por convencimiento o para sentirse protegida, se casó con Leonard Woolf, economista e historiador que formaba parte del círculo de su hermano. Lo cierto es que Leonard la comprendió, la cuidó y procuró su bienestar, por más difícil que pudiera resultar dados sus problemas mentales. Sin duda también sintió fascinación por la sensibilidad y la inteligencia de Virginia, por su capacidad especulativa, por su inconformismo elegante, por su empeño en cuestionar todo antes de llegar a cualquier conclusión.

La vida con ella debió de resultar harto complicada y sin embargo él permaneció leal a su compromiso y, lo más importante, Virginia le quería fuera de toda duda.

Pusieron en marcha Hogarth Press, la editorial en la que la propia Virginia publicaría sus obras así como las de otros autores reconocidos: Eliot, Mansfield, Freud...

Se estrenó con una obra de teatro, *Melymbrosia*, que daría lugar a su novela *Fin de viaje*, y otras obras: *Noche y día*, *El cuarto de Jacob*, *La señora Dalloway*, *Orlando*, *Al faro*, *Una habitación propia* y *Las olas*. Su última novela publicada en 1937 fue *Los años*, aunque a continuación escribiría un ensayo que tituló *Tres guineas* y otra novela, *Entre actos*, que sin embargo no vio la luz hasta después de su muerte.

No es difícil encontrar datos biográficos de la propia Virginia en sus obras. Feminista, expone siempre sus puntos de vista sobre la situación de dependencia de las mujeres. Nunca se sintió a gusto consigo misma y su relación con los hombres estuvo velada por la experiencia de los abusos que sufrió siendo niña.

Su relación con la escritora Vita Sackville-West fue la comidilla de la sociedad

londinense; sin embargo, su matrimonio no se desmoronó y su marido fue siempre la roca firme en la que pudo sujetarse, y, realmente no debió de ser fácil vivir y mucho menos estar casado con ella. La Segunda Guerra Mundial agravó más su tendencia a la depresión, sobre todo porque su casa fue destruida por un bombardeo. Además, su marido era judío y temía lo que le pudiera suceder. Incluso se juramentaron en suicidarse si Alemania conseguía ocupar el Reino Unido. Adrien, psiquiatra, uno de los hermanos de Virginia, les proporcionó morfina suficiente para llevar a cabo el suicidio si la invasión se producía.

Pero no esperó a que eso sucediera. Una mañana se llenó de piedras los bolsillos del abrigo y se encaminó a la orilla del río Ouse, entrando en sus aguas hasta que la corriente la arrastró. No encontraron su cuerpo hasta casi un mes después. Pero sí encontraron dos cartas que había dejado escritas, una para su hermana Vanessa y otra para su marido; a ambos los quería por encima de todo y de todos.

Edith Wharton, inclasificable

La neoyorquina Edith Wharton fue contemporánea de Virginia Woolf y también una mujer que se saltó todos los convencionalismos de su tiempo. Un ser difícil de clasificar. La suya es la biografía de una mujer que vivió en una contradicción permanente; de ideas conservadoras, sin embargo su pluma reflejaba con destreza la situación de las capas sociales más desfavorecidas. Antifeminista acérrima, fue libérrima hasta el final de sus días, sin atenerse a ninguna de las normas que se podrían esperar de una mujer de su condición.

Se casó con un bala perdida del que tomó el apellido Wharton, y si él fue un mujeriego derrochador, ella no le fue a la zaga, porque no puso límites al buen vivir ni a tener una vida amorosa de lo más diversa.

Fue corresponsal de guerra durante la Primera Guerra Mundial y su imagen sobre una moto recorriendo el frente se ha convertido casi en un icono.

Nunca le dieron el Nobel de Literatura a pesar de que fue candidata en tres ocasiones, pero sí fue la primera mujer a la que le dieron el Pulitzer por su novela más importante, *La edad de la inocencia*, y también la primera que consiguió un doctorado en la elitista Universidad de Yale.

Hoy es una escritora de culto a la que demasiadas veces se le coloca el sambenito de poco menos que discípula de Henry James. Sin embargo, James la admiró profundamente y siempre la trató como a una igual, reconociendo su genialidad. Los escritores de su época se rindieron ante ella, la consideraban la mejor entre los mejores. No me extraña.

Le gustaba Europa, donde admiraba toda la parafernalia de un mundo que se extinguía. Pienso en lo distinta que era de Virginia Woolf; mientras la primera vivió atormentada, la segunda decidió exprimir la vida hasta las últimas consecuencias.

Pero, sobre todo, detrás de esa vitalidad desbordante vibraba el genio de una escritora inimitable, de una mujer tan contradictoria como libre.

Pearl S. Buck

Se podría decir que Pearl S. Buck es el extremo opuesto de Virginia Woolf. Ni su vida, ni sus intereses personales, ni su estilo literario fueron los mismos. Virginia Woolf mira hacia dentro, Pearl S. Buck hacia fuera; la literatura de la primera es introspectiva, la de la segunda es una mirada hacia lo que la rodea. Quizá la única coincidencia entre ambas es que defendieron los derechos de las mujeres, la igualdad en una sociedad que se resistía a reconocerlos.

Si a Virginia Woolf la descubrí por mi madre, lo mismo sucede en lo que se refiere a Pearl S. Buck, a la que empecé a leer siendo adolescente. Recuerdo que en casa había varios libros suyos y creo que estaban entre los favoritos de mi madre y de mis tías. No estoy segura de que mi abuelo leyera alguno de sus títulos porque nunca me mencionó a esta autora cuando hablábamos de libros, de lo que deduzco que no estaba entre sus preferidas.

El primero que leí fue *Viento del este, viento del oeste* y con esa lectura me convertí en una entusiasta de Pearl S. Buck. Su estilo directo, nada sofisticado, claro, conciso, hacía que te metieras en sus historias desde la primera página. Sus descripciones de aquella China que conocía tan bien son precisas pero no pesadas. Y, sobre todo, sus novelas eran una puerta abierta a un mundo que resultaba fascinante por lejano y desconocido y, sin embargo, parecía que te trasladabas allí mismo.

Reconozco que las novelas de Pearl S. Buck fueron lecturas de adolescente y no sé qué pensaría hoy si las releyera; en cualquier caso, me quedo con el recuerdo agradable de entonces.

Ya de mayor, al leer su biografía, me impresionan los muchos sucesos desgraciados de su vida. A aquella mujer a la que habían dado el Pulitzer primero y el Nobel después, la vida no siempre le había sonreído, casi podría decirse que no fue hasta la mitad de su vida cuando empezó a encontrar lo más parecido a la felicidad.

Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió buena parte de su vida en China, aunque nació en Estados Unidos casi por casualidad. La familia la formaban sus padres y siete hijos; o sea, familia numerosa, con lo que eso implica. Sin duda, tanto a ella como a sus hermanos les forjó la personalidad el hecho de vivir entre dos mundos contrapuestos como eran el chino y el estadounidense.

Su infancia transcurrió junto a su familia en Shanghái, donde además de inglés hablaban mandarín, y vivían en dos realidades, la de la armonía que reinaba en la misión de sus padres donde habían instalado un dispensario, y la otra realidad, la de la calle.

Shanghái en aquella época era una ciudad con una importante presencia de

europeos que se agrupaban en barrios, el francés, el británico, el ruso... Aún hoy el viajero que visite Shanghái, ya totalmente china, encontrará las diferencias entre barrios, por los que se pasean los turistas y los que se dedican al comercio y a los negocios.

La influencia religiosa también incidió en su carácter y su preocupación por los más desfavorecidos estuvo presente en toda su obra. A los 19 años sus padres la enviaron a estudiar a Lynchburg, en Virginia, pero su madre enfermó y regresó de inmediato, integrándose en los quehaceres de la misión.

Fue en 1917, en los días que estremecieron al mundo, los días de la Revolución de Octubre en Rusia, cuando conoció a John Lossing Buck, un economista. Se casó con él y se marchó a vivir a Suzhou. Más adelante, el nacimiento de su hija Carol marcó su vida. Antes, durante el embarazo le habían diagnosticado a Pearl un cáncer de útero, lo que le impediría tener más hijos biológicos. Pero la tragedia no fue esa, sino la enfermedad con la que nació su hija, una enfermedad invisible al principio, pero que se fue materializando en que la niña tenía deficiencias mentales. Pearl S. Buck relataría esta tragedia en su autobiografía *La niña que nunca creció*. Hoy en día, la enfermedad de Carol sería diagnosticada como fenilcetonuria, un gravísimo desajuste metabólico que sin tratamiento provoca retraso mental, pero en aquella época se desconocía tanto la enfermedad como el tratamiento.

Quizá fuera la enfermedad de Carol, junto a la imposibilidad de tener más hijos, lo que provocó que su matrimonio se empezara a ir a pique. Pero aguantaron convencidos de que era una crisis que podrían superar. Muy a tono con la época. Aguantar. Aguantar. Aguantar.

Entre medias, a la desgracia de la enfermedad de su hija se añadió la muerte de su madre y, un año después, la de su padre, lo que la sumió comprensiblemente en una profunda depresión. John y Pearl deciden entonces regresar a Estados Unidos, donde se plantean adoptar una niña, Janice, que dará alegría a sus vidas pero no salvará el matrimonio, aunque lo intentan regresando de nuevo a China. Los hijos no pueden salvar los naufragios sentimentales.

Pearl vive la dualidad de dos mundos, es norteamericana y se siente bien en su país, pero cuando está allí añora China, y lo mismo le empieza a suceder en China, desde allí añora Estados Unidos. En ella aflora esa realidad que viven tantos seres humanos cuando no se sienten de ninguna parte.

La familia se instala en Nankín y allí viven los enfrentamientos que se producen entre las fuerzas comunistas contra las tropas nacionalistas de Chiang Kai-shek, enfrentamiento en el que Occidente también tuvo un papel importante.

John y Pearl deciden regresar a Estados Unidos, donde su matrimonio se va finalmente a pique. Es entonces cuando ella escribe su primera novela, *Viento del este, viento del oeste*, que se la publica en 1930 el editor Richard J. Walsh, con quien

inicia una relación y finalmente se casa.

A partir de ese momento su vida transcurre dedicada a dar clases en la Universidad de Howard, a la escritura de novelas, cuentos y poemas, y a publicar artículos abogando por la igualdad de hombres y mujeres. Con Walsh alcanza la paz, tienen intereses comunes y un sentido humanitario que impregna cuanto hacen. No viven hacia dentro, sino por y para los demás.

Con su nuevo marido se instalará en una granja donde la familia se amplía ya que adoptan a seis niños.

Pearl S. Buck fue la primera mujer estadounidense a la que concedieron el Premio Nobel; seguramente fue un galardón inesperado, pero, en mi opinión, justo. Fue una novelista cuyos libros fueron y son leídos por millones de personas, por su estilo directo y sobre todo porque es capaz de describir la naturaleza humana de una manera sencilla, y en todos ellos cuenta una historia universal.

Marguerite Yourcenar

Pensarán que es una *boutade*, pero mucho me temo que dado lo exiguo de nuestro sistema de enseñanza seguramente en nuestro país muchas personas compraron *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar el día en que Felipe González, entonces presidente del Gobierno, dijo que las estaba leyendo.

Lo sé porque recuerdo que en una de las librerías de las que soy habitual, me lo comentó por aquel entonces el librero: «He tenido que pedir a la editorial que me manden ejemplares de *Memorias de Adriano*, tenía dos y los he vendido nada más recomendarlo el presidente».

Tampoco voy a presumir de haber leído *Memorias de Adriano* en ese entonces, pero sí *Opus nigrum*, creo que en una edición de Alfaguara de 1982.

La figura de Yourcenar tenía algo especial: su origen aristocrático, la pérdida de su madre a los pocos días de nacer, la educación bajo la batuta de su padre, que se empeñó en que estudiara latín y griego, sus estudios en cultura clásica, sus viajes por Grecia que la llevarían a escribir sobre relatos de la mitología...

Con tan solo 25 años publicó su primera novela, *Alexis*. Se exilia voluntariamente a Estados Unidos cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, país que adoptaría ya como suyo para siempre, y donde trabajaría como profesora de Literatura, aunque nunca terminó de romper su vínculo con Francia.

Pero ya digo que su gran obra, sin duda la más conocida, es *Memorias de Adriano*. Al leer el libro una realmente siente que esa carta que el emperador escribe a su sucesor es real. Marguerite Yourcenar parece haber viajado hasta el alma de Adriano y tantos siglos después ser él, un emperador reducido a su condición de hombre, expresando sus miedos y angustias, la búsqueda de sí mismo.

Leer esas «memorias» te acerca a la intimidad guardada del hombre que regía el

destino de Roma, que en aquella época era tanto como decir el destino del mundo.

Al leer *Memorias de Adriano* notas en cada palabra, en cada frase, en cada reflexión, sus profundos conocimientos del Mundo Antiguo, que le era tan querido.

Y ella, ¿cómo era ella? ¿Quién se ocultaba detrás de su mirada inteligente, de sus ademanes exquisitos, de su cultura envidiable, incluso detrás de su seudónimo? Porque se llamaba Marguerite Cleenewerck de Crayencour, y había nacido en 1903 en Bruselas, como ya he mencionado, en el seno de una familia aristocrática.

¿Quién era la mujer que junto a una amiga con la que compartiría su vida, Grace Frick, organizó su hogar en un pedazo de tierra en una isla frente a la costa de Maine? Pusieron de nombre a la casa «Pequeño Recreo», una casa rebosante de libros porque Marguerite escribía y Grace era traductora. Una casa que refleja el carácter y los intereses de las dos mujeres que compartieron su vida para escándalo de los habitantes de la isla.

Seguramente no se puede explicar a Marguerite Yourcenar sin tener presente a Grace Frick. Vivieron juntas durante veintinueve años y en tantos años el amor, aunque permanezca, sufre todo tipo de vaivenes, y el cáncer no es el menor de ellos. Grace enferma, Grace queriendo ignorar su enfermedad, y Marguerite acompañándola sin dejar de escribir porque hacerlo hubiese sido como dejar de respirar.

Durante mucho tiempo en la biografía de Marguerite la presencia de Grace era poco más que una anotación, pero no, no se puede explicar a la una sin la otra. En la época en que les tocó vivir, tuvieron que enmascarar su relación. Menos mal que, en esta cuestión, la sociedad ha cambiado. Al menos en esta parte del mundo en la que vivimos sin ocultamientos ni vergüenza.

Creo que para entender toda la sensibilidad que Yourcenar despliega en *Memorias de Adriano* hay que situarse en una casa modesta ubicada en una isla azotada por el viento, donde la autora conversa con ella misma a través de un emperador de Roma. Eso es al menos lo que sentí y creí entender cuando leí esta extraordinaria novela.

Marguerite Duras: a contracorriente

Entre las dos Marguerites quizá siento una cierta preferencia por Duras. Supongo que porque responde al prototipo de mujer que rompe moldes, que se enfrenta a todo y a todos, incluso a sí misma. En realidad, Marguerite Duras es un personaje literario que podría haber saltado de las páginas de algunas de sus novelas o guiones cinematográficos, y a mí me interesa el personaje tanto como sus escritos. Incluso desde el punto de vista icónico, con sus gafas y su cigarrillo colgando del labio inferior. Duras siempre nada a contracorriente y no debía de resultar fácil relacionarse con ella. El gesto siempre impaciente y con aire de contrariedad. No sé,

pero puede que fuera una auténtica cascarrabias.

Escritora, guionista, e incluso directora, su novela *El amante* le hizo ganar el Premio Goncourt y la catapultó al Parnaso de las Letras. Hasta entonces, 1984, era una escritora reconocida, pero esta novela la consagró para siempre.

Y es que en *El amante* está ella, es un recorrido por su propia biografía emocional. Describe con minuciosidad la relación entre una adolescente occidental y un comerciante chino bastante mayor que ella. El escenario, claro, Indochina. Un escenario que conoce bien. Hija de emigrantes franceses, nació en Saigón en 1914 y allí vivió hasta 1932. Duras lleva Indochina grabado en todo su mundo sensorial. También las cicatrices de las experiencias vividas, la pérdida de su padre, las dificultades económicas de la familia, su mala relación con su madre.

La relación entre una adolescente dolorida que abre la mirada a la vida a través de un hombre mayor y rico. Es el descubrimiento no solo del sexo, también de algo más, del deseo que provoca en los hombres y quizá su decepción por cómo su madre prefiere cerrar los ojos.

Pero es mucho más que una novela erótica, como ha sido calificada; es la historia de una adolescente, Hélène Lagonelle, que siente un profundo desgarro interior, que ya nunca será la misma después de la relación mantenida y que a pesar de todos los pesares siempre guardará en su interior como algo muy preciado.

Supongo que esta obra de Duras hoy es más que políticamente incorrecta y que los savonarolas de guardia estarán preparando la leña para echarla a la hoguera.

Grave error. La novela solo puede entenderse en la época en que transcurre la historia, lo que no significa ni mucho menos bendecir lo que en ella se narra. Pero para comprender el presente hay que conocer el pasado, y en ese pasado no tan lejano transcurrió la historia de Marguerite Duras.

La suya, ya digo, fue una vida que nunca avanzó en línea recta. Militó en el Partido Comunista, del que la expulsaron, agárrense, por «inmoral y arrogante». Pero a ella le dio lo mismo, era dueña de su propia vida más allá de lo que pensaran los demás.

Formó parte de la Resistencia francesa junto a su marido, el escritor Robert Antelme, y otro agente clandestino de alias «Morland», que ustedes conocen como François Mitterrand. Antelme fue detenido durante una redada, ella pudo escapar. Él sobrevivió a Dachau y a Buchenwald, pero cuando regresó apenas pesaba treinta y cinco kilos y toda su alma estaba cruzada por cicatrices.

Antelme quiso dejar memoria de lo sufrido, de lo sucedido en aquellos campos de la muerte, y escribió *La especie humana*, un libro imprescindible para entender el horror desatado por Hitler.

El libro se publicó en la pequeña editorial que habían fundado en 1945 Antelme y Duras, aunque más tarde, gracias a Albert Camus, la editorial Gallimard lo

rescataría.

Antes de que Robert Antelme regresara, cuando los nazis ya estaban vencidos, Marguerite Duras comenzó a escribir un diario en el que volcó todo el horror de aquellos días. La espera del marido, el temor al reencuentro..., porque ya había iniciado una relación con otro miembro de la célula de la Resistencia, el ensayista e intelectual Dionys Mascolo, con el que se casaría y tendría un hijo. Y así ese diario se convierte en *El dolor*, seguramente uno de los mejores libros de cuantos escribió porque en cada párrafo está ella mostrándose tal cual es, sobre todo la mezcla que habita en ella de fortaleza y sensibilidad.

Excelente guionista, su relación con los directores de cine fue de lo más controvertida. Alain Resnais llevó a la pantalla su *Hiroshima, mon amour*, que fue un gran éxito, pero con Jean-Jacques Annaud se peleó a fondo porque disentía de la visión que tenía este director de su obra cumbre, *El amante*. La cosa llegó tan lejos que ella reescribió su propia obra titulándola *El amante de la China del Norte*.

La comprendo. Salvando todas las distancias, cuando se dieron los primeros pasos para llevar mi novela *Dime quién soy* a la pantalla, mis discrepancias fueron radicales con algunos de los que hubieran podido dirigirla. Su mirada sobre los personajes los distorsionaba de tal manera que me resultaba imposible reconocerlos.

Pero Marguerite Duras plantaba cara, y en alguna ocasión, después de una pelea con un director, decidía cortar por lo sano y ponerse ella misma detrás de la cámara.

Los últimos años de su vida provocaron más de un escándalo dada su relación con un joven que era más que su secretario, Yann Andréa, de homosexualidad pública y confesa.

Relación que intrigaba a cuantos los rodeaban, ¿qué podían tener en común un hombre de 28 años y una mujer de 65? Era la edad que ambos tenían cuando comenzaron su aventura vital. ¿Acaso para Duras, Yann Andréa era la versión masculina de Hélène Lagonelle?

La historia en común de ambos es peculiar. Él era un joven estudiante de Filosofía cuando se cruzó en el camino de Duras; ella ya era ella, la gran Marguerite Duras. Él se dedicó a escribirle cartas que ella no contestaba. Hasta que decidió dejarle entrar en su vida.

Compartieron todo y él pagó el precio de ser solo un apéndice de ella. Pero no le importó. Los porqués de su relación solo ellos los saben, así que dejémoslo.

Doris Lessing

El cuaderno dorado me acompañó durante muchos años en la mesilla de noche. La de Doris Lessing es una vida con algún punto en común con Pearl S. Buck. Ambas vivieron su infancia en países extranjeros y eso les abrió los ojos a otras realidades. No estoy diciendo que estas dos premio Nobel coincidan ni en personalidad ni en

estilo literario, pero sí en haber crecido en países distintos a su país de origen, y ese poso cultural, esa huella, está presente en sus escritos.

Doris Lessing nació en Persia, la actual Irán, en 1919, donde vivió los primeros cinco años de su vida, ya que después la familia se trasladó a Rhodesia, la actual Zimbabue.

Creció en la granja de sus padres, que se dedicaban al cultivo del maíz sin demasiado éxito. No tenían experiencia como granjeros. El padre había sobrevivido a la Primera Guerra Mundial, donde resultó malherido, y su madre había trabajado como enfermera, de manera que reconvertirse en granjeros en África no les debió de resultar fácil. Aun así, trabajaron sin descanso, pero el ambiente familiar con tantas carencias y sacrificios no fue precisamente un remanso de paz.

A Doris la enviaron a estudiar a un colegio de monjas en el que no se adaptó. Ni tampoco la disciplina y el método lograron doblegar el carácter de la niña, que se terminó escapando. No me extraña. Yo también me «escapé» de mi colegio de monjas durante diez minutos perseguida por una monja. Pero sigo con Doris Lessing. En su recuerdo, aquel convento era lo más parecido al infierno.

Ya digo que la comprendo, pues los recuerdos de mi paso por las Teresianas aún me producen pesadillas. Era otra época, sin duda, pero siempre he pensado que a las monjas que yo traté, y parece que también a las que Doris Lessing trató, les faltaba humanidad, caridad de la de verdad, y les sobraba fanatismo.

La suya fue la infancia de una niña extremadamente sensible que no le gusta la vida que le ha tocado vivir, que se rebela contra lo que ve a su alrededor, que se ahoga con los convencionalismos. Y, claro, por todo ello paga un precio: la neurosis que la acompaña buena parte de su vida. La neurosis de escribir, de encontrar en la escritura la única arma para sobrevivir.

En la biografía de Doris Lessing sobrevuela la mala relación con su madre: como ella misma llegaría a confesar, había heredado de su madre la fortaleza, y ser dos mujeres fuertes las llevaba a chocar.

Hace unos años, Rosa Montero le hizo a Doris Lessing una de sus extraordinarias entrevistas en la que lograba que desnudara su alma. La escritora confesaba que había luchado para no ser como su madre y decía esta frase terrible: «Toda mi generación tuvo madres frustradas y todas estuvimos intentando escaparnos de lo que ellas eran».

Tiene razón. Durante años, siglos, las mujeres han vivido constreñidas en un papel impuesto de madres y esposas sin apenas tener margen para ser ellas mismas. Por eso no deberíamos juzgarlas y mucho menos con severidad. Hicieron lo poco que se podía hacer. Pero vuelvo a Doris y de ahí a que en todos sus escritos sobrevuele el peso de la maternidad, su significado.

Quizá por eso también le confesó a Rosa Montero que cuanto más envejecía, más

comprendía a su madre. Ya no la condenaba precisamente por eso, porque había llegado a comprenderla: «Ahora entiendo su drama y también entiendo que para ella fue una tragedia tener una hija como yo».

Con esta reflexión nos sacude el alma, y por lo menos a mí me lleva a preguntarme por esa incomprensión hacia nuestras madres y cómo, cuando las comprendemos, es ya demasiado tarde.

Doris Lessing fue siempre feminista, porque para las mujeres el feminismo es un camino hacia la emancipación y la libertad.

A los 14 años se escapó de su casa y a los 18 se casó con Frank Charles Wisdom, con el que tuvo dos hijos, pero sintió esa relación como una trampa que le impedía ser ella misma. Por eso dejó a su marido y a sus dos hijos, que —según le confesó a Rosa Montero— nunca se lo reprocharon. Supongo que eso le ha permitido acallar sus propios demonios interiores.

Sentía una repugnancia profunda por el *apartheid* y su deseo de cambiar las cosas la llevó a militar en el Partido Comunista, porque era un instrumento de lucha. Precisamente conoció a su segundo marido en una reunión del partido; él era un judío de origen alemán que se llamaba Gottfried Lessing, con quien tuvo otro hijo, pero la relación tampoco funcionó y decidió regresar a Inglaterra.

Bien es verdad que la expulsarían de Sudáfrica debido a su militancia comunista y su enfrentamiento con la política del *apartheid*. Pero Doris Lessing siempre fue libre, y lo mismo que abrazó el comunismo porque en un momento dado fue una herramienta útil para luchar contra la desigualdad, no duda en dejar el partido y denunciar los crímenes del estalinismo, lo que provocó que los que antes la aplaudían y la consideraban una de los suyos después la condenen. A ella tanto le da; si fue valiente para afiliarse al Partido Comunista, es valiente para abandonarlo denunciando sus desmanes y cómo va segando la libertad. No tiene estómago, como tantos otros intelectuales de esa época y de épocas posteriores, para callar ante los crímenes del estalinismo, para mirar hacia otro lado con la invasión de Hungría, para que se le exija obediencia ciega en nombre de unos ideales que quienes dirigen el comunismo vulneran todos los días. No se lo perdonan, claro, y consigue el ideal de cualquier ser libre: que no te sienta como suya ni la derecha ni la izquierda porque te has despojado de cualquier rasgo sectario o del fanatismo que te lleva a callar.

Lo que nunca deja es de escribir, no se siente ella misma si no lo hace. Es parte de su terapia de liberación personal. Sí, su pasión es escribir. Y es prolífica: *Canta la hierba*, *Memorias de una superviviente*, *La grieta*, *Alfred y Emily*, *Las abuelas*, *La buena terrorista*, incluso un libro sobre gatos que se publicó en 1967 y que ha sido traducido al español como *Gatos ilustres*. Y sobre todo *Dentro de mí*, su autobiografía, un relato que nos deja asomarnos a su interior.

Como es una mujer sorprendente, se le ocurrió poner en un aprieto al mundo

editorial. Escribió un par de novelas con el seudónimo de Jane Somers que fueron rechazadas porque sus editores no consideraban que tuvieran la suficiente calidad. Es de imaginar la cara que se les pondría cuando descubrieron que los había dejado en evidencia.

Doris Lessing no es solo una de las grandes de la literatura, yo la siento cerca por su compromiso con la vida, su militancia en la libertad, su desapego al ego, su decisión de no rendirse ni ante ella misma. *El cuaderno dorado* sigue siendo parte importante de mi vida y lo tengo siempre a mano.

Nadine Gordimer

Si *El cuaderno dorado* me impactó, lo mismo puedo decir de *La hija de Burger*, que leí unos cuantos años después. Nadine Gordimer tiene en común con Doris Lessing que ambas vivieron en la Sudáfrica del *apartheid* y el impacto de crecer en una sociedad racista tuvo un peso específico en su visión de la vida, y, por tanto, en su manera de escribir y en la temática de sus historias. Ambas también comparten el haber recibido el Premio Nobel, en el caso de Nadine Gordimer, en 1991, siendo la primera mujer africana en recibirlo.

Si Doris Lessing militó en el Partido Comunista, Nadine Gordimer lo haría en el Partido de Nelson Mandela, con quien la uniría una profunda amistad.

Pero ¿quién era realmente esta mujer? Es difícil saber quién es uno mismo como para intentar desentrañar quiénes son los otros, de manera que no me atrevo a opinar sobre quién fue Nadine Gordimer más allá de unos apuntes biográficos que dan cuenta de cómo se pudo moldear su personalidad. Nació en 1923 y, sin duda, ser hija de judíos y por tanto ella misma judía, influyó en su toma de conciencia de lo que significa ser marginado, ser considerado de una raza menor, ser diferente. Su padre era originario de Letonia y su madre, del Reino Unido. Buscaron hacerse una vida mejor en Sudáfrica y allí nació Nadine, en Spring, un pueblo minero cercano a Johannesburgo donde la educaron en un colegio católico. ¿Para protegerla? ¿Para protegerse? De salud enfermiza, no fue una niña como las demás, porque mientras otras jugaban, ella se dedicaba a escribir cuentos, y a los 15 años publicaría el primero en una revista local.

Como escritora sus novelas reflejan la realidad de la vida en la Sudáfrica del *apartheid*, contándonos el día a día de aquella sociedad, y lo hace con un estilo directo, huyendo del sentimentalismo pero denunciando la inmoralidad que suponía el racismo.

Si me impactó *La hija de Burger*, también lo hizo *La gente de July*, donde relata las relaciones entre una pareja *antiapartheid* y uno de sus trabajadores. Pero no se trata aquí de contar el contenido de sus novelas, sino de acercarme a la figura de esta escritora, algunos de cuyos libros fueron prohibidos en Sudáfrica hasta que cayó el

apartheid.

Su compromiso contra el régimen la llevó a declarar en un juicio que fue seguido por los medios de comunicación de todo el mundo: el juicio de Delmas en los años ochenta contra varios dirigentes políticos negros. Nadine Gordimer declaró sin inmutarse que para ella Nelson Mandela era un héroe.

Hacía tiempo que le unía un lazo de amistad con él, pues colaboraba con el partido de este líder africano, y tan comprometida estaba que escondía en su casa a alguno de sus militantes, acudiendo a manifestaciones, escribiendo discursos, etc. La política fue parte de su vida como si no hubiera tenido otra opción porque para ella era moralmente la única posible. De la misma manera que años más tarde se colocaría en primera línea para luchar en favor de las víctimas del sida.

Pero ¿quién era esta mujer? De la misma manera que en ocasiones se decía aquello de «*cherchez la femme*» para intentar saber cómo era o por qué actuaba de determinada manera un hombre, pienso que el segundo marido de Nadine Gordimer era un personaje digno de una novela.

El primero, Gerald Gavron, fue un dentista con el que vivió tres años, pero con Reinhold Cassirer vivió cincuenta. La primera vez que me acerqué a la biografía de Nadine Gordimer no sé por qué sentí interés por su segundo marido, del que leí unas líneas: galerista, un hombre ligado al arte, y me dije: «*Cherchez l'homme...*».

Reinhold Cassirer, berlinés, fue hijo de un importante industrial alemán, coleccionista de arte, lo que le permitió estudiar en la Universidad de Heidelberg además de en la London School of Economics. Viajó por Europa y, con la llegada de los nazis al poder, la familia perdió cuanto tenía porque Hitler mandó confiscar la fábrica de su padre (por cierto, que a partir de la confiscación de aquella fábrica se montó la famosa Siemens).

Muerto su padre, Reinhold intenta salvar su colección de arte y con la ayuda de un amigo logra llevar a Holanda un buen número de obras. Como la fábrica de su padre era muy importante y comerciaban con muchos países, uno de los directivos que en aquellos momentos estaba en Sudáfrica recomendó a la familia que se refugiara allí. Reinhold decide seguir el consejo y viaja a Sudáfrica. Se alista en el ejército y le destinan a El Cairo, donde trabaja en inteligencia militar. Su papel es importante porque dirige una unidad de interceptación y traducción de mensajes alemanes. Una vida que parece sacada de una novela de espías, pero que fue real.

No sé, quizá me dejo llevar por mi «mente» de novelista, pero me imagino a Cassirer en su papel de espía en El Cairo, en un momento en que la ciudad era precisamente un hervidero de espías de todas partes.

Terminada la guerra, trabajó en una empresa de minería, y en 1954 se casaría con Nadine, de la que ya no se separaría hasta su muerte.

Pero antes, a instancias de un directivo de Sotheby's, abrió una sucursal en

Johannesburgo y ya dedicó su vida al arte, primero dirigiendo allí Sotheby's y más tarde abriendo su propia galería en la que dio a conocer a muchos artistas sudafricanos. Su compromiso contra el *apartheid* fue total. Él, que había huido de la Alemania racista de Hitler, sentía una repugnancia militante contra el régimen sudafricano. Así que el de Cassirer con Gordimer fue un matrimonio en el que estuvo presente el compromiso político. Ella encontró apoyo en él, él encontró en ella a alguien a quien no tenía que explicarle lo que significaba ser considerado un ser inferior a cuenta de su raza.

Cincuenta años de vida en común lo dicen todo.

Nelle Harper Lee, la voz del ruiseñor

¿Por qué alguien que escribe una obra de arte decide no escribir más? ¿De verdad lo ha dicho todo en un solo libro?

Matar a un ruiseñor es uno de los mejores libros del siglo XX, un libro de culto, de obligada lectura en muchas escuelas estadounidenses. Un libro que sacude por dentro y que te hace enfrentarte a una realidad maldita que aún hoy persigue a los estadounidenses: el racismo.

Cuando leí *Matar a un ruiseñor* me sentí tan indignada como conmovida. La protagonista es Jean Louise «Scout» Finch, la niña de seis años que nos lleva de la mano hasta la América racista de los años treinta del pasado siglo. Scout y su hermano Jem, y su amigo Dill, y su padre, el viudo Atticus Finch, todos ellos testigos en primera fila de la delgada línea que separa la vida de la muerte cuando había una justicia para los blancos y otra para los negros. Scout es Nelle y Dill es Capote, mientras que Atticus Finch es el abogado inspirado por su padre.

Porque de eso se trata, de un juicio contra un hombre negro acusado de violar a una mujer blanca, un juicio en el que Atticus, el padre de Scout, es el abogado defensor. Un libro donde se explica hasta el más mínimo detalle la atmósfera asfixiante de una ciudad, en realidad Monroeville, en la ficción Maycomb, donde ser negro suponía ser poco menos que nada, y ser blanco supone serlo todo en cuanto a derechos.

La mirada de Scout... esa mirada limpia y sorprendida, la mirada de una niña que nos coge de la mano y nos sumerge en un relato que nos remueve por dentro. Eso es *Matar a un ruiseñor*.

Nelle Harper Lee describe lo que ve con la precisión y la delicadeza con que los cirujanos operan los corazones. Con la misma claridad y un lenguaje directo que su amigo Truman Capote utilizaría en *A sangre fría*. Sí, porque Nelle Harper Lee y Truman Capote fueron amigos desde niños, se reconocían el uno en el otro y se querían. Bueno, se quisieron hasta que el sentimiento se hizo añicos.

Aseguran sus biógrafos que Nelle acompañó en más de una ocasión a Capote a

Holcomb, donde se encontraba el protagonista de *A sangre fría*, y que sin ella seguramente Capote no habría conseguido romper las resistencias de las gentes de Holcomb y de los protagonistas de la matanza de la familia Clutter, lo que le permitió reconstruir literariamente aquellos crímenes atroces.

Hay, como en tantas otras obras a lo largo de la historia de la literatura, un hilo invisible entre *Matar a un ruiseñor* y *A sangre fría*, y ese hilo es que son relatos de la realidad, relatos en que los escritores son casi notarios de unos hechos que les son cercanos.

Es curioso que dos personalidades tan aparentemente contrapuestas como la de Harper y la de Capote hubieran estado unidas por una amistad que parecía inquebrantable hasta que los egos, ¡ay, malditos egos!, los separaron. Nelle Harper Lee, dolida porque su amigo Truman no reconoció lo mucho que le ayudó en sus pesquisas para escribir *A sangre fría*, y Truman Capote porque quizá sintió una gran decepción cuando Harper recibió el Premio Pulitzer. Puede que hiciera su aparición ese sentimiento, a veces incontrolable, que es la envidia.

¿Eran tan diferentes como parecían? Él, escondiendo sus complejos bajo una capa de soberbia, y ella, aparentemente tímida pero resuelta, sin permitir que nadie tomara las riendas de su propia vida.

Una de las cosas que más me impresionó de su biografía es que muriera en una residencia de ancianos con la cabeza perdida y que, un año antes de su muerte, apareciera, ¡oh, misterios de la vida!, una obra suya titulada *Ven y pon un centinela*, al parecer descubierta por su abogada y amiga Tonja Carter, que ¡casualidad! además era la albacea de cuanto poseía Nelle Harper Lee, y entre lo que poseía y guardaba, ya saben, en las leyendas urbanas se asegura que la escritora, no por dejar de publicar, abandonó la escritura. Vaya usted a saber. Lo único cierto es que a día de hoy Nelle Harper Lee es la autora de una obra insuperable, *Matar a un ruiseñor*, y que por lo visto ella misma dejó dicho que *Ven y pon un centinela*, en realidad, era parte de la misma obra. Me temo que nunca lo sabremos.

Alice Munro

Cuando he leído algún libro de Alice Munro siempre he tenido la impresión de que algo se me escapaba, de que había mucho más detrás de las palabras con las que componía sus relatos. Aparentemente, su lectura no es complicada, pero, como digo, es una apariencia engañosa. De la misma manera, su aspecto sobrio y amable de mujer sencilla también esconde, o me lo parece a mí, un sinfín de tumultos internos.

La verdad es que no leí a Munro hasta el comienzo del nuevo siglo, puede que en 2002 o en 2003. *Mea culpa*. La lectura de *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio* me impactó. Munro parece plantear un juego a los lectores, un juego de apariencia simple pero que, en realidad, es harto complicado. Son nueve relatos o nueve

historias sin ninguna épica, quiero decir que son historias normales, que pueden ser la tuya o la del vecino del quinto. Sobre ellas sobrevuela el humor, un humor inocente. En realidad, el lector se enfrenta a un rompecabezas o una especie de juego en busca del tesoro, porque vas leyendo sin saber a dónde te conduce la historia y ni siquiera si tiene sentido lo que lees. Es toda una experiencia, o eso me pareció a mí cuando leí este libro.

Su historia personal también me llamó la atención. Ama de casa, así se definía Alice Munro, algo que naturalmente era solo una pizca de la realidad de esta autora canadiense, hija de granjeros, que empezó a estudiar Periodismo en la Universidad de Ontario, pero que se le cruzó por el camino el que sería su primer marido, James Munro, y con solo 21 años tuvo a su primera hija. Regentaron una librería en Victoria, que vendieron al separarse, circunstancia que la llevó de regreso a Ontario y a su universidad como escritora-residente. Allí conoció al que sería su segundo marido, Gerald Fremlin.

En las obras de Alice Munro se refleja la realidad cotidiana, las pequeñas y vulgares cosas de la vida que, tratadas por ella, adquieren otra dimensión.

Leyendo a Munro te das cuenta de que la acompañas en un viaje aparentemente nada glamuroso. La suya es una mirada atenta a su entorno, cuanto describe lo hace con un realismo preciso. En 2013 le concedieron el Nobel de Literatura. Para entonces yo ya había leído *Escapada* y *La vista desde Castle Rock*.

Y sí, sigo pensando que detrás de su manera de escribir aparentemente sencilla se encuentra una escritora compleja que cuenta historias complejas pero que, como en un juego de espejos, nos hace creer que está al alcance de nuestra mirada.

Artemis Cooper, Duquesa de El Cairo del Reino de Redonda

Quiero detenerme con Artemis Cooper, una escritora-historiadora, o historiadora-escritora, con la que tengo dos cosas en común: el año de nacimiento y que ambas somos Duquesas del Reino de Redonda, en mi caso por la gentileza y generosidad de su Rey, Javier Marías.

Les confieso que aún no sé por qué un día de 2019 Javier Marías me invitó a formar parte del Reino de Redonda. Le respondí un «sí» repleto de entusiasmo, e incluso le dije que se lo pensara bien, que no merecía tal honor y que si se arrepentía no pasaba nada, que los reyes pueden ser arbitrarios y hoy pensar una cosa y mañana otra. Pero su respuesta fue inequívoca: había decidido nombrarme Duquesa del Reino de Redonda. Y no me dio más explicaciones. Así que ostento con orgullo el título de Duquesa de los Navíos del Reino de Redonda.

Así era él, un hombre que caminaba por la vida con la modestia elegante de

quienes son de verdad grandes.

Y no, no puedo presumir de haber sido una amiga íntima, más bien mantuvimos una relación singular. Algunas veces nos comunicábamos por correo. Otras, a través de su querida amiga Mercedes López-Ballesteros. Y, como su casa estaba cerca de la mía, coincidíamos a menudo paseando por nuestro barrio, el de los Austrias.

La secuencia era siempre más o menos la misma, nos parábamos, nos saludábamos y emprendíamos una conversación que comenzaba siempre interesándonos por nuestra salud para pasar a continuación a cualquier tema, ya fuera criticar al alcalde o alcaldesa de turno de nuestra ciudad o a comentar sobre alguna cuestión política (a mí me entusiasmaban sus artículos en el *El País Semanal*), o simplemente comentábamos sobre nuestros libros, el que estábamos escribiendo, el que habíamos escrito, el que estaba por escribir.

Las nuestras eran conversaciones que lo mismo duraban diez minutos que una hora, dependía del día o mejor dicho de la climatología. Si hacía mucho frío, eran breves y si el tiempo estaba tibio por la primavera o hacía calor, buscábamos una sombra y nos entreteníamos un poco más.

Precisamente nuestra última conversación transcurrió a la sombra de los muros del convento de la Encarnación que él, no sé por qué, sabía que había formado parte de mi niñez. Supongo que lo habría leído en alguna parte.

En cuanto a mi opinión sobre el rey Xavier I, diré que era tan inteligente como sensible, tan perspicaz como irónico, tan lúcido como soñador, tan tímido como audaz, tan provocador como respetuoso. De nuestras conversaciones no era difícil deducir que le molestaba sobremanera la necedad y la hipocresía.

Así que cada vez que salgo a pasear, durante unos segundos mantengo la ilusión de que vamos a encontrarnos porque me cuesta admitir que se ha ido para siempre. Sí, su muerte ha supuesto un mazazo para quienes le conocimos y desde luego para las Letras españolas.

Pensarán que es lógico que me irrite que la Academia Sueca no le concediera el Premio Nobel y es así, que Javier Marías muriera sin el Nobel hace que este premio haya dejado de interesarme.

Si en un capítulo anterior les confesaba la inmensa emoción que siento al pensar que mi novela *Tú no matarás* se encuentra en uno de los estantes de la Biblioteca de Alejandría, pertenecer al Reino de Redonda es una de las cosas más maravillosas, sorprendentes y que más valoro de mi vida.

Me siento especialmente honrada por formar parte de un reino literario; es como recobrar alguno de mis sueños infantiles.

Pero ahora se trata de hablar de Artemis Cooper, Duquesa de El Cairo del Reino de Redonda, hija única del primer matrimonio del vizconde de Norwich.

Artemis Cooper es una de esas mujeres que despiertan admiración allá por donde van. Su extensa cultura y su elegancia son sus señas de identidad.

Es una pena que su obra no haya sido traducida en su totalidad, así que los hispanohablantes nos tenemos que conformar con *París después de la liberación*, escrito a cuatro manos junto a su marido, el también historiador Antony Beevor, y su biografía sobre uno de los hombres más fascinantes que atravesaron el siglo XX, Patrick Leigh Fermor.

Los dos libros se los recomiendo con entusiasmo porque a través de la pluma tan ágil como precisa de Artemis Cooper y Antony Beevor viajamos hasta el París de los años cuarenta, donde se dieron cita Camus, Picasso, Sartre, Malraux... Es un texto donde se ahonda en estos y otros personajes, y no sé si tenía vocación de libro de Historia, pero lo cierto es que se lee como una novela.

En cuanto a la biografía de Patrick Leigh Fermor... ¡qué puedo decir! El personaje es tan apasionante que lo único que sientes es pesar por no haberle conocido, porque la historia de este escritor, arqueólogo, oficial, aventurero, seductor, es todo un «novelón». La misión en la que participó con su compañero de armas William Stanley Moss y, contando con la ayuda inestimable de un grupo de patriotas cretenses, para secuestrar a un general alemán, nada menos que el jefe de las Fuerzas de Ocupación en Creta, fue llevada al cine y cuesta creer que la aventura de Moss y Leigh Fermor fuera realidad y no solo un guion cinematográfico. Por cierto que «Paddy», que es como llamaban sus amigos a Leigh Fermor, terminó construyendo personalmente una hermosa casa en Grecia, en la región del Maní, al sur del Peloponeso. No me extraña que eligiera ese lugar para vivir allí sus últimos días. Conozco el Maní, he viajado por esta tierra silenciosa y agreste donde sus habitantes observan con desconfianza a los que llegamos hasta allí. Sí, yo siento la misma pasión por esa tierra árida donde a cada paso te cruzas con los héroes y los dioses de la Antigüedad.

La ventaja de la biografía escrita por Artemis Cooper es que ella le conoció. Una tarde de julio de 2013, Jacinto Antón se sentaba junto a Artemis Cooper en la librería Nomad Books de Fulham para hablar precisamente de su biografía sobre el personaje. Le confesó a Jacinto por qué no publicó la biografía de Paddy hasta que él murió: así lo habían acordado entre ellos, el libro no vería la luz mientras él y su mujer, Joan Eyres Monsell, estuvieran vivos. Paddy le contó a Artemis Cooper lo que él no había contado en sus libros, desnudó su vida ante ella, dejándola explorar los recovecos más ocultos.

Se acercó a su figura desde la admiración y el afecto, pero sin perder un ápice de la objetividad que no debe abandonar una historiadora, y aunque Leigh Fermor nos dejó sus memorias, Artemis Cooper nos acerca al hombre, un hombre que hizo de la aventura la máscara con la que enfrentarse a la vida.

En cuanto a la Duquesa de El Cairo (no sé si optó por el título por su relación con Leigh Fermor), en sus libros destila tanta erudición como talento, tanta sensibilidad como inteligencia. No me extraña que Javier Marías la admirara.

Las Nobel de Literatura

No voy a decir que las he leído a todas porque no es cierto, a algunas las desconocía y a otras las sigo desconociendo.

Bien es verdad que el criterio en la concesión del Nobel de Literatura no siempre tiene que ver con la literatura, o eso me parece a mí.

En cualquier caso, resulta sorprendente que, hasta el momento, tan solo diecisiete escritoras hayan merecido este galardón. Sinceramente, creo que hay otras muchas escritoras que tienen los mismos méritos o mayores que algunos de los escritores que han sido reconocidos con el Nobel. De ahí que cuestione el criterio del jurado de estos premios. Pero también lo cuestiono en lo que se refiere a los escritores. Que Javier Marías no lo recibiera es un «desdoro» para la Academia Sueca, como dejó dicho Arturo Pérez-Reverte. Pero vuelvo a ellas.

La historia de algunas de las galardonadas ya está contada en las páginas de este libro, otras no.

Lo cierto es que los Nobel se empezaron a conceder en 1901, pero no fue hasta 1909 cuando una mujer recibió el Nobel de Literatura, que recayó en la escritora sueca **Selma Lagerlöf**. He leído dos obras de Selma. La primera fue *Jerusalén* y la segunda, que me entusiasmó, *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, un libro infantil rebosante de imaginación, alegría y valores. Se preguntarán por qué leí un libro infantil y la respuesta es que en este libro se resume lo mejor de Selma Lagerlöf, la escritora y maestra que plantó cara a los nazis ayudando a escritores judíos a salvarse del Holocausto. Años después, cuando a ella también le concedieron el Nobel, **Nelly Sachs** tuvo palabras de reconocimiento hacia Selma, a la que le debía la vida ya que gracias a sus esforzadas gestiones pudo escapar y llegar a Suecia, aunque

cuando llegó su amiga, con la que mantuvo una intensa correspondencia, acababa de morir.

También confesaré que me acerqué a Selma Lagerlöf porque al repasar su biografía me topé con que Carl David af Wirsén, un poeta que llegó a ser secretario permanente de la Academia Sueca, había boicoteado durante años la concesión del Nobel a Selma. Wirsén parecía convencido de que no había mujer que mereciera el Nobel, de manera que dedicó todos sus esfuerzos a impedir que se lo concedieran a Selma.

Hay que ser un tipo realmente obtuso para negarse a reconocer los más que sobrados méritos literarios de Selma y otras mujeres escritoras. Desde luego, a mí me cuesta reconocer los méritos que puede tener alguien que cree que las mujeres no estaban a la altura del Nobel.

Fue un personaje contradictorio porque, a pesar de su reprobable obstinación en contra de las mujeres, lo cierto es que si los premios Nobel se pusieron en marcha fue, en primer lugar, por el legado cuantioso que dejó Alfred Nobel en su testamento para ello, pero también por la apuesta decidida de Carl David af Wirsén de que la Academia Sueca no rechazara cumplir con el encargo. Aun así, mi antipatía por el tal Wirsén es manifiesta.

Si Selma Lagerlöf tuvo problemas para que la Academia reconociera su valía literaria, algo parecido le sucedió a la italiana **Grazia Deledda**, que no obstante lo recibió en 1926. Diecisiete años tuvieron que mediar, entre 1909 y 1926, para que los académicos suecos tuvieran a bien conceder el Nobel a otra mujer. Supongo que la biografía de Grazia también les rompía los esquemas. Nacida en Cerdeña, sus obras no se deslizan por el costumbrismo tan al uso en su tiempo. Recrea la historia de la isla a través de sus leyendas, de personajes míticos. En los valores religiosos, la fatalidad y el romanticismo que impregnan sus historias algún estudioso ha creído advertir la influencia de su paisano Gabriele D'Annunzio, y más lejanamente la del gran León Tolstói. *Incendio en el olivar*, *Cañas al viento* y *Cenizas*, escrita en 1904 y que fue llevada al cine, son algunas de sus obras más conocidas.

A **Sigrid Undset** se le concedió el Nobel de Literatura en 1928, dos años después que a Grazia Deledda.

La autora, nacida en Kalundborg, Dinamarca, sin embargo pasa por formar parte de la literatura noruega, puesto que vivió en Noruega desde los dos años. Reconozco que no he leído ningún libro de ella aunque tengo pendiente hacerme con los tres tomos de su novela histórica *Kristin Lavransdatter*, una trilogía que fue la puerta para que le concedieran el Nobel. Se trata de un viaje a través de la Escandinavia medieval, donde se detalla la vida cotidiana de hombres y mujeres reseñando el peso de la Iglesia en sus vidas.

La vida de Sigrid estuvo repleta de altibajos, como casi todas las vidas. Trabajó

como secretaria y en uno de sus primeros viajes, en Roma, conoció al que sería su marido, el pintor Anders Castus Svarstad, que estaba casado y tenía tres hijos, pero se divorció cuando conoció a Sigrid. El matrimonio duró de 1912 a 1919, momento en que se divorciaron y ella regresó a Noruega, con sus tres hijos y los tres de él. Quizá fue lo mejor para ella, porque es entonces cuando escribe la que será su gran obra, la que le abrirá las puertas a la posteridad.

La siguiente escritora en recibir el Nobel fue **Pearl S. Buck** en 1938. La seguiría **Gabriela Mistral** en 1945 y habrá que esperar a 1966 para que se lo otorguen a **Nelly Sachs**.

La de Nelly Sachs es una vida que transcurre en los límites. Alemana, judía, casi toda su familia murió en los campos de exterminio y ella se salvó gracias a un libro... el libro que la uniría para siempre con Selma Lagerlöf y que despertaría su vocación literaria. Era apenas una adolescente cuando le regalaron *La saga de Gösta Berling*, y fue tal el impacto que le provocó que empezó a escribir a Selma, y a través de sus cartas fueron cimentando una amistad que duraría siempre.

Como he contado en el apunte sobre Selma Lagerlöf, fue ella quien consiguió un salvoconducto para que Nelly y su madre pudieran salir de Alemania.

Nelly salvó la vida, pero la vida nunca volvió a ser vida porque llevaba clavada en el alma la tragedia de haber perdido a los suyos en los campos de exterminio nazis. Ese recuerdo permaneció inmutable y se refleja en toda su obra.

Vivió en Suecia, y allí escribió y se dedicó a la traducción, y cuando en 1966 le concedieron el Premio Nobel de Literatura su discurso fue un emotivo agradecimiento a Selma Lagerlöf, la mujer que la había salvado.

Y por increíble que parezca, hasta 1991 ninguna mujer volvió a recibir el Premio Nobel de Literatura. Fue el año de **Nadine Gordimer**. Sería dos años después, en 1993, cuando el galardón recaería por primera vez en una mujer afroamericana: **Toni Morrison**, quien años antes, en 1988, ya había ganado el Pulitzer por *Beloved*, una historia sobrecogedora que, una vez leída, no la puedes olvidar, pues se queda dentro de ti habitando las peores pesadillas. Basada en una historia real, la vida de Margaret Garner, Toni Morrison nos hace sentir la angustia de esta mujer, una esclava que huye de la plantación, pero no logra su objetivo porque es perseguida, y cuando están a punto de capturarla decide matar a su hija para que no tenga que vivir como ella ha vivido, como esclava.

De todas las obras que he leído de Toni Morrison esta es la que me acompañará siempre por la dureza y el realismo con que expone la tragedia que apareja la esclavitud. A día de hoy, a Estados Unidos, su país, le cuesta mirar de frente su pasado.

En la obra de Toni Morrison siempre late su compromiso contra el racismo, pero también el retrato de una sociedad que cree haberlo superado pero que, en realidad,

subyace en ella.

La suya es una historia como tantas otras. Sus padres provenían del Sur, pero se instalaron en Ohio huyendo precisamente de la segregación. Pudo estudiar en la Universidad Howard de Washington y llegó a dar clases en Princeton al tiempo que fue editora de Random House en Nueva York.

Su primera novela, *Ojos azules*, es una historia de las que también te sacuden el alma, la de una niña negra que sueña con tener los ojos azules.

Morrison escribió once novelas, también hizo alguna incursión en la literatura infantil y en el ensayo. Pero su obra cumbre es *Beloved*, según los críticos, la mejor novela estadounidense del siglo XX.

Entre las galardonadas con el Nobel de Literatura, **Wisława Szymborska** seguramente ha sido una de las más desconocidas para el gran público y, sin embargo, la suya es una biografía harto interesante.

Les recomiendo que lean la que publicaron Anna Bikont y Joanna Szczęsna, en Pre-Textos en 2015, momento en que descubrí quién habitaba realmente detrás de esa mujer enigmática que huía de la publicidad y, por tanto, de la fama, aun habiendo ganado el Nobel y siendo considerada una poeta extraordinaria.

La verdad es que muchos de los premios Nobel de Literatura son perfectos desconocidos para una gran mayoría de los lectores. Me encuentro entre quienes sienten curiosidad cuando le dan el Nobel a alguien de quien no he leído ni una línea, y eso es exactamente lo que me pasó a mediados de los noventa cuando se lo concedieron a Wisława Szymborska.

Primera dificultad: no era capaz de encontrar ningún libro suyo traducido, hasta que años más tarde di con *Paisaje con grano de arena*.

Pero realmente, más que su obra, me ha interesado el personaje, el de una mujer nacida en Cracovia, de una familia burguesa, que termina militando en el Partido Comunista y le dedica poemas a Stalin, que con el paso del tiempo se fue distanciando de los postulados estalinistas, pero sin romper oficialmente; simplemente como si hubiera dejado de formar parte de su vida. ¿Por convencimiento? ¿Por interés? ¿Por qué? Por eso, y aunque parezca una herejía, además de sus poemas no olviden leer su biografía.

La verdad es que no estoy segura de que me gusten los libros de **Elfriede Jelinek**, escritora austriaca a la que le concedieron el Nobel en 2004. Pero tampoco estoy segura de que me disgusten. Supongo que su obra provoca ese efecto en muchos lectores, el del sabor agridulce.

Evidentemente es una escritora que no deja a nadie indiferente, lo cual es en sí mismo un mérito. Precisamente es lo que yo deseo cuando escribo, que mis novelas no produzcan indiferencia.

Cuando le concedieron el Nobel solo tenía noticia de *La pianista*, llevada al cine

por el siempre polémico Michael Haneke, que dirigió magistralmente a Isabelle Huppert y a Annie Girardot.

Pero más allá de esta obra, lo cierto es que todo lo que escribe esta autora refleja su visión crítica de la sociedad, su feminismo militante, su capacidad para provocar controversia mostrando los lados más oscuros del alma, en ocasiones con ironía, en otras, como es el caso de *La pianista*, con cierta dosis de morbo que, por lo menos a mí, me incomoda.

Cuando la leí, comprendí que había mucho de la propia Elfriede Jelinek en su novela, acaso porque ella estudió música y ballet y, por tanto, nada de lo que relataba le era ajeno.

Me digo a mí misma que el cometido de su obra reside en que provoca esa incomodidad, lo cual representa siempre un desafío para la inteligencia.

Nada que ver su manera de escribir, de contar, con la de **Doris Lessing**, que recibió el Nobel en 2007.

En 2009 se lo concedieron a **Herta Müller**, a la que, hasta ese momento, no había leído, y con ella me sucede que la siento lejana pese al dramatismo de sus historias.

Nació en Rumanía, pero escribía en alemán. No ha tenido una vida fácil. Hija de un padre que sirvió en las SS y una madre que sufrió el cautiverio en la Unión Soviética, su obra está traspasada por ese dolor de sentirse extranjera en su propia tierra, porque en sus ensayos, en sus poemas, es constante esa mirada hacia la minoría de origen alemán que habitaba en Rumanía.

Estudió Filología Germánica y Románica y su vida fue una pesadilla en la Rumanía de Ceaușescu, donde, con gran valentía, se negó a colaborar con el régimen comunista delatando a quienes pudieran ser sus opositores, lo que la llevó a perder su empleo como traductora en una empresa de ingeniería.

Su destino no era otro que el exilio exterior, porque en el exilio interior ya vivía. Se escapó a Berlín y... mejor lean *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, un relato vívido de la represión que sufrieron los rumanos de origen alemán en la época de Stalin.

Y de Herta Müller al Nobel para **Alice Munro** en 2013, y de ahí otro salto hasta 2015, en que se lo concedieron a la bielorrusa **Svetlana Aleksiévich**.

Pues sí, creo sinceramente que la Academia Sueca, que no siempre acierta, en 2015 acertó cuando concedió el Nobel de Literatura a Svetlana Aleksiévich.

Es la primera periodista que ha recibido el Nobel, y lo ha hecho por una obra en la que el motivo principal no es otro que dar voz a quienes nunca son escuchados.

Svetlana no escribe ficción, sino que toca el alma contando la realidad.

Hija de padre bielorruso y madre ucraniana, supo contar como nadie la tragedia de la explosión de la central nuclear de Chernóbil. En *Voces de Chernóbil* da voz a quienes estuvieron allí, a los que vivían, a los que acudieron a apagar el fuego, a los supervivientes.

Las tierras cercanas a la central componen un paisaje desolador. Lo conozco, he estado allí. He imaginado que el aire que respiraba seguía cargado de la invisible y letal radiación que desprendió el reactor nuclear tras la explosión. Los árboles, la tierra, la gente... Todos llevan escrita la tragedia porque hubo un antes y un después en sus existencias, es la huella que queda en los supervivientes que no gastan palabras inútiles porque ninguna es capaz de explicar el horror.

Chernóbil, la vergüenza de la Unión Soviética, el símbolo de un imperio en el que la gente no contaba y cuya existencia se resumía en sobrevivir.

Svetlana es valiente, comprometida con el sufrimiento ajeno, irreductible ante los que quieren apagar la voz de quienes callan por miedo, por necesidad de intentar vivir un día más.

El de Svetlana Aleksiévich es un Nobel para los desheredados, para los que a través de ella hacen saber al mundo que existen.

En Chernóbil el día se hizo infierno y en la mirada de los supervivientes queda el recuerdo que Svetlana convirtió en voz.

La escritora polaca **Olga Tokarczuk**, Premio Nobel 2018, y la estadounidense **Louise Glück**, galardonada en 2020, no pueden ser más diferentes la una de la otra.

La primera es una autora, aun con el Nobel, bastante desconocida en España. Lean su obra *Los errantes*, tan original como extraña.

Cuando Louise Glück recibió el Nobel no era una desconocida, todo lo contrario, ya que años atrás había sido galardonada con el Pulitzer por *El iris salvaje*. Creo que los académicos suecos están bastante atentos a los Pulitzer porque algunos de los que han recibido este galardón también han recibido el Nobel. En cualquier caso, Glück es una poeta de prestigio y reconocimiento internacional. En España sus poemas los ha publicado Pre-Textos. La suya es una poesía, dicen los críticos, «austera», pero que ahonda en los recovecos del ser humano.

No puedo acabar sin referirme a la última mujer que ha recibido el Premio Nobel de Literatura, **Annie Ernaux**, de la que, otra vez me van a pillar en falta, solo he leído *La mujer helada*, aunque eso sí, he leído a autores que se consideran discípulos suyos como Emmanuel Carrère.

Sin duda, Annie Ernaux merece el premio y, sobre todo, merece ser «descubierta» por todos aquellos que hasta ahora no la han leído. Catedrática de Letras Modernas, su obra tiene tintes biográficos, sobria en la forma, profunda en el fondo, feminista, y comprometida con las personas más desfavorecidas de la sociedad porque nunca ha olvidado su origen, un origen que ha marcado su vida y su obra, la suya es la voz de los humildes, de los que su voz no se escucha.

Veremos qué nos deparan los académicos suecos en el futuro inmediato.

Hay otros muchos libros que se han cruzado en mi vida: los de Irène Némirovsky, Carme Riera, Margaret Mazzantini, Najat El Hachmi, Leila Slimani, Joan Didion, Karmele Jaio... ¡Uf, la lista es larguísima! Sin olvidar a mis imprescindibles, como Javier Marías, J. M. Coetzee, Emmanuel Carrère, Rafael Chirbes, Cormac McCarthy, Mario Vargas Llosa, Tony Judt, Thomas Mann, Voltaire, Charles Baudelaire, Alexandre Dumas, Lev Tolstói, Fiódor Dostoievski, Nikolái Gógol, Borís Pasternak, Gabriel García Márquez, Arturo Pérez-Reverte... Sí, lo confieso, soy una lectora compulsiva que mantengo intacta mi curiosidad y cada vez que comienzo a leer un libro siento que inicio una aventura que no sé a dónde me va a llevar.

Y punto, bueno, punto y aparte, porque para el punto final aún me falta recordar la biografía de una mujer que ha sido importante en mi vida: Oriana Fallaci.

Oriana Fallaci

Cuando yo estaba dejando atrás la adolescencia, Oriana Fallaci ya era una leyenda. Oriana era la periodista que yo quería ser y que pienso que también querían ser todas las aspirantes a periodistas de mi generación. Libre, segura de sí misma, valiente, la suya fue una vida de película, aunque todo en ella fue real. Creo que fue en los setenta cuando leí su *Entrevista con la historia*, un libro que recopilaba las entrevistas que había publicado con los personajes más importantes del mundo: presidentes, políticos, terroristas, científicos, artistas... Todo el que fuera alguien se dejaba entrevistar por Oriana.

Fue una periodista cuyo prestigio le abrió todas las puertas. La lista de los entrevistados es abrumadora: Indira Gandhi, Golda Meir, Yasser Arafat, Deng Xiaoping, Willy Brandt, Henry Kissinger, Muamar el Gadafi, el sha de Persia, el emperador Haile Selassie, el rey Husein de Jordania, el golpista argentino Leopoldo Galtieri (al que llamó torturador en el transcurso de la entrevista), el ayatolá Jomeini (a quien tildó de tirano y se quitó el chador que le habían impuesto durante la entrevista), y también a personajes populares del deporte o el cine, como Mohamed Alí, Federico Fellini o Sean Connery.

Es la mejor entrevistadora que ha existido en la historia del periodismo, nadie ha sido capaz de igualarla. Desmenuzaba a los personajes hasta bajarlos del pedestal presentándolos como lo que realmente eran.

Florencia fue el lugar donde nació, creció y donde quiso morir. Hija de un partisano florentino, ella misma siendo una cría colaboró con la Resistencia. Empezó a estudiar Medicina y lo dejó para dedicarse al periodismo. Sus primeros trabajos los publicó en el *Mattino dell'Italia Centrale*, pero su carrera se truncó el día

que se negó a escribir en favor de Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista. La despidieron, lo que la llevó a Milán, donde trabajó en *Época*, y más tarde lo haría en *L'Europeo*. Viajera incansable, vivió unos años en Estados Unidos, desmenuzando en sus reportajes a la sociedad norteamericana. También viajó por Oriente y de ahí salió un libro que dejó huella, *El sexo inútil*, sobre el papel de las mujeres en Oriente.

Fue corresponsal de guerra, sin arredrarse por ser esa una especialidad que parecía reservada a los hombres. Oriana era tan valiente y audaz como el que más, y no se paraba ante nada ni nadie a la hora de conseguir una exclusiva.

En Vietnam escribió con precisión sobre la guerra, criticando a Estados Unidos pero sin condescender con los norvietnamitas. Para ella lo importante era ser fiel a los hechos sin caer en las redes de lo políticamente correcto.

Recuerdo una noche, cenando en casa de Pilar Cernuda, al inolvidable Manu Leguineche contándonos cómo era Oriana Fallaci. Él la había conocido en Vietnam y a lo largo de su vida como corresponsal de guerra la volvería a encontrar en otros muchos lugares. Me quedó grabada una frase que Manu dijo de Oriana: «Como se le meta algo en la cabeza no hay quien la pare».

Bien es verdad que Pilar, que tuvo la suerte de conocerla a través de Manu, la consideraba arrogante y antipática. Hace poco le regalé a Pilar una biografía de Oriana: *La corresponsal* de Cristina De Stefano, y se ha reconciliado con ella porque reconoce que fue una periodista excepcional.

Pero como decía Manu, nada ni nadie logró pararla, y mucho menos hacerla callar. Vietnam, Oriente Medio, América Latina... Casi pierde la vida cubriendo en Méjico, el 2 de octubre de 1968, la matanza de la plaza de las Tres Culturas, cuando los militares entraron en la universidad disparando a quemarropa contra los estudiantes.

La tirotearon a ella también, y parece que no eran balas perdidas sino que buscaban su cuerpo, el de una periodista irreductible cuyo único compromiso era la verdad.

Y también se enamoró. Quizá uno de los libros de Oriana Fallaci que más me han conmovido fue *Un hombre*, su historia con Alexandros Panagoulis, sindicalista y miembro de la oposición contra el régimen de los coroneles en Grecia, un hombre que se jugaba a diario la vida por devolver a su país la libertad. Panagoulis, el gran amor de su vida, el hombre con el que pudo tener un hijo que perdió y al que dedicó un libro que contenía su llanto, *Carta a un niño que nunca nació*.

Oriana, la más incisiva, la autora de la novela *Inshallah*, la periodista valiente que señaló los errores de Occidente respecto al mundo musulmán, la que advirtió de la decadencia de nuestra civilización, la que no era creyente pero defendía la civilización judeocristiana y la herencia de Grecia y Roma sobre la que se ha

construido Europa.

La mujer que luchó contra el cáncer sabiendo que era una batalla perdida y que quiso morir en Florencia mirando al Arno, recordando cuando era niña.

Nunca he querido ser otra persona, pero si hubiese podido elegir otra vida tal vez habría elegido la de Oriana Fallaci, quizá porque ella no vivió una sola vida, pues tuvo el privilegio de vivir muchas. Por eso y por tantas otras cosas, mis últimas líneas son para la mejor periodista que ha existido hasta hoy, y me temo que en el futuro será difícil que alguien la supere.

Sí, Oriana Fallaci es una mujer con historia, y la suya resume todas las historias de las mujeres que lucharon por ser protagonistas de su propia vida.

Si Oriana Fallaci entrevistó a todos los protagonistas de la Historia del siglo XX, pienso que al menos yo tuve la suerte, junto a otros periodistas, de poder contar una parte de la Historia reciente de nuestro país. Y la verdad sea dicha, me siento más que orgullosa de haber sido testigo de la Transición y de la elaboración y aprobación de nuestra Constitución.

Pero como todo hay que, al menos, intentar contarlo, también tengo que decir que no fue fácil el paso de la Dictadura a la Democracia. Todos teníamos que aprender qué era exactamente ser demócratas más allá de las palabras y a romper tabúes. Y ejercer el periodismo siendo mujer, sobre todo joven, en el año 1976, 1977, 1978, 1979, etc., no era fácil. Salvo excepciones. Ciertamente en aquellos años en la redacción de *Cambio 16*, *El País*, *Guadiana*, *ABC*... había mujeres periodistas escribiendo de política, y en la mayoría de los medios de comunicación, tímidamente las mujeres se empezaban a abrir un hueco en las páginas de política.

Yo conté con el apoyo impagable de Javier Martínez Reverte que fue mi jefe durante esos años, lo mismo que Germán Álvarez Blanco en la revista *Guadiana*. Pero la realidad es que a muchos políticos les costaba recibir en sus despachos a mujeres periodistas; en realidad, se sentían más cómodos con nuestros colegas masculinos.

Conseguir una entrevista con el presidente del Gobierno o con alguno de sus ministros, con un banquero, un obispo, y con cualquiera que estuviera en la cúspide del poder, a veces era imposible. Así que un buen día Pilar Urbano, que entonces trabajaba en *ABC*, y Consuelo Álvarez de Toledo, que lo hacía en la Agencia EFE, tuvieron una idea que resultó un éxito: reunir un grupo de periodistas mujeres e invitar a cualquiera que mandara algo a desayunar en el Ritz. Nos lo propusieron a Pilar Cernuda, a Charo Zarzalejos y a mí, y aceptamos con entusiasmo.

Les aseguro que no hubo dirigente político, empresarial, sindical, religioso, social que no aceptara la invitación a desayunar en el Ritz. Y así, en un pequeño salón, con tazas de porcelana, cubertería de plata y servilletas de lino tuvimos nuestra propia «entrevista con la Historia de España». Hasta aceptaron venir a desayunar dos dirigentes de la entonces Herri Batasuna, Jon Idigoras e Iñaki Ruiz de Pinedo, que cuando entraron en el Ritz provocaron el pasmo de cuantos se

encontraban en el hall. Entrevista que, cuando la publicamos, provocó que termináramos, ellos y nosotras, en la Audiencia Nacional poco menos que por apología del terrorismo

En aquellos desayunos en el Ritz nuestros invitados se confesaban a fondo y fueron muchas las noticias que publicamos en primera página.

Sin duda, fue una etapa apasionante que siento como un privilegio haber podido contar. Puedo decir que yo estuve allí, que conocí a todas las mujeres y hombres que hicieron posible el éxito de la Transición. Y recordaré siempre a las pocas mujeres que ocuparon puestos de responsabilidad, empezando por la inolvidable Carmen Díez de Rivera, como jefe de gabinete de Adolfo Suárez, y las veintiuna diputadas y las seis senadoras que formaron parte de aquellas Cortes Constituyentes. Quiero nombrarlas a todas, a las veintisiete: Juana Arce, Soledad Becerril, Gloria Begué, Pilar Bravo, Carlota Bustelo, María Dolores Calvet, Virtudes Castro, Asunción Cruañes, María Victoria Fernández España, Carmen García Bloise, Dolores Ibárruri, María Izquierdo, Rosina Lajo, Belén Landáburu, Marta Mata, Amalia Miranzo, Mercedes Moll, Dolores Blanca, Elena María Moreno, María Dolores Pelayo, Palmira Pla, María Teresa Revilla, María Rubies, Ana María Ruiz Tagle, Inmaculada Sabater, Esther Tellado y Nona Inés. Si bien en la Ponencia Constitucional no hubo ninguna diputada, en la Comisión Constitucional estuvo en nombre de UCD María Teresa Revilla. Ella, solo ella. Hoy en el Congreso y en el Senado el número de mujeres que ocupan escaño roza el de los hombres. Y todo gracias a aquellas primeras parlamentarias que sentaron las bases para caminar hacia la igualdad. En aquellas Cortes Constituyentes Carlota Bustelo y María Dolores Calvet, junto a Asunción Cruañes, fueron un auténtico martillo pilón a la hora de defender la igualdad y encontraron el apoyo de otras parlamentarias, para que en la Constitución quedara bien claro que nadie puede ser discriminado en función de su raza o sexo. Su labor como parlamentarias supuso ir derribando aquellas leyes del franquismo que consideraban a la mujer una eterna menor de edad, discriminándolas en todos los órdenes de la vida. Pondré un ejemplo para los más jóvenes. Yo me casé en el año 83 y para entonces las leyes habían cambiado sobre el papel, pero en la realidad a esos cambios aún les costaba abrirse paso en la vida real. Así que cuando ese año, el 83, decidí cambiar de coche y me dirigí a un concesionario me topé con la sorpresa de que al firmar las letras para la compra me exigían la firma de mi marido. Me puse como una «fiera», y me negué en redondo. Yo era autosuficiente, tenía un sueldo que me daba para asumir el pago de las letras del coche, por tanto, no estaba dispuesta a aceptar que comprarme un coche pasaba por la firma de Fermín. Tuve una trifulca que ni se imaginan con el vendedor del concesionario al que directamente advertí de que lo que pretendía era inconstitucional y que le llevaría a los tribunales, puesto que nuestra Constitución

había dejado bien clara la autonomía de las mujeres respecto a maridos y demás familia.

No sé si porque resulté convincente o porque aquel hombre no quiso meterse en líos, el caso es que salí del concesionario con mi nuevo coche después de firmar las letras yo sola. Me sentí de lo más satisfecha de haberlo conseguido. Así que las más jóvenes se pueden hacer una idea de dónde venimos.

Las mujeres del siglo XXI le deben mucho a la mayoría de esas mujeres del XX que formaron parte de las primeras Cortes democráticas después de la larga pesadilla del franquismo.

También hoy son mayoría las mujeres periodistas que presentan informativos en televisión y radio, que son analistas políticas, que escriben en las páginas más sesudas de los periódicos. Así que sí, las mujeres han protagonizado un salto abismal en la profesión periodística y hoy no tienen que unirse para conseguir entrevistar a ninguno de los hombres que ocupan puestos de responsabilidad, sea en el ámbito que sea. Pero aun así en los medios de comunicación, como en otros ámbitos, las mujeres aún no ocupan las cúspides, salvo alguna excepción. Ojalá llegue el día en que deje de ser noticia que una mujer es presidenta de un banco, directora de un periódico, presidenta de gobierno, directora de un laboratorio espacial, etc.

Pero vuelvo a entonces, cuando estando en la veintena formé parte de aquella generación de mujeres periodistas acreditadas en el Congreso en 1977; éramos muy pocas: Pilar Cernuda, Susana Olmo, Charo Zarzalejos, Pilar Urbano, Consuelo Álvarez de Toledo, Sol Gallego-Díaz, Amalia Sánchez Sampedro, Raquel Heredia, Carmen Rico Godoy, María José Alegre, Pilar Narvión y Josefina Carabias. Algunas se nos han ido, otras seguimos aquí y, cuando me encuentro con cualquiera de ellas, la verdad es que casi no necesitamos palabras para entendernos. De Pilar Cernuda poco puedo decir porque además de una vida profesional común somos amigas de largo recorrido; su hija Julia es mi ahijada. Distintas somos las unas de las otras, pero tenemos un pasado común vivido con tanta intensidad que nuestras señas de identidad se mezclan. En aquellos años dos veteranas nos sirvieron de inspiración: las infatigables Pilar Narvión y Josefina Carabias que también acudían casi a diario al Congreso, y a las que admirábamos sin reservas. Ambas nos sacaban bastantes años, habían sido corresponsales de sus periódicos durante décadas, eran cosmopolitas, políglotas y se movían con una desenvoltura que intentábamos imitar. Pilar nos «amadrinaba» a todas, pero sobre todo a un grupo que en el Congreso pasaron a denominarnos como «las niñas de Pilar», que éramos Susana Olmo, Pilar Cernuda, Charo Zarzalejos, Amalia Sánchez Sampedro... con el tiempo se ampliaría a otras periodistas como Mercedes Jansa y Rosa Villacastín. Y, por supuesto, dos fotógrafas excepcionales que formaron parte del grupo de periodistas de aquellas primeras Cortes: Queca Campillo y Marisa Flórez, que junto a Manuel Pérez

Barriopedro y Manuel Hernández de León fotografiaron aquellos días germinales de la democracia.

Pero como creo que hasta ahora muchas páginas de la Historia están incompletas porque faltábamos nosotras, no haré yo lo mismo ignorándolos a ellos, a mi queridísimo Raimundo Castro, a Pedro J. Ramírez, a José Antonio Sánchez, Luis Herrero, Ramón Pi, Fernando Jáuregui, Víctor Márquez Reviriego, Luis Carandell, Bonifacio de la Cuadra, Jesús Zuloaga, Antonio Pérez Henares, César Alonso de los Ríos, Pepe Oneto, Miguel Ángel Aguilar, Pedro Altares, Lorenzo Contreras, Rafael Luis Díaz, Antonio Casado, Jordi García Candau... Por favor, que sean benevolentes y me perdonen quienes a «bote pronto» no me vienen a la memoria, que se tambalea con el paso del tiempo. Ojo, la lista de periodistas de la Transición es extensa, pero insisto: me estoy refiriendo a quienes estuvimos en las Cortes Constituyentes, no quienes iban de vez en cuando, o los que empezaron a ir en la segunda legislatura, sino los que estábamos allí desde el 77 bolígrafo en mano. Hago esta salvedad porque habrá quienes piensen que me dejo en el tintero nombres como los de Juan Luis Cebrián, flamante director de *El País*, periódico que se convirtió en referencia de toda una generación, Natividad Preciado o Rosa Montero. O los dos informativos de radio «estrellas» durante la Transición: *España a las 8*, presentado y dirigido por Manuel Antonio Rico en RNE, y *El informativo de las 8* en la Cadena SER, presentado y dirigido por Fermín Bocos desde Barcelona. La clase política, en general, y una inmensa mayoría de los ciudadanos escuchaban estos dos informativos que batían récords de audiencia. Sin olvidar al entrañable Pedro Altares, director de *Cuadernos para el Diálogo*, o a Iñaki Gabilondo y Luis del Olmo, y por supuesto Luis María Anson, Javier Martínez Reverte, Justino Sinova, Eduardo Sotillos, José María García (que ya era una estrella de la radio con su programa de deportes), Raúl del Pozo, Graciano Palomo, Karmentxu Marín, Joaquín Estefanía, Mariano Guindal, Ricardo Martín... La lista es larga, larguísima. Fuimos muchos los que estuvimos allí, los que pudimos contar esa etapa trascendente de la Historia de España. Sí, fue nuestra particular cita con la Historia.

Pero no, no éramos muchas las mujeres periodistas en las Cortes Constituyentes, insisto, me refiero a las que estábamos bolígrafo en mano mañana, tarde y algunas noches, porque en ocasiones sus señorías se enzarzaban en debates que duraban hasta las once de la noche. Aunque naturalmente la lista de acreditadas era más amplia, porque unas acudían a los debates más importantes, otras porque habían quedado con algún político para hacer una entrevista. Así que, a la lista primigenia de las periodistas del Ritz, se fueron añadiendo otras como mi querida Victoria Lafora o Pilar Ferrer.

También fui testigo del 23-F, de la intentona golpista que casi acaba con nuestra incipiente democracia. Nunca olvidaré aquella tarde, sentada en la primera fila de la

tribuna de prensa del Congreso. A mi izquierda, Pilar Narvión y Miguel Ángel Aguilar, a mi derecha Susana Olmo y Charo Zarzalejos junto a otros compañeros. En la fila de atrás Pepe Nevado, Raúl del Pozo, Raimundo Castro, Rafael Luis Díaz y también Pilar Cernuda, Amalia Sánchez Sampedro, Juanjo Calleja, Pedro Calvo Hernando, Jesús Zuloaga, Mariano González, Víctor Márquez Reviriego, Jordi García Candau... y otros muchos. Lo recuerdo en «flashes», como una pesadilla.

Sí, recuerdo el momento en que escuchamos gritos en los pasillos y un ruido que no supimos identificar. Luego un guardia civil irrumpió en la tribuna de prensa mientras que el teniente coronel Tejero lo hacía en el hemiciclo. Disparos, Tejero gritando. Todos al suelo. Adolfo Suárez y Santiago Carrillo permanecen sentados en su escaño. Veo a Santiago Carrillo sin inmutarse dando una calada a su eterno cigarrillo, a Gutiérrez Mellado intentando detener a Tejero, a Suárez interponiéndose entre ambos... Todo es ruido y confusión, pero aun así me sobrecoge el valor de estos hombres que permanecen sentados.

Miguel Ángel Aguilar fue quien elevó la voz diciendo: «Es Tejero... es Tejero». «El de la operación Galaxia». Miguel Ángel le conocía, por ese entonces era uno de los buenos especialistas en temas militares.

Disparos, confusión, ¿qué estaba pasando? Y otra voz, la de Pilar Narvión: «Niñas, esto es un golpe de Estado, apuntad la hora, son las 18.23 del 23 de febrero de 1981». De nuevo la voz de Miguel Ángel: «Qué vergüenza, qué vergüenza...».

Charo Zarzalejos, llevada por los nervios, comienza a llorar. A mí se me cayeron las gafas cuando los guardias dispararon dando en el techo de la tribuna de prensa.

Estoy nerviosa, Susana también, «¿tienes un cigarrillo?», me pregunta, «sí», respondo, lo voy a sacar del bolso (en ese entonces se podía fumar en el Congreso). Otra voz: «Cuidadito con las manos». Es la voz de un tipo que va vestido a medias entre guardia civil y paisano. Un tipo chulo. Apenas nos sale un hilo de voz cuando el chulo se acerca a nosotras y vemos el cetme a pocos centímetros de nosotras. Creo que alcanzo a decir que solo pretendemos fumar. Charo se pone a temblar y a llorar. Pilar Narvión se levanta y le dice que va a acompañar a Charo al baño para que se lave la cara y se le pase el susto. El tipo chulo las mira con desconfianza y Pilar se planta: «Oiga, joven, voy a acompañar a esta niña al baño, solo faltaba que con el susto que nos están dando no pudiéramos ni ir al baño». El tipo chulo se desconcierta. Aquella mujer ya entrada en años, con un moño requetecolocado y una mirada azul sin pizca de miedo, se abre paso sin prestarle más atención. Él se aparta, pero le advierte que le da cinco minutos. Pilar ni se molesta en contestar.

Y a partir de ese momento todos tenemos nuestra pequeña historia que contar. Manuel Barriopedro y Manuel Hernández, los dos excelentes fotógrafos de EFE, han captado las imágenes de Tejero entrando en el hemiciclo... Durante un buen rato permanecemos sentados, pensando en que seguramente estamos viviendo los

últimos minutos de nuestra vida. Que la democracia recién estrenada ha llegado a su fin. Tenemos miedo, o por lo menos yo tengo miedo, aunque ahora escucho versiones de quienes aseguran que nunca temieron que triunfara el golpe. Yo sí. Y no me avergüenza decir que pasé mucho, mucho miedo. Fueron horas de confusión. No existían los teléfonos móviles, no estaban inventados, de manera que solo podíamos comunicarnos a través de los teléfonos de las cabinas desde las que los periodistas transmitíamos las crónicas. Durante un buen rato los teléfonos no funcionaban y además no nos permitían movernos. Pero conforme pasaron las horas, los guardias fueron haciendo concesiones, ya podíamos ir al baño, e incluso cuando se despistan nos metemos en las cabinas y llamamos a nuestras redacciones o a casa.

Recuerdo la voz de Pilar Narvión, que desde una cabina llamó a un hermano militar destinado en Valencia y al que decía más o menos esto: «Oye, espero que no estés secundando al loco ese de Milans del Bosch. Y además los Narviones no nos sublevamos contra el orden constitucional, eso tenlo claro». Ignoro lo que le dijo o hizo ese hermano.

Lo que sí sé es que el miedo nos volvió a atenazar cuando Tejero hizo salir del hemiciclo a Adolfo Suárez, al teniente general Gutiérrez Mellado, a Felipe González, a Alfonso Guerra, a Santiago Carrillo... Pienso que los van a matar. Pasan las horas y los guardias están cansados, no nos prestan tanta atención y aprovechamos para colarnos en las cabinas de los teléfonos.

Y la esperanza. Alguien hizo correr la voz de que el rey había hablado en televisión poniéndose en contra de los golpistas. Suspiros de alivio. El rey no está en el golpe sino contra el golpe. Horas más tarde Barriopedro logrará sacar el carrete en un zapato. Manolín, que así llamábamos a Manuel Hernández, esconde los suyos entre la ropa interior.

Empiezan a dejar salir a los periodistas. Jordi García Candau me convence para que nos quedemos. «La noticia está aquí», me dijo, «así que aguantamos lo que podamos».

Y tanto que aguantamos, pasaba la medianoche cuando nos echaron. Fuimos los dos últimos periodistas en abandonar el Congreso. Fuera, la noche, y alrededor del Congreso guardias, coches militares, ruido, confusión y periodistas, micrófonos, fotógrafos... Preguntamos, nos dicen que hay militares en el Palace, que se está formando un consejo de gobierno provisional. Jordi no lo duda: «Entramos en el Palace». Yo no las tengo todas conmigo. Pienso que no nos van a dejar entrar. Pero me agarra del brazo y me lleva hacia la entrada del personal del hotel y con un aplomo impresionante le dice al guardia y al empleado que nos para: «Oiga, nosotros estamos alojados en el hotel, como comprenderán queremos ir a nuestra habitación». Le creen. No sé por qué pero le creen, y nos abren paso y allí vivimos lo que estaba pasando, generales, coroneles... En fin, todo esto ya está contado. A mi memoria

acuden las imágenes y las conversaciones en tropel.

Sí, viví la Transición, conté cuanto sucedió en aquellos días germinales de la democracia, la elección de Adolfo Suárez por el rey don Juan Carlos para que pilotara la Transición, la legalización del PCE, la extrema derecha matando e intentando abortar el camino a la democracia, ETA también matando buscando igualmente que la democracia desbocara mientras dejaba un reguero de sangre y sufrimiento, las primeras elecciones democráticas, la decisión de que fueran constituyentes, la elaboración de la Constitución, su aprobación, el triunfo del PSOE en 1982... Fueron años apasionantes, vividos intensamente, y sí, me siento orgullosa de poder decir: YO ESTUVE ALLÍ.

Hace ya unos cuantos años que dejé el periodismo. No me arrepiento. Me admira la pasión con que Pilar Cernuda sigue ejerciendo, pero la verdad es que ya no siento esa pasión y creo que como el periodismo lo fue todo para mí no podría seguir ejerciendo con la intensidad y dedicación con que lo hice. Yo entiendo que se es periodista las veinticuatro horas del día, que no se puede restar ni un minuto a esa profesión.

La decisión no fue fácil de tomar. Tenía que poner punto y aparte en la que había sido mi vida. Pero las pasiones no se pueden vivir a medias porque entonces no son tal.

Cuando publiqué mi primera novela, *La Hermandad de la Sábana Santa*, no podía imaginar (yo creo que mi querido editor, David Trías, tampoco) que se convertiría en un éxito que trascendería a otros países. Pero lo cierto es que los lectores me dieron el visto bueno y desde entonces he contado con su apoyo. He ido creciendo novela tras novela, y hoy me «salto» mi nuevo quehacer como contadora de historias de ficción, para contar unas cuantas historias reales pasadas por el tamiz de mi opinión. Son las historias que acaban de leer.

Lo cierto es que en los últimos años también ha ido cambiando la percepción de los lectores sobre los libros firmados por mujeres. Si antes las mujeres que escribían eran casi una excepción y la mayoría relegadas a un rincón, juzgadas muchas como autoras de libros que interesaban poco a los lectores masculinos, esta percepción ha ido cambiando. Y digo que ha ido cambiando, pero aún no ha cambiado del todo. Continúa habiendo una mirada altiva sobre los textos firmados por escritoras. Como si la nuestra fuera una Literatura menor y solo fuéramos capaces de escribir de amores ñoños, pájaros y flores. Parece que se les olvida que las grandes novelas sobre personajes femeninos las han escrito precisamente ellos: la Beatriz de Dante, la Julieta de Shakespeare, la Dulcinea de Cervantes, la Ana Karenina de Tolstói, Fantine, el personaje femenino de *Los Miserables* de Victor Hugo, la Madame Bovary de Flaubert, la Maga de Cortázar, la dama de las camelias de Dumas... En fin, sin palabras. Es más, estoy convencida de que si *La dama de las camelias* la hubiera

escrito una mujer, las críticas habrían sido demoledoras.

La soberbia de algunos de los prebostes de la crítica tiene mucho que ver con esa mirada rancia.

Pero ahora son muchos los nombres de escritoras que ocupan los primeros puestos en las listas de libros más vendidos, y aquí vuelvo a hacer un inciso: algunos deberían de sacudirse el prejuicio de que libro que se vende mucho es que no tiene calidad. Otra actitud soberbia. Parece que solo unos pocos elegidos son capaces de degustar las mieles de la buena Literatura, mientras que un libro que cuenta con el favor de muchos lectores no puede tener calidad precisamente por eso, porque gusta a muchos. ¡Menudo desprecio a los lectores y a la gente en general!

Pero lo mismo que me siento orgullosa de haber podido contar la Transición, hoy me siento igualmente orgullosa de coincidir en la estela de la escritura con escritoras españolas a las que admiro; a algunas las conozco y mantengo una relación personal, de otras soy una fiel lectora, a muchas las sigo de lejos, y la lista es larga: empezaré rindiendo homenaje a Almudena Grandes, cuyo nombre ya está escrito con letras mayúsculas en la Historia de la Literatura española contemporánea, y de Almudena a Carme Riera por la que, junto a Inés Martín Rodrigo y Marta Sanz, siento una especial predilección, quizá porque siempre han sido cariñosas conmigo y en el caso de Carme además muy generosa y a estas alturas de mi vida el afecto prima por encima de todo. Y de ellas pasando por Soledad Puértolas, Dolores Redondo, arrolladora, la incombustible Rosa Montero, María Dueñas que se ha metido en el bolsillo a millones de lectores, Alicia Giménez Bartlett, Vanessa Monfort, que es una extraordinaria dramaturga amén de novelista, Clara Janés, Sara Mesa, Clara Sánchez, Elvira Lindo, Ana Iris Simón, que nada de lo que leo de ella me deja indiferente, Irene Vallejo, Najat El Hachmi, a la que admiro especialmente por su valentía al defender posiciones feministas libres de prejuicios y ser capaz de enfrentarse al feminismo de lo políticamente correcto, Cristina Morales, Laura Freixas, Elena Medel, Elvira Sastre, Belén Gopegui, Espido Freire u otras escritoras tan distintas a estas últimas como Berna González Harbour, Iolanda Batallé, Mercedes Monmany, Andrea Abreu, Carmen Posadas, Marta Robles, Reyes Monforte... en fin, la lista de mis «contemporáneas» es larga, pero son mis «contemporáneas». Hay muchas más, claro, pero estas como digo son autoras a las que sigo y cuyos nombres se han abierto paso en la Literatura de hoy, aquí y ahora, y cuentan con lectores de toda clase y condición. Porque de eso se trata. Escribir es comunicarte con otros y con cuantos más, mejor. Vamos, digo yo.

Y así pongo punto final a esta historia compartida.

Nota bibliográfica

Este libro es fruto de mis lecturas a lo largo de los años aunque, para abordar su escritura, he necesitado consultar mucha información procedente de distintas fuentes a las que me gustaría reconocer en esta nota bibliográfica.

En primer lugar, me han sido de gran ayuda los archivos de diversas instituciones como la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, la Biblioteca Nacional de España, el Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia, la Fundación Ramón Menéndez Pidal, el Boletín de la Real Academia Española o la web de la Fundación Nobel.

Son muchos los libros que me han acompañado y servido de guía para contar esta historia tan personal. Comenzaré por citar la *Odisea* y la *Ilíada*, de Homero; las *Comedias,* de Aristófanes; el *Diccionario de mitología griega y romana,* de Pierre Grimal; *Los mitos de los dioses*, de Luciano de Crescenzo; *Viaje a las puertas del infierno; Zeus y familia: dioses, héroes y templos* y *El libro de Michael*, todos ellos de Fermín Bocos; *Odiseicas. Las mujeres en la «Odisea»*, de Carmen Estrada; *El silencio de las mujeres*, de Pat Barker; *Circe*, de Madeleine Miller; *El legado de Homero*, de Alberto Manguel; *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, de Diógenes Laercio; *Vida de Pitágoras*, de Porfirio, o un artículo del profesor Enrique R. Aznar, de la Universidad de Granada, que lleva por título «Pitágoras, matemático y filósofo griego».

Mujeres astrónomas y matemáticas de la Antigüedad, editado por la Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia y coordinado por Marta Macho Stadler, me descubrió detalles sobre Enheduanna, Aglaonice y otras pioneras de la astronomía.

Gracias al artículo de J. M. Sadurní «Hedy Lamarr, la actriz que inventó el wifi»

publicado en la revista *Historia*, de National Geographic, conocí mejor a la inventora austriaca.

Los libros de Joseph Pérez, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo* y de Espido Freire, *Para vos nací*, fueron lecturas de referencia para abordar la figura de Teresa de Jesús; mientras que *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, de Octavio Paz o el artículo de Alberto López «Juana Inés de la Cruz, exponente literario y educativo del Siglo de Oro español» en *El País*, me revelaron aspectos de la vida de la mejicana que se hizo monja «para poder pensar». La autobiografía *Mi vida*, de Francisca Josefa del Castillo, editada en Bogotá por la Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, y el artículo de Niamh Hughes «Segunda Guerra Mundial: la monja que salvó en secreto a 83 niños judíos de la persecución nazi», publicado en BBC News acerca de Denise Bergon, me aportaron más información sobre las vidas de estas mujeres.

En los capítulos dedicados a la Filosofía reproduzco las palabras de sus protagonistas, que he extraído de varios artículos o entrevistas: «Gabriel Albiac: "La realidad no es inocente"», recogido por Julio Tovar en *Madrilánea*; la frase de Julián Marías se encuentra en el número 86 de *Ínsula*: «El problema de la libertad intelectual»; la conversación entre José Antonio Marina y Adela Cortina a la que me refiero puede encontrarse en la revista *Ethic* con el titular «Lo peor que le puede pasar a la democracia es pensar que ya está conquistada». En el caso de Laura Llevadot, se trata de una entrevista de Noelia Ramírez en *El País*: «Las mujeres se han prostituido en los matrimonios y sin cobrar». Los entrecomillados de Amelia Valcárcel provienen de artículos y entrevistas que reseño a continuación: «¿La prostitución es un modo de vida deseable?» en *El País* y «La enseñanza de las humanidades y el humanismo en la enseñanza», entrevista de Rosalía Romero. En cuanto al texto de la carta firmada por Amelia Valcárcel entre otras, puede leerse en *El Confidencial*: «No puede hablarse de "autodeterminación del sexo" como ejercicio de la libre voluntad». Están, además, sus libros, *El gobierno de las emociones*, *Virtudes públicas* y *Elogio de la duda*, de Victoria Camps; *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, de Celia Amorós; *Mi herida existía antes que yo*, de Laura Llevadot; *Ética sin moral* y *Aporofobia, el rechazo al pobre*, de Adela Cortina, o *La memoria y el perdón* y *Feminismo en el mundo global*, de Amelia Valcárcel.

Para seguir los pasos de las dos poetas de vidas rotas, Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, la antología de Monika Zgustová y Olvido García Valdés, *El canto y la ceniza,* ha sido de gran ayuda, así como *La palabra arrestada* de Vitali Shentalinski.

No puedo dejar de mencionar aquí la biografía de Virginia Woolf escrita por su sobrino Quentin Bell; *Infernales. La hermandad Brontë: Charlotte, Emily, Anne y Branwell*, de Laura Ramos; *Todo ese fuego*, de Ángeles Caso, así como un texto de Laura Plitt para BBC News: «Louisa May Alcott: la extraordinaria historia de la autora de "Mujercitas"», y otro de J. M. Sadurní en *Historia*: «Agatha Christie, la gran dama

del misterio».

Para recorrer el camino que lleva de una precursora como Emilia Pardo Bazán, pasando por las Sinsombrero y llegar casi a nuestros días, me he servido de los testimonios en primera persona de muchas de sus protagonistas: *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, de Carmen Baroja; *Lluvias enlazadas*, de Concha Méndez; *Memoria de la melancolía*, de María Teresa León; *Del vacío y sus dones* de Ernestina de Champourcín o *Marga*, los diarios de Margarita Gil Roësset, editados por Juan Ramón Jiménez. Y también de los libros que otros les han dedicado: *Azules son las horas*, de Inés Martín Rodrigo; *La mujer sin nombre*, de Vanessa Montfort; *Zenobia Camprubí: la llama viva*, de Emilia Cortés, o «Zenobia Camprubí: una heroína en la sombra», un texto de Manuel Vicent en *El País*.

Menciono también una entrevista de Rosa Montero a Doris Lessing: «Doris Lessing, la escritora combativa», publicada en *El País*.

Aquellos que hayan leído estas páginas saben ya de mi admiración por algunas de las obras que cito a continuación y de las que también he hablado en el libro: *La ciudad de las damas*, de Christine de Pizan; *Escritos sobre la igualdad y en defensa de las mujeres*, de Marie de Gournay (editados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas); *Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne,* de Olympe de Gouges, que compré a un vendedor de libros junto al Sena; *Mirada retrospectiva: Compendio de algunos recuerdos de la vida*, de Lou Andreas-Salomé; *Eichmann en Jerusalén* y *La condición humana*, de Hannah Arendt; *El cuaderno dorado*, de Doris Lessing; *El segundo sexo* y *Cartas al Castor*, de Simone de Beauvoir; *Una habitación propia*, de Virginia Woolf; *Poemas*, de Emily Dickinson; *Gabriela Mistral en verso y prosa*, antología elaborada por la Real Academia Española; *Poesía completa*, de Alejandra Pizarnik; *Matar a un ruiseñor*, de Nelle Harper Lee; *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar; *El amante*, de Marguerite Duras; *Patrick Leigh Fermor*, de Artemis Cooper; *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Aleksiévich, y *Entrevista con la historia*, de Oriana Fallaci.

En mis viajes a Egipto nunca falta *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell.

Agradecimientos

Una vez más tengo que agradecer a David Trías su apoyo y confianza en mí. A Virginia Fernández, su inapreciable ayuda, paciencia y consejos a la hora de editar mis textos. Y a todo el equipo de Penguin Random House, en especial a Laura Ortega, Leticia Rodero y Marta Martínez, por contribuir también a que este libro llegue a las manos de los lectores.

Y, como en otras ocasiones, unas palabras para Argos, que me acompaña durante las largas horas de escritura.

El libro más personal de Julia Navarro.

Una sugerente invitación a compartir las historias escritas y vividas por mujeres: con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos.

Hasta el siglo xx la Historia la escribieron los hombres. Eso explica por qué las mujeres apenas aparecemos como sujetos de las historias de la Historia. Sin embargo, la lista de aquellas que la protagonizaron es extensa: desde diosas hasta reinas, desde cortesanas hasta científicas, desde actrices hasta santas, desde escritoras hasta políticas… Hemos estado en todas partes, aunque un manto de silencio se empeñara en cubrirnos o ignorarnos.

Eso sí, no podemos contar las historias de estas mujeres sin tenerlos también en cuenta a ellos, porque desde el principio de los tiempos las vidas de hombres y mujeres han estado entrelazadas y no se explican las unas sin los otros, es decir, con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos o con la ignorancia de ellos. Por eso, este libro no es solo la historia de ellas, sino la de todos, pero contada no a través de la supremacía masculina sino

desde un lugar común.

No se entiende a Cleopatra sin César ni Marco Antonio, ni a Helena de Troya sin Paris, ni a Frida Kahlo sin Diego Rivera, ni a Simone de Beauvoir sin Jean-Paul Sartre o a Virginia Woolf sin Leonard Woolf… Este libro es un relato personal, un viaje a través de mis inquietudes y lecturas, mi encuentro con historias protagonizadas por mujeres, ya sean reales o criaturas literarias, sin olvidar el papel de los hombres que estuvieron cerca de ellas, para bien o para mal.

Y ahora doy comienzo a esta historia. Una historia compartida.

Julia Navarro

Julia Navarro ha cautivado a millones de lectores con las ocho novelas que ha escrito hasta la fecha: *La Hermandad de la Sábana Santa; La Biblia de barro; La sangre de los inocentes; Dime quién soy; Dispara, yo ya estoy muerto; Historia de un canalla; Tú no matarás*, y *De ninguna parte*.

Sus libros se han publicado en más de treinta países y de *Dime quién soy* se ha producido una ambiciosa serie de televisión a cargo de Movistar+.

Para más información, visite la página web de la autora:

www.julianavarro.es

También puede seguir a Julia Navarro en Facebook:

Julia Navarro | Oficial

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: febrero de 2023

© 2023, Julia Navarro
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Sofia Salazar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03143-4

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una historia compartida

Con ellos, sin ellos, por ellos, frente a ellos
Entre el mito y la realidad
- Helena de Troya
- Otras protagonistas de la *Ilíada*
- Casandra
- Briseida o la otra guerra por una mujer
- El eterno viaje a Ítaca
- Penélope
- Circe
- Argos

Entre Roma y Oriente
- Nefertiti
- Cleopatra, la última reina
- Alejandría, más que un sueño, con Durrell, Cavafis...
- Hipatia

Científicas... filósofas
- Téano
- Diotima e Hiparquía

Mirando las estrellas
- Caroline Lucretia Herschel

Las Nobel
- Marie Curie
- De tal palo, tal astilla
- Más premios Nobel
- El amargo don de la belleza
- Lise Meitner
- Hoy, aquí y ahora

De vuelta a la Filosofía y la Literatura
- Marie de Gournay
- La ciudadana Olympe de Gouges

Y ahora, las filósofas
- Isabel de Bohemia
- Lou Andreas-Salomé
- Simone de Beauvoir
- Simone Weil, la filósofa del alma
- Hannah Arendt

Y después vinieron estas otras

Y después vinieron más
Victoria Camps
Amelia Valcárcel
Punto y seguido
Susan Sontag
Y, de nuevo, un salto en el vacío
Escritoras, poetas, monjas y demás
Hildegarda de Bingen
Santa Teresa y los hombres
Sor Marcela
Ser monja para pensar: Sor Juana Inés de la Cruz
Gloria de las letras colombianas
Mis otras monjas
Denise Bergon y Jules-Gérard Saliège
Y sigo con las poetas y las escritoras
Emily Dickinson
Rosalía de Castro
Desde la otra orilla
Gabriela Mistral
Juana de Ibarbourou
Continúa...
Gioconda Belli
Las dos grandes: poetas de vidas rotas
Anna Ajmátova
Marina Tsvetáieva
De la poesía a la prosa o ambas a la vez
Murasaki Shikibu, la primera novelista
Louisa May Alcott
Jane Austen
Las hermanas Brontë
Harriet Beecher Stowe
Agatha Christie
Mary Shelley
Entonces, ella
Doña Emilia, una feminista inesperada
Del 98 al 27
Clara Campoamor
Margarita Nelken
Victoria Kent o Madame Duval
Federica Montseny
Continúo...
Concha Espina
Sofía Casanova, periodista sobre todo

María Lejárraga, la «negra» de su marido
Carmen Karr
Colombine, a caballo entre dos épocas
De camino al 27
María Goyri
Las del 27
María Teresa León
Concha Méndez
Ernestina de Champourcín
Margarita Gil Roësset
Luisa Carnés
Josefina de la Torre
Carmen Conde
Celia o Elena Fortún
Maruja Mallo: la transgresión hecha mujer
Margarita Manso: del rojo al azul
María Moliner, siempre cerca de mí
Las del 50
Nada
Elena Quiroga
Carmen Martín Gaite
Ana María Matute
Josefina Aldecoa
Rompiendo esquemas
Y en eso llegó Virginia
Edith Wharton, inclasificable
Pearl S. Buck
Marguerite Yourcenar
Marguerite Duras: a contracorriente
Doris Lessing
Nadine Gordimer
Nelle Harper Lee, la voz del ruiseñor
Alice Munro
Artemis Cooper, Duquesa de El Cairo del Reino de Redonda
Las Nobel de Literatura
Oriana Fallaci
Nota bibliográfica
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Julia Navarro
Créditos